Alberto Manguel

Las puertas del paraíso

Antología del relato erótico



Literatura

Alianza Editorial

Las puertas del paraíso: Antología del relato erótico

Alberto Manguel

Prefacio

Una de las versiones más antiguas de *La bella y la bestia* pertenece a Apuleyo y fue escrita en latín hacia el siglo II. Es la historia de una princesa a quien un oráculo le ordenó que fuera esposa de un dragón. Temiendo por su vida, vestida de luto y abandonada por su familia, aguardó en las alturas de una montaña la llegada de su alado esposo. Pero el monstruo no llegó jamás. En cambio, una brisa la izó y la llevó a un valle muy tranquilo en donde había una casa de oro y plata. Allí la recibieron voces descarnadas que le dieron comida y bebida y cantaron para ella. Al caer la noche, las luces no se encendieron. En plena oscuridad, sintió muy cerca la presencia de alguien. «Soy tu amante y tu esposo», dijo una voz, y a la joven, misteriosamente, se le pasó el miedo. La princesa convivió algunos días con su esposo invisible.

Pero una tarde las voces le anunciaron que sus hermanas estaban muy cerca de la casa, que la buscaban. Quiso volver a verlas, relatarles las cosas maravillosas que le habían sucedido, pero las voces le advirtieron que no fuera. Sin embargo, era tal el deseo de verlas que corrió a su encuentro llamándolas a gritos. Al principio, las hermanas no cabían en sí de contentas, pero después de escuchar su historia se pusieron a llorar y le dijeron que era una tonta, que se había dejado engañar por un marido que vivía protegido por la oscuridad. «Si no desea que lo veas a la luz, es porque algo monstruoso tiene», le dijeron, y se apiadaron de ella.

Esa misma noche, preparada para recibir una espantosa revelación, la princesa alumbró un candil y, muy despacio, se acercó a donde estaba su esposo durmiendo. Lo que vio no fue a un dragón, sino a un hombre joven, de una belleza extraordinaria, que respiraba suavemente contra la almohada. Llena de alegría se disponía a apagar el candil cuando una gota de aceite caliente se derramó sobre el hombro izquierdo del durmiente. El joven despertó, vio la lámpara y sin decir palabra, se echó a volar.

Cuando Psique trata de verlo, Eros se desvanece.

Siendo yo adolescente, en mi casa de Buenos Aires, una tarde de verano leí el cuento de Eros y Psique. Pero no creí en la moraleja. Estaba convencido que en la biblioteca de mi padre, que casi nadie

usaba y donde yo había descubierto incontables placeres secretos, descubriría por arte de magia ese algo sorprendente e indecible que se había filtrado en mis sueños y que aquel año fue blanco de las bromas en el colegio. No quedé decepcionado. Entre los perifollos de *Para siempre Ámbar* entreví a Eros, y también pude entreverlo en una traducción muy mala de *Payton Place*, en ciertos poemas de García Lorca, en el capítulo del coche-cama de la novela de Moravia *El conformista*, que leí confuso y perplejo a los trece años, en las *Amistades particulares*, de Roger Peyrefitte.

Y Eros no se desvaneció.

Un par de años después, cuando pude comparar mis lecturas con la sensación real de mi mano acariciando por primera vez el cuerpo de un amante, tuve que admitir que la literatura, esta vez, se había quedado corta. Sin embargo, la emoción que me produjeron aquellas páginas prohibidas perduró. Muy probablemente esos adjetivos intensos o esos verbos de oropel no servían para describir mis confusas emociones, pero me transmitieron, allá y entonces, algo espléndido, asombroso, único.

Yo descubriría luego que esta singularidad marca todas nuestras experiencias esenciales. «Vivimos juntos, influimos unos en otros y reaccionamos unos contra otros —escribió Aldous Huxley en *Las puertas de la percepción*—, pero siempre y en todo momento estamos solos. Los mártires salen a la arena tomados de la mano, pero a cada uno lo crucifican solo. Los amantes, abrazados, tratan desesperadamente de fusionar, en una única autotrascendencia, cada propio éxtasis en el del otro. En vano. Los espíritus encarnados, por su naturaleza, están condenados a sufrir y a gozar en soledad.» Aun en el momento de más intimidad, el acto erótico es un acto solitario.

Los escritores de todos los tiempos han tratado de compartir esta soledad. Estableciendo laboriosas jerarquías (los ensayos sobre etiquetas genéticas, los textos de los tribunales de amor de la Edad Media), mecánicas (los manuales de técnicas amatorias, los estudios antropológicos), ejemplarizantes (las fábulas y toda clase de narraciones), todas las culturas han intentado comprender la experiencia erótica con la esperanza de que tal vez, si las palabras consiguen describirla fielmente, el lector pueda revivirla e incluso aprender lo que antes ignoraba; como cuando creemos que determinado objeto preservará un recuerdo o un monumento revivirá a un muerto.

Pienso en lo extraordinaria que sería una biblioteca universal de esta literatura erótica. Contendría, supongo, los diálogos platónicos

de la Grecia clásica, en los que Sócrates razona sobre las clases del amor y sus méritos; el *Ars amandi* de la Roma imperial, de Ovidio, en el que Eros está considerado como una función igual que los modales de los que se sientan a la mesa; el *Cantar de los Cantares* en el que los amores del rey Salomón y la reina negra de Saba son reflejos del mundo que los rodea; el *Kamasutra* hindú y el *Kalyana Malla*, en los que el placer es un elemento más de la ética; *El libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, del siglo xiv español; el *Jardín perfumado*, del siglo xv, de Sheik al-Nefzawi que codifica los actos eróticos según la ley musulmana; el *Minnereden* alemán, discursos amatorios medievales en los que el amor, como la política, tiene su propia retórica; y las alegorías poéticas, como el Román de la Rose de Francia y la Reina de las hadas de Inglaterra, en los que el sustantivo abstracto «amor» adquiere una vez más, como antes Eros, un rostro humano o divino.

Habría otras obras, aún más curiosas, en esta biblioteca ideal; los diez volúmenes de *Clelia* (1654-1660), la novela de Mademoiselle de Scudéry, que contiene la carta de Tendré, un mapa que traza el derrotero erótico con sus recompensas y peligros; los escritos del marqués de Sade, que anotó en tediosos catálogos las variaciones sexuales a las que puede estar supeditado un grupo humano; los libros teóricos de su casi contemporáneo Charles Fourier, quien concibió sociedades utópicas enteramente centradas en las actividades sexuales de sus ciudadanos; los diarios íntimos de Giacomo Casanova, Ihara Saikaku, Benvenuto Cellini, Frank Harris, Anaís Nin, Henry Miller, John Rechy: todos ellos trataron, en sus memorias autobiográficas, de capturar nuevamente a Eros.

Arrellanado en un sillón de la biblioteca de mi padre, y en otros muchos sillones que se sucedieron en más casas de las que quiero acordarme, descubrí que a pesar de su singularidad, algunas de estas experiencias me conmovieron, me estimularon, me confiaron secretos. Y Eros siguió apareciéndose en los lugares más inesperados.

Puede que no compartamos experiencias, pero podemos compartir símbolos. Transportada a otro reino, apartada de su tema, la escritura erótica consigue a veces expresar algo de ese acto esencialmente privado, como en la descripción del encuentro místico, cuando los desmayos y las agonías del deseo erótico se convierten en un vasto vocabulario metafórico. Recuerdo mi entusiasmo la primera vez que leí los versos en los que San Juan de la Cruz describe la unión erótica:

¡Oh noche que guiaste!,
¡oh noche amable más que el alborada!,
¡oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!
Quédeme y olvídeme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y déjeme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

Y los de John Donne, que veía en el acto erótico—místico un acto de exploración:

Deja correr mis manos vagabundas atrás, arriba, enfrente, abajo y entre, mi América encontrada: Terranova.

William Cartwright, el oscuro escritor del siglo xvii, autor de *The Royal Slave* (una obra teatral que mereció elogios de Carlos I y de Ben Johnson), merece ser mejor recordado aunque no sea más que por estas líneas que devuelven el amor espiritual a su auténtica fuente:

Yo fui esa tontería forjada una vez para practicar el amor leve; fui ascendiendo del sexo al alma, del alma al pensamiento; y una vez allí quise avanzar, pero caí y rodé del pensamiento al alma, y del alma al sexo llegué otra vez.

Al azar de mis lecturas descubrí que un poema podía ser bueno gracias a una sola imagen, como estos versos compuestos por una poeta sumeria área 1700 a. C:

Junto a mi joven esposo: seré la manzana que cuelga de la rama, y envolveré el tallo con mi carne dulce.

En algunos casos ni siquiera hace falta una descripción para transmitir la fuerza erótica de lo que está implícito, como en este cuarteto escrito por un anónimo poeta inglés de la Edad Media:

Viento del oeste, cuando soples
¿lloverá una lluvia finita?
Cristo, que vuelva mi amor a mis brazos
y yo a mi cama.

Con las obras de ficción ocurre algo distinto.

De todos los géneros literarios eróticos, la narrativa es, creo, el

más difícil. Contar un cuento erótico, una historia cuyo tema está más allá de las palabras y del tiempo, parece ser no sólo tarea vana sino imposible. Se puede argumentar que cualquier tema, en su complejidad o simplicidad más absolutas, hace imposible su propia narración, que la descripción de una silla o una nube o un recuerdo de infancia son tan inefables como hacer el amor, como un sueño, como la música.

No es así.

En casi todos los idiomas poseemos un vocabulario rico y variado que transmite razonablemente bien, en manos del artista experimentado, las acciones y los elementos con los que la sociedad se siente cómoda, el bric-á-brac cotidiano de sus animales políticos. Pero aquello que la sociedad teme o no entiende, lo que me llevó a fijarme con curiosidad en la puerta de la biblioteca de mi padre, eso que está prohibido y ni siquiera se puede mencionar en público, no hay palabras para decirlo. «Escribir un sueño que se parezca al verdadero desarrollo de un sueño, con sus incoherencias, excentricidades y despropósitos hasta esta avanzada edad del mundo, nadie lo ha escrito aún» se quejaba Nathaniel Hawthorne en su American Notebooks. Pudo haber dicho lo mismo del acto erótico.

En inglés todo es mucho más difícil porque sencillamente no hay un vocabulario erótico. Los órganos y los actos sexuales se definen con palabras tomadas de la biología o del léxico empleado para vituperar o injuriar. Clínicas o soeces, las palabras para describir las maravillas de la belleza física y el gozo del placer condenan, vuelven aséptico o se mofan de eso mismo que deberían celebrar. En castellano, alemán, italiano y portugués sucede lo mismo. Puede que el francés sea algo más afortunado. Baiser, copular, proviene de beso; e, pene, asociada a «árboles» verger o «huerto»; petite mort, se refiere al éxtasis después del orgasmo; el diminutivo afectivo resta eternidad al morir, pero conserva el sentido de abandonar dichoso este mundo. Estas expresiones no tienen la vulgaridad de «follar», «coger», «pija», «polla», «acabar» o «correrse». La vagina (¡oh, sorpresa!) merece en francés tan poco respeto como en inglés, con no suena mejor que cunt, o «coño» en el castellano ibérico y antillano. Escribir un cuento erótico en inglés, o traducirlo a este idioma, exige del escritor la invención de formas nuevas, de manera que lleva al lector, a contrapelo del sentido o mediante una imaginación lingüística totalmente nueva, a una experiencia que, según lo ha decretado la sociedad, debe permanecer indecible. «Hemos encerrado el sexo —dijo el sabio Montaigne—, entre las

vallas del silencio.»

Pero, ¿por qué decidimos que Psique no debe mirar a Eros?

En el mundo judeocristiano, la prohibición de Eros encuentra su voz canónica en San Agustín, voz cuyos ecos reverberaron por toda la Edad Media y resuena aún, distorsionada, en las oficinas de los censores de nuestros días. Tras una juventud de mujeres y juergas, mirando atrás en su busca de una vida feliz, Agustín concluye que la felicidad última, eudaimonia, sólo se puede alcanzar subordinando el cuerpo al espíritu y el espíritu a Dios. El amor físico, eros, es infame y sólo el amor espiritual, amor, puede conducirnos al gozo de Dios, al ágape, la fiesta del amor que trasciende el cuerpo y el espíritu humanos. Dos siglos después de Agustín, San Máximo de Constantinopla lo expresó con estas palabras: «El amor es esa buena disposición del alma que prefiere el conocimiento de Dios a todo lo que existe. Pero ningún hombre atado a las cosas terrenas podrá alcanzar semejante estado de amor». El amor, concluye San Máximo, «nace de la falta de pasión erótica». Esto es muy distinto de lo que pensaban los contemporáneos de Platón, que veían en Eros la fuerza unificadora (en el sentido físico) que mantiene unido al universo.

Para la mayoría de las sociedades patriarcales que condenan la pasión erótica y el acto carnal propiamente dicho, la Mujer es la tentadora, la madre Eva, culpable de la diaria caída de Adán. Ella tiene la culpa y el hombre tiene derecho a dominarla. Y cuando una mujer o un hombre se apartan de esta ley, la sociedad los castiga por pecadores y traidores. Así, pues, la misoginia y la homofobia están justificadas; limitando de manera peyorativa el papel de las mujeres y los homosexuales, la sociedad pone en funcionamiento un aparato de censura a fin de proteger los estereotipos heterosexuales definidos por los hombres. En cuanto a los niños, extirpamos su sexualidad de la vida social, pero dejamos que se exhiban con disfraces aparentemente inocuos en la pantalla y en las páginas de las revistas de moda, como ya observó Graham Greene al reseñar las películas de Shirley Temple.

Este doble criterio rige para la pornografía. En pornografía, lo erótico no debe formar parte de un mundo en el que hombres y mujeres, homosexuales y heterosexuales, buscan una mayor comprensión de sí mismos y de los demás. Lo erótico, para ser pornográfico, debe ser extraído de su contexto y atenerse a definiciones rigurosamente clínicas de lo mismo que se condena. La pornografía debe asumir fielmente la normalidad oficial para transgredirla sin otro fin que un estímulo sexual inmediato. La

pornografía no puede existir fuera de estos criterios oficiales. En otras épocas, a lo pornográfico se lo llamaba «licencioso», es decir, «sexualmente inmoral»; esta palabra proviene de «licencia», libertad (para apartarse de las normas). Por eso nuestras sociedades permiten que la pornografía, que abarca las nociones oficiales de comportamiento «normal» o «decente», exista en determinados contextos, pero persigue activamente las expresiones artísticas eróticas en las que la autoridad de los que están en el poder está implícitamente cuestionada. Las revistas con «chicas» se pueden comprar envueltas en bonitas bolsas de plástico, en cambio el *Ulises* fue llevado a los tribunales por obscenidad; las películas pornográficas se pueden ver en salas ubicadas a pocos pasos de otras donde se proyectan *La última tentación de Cristo* o *Cómo hacer el amor con un negro* y que han sido objeto de amenazas cuando no de daños causados por iracundos partidarios de la moral oficial.

La literatura erótica es subversiva; la pornografía no lo es. La pornografía, en realidad, es reacia al cambio. «En las novelas pornográficas —escribe Nabokov en su epílogo a Lolita— la acción debe limitarse a la copulación de clichés. El estilo, la estructura, las imágenes, nunca deben distraer al lector de su relativa lascivia.» La pornografía sigue las convenciones de cualquier literatura dogmática: panfletos religiosos o políticos, publicidad comercial. Para ser eficaz, la literatura erótica debe establecer convenciones nuevas, dar un nuevo sentido a las palabras de la sociedad que la condena, brindar a sus lectores un conocimiento que, por su índole, ha de ser íntimo. La exploración del mundo desde un lugar central y absolutamente privado da a la literatura erótica su fuerza formidable.

Confrontada a la tarea de hacer arte con una desconcertante variedad de temas y objetos, actos y variaciones, sentimientos y miedos, limitada por un vocabulario especialmente concebido para otros fines, caminando por el filo peligroso entre pornografía y sensiblería, biología y prosa artificiosa, remilgada y redundante, amenazada por las sociedades que tratan de preservar las aristocracias del poder establecido mediante las fuerzas censoras de la política, la educación y la religión, es un milagro que la literatura erótica haya sobrevivido y que ofrezca hoy formas más atrevidas y más lúcidas en su búsqueda de infinitos y multiformes objetos del deseo.

Para la mística, el universo entero es un objeto erótico y el cuerpo íntegro, el sujeto del placer erótico. Lo mismo se puede decir de cada ser humano que descubre que el pene y el clítoris no son los

únicos lugares de placer sino que también lo son las manos, el ano, la boca, el pelo, las plantas de los pies y cada centímetro de nuestro asombroso cuerpo. Eso que física y mentalmente excita nuestros sentidos y abre ante nosotros lo que William Blake llamaba «las puertas del paraíso», siempre es algo misterioso y, como todos nosotros llegamos a descubrirlo un día, dictan su forma leyes de las que nada sabemos. Admitimos amar a una mujer, a un hombre, a un niño. ¿Por qué no una gacela, una piedra, un zapato, el cielo de la noche?

En *Mujeres enamoradas*, de D. H. Lawrence, el objeto del deseo de Rupert Birkin es la vegetación:

Acostarse y revolcarse entre frescos jacintos pegajosos, acostarse boca abajo y cubrirse la espalda con puñados de hierba húmeda y fina, suave como el aliento, suave y más delicada y más hermosa que la caricia de una mujer; y pincharse un muslo con las puntas oscuras y vivaces de las ramas de los pinos; y sentir el leve picor, ardiente, de un avellano en los hombros; y estrechar contra el pecho un tronco de abedul plateado, su tersura, su aspereza, sus nudos y estrías vitales: era tan sabroso, era todo tan sabroso, tan grato.

En *Su esposa, la mona*, de John Collier, Eros es una chimpancé llamada Emily de quien un maestro de escuela inglés, el señor Fatigay, se enamora locamente:

—Emily, ¡mi ángel, mi bien, mi amor!

Al oír esta palabra, Emily alzó los ojos y le dio la mano.

Debajo de su pelambre larga y rala él pudo ver los destellos de una piel azul como una ciruela. En las profundidades de aquellos ojos tan oscuros y brillantes, su espíritu se deslizó sin que se oyera la zambullida. Ella musitó algo en voz baja, rápido, en su lengua nativa. La vela, que se derretía al pie de la cama, quedó sofocada entre unos pies prensiles, y la oscuridad recibió, como un murmullo de terciopelo, el suspiro de dicha al final.

En el *Rabino pagano*, de Cynthia Ozick, Eros es un roble:

Metí mis dedos en los intersticios de la corteza cuneiforme. En seguida, la frente apoyada contra el árbol, lo estreché con ambos brazos como si fuera a medirlo. Mis manos se unieron del otro lado. Yo era una yerba enhiesta y joven, no sé a qué familia pertenecía. Alcancé la rama más baja, arranqué una hoja y dejé que mi lengua, maravillada, recorriera pensativa su superficie y comprobara su forma: roble. El sabor era viscoso e intensamente amargo. Después apoyé una mano (con la otra rodeaba la cintura del árbol) en la bifurcación (tan feamente llamada horqueta) del miembro más bajo con el torso elegante y firme, y me puse a acariciar aquel ángulo

milagroso con una languidez más y más vigorosa.

Y Marian Engel, en *Oso*, describe el encuentro amoroso entre una mujer y un animal:

La lamía. La exploraba. Hubiera podido ser una pulga que él estuviera buscando. Le chupó los pezones duros, le frotó el ombligo.

Con un vaivén ella movió las caderas para que él se acomodara.

«Oso, oso», musitó ella, jugueteando con sus orejas. La lengua, que era un músculo y era capaz de estirarse como una anguila, descubría sus lugares secretos. Y como ningún otro ser humano hasta ese día, él se concentró en el placer que le daba. Cuando ella acabó, gimió; y el oso le enjugó las lágrimas con la lengua.

Hasta la cabeza tronchada del amante puede ser un objeto erótico, como cuando Stendhal, en *Rojo y negro*, hace que Matilde vaya en busca de los restos de Julien:

Oyó a Matilde que caminaba precipitadamente por la habitación. Encendía velas.

Cuando Fouqué tuvo ánimos para mirarla, ella había colocado sobre una mesita de mármol la cabeza de Julien y la besaba en la frente…

Postscriptum: El acto de leer, como el acto erótico, debería ser, creo, anónimo. Tendríamos que poder entrar en un libro o en una cama como Alicia en el bosque sin nombre del otro lado del espejo, aliviados del peso de los prejuicios de nuestro pasado y renunciando, en el preciso instante del encuentro, a todos nuestros atavíos sociales. Al leer o al hacer el amor deberíamos ser capaces de perdernos en el otro, en quien —para decirlo con palabras de San Juan— somos transformados: lector en el escritor, escritor en el lector. Jouir de la lecture, gozar de la lectura, dicen los franceses, quienes para el orgasmo y el placer gozoso que provoca emplean la misma, idéntica palabra.

Demasiado para mí

JAMES BALDWIN

(Traducción de Celia Filipetto)

«Una ley terrible, inexorable, dice que no se puede negar la humanidad del otro sin menoscabar la propia —escribió James Baldwin en 1960—. Cuando uno está frente a su víctima, se ve a sí mismo.» Toda la obra de Baldwin se hace eco de esta convicción con una voz precisa y apasionada, moldeada, según él dijo, por «la retórica de la iglesia del barrio». En sus obras narrativas, Baldwin afronta el racismo y también la homofobia, dos círculos de la intolerancia que a veces se contienen uno al otro; pero sus personajes se redimen al final, cumpliendo con sus destinos y afirmando sus derechos más allá del color y del sexo.

«La esclavitud de los negros —escribió Toni Morrison— enriqueció las posibilidades creadoras del país. Pues en la edificación de la negritud y la esclavitud estarían no solamente los que no son libres sino también, con la polaridad dramática a que dio lugar el color de la piel, la proyección del no-yo. El resultado fue un patio de recreo para la imaginación.» Y en ese patio reina, supremo, Baldwin.

El cuento que sigue, una feliz celebración del amor erótico, es un capítulo, en sí mismo completo, de una de sus bellas novelas, Sobre mi cabeza: «Demasiado para mí».

Una tarde sofocante y tranquila de un sábado se encontraban en Atlanta, sin nada que hacer hasta el domingo por la mañana. Webster había desaparecido temprano después de no pocas serias advertencias y se alegraban de estar solos; pero las advertencias se quedaron con ellos y el calor era tan pesado como la melaza de la región. Les habría gustado descubrir la ciudad y anduvieron un rato, pero no se atrevieron a alejarse demasiado. Si llegaban a perderse, tendrían que preguntar el camino a alguien y en cuanto veían más caras blancas que negras les entraba el pánico. Alguien les había comentado que se notaba que eran del Norte, que sus acentos los delataban y podían acabar en la cuerda de presos. En

aquella región ocurría todos los días y Dios sabía que Webster no iba a poder ayudarlos.

La ciudad era como un damero. Recorrían una manzana de negros y de repente, al doblar la esquina, se encontraban rodeados de caras blancas. Querían echar a correr pero, por supuesto, correr implicaba que los perseguiría la turba blanca para lincharlos a continuación. En momentos como aquellos sonreían sin motivo alguno, miraban algún escaparate, si lo había, o admiraban el paisaje con aire forzado, aminorando el paso hasta arrastrar los pies. Entonces, como si de pronto hubiesen tenido la misma idea —como de hecho ocurría—, se volvían despacio y regresaban lentamente por donde habían venido. Hubo momentos en que estallaban nerviosas las carcajadas que no se habían atrevido a soltar hasta que estaban otra vez rodeados de negros o de vuelta en la pensión.

Esa tarde de sábado regresaron, pues, al café de al lado de la pensión. Webster había pagado por adelantado el almuerzo y la cena de ese día. Les quedaba algo de dinero en el bolsillo, no mucho, porque todavía no habían cobrado. Webster les guardaba el dinero. Algo que les daba miedo, pero no sabían qué hacer. No les quedaba más remedio que confiar en él. Aunque tácitamente confiaban en Crunch, el único de ellos capaz de intimidar a Webster.

Se sentaron en el café casi vacío —debido a imponderables a los que reaccionaban sin comprender del todo, todavía no se habían dado cuenta de que en las tardes calurosas de verano, en general, los sureños se pasean lo menos posible— y Peanut y Crunch fueron a la barra y volvieron con cuatro Pepsi—Colas.

—¿Sabes qué? —dijo Red—, este viaje empieza a ponerme nervioso. No veo la hora de volver a la Séptima Avenida.

—Cuando estabas ahí —le recordó Arthur sonriendo—, no veías la hora de largarte —Encendió un cigarrillo y dejó el paquete en la mesa—; pero entiendo cómo te sientes.

—No estamos acostumbrados —dijo Peanut—. No conocemos a nadie. La próxima vez será diferente.

—¿Cómo? —preguntó Red—. ¿Cómo vamos a hacer para conocer a alguien la próxima vez? ¿Vas a mandarle una carta al gobernador?

Crunch se echó a reír, cogió el paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Lo cierto —dijo Peanut— es que, si seguimos viniendo, seguro que acabaremos conociendo a alguien.

Todos rieron y, al cabo de un momento, Peanut también rió.

—Tú sí que conoces a alguien, o conocías… a esos primos de Charlotte —comentó Crunch.

Peanut suspiró, bajó la vista y miró la mesa.

—Ya, pero lo siento.

Crunch se inclinó sobre la mesa y le dio a Peanut una Palmada en el hombro.

—¿Por qué tienes tú que disculparte de nada? No tienes la culpa de que tus primos sean unos imbéciles.

De nosotros, Peanut es el que tiene la piel más clara y Crunch la más oscura; los primos de Peanut demostraron que no les gustaba la piel oscura. Hirieron los sentimientos de Crunch y le recordaron a Peanut a su desconcertante abuela.

—Poco a poco sabremos cómo movernos —dijo Red alegremente —. Me buscaré una chica con mucha marcha en alguna reunión social de la iglesia y le pediré que me haga de guía.

—Lo que buscan esas chicas es casarse —dijo Crunch—. Pero no con ninguno de nosotros. ¿Qué tiene que hacer la hija del presidente de un banco con… con un trovador vagabundo?

—Vamos, Crunch —dijo Peanut—. El amor acaba siempre triunfando.

—Aquí, en la tierra del algodón, no —aclaró Arthur, y rieron.

—De todos modos —comentó Crunch al cabo de un momento—, Arthur, que es un crío, es el único con posibilidades de volver la próxima vez.

Todos miraron a Crunch.

—¿Por qué? —inquirió Arthur.

Crunch lo miró y le preguntó:

—¿Dónde está tu hermano?

—¿Mi hermano? —repitió Arthur y se lo quedó mirando mientras el corazón le latía como un tren expreso; luego se calmó.

—Joder —dijo Red—. Tienes razón.

—¿Sobre qué? —preguntó Arthur.

Pero lo sabía. Sólo que nunca lo había pensado.

—El tío Sam se ha ido a salvar a la gente de allá —comentó Crunch—. Para que en el mundo vuelva a reinar la democracia y para eso necesita que algunos negros le limpien las letrinas.

En la mesa se hizo el silencio.

—Joder —repitió Red.

Arthur no dijo nada. No sabía qué decir. No se atrevía a levantar la vista. Observó el mármol blanco de la mesa y los círculos marrones dejados por las botellas de Pepsi-Cola. Después miró con

detenimiento el papel cazamoscas colgado del techo, cubierto de moscas pegadas sobre el fondo amarillo. Se preguntó cuántas habría y pensó en contarlas. De repente cayó en la cuenta de que el zumbido que oía era de un ventilador eléctrico que había en alguna parte; si metieras los dedos en el ventilador, las palas te los arrancarían. No pensó en mí para nada, no estaba pensando.

—Venga, no nos quedemos aquí sentados —dijo Peanut, no muy decidido—. Hagamos algo.

Sí, ¿pero qué? Lo ideal sería ir al cine, pero estaba la cuestión de si los negros se sentaban en la platea o entraban por la puerta trasera. Ninguno de ellos conocía la costumbre del lugar, habían olvidado preguntarlo o no recordaban las respuestas.

—Ah, ya sé —dijo Red de pronto—, en la esquina hay unos billares para negros; vamos a echar unas partidas.

—De acuerdo —dijo Crunch y todos se levantaron menos Arthur.

Todos lo miraron.

—¿No vienes?

—Id vosotros —respondió Arthur sonriendo tranquilamente—. A lo mejor voy más tarde. Me duele un poco la cabeza y quiero acostarme.

Crunch le lanzó una mirada inquisitiva y le preguntó:

—¿Seguro?

—Seguro, estoy bien. Id vosotros, muchachos, más tarde me acercaré.

—De acuerdo.

Los tres salieron al sol, se detuvieron un momento, riendo, ante el inmenso cristal de un escaparate. Arthur esperó a que se perdieran de vista. Después se levantó despacio, apoyándose ligeramente en la mesa, y salió. El sol fue como una bofetada. Miró en la dirección que habían tomado los muchachos, los vio cruzar sin prisa en la esquina lejana y tranquila.

Se volvió entonces en dirección opuesta. La pensión estaba al lado, en realidad era más bien como un hotel, un edificio estrecho, de tres plantas. Peanut, Red y Webster estaban en la planta baja. Él y Crunch, en la última. Entró en el vestíbulo largo, estrecho, oscuro y sumido en el más absoluto silencio y, poco a poco, temblando, subió las escaleras.

Al llegar al último piso estaba empapado de un frío sudor y las manos le temblaban tanto que a duras penas consiguió meter la llave en la cerradura pero, finalmente, la puerta se abrió de par en par. El sol entraba implacable en el cuarto; fue hasta la ventana y

bajó la persiana. Abrió el grifo y dejó que saliera el agua fría; luego metió la cara y la cabeza debajo del chorro, buscó la toalla a tientas y se secó. Se descalzó de una patada, se quitó los calcetines, la camisa y los pantalones y se acostó en la cama de Crunch. Corea.

Se quedó acostado largo rato, anestesiado, vacío como el silencio audible, aturdido. Yacía boca arriba. El aire no se movía. Él no se movía. El sol no se movería, la tierra, las estrellas, la luna, los planetas, fuera lo que fuese lo que los mantenía unidos, la rueda grande y la rueda pequeña, y la roca de su pena, que había caído sobre él para clavarlo a la cama, nada se movería hasta que viera a Crunch. Corea. Se durmió.

Crunch lo sacudió ligeramente. Había menos luz en el cuarto, aunque no estaba del todo a oscuras. Crunch estaba sentado en el borde de la cama, lo miraba detenidamente, con una ceja levantada, entre sonriente y ceñudo.

—¿Te sientes mejor?

Arthur lo miró sin decir nada y luego sonrió.

—Has vuelto.

—Claro que he vuelto. ¿Te sientes mejor?

Arthur se movió, apoyó la cabeza en el regazo de Crunch y se abrazó a él mirándolo desde abajo.

El cuarto quedó más a oscuras. Estaban solos. Crunch se tendió a su lado y lo besó. Arthur se abrazó a él con todas sus fuerzas, con todas sus lágrimas, las que todavía no había empezado a derramar. Crunch se levantó.

—Voy a cerrar con llave —susurró.

Arthur se sentó y observó a Crunch mientras cerraba con llave.

Lo hizo con mucha minuciosidad, luego se dio la vuelta, sonriente, y se llevó un dedo a los labios.

—Ya estamos solos, chaval. En este piso no hay nadie más que nosotros. Y como es sábado por la noche, todos han salido.

Sonrió, su cara cambió de pronto de expresión, siguió junto a la puerta mirando a Arthur.

—¿Dónde están Peanut y Red?

Arthur susurraba y Crunch le contestó susurrando también:

—Los dejé en los billares. Encontraron unos amigos.

—¿Van a volver?

—Les dije que te llevaría a alguna parte.

Se sentó otra vez en la cama y empezó a quitarse los zapatos. Se volvió para mirar a Arthur y le preguntó:

—¿He hecho bien?

—Claro.

—Anda, tápate.

Arthur observó a Crunch mientras se desvestía; Crunch silbaba por lo bajo, y entonces Arthur se sorprendió al caer en la cuenta de que silbaba porque se sentía feliz, feliz de estar allí, con él. Arthur observaba mientras Crunch se desabrochaba la camisa, observaba los largos dedos oscuros contra el fondo de botones y tela, observaba la camisa volar por la habitación y aterrizar en la otra cama; observaba mientras se desabrochaba el cinturón, se bajaba los pantalones, levantaba una pierna y luego la otra, se sentaba otra vez en la cama para quitarse del todo los pantalones; observaba los pies grandes y a Crunch que doblaba la prenda, se levantaba para dejarla en la otra cama; observaba mientras se quitaba la camiseta, se bajaba los calzoncillos y los apartaba de una patada; observaba su cuerpo largo y negro caminar con paso amortiguado hasta el lavabo, mirarse rápidamente en el espejo, abrir el grifo, hacer gárgaras con el agua fría; observaba su cuerpo negro brillar en la oscuridad; la columna vertebral era un milagro, del cuello a las nalgas, los hombros y los omóplatos, los codos, las muñecas, los muslos, los tobillos; era un milagro de huesos, sangre, músculo, carne y música. Arthur seguía en calzoncillos y camiseta. Detestaba estar desnudo delante de la gente, incluso delante de mí, sobre todo delante de mí; algunas veces le había dado un baño, pero en otras circunstancias, de las que no había sido responsable y no estaba obligado a recordarlo. Entonces la desnudez no había sido una confesión ni una promesa. Arthur estaba asustado; entonces no lo estaba; descubrió que no podía moverse. Era incapaz de quitarse la camiseta. Incapaz de quitarse el calzoncillo. Crunch se dio la vuelta y entonces Arthur, presa de un tranquilo terror, se quedó mirando mientras la cara, los ojos de esa cara, el cuello y el pecho, los pezones del pecho, las costillas y el vientre plano y ancho, el ombligo y la jungla de vello enmarañado que asomaba por encima del largo miembro oscuro, pesado y bamboleante se fueron acercando y Crunch se metió debajo de las mantas y él lo recibió con los brazos abiertos.

Crunch lanzó un suspiro confiado, cargado de cansancio; metió las manos debajo de la camiseta de Arthur, se la quitó por la cabeza y de pronto los dos rieron con una risa susurrante. Crunch tiró la camiseta al suelo.

—A eso le llamo yo progresar —murmuró—.Y ahora, veamos qué se puede hacer un poco más abajo.

Puso las manos en la cintura de Arthur, le bajó los calzoncillos y se los quitó por un pie. A Arthur se le enpalmó.

Crunch se la acarició y sonrió.

—Por ahora hemos progresado bastante —dijo y apoyó su miembro rígido contra el de Arthur y se quedaron así, abrazados, incapaces de realizar un movimiento más.

No sabían en realidad adonde los conduciría el siguiente movimiento. Arthur tenía miedo en un sentido y Crunch en otro. Además, era como si hubiesen consumido tanta energía para llegar a ese momento que necesitaban hacer un alto para recobrar el aliento, y ya podían darse por satisfechos. No era más que un momento: ya estaban en el tren, con la locomotora dispuesta a partir. Siguieron abrazados. Ése podía ser el principio, el principio del fin. Habían subido al tren, la locomotora iba tomando impulso, las puertas enormes se cerraban con estruendo a sus espaldas, el tren no tardaría en echar a andar, se iniciaba un viaje. Podían perderse durante el trayecto; en ese viaje no se podía ocultar nada. Cabía la posibilidad de que, a muchos kilómetros de allí, volvieran a mirarse cuando el tren se detuviera en algún lugar inimaginable y desearan no volver a verse nunca más. Cabía la posibilidad de que se sintieran avergonzados, envilecidos: perdidos para siempre.

Arthur tenía menos miedo que Crunch. Se limitaba a abrazarse a él, a acariciarlo y a besarlo, porque en un lugar recóndito de su mente veía a Crunch de uniforme, a Crunch que se iba para no volver más y ahora que lo había encontrado, ante la sola idea de perderlo, su mente se quedaba quieta y vacía como el cielo invernal. Mantuvo a raya muy dentro de él aquella vacuidad, mantuvo a raya las lágrimas, porque algo le decía que Crunch no soportaría sus lágrimas, no soportaría las lágrimas de nadie. Las lágrimas eran un arma que se podía esgrimir contra Crunch.

Y Crunch… ay, Crunch. Abrazó a mi hermano y se fue enamorando… enamorando del chaval. Crunch era mayor que Arthur, estaba más solo que Arthur, sabía más sobre sí mismo que Arthur. Nunca había abordado ese tren, cierto; pero había ido a parar a ciertos lugares desolados. Lo abrazó con más fuerza, enamorado, con la polla cada vez más tiesa, el deseo cada vez más grande, las esperanzas cada vez mayores; el tren echó a andar, Arthur se apretó más contra él; Crunch se acercó más y fue quedando más desnudo mientras rogaba porque Arthur aceptara su desnudez. Su cuerpo largo cubrió el de Arthur; lamió los pezones de Arthur, las axilas, el ombligo. No se atrevió a ir más allá, todavía; temblando, se acercó a los labios de Arthur. Encerró en un puño el miembro de Arthur.

—Hazme lo mismo que te hago yo —suspiró—. Vamos, chaval,

es sólo el principio.

Y Arthur con una especie de comprensión milagrosa, besó los pezones de Crunch, se deslizó hasta su miembro y lo besó también para volver a incorporarse y besarlo en la boca. Cuando notó que Crunch se estremecía, se estremeció con él, acarició la vena que palpitaba en la parte inferior de su miembro del mismo modo que Crunch acariciaba el suyo, conteniendo la respiración. Crunch gimió chaval, gimió otra vez; cegados, quedaron suspendidos un momento en el aire, luego Crunch se corrió contra el vientre de Arthur y éste contra el de su compañero, y fue como si cada uno de ellos eyaculara con el miembro del otro.

Siguieron tendidos y abrazados.

Crunch miró a Arthur a los ojos.

—Hola.

—Hola.

Sus respiraciones se volvieron más acompasadas. Ninguno de los dos se movió.

—¿Crees que hemos progresado en algo?

—Diría que bastante.

Se echaron a reír, sin dejar de abrazarse, humedecidos.

—¿Sigues queriéndome? —preguntó Crunch tímidamente.

—Para eso tendríamos que seguir progresando un poco más.

Crunch tembló todo al reírse sin hacer ruido y Arthur tembló de alegría al contemplarlo.

—¿Ahora mismo?

—Cuando estés listo.

—¡Anda ya! —exclamó Crunch.

—Lo digo en serio.

—Eres… eres increíble…

—Te quiero. Haría lo que fuese por ti —dijo Arthur.

Crunch lo miró.

—¿En serio?

—En serio.

Crunch lo abrazó con más fuerza.

—Quiero hacer el amor contigo, en todas las formas posibles, no me importa lo que ocurra, con tal de que pueda abrazarte.

Contempló los ojos de Arthur, pero ya empezaba a sentirse en paz.

—Quieres progresar, ahora vas a ver cómo progreso. Progresaremos juntos.

—¿Tú y yo, pues? —preguntó Crunch.

—Tú y yo.

El cuarto estaba a oscuras. De fuera llegaban los sonidos de la noche. No querían separarse.

—¿Tienes hambre? —preguntó Crunch.

—No… Ahora no.

—¿Quieres lavarte?

—No. Todavía no.

—¿Qué quieres hacer?

—Tal vez dormir un poco a tu lado.

—De acuerdo.

Se acurrucaron amoldados el uno al otro, Arthur acunado por Crunch.

No durmieron mucho. Arthur se despertó, meó en el lavabo tratando de hacer el menor ruido posible.

Dejó correr el agua del grifo.

Subió la persiana y se asomó a la ventana. Era de noche, calculó que serían las nueve o las diez; en la calle no había tanta gente como la que normalmente hay en Harlem un sábado por la noche. Casi todos ya estaban adentro, en alguna parte, o iban de camino hacia alguna parte, y sus voces y su música, amortiguadas, flotaban en el aire, entraban en la habitación. Bajó la persiana.

Crunch seguía tendido tal como lo había dejado. Un brazo al costado, el otro estirado en el sitio que Arthur acababa de dejar libre. Respiraba despacio y hondo, pero Arthur intuía que no estaba del todo sumido en el sueño. Arthur volvió a meterse en la cama y se tapó. En cuanto estuvo tumbado, Crunch, que seguía dormido, lo envolvió en sus brazos.

Pero Crunch seguía tendido allí, indefenso. Esa indefensión incitó a Arthur, la indefensión espontánea del cuerpo en sus brazos. Besó a Crunch, que gimió, pero no se movió. Acarició su largo cuerpo. Fue como descubrir el misterio de la geografía, el espacio y el tiempo, el destello de tensión entre un —¿instante?— un aliento y el siguiente. Entre el inspirar y el espirar. El milagro del aire que entra, el pecho que se levanta: el milagro del aire transformado en el milagro del aliento que sale, te toca la cara, mezclado con Pepsi —Cola, hamburguesa, mostaza, lo que hubiera en el vientre: y el pecho cae. Siguió tendido un momento en esa urgencia, aterrado, feliz.

Se apretó más contra Crunch pasándole los dedos por el complejo sistema telegráfico de la columna vertebral. Sus manos osaron descubrir las hermosas nalgas de Crunch, su culo, su trasero. Acarició el regalo entre sus piernas, donde estaban encerrados el presente y el futuro. Sus miembros se endurecieron. Crunch gruñó,

se volvió de espaldas sin soltar a Arthur.

Arthur se incorporó sin abandonar los brazos de Crunch y quedaron vientre contra vientre. Pepsi-Cola, mostaza, cebolla y hamburguesas, y la polla de Crunch que crecía; Crunch gimió. Arthur sabía algo que ignoraba que sabía —ignoraba que sabía que Crunch esperaba que Arthur lo besara en el cuello y le lamiera los pezones. El olor a Pepsi-Cola, mostaza, hamburguesas y helado sucumbió a aromas más originales, desconocidos; Crunch gimió otra vez entregado, entregado cuando la lengua de Arthur recorrió su largo cuerpo negro hasta llegar al pene embravecido. Le lamió la parte inferior del pene, lo notó empinarse y le lamió los cojones. Estaba liberando a Crunch, le estaba dando lo que de algún modo sabía que Crunch anhelaba y temía darle a él. Se metió en la boca el pene, que le rozó los labios con la suavidad del raso y le llegó muy hondo. Sintió un instante de pánico: ¿y ahora qué? Porque la verga dura era enorme y latía; Crunch bajó las manos despacio, las posó en la cabeza de Arthur y, con cuidado, comenzó a empujar hacia arriba, dentro de la boca de Arthur.

Arthur comprendió el terror de Crunch, el terror de quien está en el agua y lo alejan de la costa, y ese terror, que era igual que el suyo, lo impulsó a lanzar un grito ahogado, a tratar de apartarse al mismo tiempo que seguía allí firme, sin soltarlo. Darse cuenta del terror de Crunch lo ayudó a superar el suyo. Era la primera vez que hacía aquello. Del mismo modo que sabía cuánto temía Crunch ser detestado —por él— también sabía que temía ser detestado por Crunch. Lamepollas.

¿Y qué? Era la polla de Crunch, por eso se la lamía con todo el amor que llevaba dentro, y llegó el momento en que sintió que alguien confiaba en ese amor y era correspondido. Llegó el momento en que sintió que Crunch pasaba del asombro aterrado a la dicha. Se inició un movimiento amistoso, alegre. Tan alto, que no puedes pasarlo.

Las gotas de sudor cayeron de la frente de Arthur al vientre de Crunch.

Tan bajo —Crunch lanzó un grito ahogado cuando la boca de Arthur abandonó su polla al aire frío para lamerle los santos cojones — que no puedes ponerte debajo de él. Arthur se incorporó otra vez para acercarse a los labios de Crunch. Tan grande, que no puedes superarlo. Con aquel beso fue como si quedaran unidos para siempre. Crunch gimió, presa del tormento más absoluto y Arthur volvió a bajar.

—Cariño. Chaval. Amor mío.

Debes entrar por la puerta.

Se metió otra vez la polla en la boca presintiendo, esperando la erupción. Él y sólo él la había llevado a la superficie desde lo más hondo de su amado.

—Ah, cariño.

Después sacudiéndose como un terremoto:

—Ay, mi amor. Mi amor.

Atlanta estaba en calma. El mundo estaba en calma. Nada se movía en los cielos.

—Ay, amor.

Extrañó el sabor cuando subió saltando a la superficie: el sabor del semen de Crunch que notó Arthur en la lengua, la boca, la garganta. Tenía miedo, pero se sintió triunfante. Le entraron ganas de cantar. El sabor era volcánico. Ese sabor, ese regusto, esa angustia, y ese muchacho cambiaron para siempre todos los demás sabores. Tenía la garganta irritada, los labios resentidos. A partir de entonces, cada vez que tragara pensaría en Crunch y ante esta idea sonrió despacio mientras, presa de una alegría y un temor peculiares, dejaba que Crunch tirara de él y lo acunara entre sus brazos.

Se atrevió a mirar a Crunch a los ojos. Los ojos de Crunch estaban húmedos y eran hondos como un río; Arthur descubrió que sonreía manso como un río.

—¿Estás bien? ¿Te sientes bien? —preguntó Arthur.

Crunch apoyó la cabeza de Arthur sobre su pecho y lo acarició con una mano larga.

—Eres lo más maravilloso que me ha pasado nunca, chaval —le dijo—. Así me siento. —Y añadió—: Gracias, Arthur.

—¿Por qué? —inquirió Arthur provocativo, asombrado, triunfante y a salvo en los brazos de Crunch.

—Por quererme —respondió Crunch.

Al cabo de un instante tiró de la manta. Durmieron amoldados el uno al otro, Arthur acunado por Crunch.

Una pasión en el desierto

HONORÉ DE BALZAC
(Traducción de María Oliver)

«Mi alma vuela hacia ti en estas páginas —escribía Honoré de Balzac en la carta que dirigió a su amante, la condesa Hanska, el 31 de octubre de 1843—. Les digo miles de cosas, como un loco; y como un loco pienso que van y te las repiten; me es imposible comprender que estas páginas impregnadas de mí estén dentro de once días en tus manos y que yo siga aquí, ¿por qué?…» Balzac volcó sus pasiones —por lo visto inacabables— en centenares de cartas y en el vasto ciclo de novelas que conocemos como La comedia humana. *Describió el amor en sus innumerables formas: entre hombres y mujeres, entre padres e hijos, entre cortesanas y sus clientes, entre hombres, entre mujeres, a menudo sirviéndose de imágenes inspiradas en la política o la economía. «El amor ahorrativo nunca es amor de verdad.» «Un gran amor está abierto a una voraz línea de crédito y la consecuencia es siempre la bancarrota.» «El matrimonio es un acto político.»*

Los personajes de Balzac, que son más de dos mil, siempre persiguen alguna forma del deseo: como si quisiera completar el catálogo erótico, su cuento «Una pasión en el desierto» no describe la relación entre dos seres humanos sino entre un hombre y lo que la sociedad ha dado en llamar «la bestia salvaje».

Durante la expedición que el general Desaix llevaba a cabo en el Alto Egipto, un soldado provenzal que había caído en manos de los magrebíes fue conducido por estos árabes a los desiertos situados más allá de las cataratas del Nilo.

Con el fin de poner entre ellos y el ejército francés espacio suficiente para estar tranquilos, los magrebíes realizaron una marcha forzada y no se detuvieron hasta la noche. Acamparon alrededor de un pozo oculto por unas palmeras al pie de las cuales habían enterrado con anterioridad algunas provisiones. Como no creyeron que su prisionero fuese a huir, se contentaron con atarle las manos y se durmieron todos, tras haber comido algunos dátiles y dado cebada a los caballos. Cuando el valiente provenzal vio que

sus enemigos ya no estaban en condiciones de vigilarlo, se sirvió de los dientes para hacerse con una cimitarra. A continuación, se ayudó con las rodillas para mantener firme la hoja, cortó las cuerdas que le aprisionaban las manos y recuperó la libertad. Acto seguido se apropió de una carabina y un puñal. Luego, pertrechado con unas raciones de dátiles secos, un saquito de cebada, pólvora y balas, se ciñó la cimitarra, montó sobre un caballo y lo espoleó en la dirección que supuso sería la posición del ejército francés. Impaciente por encontrar un vivaque, aguijoneó de tal manera al corcel ya cansado, que el pobre animal murió con los ijares desgarrados y dejó al francés en medio del desierto.

Después de caminar durante algún tiempo por la arena con todo el ímpetu de un forzado en plena fuga, el soldado tuvo que detenerse, pues el día tocaba a su fin. A pesar de la belleza del cielo durante las noches de Oriente, no se sintió con fuerzas para continuar su camino. Afortunadamente, había podido ganar la cima de una colina sobre la que se elevaban algunas palmeras, cuyas copas, que había divisado hacía ya un buen rato, habían alumbrado en él las más dulces esperanzas. Su fatiga era tan grande que se acostó sobre una roca de granito, tallada caprichosamente en forma de catre, y se durmió sin tomar ninguna precaución para protegerse durante el sueño. Había sacrificado su vida. Su último pensamiento fue un reproche. Ahora se arrepentía de haber abandonado a los magrebíes y su vida errante había empezado a sonreírle desde que estaba lejos de ellos y sin ayuda alguna. Le despertó el sol con sus despiadados rayos, que caían a plomo sobre el granito y le causaban un calor insoportable, ya que el provenzal había cometido la torpeza de situarse con la cabeza en sentido contrario al de la sombra que proyectaban las copas verdes y majestuosas de las palmeras… Miró aquellos árboles solitarios y se sobresaltó: le recordaron los elegantes fustes rematados por largas hojas, característicos de las columnas sarracenas de la catedral de Arles. Pero cuando hubo paseado la vista a su alrededor, y tras contar las palmeras, la desesperación más absoluta hizo presa en su alma. Contemplaba un océano sin límites. La arena casi negra del desierto se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista y centelleaba como una hoja de acero bajo una intensa luz. Parecía un mar de espejos. Un vapor de fuego, que se elevaba en oleadas, trazaba torbellinos sobre aquellas tierras movedizas. El cielo tenía aquel brillo oriental de una pureza desesperante, que nada deja desear a la imaginación. El cielo y la tierra estaban en llamas. El silencio sobrecogía por su majestad salvaje y terrible. El infinito, la

inmensidad oprimían por completo el alma: ni una nube en el cielo, ni un hálito de brisa en el aire, ni un solo accidente en la arena agitada por diminutas olas. El horizonte acababa, como en el mar cuando hace buen tiempo, en una línea de luz tan fina como el filo de un sable. El provenzal se abrazó al tronco de una de las palmeras como si hubiese sido el cuerpo de un amigo. Luego, a cobijo de la sombra escuálida y recta que el árbol dibujaba sobre el granito, lloró, se sentó y permaneció allí, contemplando con una tristeza profunda el implacable escenario que se ofrecía ante sus ojos. Gritó como para explorar la soledad. A lo lejos, perdido en las oquedades de la colina, se deshizo el sonido débil de su voz, que no despertó ningún eco. Éste se hallaba únicamente en su corazón: el provenzal tenía veintidós años y cargó su carabina.

—¡Siempre habrá tiempo! —se dijo, mientras apoyaba en el suelo el arma liberadora.

Mirando alternativamente la zona casi negra y la zona azul, el soldado soñaba con Francia. Aspiraba con delicia el olor de las cunetas de París, recordaba las ciudades por las que había pasado, los rostros de sus camaradas y hasta las más leves circunstancias de su vida. Finalmente, su imaginación meridional le hizo entrever los guijarros de su querida Provenza en las reverberaciones del calor que flotaban por encima del mantel que se extendía sobre el desierto. Como temía los peligros del cruel espejismo, descendió la ladera opuesta por la que había subido a la colina durante la víspera. Sintió una gran alegría al descubrir una especie de cueva, excavada de modo natural en las inmensas rocas de granito que formaban la base del montículo. Los restos de una estera indicaban que el refugio había sido habitado. Luego, a unos pasos de allí, distinguió algunas palmeras cargadas de dátiles. Entonces, el instinto que nos liga a la vida despertó en su corazón. Deseó vivir lo bastante como para esperar el paso de algunos magrebíes, o puede que escuchara pronto el tronar de los cañones, puesto que Bonaparte recorría Egipto en aquellos momentos. Más animado por esta idea, el francés descolgó algunos racimos de frutos maduros bajo cuyo peso las datileras parecían doblarse. Al probar aquel inesperado maná, comprobó que era el habitante de la cueva quien había cultivado las palmeras. La carne sabrosa y fresca de los dátiles delataba sin duda alguna los cuidados de su predecesor. El provenzal pasó de repente de una aguda desesperación a una casi loca alegría. Volvió a subir a la cima de la colina y pasó el resto del día ocupado en cortar una de las palmeras silvestres que, el día anterior, le había servido de techo. Un vago recuerdo le hizo pensar

en los animales del desierto y, al prever que podrían llegar para beber de la fuente que manaba oculta en la arena, al pie de los bloques de roca, decidió protegerse de sus visitas e instaló una barrera a la entrada de su refugio. A pesar de su ardor y de las fuerzas que le dio el miedo a ser devorado durante el sueño, le fue imposible cortar en trozos la palmera en aquella jornada, aunque consiguió abatirla. Cuando, hacia el atardecer, aquel rey del desierto se desplomó, el ruido de la caída retumbó a lo lejos y sonó como un gemido exhalado por la soledad. El soldado se estremeció como si hubiese oído una voz que le predijera una desgracia. Sin embargo, como el heredero que no lamenta mucho tiempo la muerte de un pariente, despojó aquel magnífico árbol de las anchas y altas hojas verdes que son su poético ornamento, y las usó para reparar la estera en la que iba a acostarse. Fatigado por el calor y el trabajo, se durmió bajo los artesonados rojos de su húmeda cueva. En plena noche, un ruido extraordinario interrumpió su sueño. Se sentó. El profundo silencio reinante le permitió distinguir el aliento alternado de una respiración cuya salvaje energía no podía pertenecer a una criatura humana. Un profundo miedo, aumentado si cabe por la oscuridad, el silencio y las fantasías del despertar, le heló el corazón. Apenas sintió la dolorosa contracción de su cabellera cuando, a fuerza de dilatar las pupilas, distinguió en la oscuridad dos destellos débiles y amarillos. Primero atribuyó aquellas luces a algún reflejo en sus propias pupilas. Sin embargo, al poco tiempo, el vivo resplandor de la noche le permitió distinguir gradualmente los objetos que se hallaban en la gruta y vio un enorme animal acostado a unos pasos de él. ¿Era un león, un tigre o un cocodrilo? El provenzal no poseía instrucción suficiente para determinar en qué orden clasificar al enemigo, así que su espanto no hizo sino aumentar, ya que su ignorancia le hizo imaginar todas las desgracias juntas. Soportó el cruel suplicio de escuchar, de apreciar todos y cada uno de los caprichos de aquella respiración, sin perder detalle y sin permitirse el más leve movimiento. Un olor tan fuerte como el exhalado por los zorros aunque más penetrante, más grave por así decirlo, inundaba la cueva. Una vez que el provenzal lo hubo degustado con el olfato, llegó al colmo de su terror: ya no podía dudar de la existencia del terrible compañero, cuyo antro real le servía como campamento. Al poco tiempo, el resplandor de la luna, que se precipitaba hacia el horizonte, hizo brillar insensiblemente la piel moteada de una pantera. Aquel león de Egipto dormía, hecho un ovillo, como un enorme perro, tranquilo dueño de una suntuosa caseta a la entrada de una

mansión. Sus ojos, abiertos durante un instante, se habían cerrado. Tenía la cabeza vuelta hacia el francés. Mil pensamientos confusos cruzaron la mente del prisionero de la pantera. Primero quiso matarla de un tiro, pero entre ellos no había espacio suficiente para apuntar y, además, el cañón habría pasado por encima del animal. ¿Y si se despertaba? Aquella idea lo paralizó. Al oír los latidos de su corazón en medio de aquel silencio, maldijo las pulsaciones demasiado fuertes provocadas por la afluencia de la sangre y temió alterar el sueño que le permitía buscar una vía de escape. Luego, en dos ocasiones palpó con la mano la cimitarra con la intención de cortar la cabeza a su enemigo, pero la dificultad de atravesar el pelo corto y duro le obligó a renunciar al osado proyecto.

«¿Fallar? Eso equivaldría a una muerte segura», pensó.

Prefirió las probabilidades que le ofrecía un combate, así que decidió esperar el día. Y el día no se hizo esperar mucho tiempo. El francés pudo entonces observar a la pantera. Tenía el hocico teñido de sangre.

«¡Ha comido bien…! —pensó, sin preocuparse por si el festín se había compuesto de carne humana—, así no tendrá hambre al despertarse.»

Era una hembra. La piel del vientre y los muslos eran de un blanco radiante. Varias manchas pequeñas, como de terciopelo, formaban bonitos brazaletes alrededor de las patas. La cola musculosa también era blanca, aunque rematada por anillos negros. El dorso de la capa era amarillo como el oro mate pero liso y suave, con esas motas características que distinguen a las panteras de las otras especies de felinos. Aquella tranquila y temible anfitriona roncaba en una pose tan graciosa como la de una gata acostada sobre el cojín de una otomana. Había atendido las ensangrentadas patas, nerviosas y bien armadas, por delante de la cabeza, que reposaba en ellas y de la que salían esas barbas ralas y tiesas, semejantes a hilos de plata. De haber estado así dentro de una jaula, no hay duda que el provenzal habría admirado la gracia del animal, así como el llamativo contraste de los vivos colores, que daban a su manto un brillo imperial. Pero la vista se le había nublado ante aquel siniestro espectáculo. La presencia de la pantera, incluso dormida, le producía el mismo efecto que los ojos hipnóticos de la serpiente tienen, según se dice, sobre el ruiseñor. El valor del soldado flaqueó unos instantes ante aquel peligro, a pesar de que con toda seguridad se habría exaltado ante la boca de los cañones vomitando metralla. Pero en seguida se abrió paso en su mente un pensamiento intrépido que cortó, en su origen, el sudor frío que

manaba de su frente. Al percibir una tragedia en aquella aventura, decidió desempeñar su papel con valor hasta la última escena, como esos hombres que, llevados hasta el límite por la desgracia, llegan a desafiar a la muerte y se exponen a sus reveses.

—¿Y si, anteayer, los árabes me hubiesen matado…? —se dijo.

Dándose por muerto, esperó valientemente y con una inquieta curiosidad el despertar del enemigo. Al aparecer el sol, la pantera abrió súbitamente los ojos y luego extendió las patas con violencia para desentumecerlas y disipar los calambres. Finalmente bostezó, mostrando así la temible dentadura y su lengua ganchuda, tan dura como una lima.

«¡Parece una amante!», pensó el francés al verla acurrucarse con movimientos tan suaves como coquetos. Se lamió la sangre que le teñía patas y hocico y se rascó la cabeza con gestos reiterados y llenos de gracia.

«Muy bien. ¡Lávate la carita…! —dijo para sus adentros el francés, alegre por haber recuperado el valor—. Vamos a desearnos los buenos días.»

Y asió el pequeño puñal del que había librado a los magrebíes.

En ese instante, la pantera volvió la cabeza hacia el francés y lo miró fijamente, sin moverse. La dureza de aquellos ojos metálicos y su insoportable claridad sobrecogieron al hombre, sobre todo cuando el animal avanzó hacia él. A pesar de ello, la miró con ternura, guiñando los ojos como para hipnotizarla, y la dejó llegar junto a él. A continuación, con un gesto tan suave y cariñoso como si hubiese querido acariciar a la más bonita de las mujeres, le pasó la mano por todo el cuerpo, de la cabeza a la cola, irritando con sus uñas las flexibles vértebras que fraccionaban el lomo amarillo de la pantera. El animal levantó voluptuosamente la cola y su mirada se suavizó. Cuando el francés realizó por tercera vez aquel mimo interesado, la pantera dejó escapar uno de esos ronroneos con los que nuestros gatos expresan su placer, aunque aquel procedía de una garganta tan poderosa y profunda que resonó en la gruta como los últimos resoplidos del órgano en la iglesia. El provenzal, al percibir la importancia de sus caricias, las multiplicó con el fin de aturdir y paralizar a aquella cortesana imperiosa. Cuando se sintió seguro de haber apaciguado la ferocidad de su caprichosa compañera, cuyo apetito había sido tan felizmente saciado durante la noche anterior, se levantó y salió de la cueva. La pantera lo dejó partir, pero en cuanto hubo escalado la colina, lo alcanzó saltando con la misma ligereza con que los gorriones pasan de una rama a otra, y se frotó contra las piernas del soldado con el lomo arqueado

como una gata. Luego, mirando a su huésped con ojos de brillo menos inflexible, profirió ese grito salvaje que los naturalistas comparan al ruido de la sierra.

—¡Aja, la señora es exigente! —exclamó el francés sonriendo.

Probó a jugar con las orejas, acariciarle el vientre y rascarle vigorosamente la cabeza con las uñas. Y al percatarse del éxito, le hizo cosquillas en el cráneo con la punta del puñal, al tiempo que acechaba el momento de matarla. La dureza de los huesos le hizo temblar ante la posibilidad de fracasar.

La sultana del desierto agradeció la solicitud de su esclavo levantando la cabeza, estirando el cuello, manifestando embriaguez en su actitud tranquila. El francés pensó que para asesinar de un solo golpe a aquella feroz princesa debía clavarle el puñal en la garganta, y ya levantaba la hoja cuando la pantera, totalmente satisfecha, se acostó graciosamente a los pies del soldado. Le lanzaba de vez en cuando una mirada en la que, a pesar del rigor natural, se pintaba confusamente algo de benevolencia. El pobre provenzal se comió unos dátiles apoyado en una de las palmeras, al tiempo que dirigía alternativamente miradas inquisitivas hacia el desierto para buscar liberadores y hacia su temible compañera para espiar su clemencia incierta. La pantera fijaba la vista en el lugar donde caían los huesos de dátil cada vez que el provenzal tiraba uno. Sus ojos expresaban entonces una increíble desconfianza. Examinaba al francés con prudencia comercial; por esta vez, el examen le fue favorable, ya que cuando hubo acabado de comer, la pantera le lamió las botas y con la lengua áspera y fuerte consiguió sacarles el polvo incrustado en los pliegues.

«Pero… ¿y cuando tenga hambre…?», pensó el provenzal.

A pesar del escalofrío que sintió ante semejante idea, el soldado se puso a medir con curiosidad las proporciones de la pantera, que era ciertamente uno de los más bellos ejemplares de su especie, ya que tenía tres pies de alto y cuatro de largo, sin contar la cola. Aquella arma poderosa, redonda como una porra, tenía unos tres pies de largo. La cabeza, tan grande como la de una leona, se caracterizaba por una rara expresión de sutileza; tenía mucho de la fría crueldad de los tigres, aunque también presentaba un vago parecido con la fisonomía de una mujer traicionera. En fin, la cara de aquella reina solitaria revelaba en aquel momento una especie de alegría parecida a la de Nerón ebrio: se había saciado de sangre y ahora quería jugar. El soldado probó a ir y venir. La pantera lo dejó libre y se conformó con seguirlo con la vista, aunque no parecía tanto un perro fiel como un gato de Angora inquieto por

cualquier cosa, incluso por los movimientos de su amo. Cuando el soldado dio la vuelta, vio al lado de la fuente los restos de su caballo. La pantera había llevado hasta allí el cadáver y había devorado unos dos tercios. Aquel espectáculo tranquilizó al francés, que pudo así explicarse la ausencia de la pantera y por qué lo había respetado durante el sueño. Como esta primera alegría lo alentó a tantear el futuro, concibió la loca esperanza de formar buena pareja con la pantera durante el resto del día, sin desaprovechar cualquier ocasión que se le presentara para domesticarla y conciliarse sus favores. Volvió a su lado y tuvo la inefable alegría de verla mover la cola con un movimiento casi imperceptible. Entonces se sentó junto a ella sin ningún temor y se pusieron a jugar juntos. La agarró por las patas y el hocico, le retorció las orejas, la tumbó sobre la espalda y le rascó vivamente los costados calientes y sedosos. Ella se dejó hacer y cuando el soldado intentó alisarle el pelo de las patas, metió con cuidado las uñas, curvas como un yatagán.

El francés, que mantenía una mano sobre el puñal, aún pensaba en hundirlo en el vientre de la tan confiada pantera, pero temió ser estrangulado inmediatamente por la postrera convulsión que la agitaría. Y además escuchó en su corazón una especie de remordimiento que clamaba respeto por una criatura inofensiva. Le pareció que había encontrado una amiga en aquel desierto sin límites. Pensó involuntariamente en su primera amante, a la que había dado el alias de Dulce, por antífrasis, ya que era tan terriblemente celosa, que durante el tiempo que duró su pasión, él temió el cuchillo con el que lo había amenazado desde el primer momento. Aquel recuerdo de su juventud le dio la idea de intentar que el animal respondiera a aquel nombre, ya que también admiraba de la joven pantera, ahora con menos escalofríos, la agilidad, la gracia y la languidez.

Hacia el final del día, se había acostumbrado a su peligrosa situación e incluso casi apreciaba la ansiedad que conllevaba. Al fin, su compañera adquirió el hábito de mirarlo cada vez que gritaba con voz de falsete: «Dulce». Durante la puesta de sol, Dulce profirió varias veces un aullido profundo y melancólico.

“¡Qué bien educada…! ¡Incluso dice sus oraciones!», pensó el alegre soldado.

Aunque aquella chanza sólo se le ocurrió tras comprobar la actitud pacífica en la que se mantenía su camarada.

—Vamos, rubia, dejaré que te acuestes la primera —le dijo, contando con la agilidad de sus piernas para escapar lo más rápido posible cuando ella se hubiera dormido y buscar otro refugio

durante la noche.

El soldado esperó impaciente el momento de la huida. Cuando llegó, caminó animosamente hacia el Nilo. Apenas había recorrido un cuarto de legua a través de la arena, cuando oyó a la pantera que daba saltos tras él y lanzaba a intervalos aquel grito de sierra, aún más espantoso que el sonido de sus saltos.

—¡Bueno —se dijo—, me ha tomado cariño…! ¡Tal vez sea yo la primera persona que esta joven pantera ha conocido, es halagador gozar de su primer amor!

En ese mismo instante el francés cayó en una de esas zonas de arenas movedizas tan peligrosas para el viajero y de las que es imposible escapar. Al sentirse atrapado, profirió un grito de socorro. La pantera lo cogió por el cuello del uniforme con los dientes y, saltando con fuerza hacia atrás, lo sacó del pozo como por arte de magia.

—¡Ah! Dulce —exclamó el soldado acariciándola con entusiasmo —, ahora estamos unidos en la vida y en la muerte. Y nada de bromas.

Volvió sobre sus pasos.

A partir de entonces, el desierto estuvo como habitado. Encerraba un ser con quien el francés podía hablar y cuya ferocidad se había suavizado para con él, sin que pudiera explicarse las razones de aquella increíble amistad. Por muy poderoso que fuera el deseo del soldado de mantenerse en pie y alerta, se quedó dormido. Al despertarse, Dulce ya no estaba. Subió a la colina y la divisó a lo lejos. Acudía dando saltos, según la costumbre de estos animales, que no pueden correr dada la extrema flexibilidad de su columna vertebral. Dulce llegó con los morros ensangrentados. Recibió las necesarias caricias que le hizo su compañero, dando muestras, mediante varios ronroneos graves, de cuan contenta estaba. Sus ojos llenos de indolencia, se posaron con más dulzura que la víspera sobre el provenzal, que le hablaba como a un animal doméstico.

—¡Aja! Señorita, porque es usted una chica decente, ¿no? Vaya, vaya… ¡Con que le gusta que la mimen! ¿No le da vergüenza? ¿Se ha comido usted algún magrebí? Bien… ¡aunque son tan animales como usted! ¡No vaya la señorita a zamparse algún francés, porque ya no la querría!

Ella jugó con su amo como un perro joven. Dejó que la hiciera rodar, que le pegara y la adulara, alternativamente. De vez en cuando, para provocar al soldado, tendía una pata hacia él con gesto solícito.

Así pasaron algunos días. Aquella compañía permitió al

provenzal admirar la belleza sublime del desierto. Desde que tenía momentos de inquietud y felicidad, alimentos y una criatura en la que pensar, su alma se vio llena de contradicciones… Era aquella una vida plagada de contrastes. La soledad le reveló sus secretos y lo envolvió con sus encantos. Descubrió en los amaneceres y las puestas de sol, espectáculos desconocidos para el resto del mundo. Llegó a estremecerse al oír, por encima de su cabeza, el suave silbido de las alas de un pájaro —raro pasajero—; al ver mezclarse las nubes —viajeros cambiantes y coloreados—. Durante las noches, observó atentamente los efectos de la luna sobre el océano de arena donde el simún producía olas, ondulaciones y rápidos cambios. Convivió con los días de oriente, de los que admiró los maravillosos fastos. Y muchas veces, después de haber disfrutado del terrible espectáculo de un huracán sobre aquella llanura donde la arena levantada producía nieblas rojas y secas, nubes mortales, vio caer la noche con placer, pues entonces llegaba el benéfico frescor de las estrellas. Escuchó, en los cielos, melodías imaginarias. Luego, la soledad le enseñó a desplegar los tesoros de la fantasía. Pasaba horas enteras recordando minucias, comparando su vida pasada con la presente. Finalmente se apasionó por su pantera, pues estaba muy falto de cariño. Ya fuese porque su voluntad, poderosamente proyectada, hubiera modificado el carácter de su compañera, ya porque ésta encontrase comida en abundancia gracias a los combates que se libraban entonces por aquellos desiertos, el caso es que ella respetó la vida del francés, quien acabó por no desconfiar más al verla tan bien domesticada. Pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo, aunque estaba obligado a mantenerse alerta, como una araña en su tela, para no dejar escapar el momento de la liberación, en caso de que alguien cruzara la esfera descrita por el horizonte. Había sacrificado su camisa para hacer una bandera, enarbolada en la copa de una palmera sin hojas. Acuciado por la necesidad, pudo encontrar el medio para mantenerla desplegada: la tensó con unas varillas, porque el viento podría haber cesado de agitarla justo en el momento en que el esperado viajero oteara el desierto.

Durante las largas horas en que lo abandonaba la esperanza, se distraía con la pantera. Acabó por conocer las diferentes inflexiones de su voz, la expresión de sus miradas. Había estudiado todos los caprichos de las manchas que matizaban el oro de su capa. Dulce ya ni gruñía cuando la cogía por el mechón que remataba su temible cola, para contar así los anillos blancos y negros, graciosos adornos, que, a lo lejos, bajo el sol, brillaban como piedras preciosas. Se

complacía contemplando las líneas mullidas y finas de las curvas, la blancura del vientre, la gracia de la cabeza. Pero cuando más le gustaba mirarla era cuando jugueteaba. La agilidad, la juventud de sus movimientos, lo sorprendían cada vez. Admiraba su flexibilidad cuando empezaba a dar saltos, deslizarse, reptar, colgarse, dar vueltas sobre sí misma, agazaparse y lanzarse en todas direcciones. Por muy rápido que fuera su impulso, por muy resbaladizo que fuese un bloque de granito, se paraba en seco al oír «Dulce»…

Un día de sol resplandeciente, una enorme ave planeaba en el aire. El provenzal dejó a la pantera para examinar aquel nuevo huésped. Después de unos minutos de espera, la sultana abandonada lanzó un gruñido sordo.

—Diría, Dios me perdone, que está celosa —exclamó al mirar sus ojos otra vez implacables—. ¿Se habrá metido el alma de Virginie en este cuerpo? ¡Apuesto a que sí!

El águila desapareció en el aire mientras el soldado admiraba la grupa protuberante de la pantera. ¡Había tanta gracia y juventud en sus curvas! Era tan bonita como una mujer. El pelo rubio de la capa se unía mediante finos matices a los tonos del blanco mate que distinguía los muslos. La luz, proyectada profusamente por el sol, hacía brillar aquel oro vivo, aquellas manchas pardas, y los dotaba de un atractivo indescriptible. El provenzal y la pantera se miraron el uno al otro con aire inteligente. La coqueta se estremeció cuando sintió las uñas de su amigo rascándole la cabeza. Sus ojos brillaron como dos relámpagos y luego los cerró con fuerza.

—Tiene un alma… —dijo el provenzal al observar la tranquilidad de aquella reina de la arena, dorada como ella, blanca como ella, solitaria y ardiente como ella….

—Muy bien. Ya he leído su alegato en favor de los animales. Pero, ¿cómo acabaron estas almas gemelas?

—¡Ajá! Acabaron como acaban todas las grandes pasiones, con un malentendido: cada una de las partes sospecha una traición; el orgullo impide cualquier aclaración y rompen por cabezonería.

—Y a veces, incluso en los mejores momentos —dijo ella—, una mirada, una exclamación bastan. Muy bien, ¿acabará usted su historia?

—Es terriblemente difícil, aunque usted sabrá comprender lo que ya me había confesado aquel viejo gruñón cuando, al acabarse la botella de vino de Champagne, me dijo: «No sé qué daño le hice, pero se volvió contra mí como si estuviese rabiosa y con sus afilados dientes me mordió el muslo, aunque no muy fuerte. Pero yo, al creer que quería devorarme, le clavé el puñal en la garganta. Dio

varios tumbos lanzando un grito que me heló el corazón. La vi debatirse mirándome sin ira. Hubiese dado cualquier cosa, incluso mi condecoración, que aún no poseía, por devolverle la vida. Fue como si hubiese asesinado a una persona. Los soldados que habían visto mi bandera y acudieron a socorrerme, me encontraron anegado en llanto».

»Mire usted, caballero —continuó tras un momento de silencio—, luego hice la guerra en Alemania, en España, en Rusia, en Francia; he paseado bastante mi cadáver y no he visto nada parecido al desierto… Es que es muy bello.

—¿Y qué sentía usted allí? —le pregunté.

—¡Ah! Eso no puede decirse, joven. Además, no siempre echo en falta mi ramillete de palmeras y mi pantera… sólo cuando estoy triste. Verá, en el desierto está todo y no hay nada…

—¡Explíquemelo, por favor!

—Pues bien —añadió dejando escapar un gesto de impaciencia—, aquello es Dios sin los hombres.

Inocencia

HAROLD BRODKEY

(Traducción de Damián Alou)

La noción de que el amor puede ser codificado en rituales es muy antigua. En la Edad Media se establecieron reglas amatorias y tribunales de amor, tan severos como los encargados de aplicar la ley; ante ellos se presentaban casos que unas sabias damas debían juzgar según la justicia erótica. Si el amante defendía públicamente a su dama cuando oía que la estaban difamando, pese a que ésta le hubiera ordenado que ya no la sirviera, ¿era culpable de desobediencia? La condesa de Champagne dictaminó que no lo era: porque la orden de la dama era errónea y por consiguiente no era obligatorio cumplirla.

Los tratados sobre el amor eran de uso frecuente en China, la India, el mundo islámico y Japón. En nuestra época, menos poética, adoptan la forma de manuales de autoayuda y encuestas como las realizadas por las revistas de moda. Pero todavía está profunda y fuertemente arraigada la necesidad de creer que las prácticas del amor dependen de sistemas de comunicación establecidos. Para Harold Brodkey, estas reglas atañen al acto erótico mismo. «Inocencia» es la historia del aprendizaje de estas reglas, el descubrimiento de que los rituales del amor nunca nos proporcionan ese tan ansiado cielo.

1. Orra en Harvard

Orra Perkins estaba en su último año de carrera. Su aspecto era como una fuerza que te golpeaba. Parecerá una exageración, pero las personas que hablaban con ella por primera vez solían levantar los brazos involuntariamente, como para rechazar la luminosidad de su aparición. Era una chica un tanto escuálida, como un tulipán, de estatura mediana. Verla a la luz del sol era como ver morir el marxismo. No soy el único que decía eso. Se debía a que la visión de una persona real que poseyera un valor tan inmediato y tan alto significaba que había que decidir si esa distinción personal tenía derecho a existir, o si pertenecía al Estado y debía ser disminuida,

reducida en escala, ensombrecida, o, simplemente, tomarse a befa.

Además, el caso era que tenías que ser rico y famoso para ponerle la mano encima; ella no podía evitar ser un trofeo, y la cuestión era si el trofeo tenía que ser otorgado según consideraciones económicas o políticas, o si en su concesión podía intervenir el azar.

Yo también estudiaba el último año de carrera, y era bastante irónico. No tenía dinero. No era de buena familia. Me parecía que Orra era la prueba de que la vida era un fenómeno aterrador y de una tremenda superficialidad. Ella hacía que resultara absurda cualquier noción que yo tuviera acerca de la normalidad psicológica o de la justicia, ya que la normalidad no era tan admirable ni tan deseable como Orra; o tal vez, ella encarnaba la normalidad y todo lo demás carecía de interés porque resultaba inferior, y la justicia era inconcebible si ella o alguien semejante a ella, si es que era posible imaginar algo que se le asemejara después de verla por primera vez, no se iba a la cama contigo. Yo solía provocar la hilaridad general en mi habitación cuando gritaba su nombre a mis amigos y luego estallaba en una carcajada y decía, jadeando:

—¡Joder, somos tan poca cosa!

Era terrible que ella existiese sin que yo la poseyera. De todos modos, también había quien prefería a las chicas vulgares, aunque tal cosa no tuviera fácil explicación.

Mucha gente la evitaba, se alejaba de ella. Orra era, hasta cierto punto, más avispada que las demás, debido a lo extremo de las experiencias que había vivido, y debido también a lo extremado de sus respuestas: había montado escenas en Harvard Square con un marqués británico, en una fiesta en Lowell House abofeteó al hijo de un multimillonario con tanta fuerza que lo tiró de espaldas, y a continuación le espetó: «Nunca me acuesto con estúpidos». Extremadas eran también las humillaciones que soportaba y repartía, la burda publicidad que rodeaba todos sus actos, su vida, definida por esa clase de aventuras, y extremados eran los peligros superados más o menos felizmente y las bajezas sufridas; todo ello le otorgaba una especie de temible eminencia, una eminencia que se debía a sus experiencias y a que era diferente a todos los demás. Se había visto envuelta en intrigas de mayor o menor importancia, en los dramas de algunas familias de renombre en política, en pasiones, engaños, locuras a grande y cara escala, promesas, violencia; había conocido el genuino dolor de la derrota cuando la derrota es, hasta cierto punto, el resultado de tus propias cualidades y no de tus defectos, y era capaz de reconocer la podredumbre de

las victorias que no han sido definitivas. La belleza la había dañado y embrutecido. Era como un pájaro gigante, como un extraño avestruz absurdamente vistoso que caminara por el Yard, parecía que no perteneciera a la misma especie que el resto de la gente, que fuera capaz de moverse de un modo distinto, a través del flexible medio del aire, a través de los extraños ámbitos de nuestros minutos en esta tierra, a través de las lúgubres circunstancias de nuestras vidas en aquellos años.

La gente decía que valía la pena hacer lo que fuera para verla: su contemplación resultaba reconfortante, era como un testimonio de que la vida tenía interés. Pero eran pocos los que se preocupaban por conocerla. Casi todos preferían mantenerse a distancia. No sé cuánto había puesto ella de su parte por convertirse en lo que era. Podría haber sido una chica del montón, si lo hubiese deseado.

Tenía unos cabellos corrientes, una frente que no era llamativa ni mucho menos, unos ojos extraordinarios, profundamente engastados, anhelantes, esperanzados, airadamente aburridos detrás de unos párpados lisos y pesados que oscilaban igual cuando se mostraba interesada por algo y cuando no manifestaba el menor interés. Su mayor deseo era no molestar a supernumerarios y extraños y no ser molestada por ellos. Tenía una nariz orgullosa y demasiado grande, que le daba el aspecto de un perro noble y obstinado. La boca otorgaba al conjunto una expresión desconcertantemente encantadora; era más expresiva que los ojos y mostraba su implacabilidad: la implacabilidad de su conocimiento de la vida. La gente siempre se la quedaba mirando. Algunos reían nerviosamente. «¿Te gusto, Orra? ¿Te gusto un poco?» Miraban las grandes manos del sacerdote azteca que los abría a los sentimientos y al horror, que ponía al descubierto sus corazones, la espantosa prudencia de sus vidas. Se quedaban mirando las increíbles simetrías de su cara, en ocasiones angustiosamente apasionadas y que casi siempre delataban el errático dolor que le producía su belleza, la leve alegría que sentía de vez en cuando por ser tan hermosa. Me gusta la gente hermosa. Con frecuencia, las simetrías de su cara se veían desbaratadas por sus intentos de ser expresiva: la belleza era una roca y ella luchaba por librarse de su carga. Una belleza ridícula. La cruel parodia de una muchacha. A veces su cara estaba completamente impávida, como si la envolviera una máscara de pesadumbre y procurara moverse entre nosotros de incógnito. Yo era consciente de que cada una de sus caídas aumentaba mis posibilidades. Nunca dudé de que en privado fuera una persona normal ni de que hiciera pis y caca. Siempre que tenía oportunidad

de observarla durante un largo intervalo de tiempo, en clase, por ejemplo, me decía: «La comprendo». Así que me acercaba a ella, Orra reaccionaba de tal modo que, aunque estuviera de pie hablándole, me desvanecía como persona, como presencia sexual, como alguien presente e importante para ella, en una invisibilidad cada vez más intensa. Eso sucedía mientras ella era estudiante de primero, de segundo y de tercer curso. Cuando estábamos en el último curso, yo había aprendido a evitar ser invisible incluso para ella. Me había dado cuenta de que Orra era poco más que una despampanante universitaria, muy cacareada. Eso era todo. Pero Dios mío, en mis ojos, en mis pensamientos, ella caminaba como una diosa, penetraba como un estallido de luz, le dedicaba pensamientos vastos como un desierto. A veces, a primera hora del crepúsculo invernal en el Yard, la veía enfundada en el abrigo, desabrochado aun cuando hiciera frío, como si ella siempre quemara ligeramente; la veía moverse desgarbada a lo largo del camino, semejante a un escuálido jugador de hockey sobre hierba, una gran atleta que salía de la pista a trompicones, con movimientos deslavazados, aunque conservando fuerzas de reserva, ¿entendéis lo que quiero decir?, y su cara, mientras caminaba, podía contraerse como la de un perro cuando duerme, contraerse con cualquier diálogo o aventura o ensueño que tuviera en la cabeza. O podía caminar en las primeras sombras de la noche, con expresión fría, altiva, colérica, y los peores desaires que yo podía recibir estaban encarnados en aquella chica ridículamente hermosa. Siempre me decía: «¿Qué será de ella?». El hecho de que me ignorara me hizo sentirme como una nulidad sexual. Ella era el testimonio de un nivel de aventura sexual que todavía no había alcanzado a pesar de mis incansables esfuerzos: ese nivel existía porque Orra existía.

¿Vale la pena sentir un amor así?

2. Orra conmigo

Desconfío de los resúmenes, de toda clase de descenso a través del tiempo, de cualquier exceso de confianza que alguien deposite en la veracidad de lo que rememora; creo que quien afirma comprender algo pero permanece imperturbablemente sereno, quien asegura que escribe sus recuerdos con sosegada emoción, es un necio y un mentiroso. Comprender es temblar. Rememorar es regresar a algo y sentirse transido. Después de girar por el aire en un simulacro de vuelo, el acróbata permanece erguido sobre la plataforma y realiza un simulacro de reverencia, como si aquello por lo que se le aplaude fuera fácil para él y no le costara nada,

aunque mientras tanto el sudor lo cubre y su sonrisa está ribeteada por un escalofrío de alivio que da que pensar; obra como es propio en el mundo del espectáculo: finge ser un superhombre. Estoy harto de eso y de lo que ha traído como consecuencia. Admiro la facultad de arrodillarse delante del acontecimiento.

Fue en la última primavera anterior a nuestra graduación cuando, al fin, la poseí. Habíamos quedado en encontrarnos en mi habitación, para tomar un trago antes de salir a cenar. Cerré la puerta sin correr el pestillo; me eché desnudo en la cama, bajo la sábana. Cuando llamó a la puerta, dije: «Entra», y así lo hizo. En cuanto me vio comenzó a parlotear, recriminándome que todavía estuviera en la cama; parecía pensar que había dormido la siesta y olvidado despertarme a tiempo para estar a punto cuando llegara.

—Estoy desnudo, Orra, bajo esta sábana. Te estaba esperando, no me dormí —dije.

Se quedó de piedra.

—¡Maldito…! —dijo—. ¿Por qué no podías esperar?

Pero mientras lo decía ya se estaba quitando la blusa.

Me asombró que fuera tan dócil; luego se me ocurrió que quizá se debía en parte a que no quería arriesgarse a decirme que no: no quería ser desagradable ni difícil, ni quería que me enfadara; tal vez esperaba hacerme feliz a fin de que yo la apreciara y me sintiera a gusto con ella, de modo que pudiera conocerme; bueno, eso es lo que yo hubiera deseado. Pero al ser incapaz de decirme que no, evitó que me invadiera el temor al fracaso sexual, lo que me habría incapacitado para preocuparme por satisfacerla, por conseguir que sintiera placer en la cama.

Lo cierto es que no era una experta, ni mucho menos, lo que me conmovió. Realmente, fue una relación sexual pobre; no se corrió ni, por lo que pude ver, sintió gran cosa. Después, echado junto a ella, pensé en sus ocho o diez o quince amantes anteriores, asustados de ella, temerosos de comentar su relación sexual por si les decía que no eran capaces de satisfacerla. Me los imaginé protegiendo su vanidad, rodeando su amor propio con los brazos y no permitiendo que ella penetrara en su intimidad. Y aunque me pareció una consideración un tanto precipitada, me vino el pensamiento de que, por razones obvias, y de acuerdo con una interpretación un tanto pragmática de ellas, todavía era virgen. Perjudicada y mutilada por ser tan hermosa, tal como yo había pensado. Me dije, de todos modos, que era muy probable que estuviera equivocado. Sin embargo, lo que hice durante el resto de aquella noche —nos la pasamos despiertos; charlamos, nos

peleamos un poco, nos hicimos algunas confesiones, discutimos de sexo, follamos de nuevo (la segunda vez fue un poco mejor)— fue tratarla con la equidad con que habría tratado a un muchacho de mi edad, a un joven, empleando una paciencia y una tolerancia de lo más rigurosas y mesuradas, como si fuera una parapléjica que se hubiera pasado la vida en una silla de ruedas y estuviera cansada de sentimentalismos. No mostré el menor sentimentalismo. Supuse que se había sentido asfixiada por los sentimientos y el sentimentalismo de las personas impresionadas por su aspecto. Era hermosa y estaba asustada y vacía, sola y herida, y era vana y tímida e invulnerable (como un tullido: ¿qué más se le puede hacer a un tullido?). Ella era el César y emperador de todo el mundo conocido, a la vez que no era nada en absoluto y resultaba la antítesis del César.

Todo era bastante complicado, aunque en parte resultaba divertido: quería decir que yo no podía responder a su belleza, sino que tenía que ignorarla. Era una chica bastante curiosa; adolecía de una profunda incapacidad para comunicarse, para comunicarse como mujer. Eso significaba que cuando ella decía cosas como: «Estás muy a la defensiva», yo tenía que polemizar, ponerme a su altura, tomarla en serio, y decirle: «¿A qué te refieres?», y entonces hablábamos del asunto; unas veces la atacaba («Tú no puedes juzgar qué es estar a la defensiva, posees la estúpida irresponsabilidad de las mujeres, su estúpida falta de conexión: debo estar a la defensiva») y otras fingía ceder ante ella («Hay algo a tu favor: piensas con gran claridad. De acuerdo, adoptemos eso como premisa»). Naturalmente, gran parte de lo que decíamos era incoherente y no tenía sentido al examinarlo con atención, pero en la conversación expresábamos lo que queríamos decir o lo que creíamos que queríamos decir. Yo no reaccioné hacia ella de manera sentimental. En realidad, no era una chica, ni siquiera era del todo humana: ¿cómo hubiera podido serlo? Orra era una presa, un timbre de gloria, un trofeo, nuestra pseudo—Cleopatra local de clase media alta. O no tan pseudo. No podía fanfarronear de mi suerte ni de sentirme desvergonzadamente orgulloso. No podía pavonearme ni repantigarme como en una nube, un semidiós junto a una diosa, aunque estaba claro que, a pesar de todo, éramos profundamente afortunados: la pobreza de nuestra relación sexual, las diferencias de actitud que parecíamos compartir, las tensiones y las meteduras de pata. En el momento en que yo disfrutara de ella más que ella de mí, en que perdiera conciencia de ella incluso por un instante, se encerraría de nuevo en su falta de comunicación. No podía amarla y además poseerla. Sólo podría amarla y poseerla si

no demostraba amor ni daba muestras de haberla poseído. Era como estar tumbado con aire señorial, abierto a la posibilidad de que para que yo pudiera sentir tendría que hacer que ella se sintiera cómoda en el interior de las tranquilas mentiras de mi comportamiento, de mi manera de llenar los minutos de falsos mensajes. Era como enfrentarse a alguna exigencia de los mitos griegos, por ejemplo, la de no volver la vista hacia Eurídice. La noche avanzaba, inexorable, minutos rezagados, empolvados de oscuridad, en mitad de una ciudad soñolienta, la primavera arrastrándose como una plaga de serpientes verdes, fragmentos de color en el aire, a las cuatro de la madrugada olores de hojas cuando se desvanece el tufo de los automóviles. Vino la aurora, tan rosada, tan pastel, tan estúpida; hablábamos de la posibilidad de las estructuras gramaticales innatas; dijo que se trataba de una noción improbable, que los judíos realmente estaban obsesionados con Dios (el primero en desarrollar esa idea había sido un judío), y que la gran dificultad era inventar un Dios justo, que si Dios aparecía en algún momento o confiaba en los profetas, tenía que haber grados en la posibilidad de conocerlo, de modo que Él era por definición injusto; el único Dios justo sería el que consistiera en lo que siempre había sido creído por todo el mundo; y que siempre se podría identificar a un pensador básicamente mesiánico, profundamente religioso, fraudulento, por la insistencia con que intentaría basar su doctrina en el supuesto de haber sido siempre cierta, de haber sido innata incluso en el hombre primitivo, mientras que un pensador honesto, uno que no mintiera, estaría atrapado en las garras de la verdad del proceso y del cambio y en la profunda ausencia de justicia, pues ésta sólo podía considerarse una invención, un intento por parte de la voluntad de convivir con una o con muchas otras personas sin consumirlas. En aquel momento, Orra dijo:

—Creo que nos estamos enamorando.

Pensé que yo había evitado que se sintiera deprimida después de follar: a cualquier chica que posea un poco de energía y cerebro le resulta duro aceptar que follar, o ser follada, no tenga ninguna contrapartida, así que folla con la intención de joder a quien la folla; lo que quiero decir es que lo que menos le importa es ser capaz de excitar al hombre para que tenga ganas de follar: necesita que él esté dispuesto a dar la vida por follársela. Las mujeres son educadas para vivir en medio de la tensión y la vehemencia, como los animales, para parir aun cuando el parir podría matarlas, y para cuidar a los hijos aun cuando los hijos podrían morir en cualquier momento: en las mujeres está implícito ese vivir en peligro, con

riesgo, al borde de la tragedia, en constante tensión, siempre a punto para el acto ocasional de valor. Necesitan tener cerca la muerte y la nobleza. Desde un punto de vista animal, ser follada cuando ello no implica ningún drama, cuando no vas a alzarte hasta un nivel de nobleza y valor que lo masculino nunca podrá alcanzar, es apartarse de todo lo femenino. Yo quería ser una compañía medianamente decente para ella. No sabía si resultaría apropiado para mí. Psicológicamente, en lo más profundo, soy un transeúnte. Una forma de basura. Soy incapaz de guardar lealtad y silencio mucho tiempo; soy un soplón. Pero con ella me comporté bien. Como ya dije, amanecía. Estábamos de pie, desnudos junto a la ventana, observando en silencio los cambios de luz. Finalmente, ella dijo:

—¿Tienes hambre? ¿Quieres desayunar?

—Claro. Vistámonos y salgamos…

Me cortó; con un divertido tono de firmeza, dijo:

—¡No! Deja que salga y traiga algo para comer.

—Orra, no tienes por qué servirme. ¿Por qué lo haces? No seas así.

Pero ella tenía una prisa terrible por estar enamorada. Después de aquellas pocas horas, después de aquel corto espacio de tiempo.

—No soy tan lista como tú, Wiley. Deja que te sirva. Entonces estaremos en paz.

—Estamos en paz, Orra.

—No. Soy aburrida y anticuada. Crees que no soy así porque estás enamorado de mí. Déjame ir.

Parpadeé. Al fin, dije:

—De acuerdo.

Se vistió y salió y regresó. Mientras comíamos, permaneció en silencio; dije cosas, pero ella no hizo ningún comentario; comió muy poco; dobló las manos y sonrió suavemente, como uno de esos retratos de madres jóvenes y atractivas del siglo xix. Cada vez que la miraba, ella lo advertía, la expresión de su cara cambiaba hasta adquirir una de absoluta y directa bienvenida a todo lo que yo pudiera decir.

Así, pues, la cosa marchaba.

3. Orra

Ella no se corrió. Dijo que nunca se había corrido con nadie. Y que no le importaba.

Después de la primera vez, se quejó:

—Te movías espasmódicamente, espasmódicamente… como un saltamontes.

De modo que quería obtener más placer del que había obtenido. Pero después del segundo polvo, y tras aquel amanecer, no volvió a quejarse… a no ser que yo intentara que se corriera; entonces se quejaba de eso. Cuando follábamos no mostraba disgusto hacia ninguno de mis caprichos ni por los ritmos y posturas que yo adoptaba. Pero yo no estaba complacido ni satisfecho; me preocupaba que no se corriera. Y tampoco estaba complacido ni satisfecho por lo que a mí respectaba. Creía que eso se debía a que ella me atraía más de lo que podía satisfacerme, quizá más de lo que el mero acto sexual pudiera satisfacerme, a que cuanto más me preocupaba, más resaca había, de modo que el deseo sexual se ahogaba (quiero decir que las sensaciones más agudas, y al tiempo las más monótonas, ocurren cuando te masturbas, pero cuando estás vilmente apegado a alguien, hay ruidos, distracciones que ahogan las sensaciones mientras follas). Durante un largo tiempo, su deseo de follar, su manera de desvestirse, el suave agitarse en horizontal de sus pechos mientras estaba echada, su leve irresolución, aquella ausencia de nervio tan característica de sus piernas y de la parte inferior de su cuerpo, con la que más o menos indicaba que estaba a punto: eso era más conmovedor, más inmensamente importante para mí que cualquier simple eyaculación posterior, que cualquier meter y sacar en sus profundidades, que el abalanzarse de las generaciones venideras hacia el interior de un universo comprimido, que el tieso miembro dentro de ella: me aferraba a Orra y gemía y me anclaba al alivio más temporalmente imaginable del deseo que sentía hacia su Persona; estaría ávido y ansioso de follarla de nuevo al cabo de veinte minutos; aquel desorden amoroso era digno de compasión. Me pareció que en los vastos espacios de la excitación por darnos una bienvenida mutua, solamente éramos capaces de organizar nuestros cuerpos a ciegas y como mucho a medias. Pero ¿y qué? Probablemente moriríamos en aquellas cavernas subterráneas; una parte de nuestras vidas perecería; cierta porción de esperanza e inocencia jamás sobreviviría a aquello: éramos demasiado abiertos, torpes, no éramos las personas adecuadas; de manera que, ¿qué importaba un polvo? No me preocupaba que el acto fuera siempre un poco áspero, que implicara un relativo fracaso, si era una preparación para volver a follar al cabo de media hora, si el correrse no era más que otra manera de excitarse. Si eso era lo que nos aguardaba, pues muy bien. Sin embargo, me parecía que cuanto más fuertes eran sus sentimientos hacia mí, cuanto más dependiente de mí se sentía, más la estaba estafando, pero Orra era tan generosa… y no se corría

cuando follábamos.

Dijo que jamás se había corrido, ni una vez en toda su vida, y que no tenía necesidad de hacerlo. Y que yo no debía pensar en si ella se corría o no.

—Soy una tigresa sexual —dijo—, y me gusta joder, pero soy demasiado ardiente para correrme: no hago esa clase de melindres. No soy egoísta de esa manera.

Podía darme cuenta de que, en cierto sentido, había rondado mucho e indagado en numerosos hombres, pidiéndoles que fueran sus amantes, al igual que había hecho conmigo, en lugar de esperar a que ellos dieran el primer paso o de intentar llamar su atención de manera sutil, y en la cama ella era sexualmente ávida y un poco más lanzada y menos medrosa que la mayoría de las chicas; pero sólo en un contexto de clase media alta podía llamársela tigresa sexual.

Me pareció —todo mi ser se concentraba en ello— que el hecho de que no se corriera daba una idea bastante cabal del tipo de relación que manteníamos, que el no correrse era un hecho innegable, una medida de nuestros límites. Mi impresión era que no debíamos considerarnos grandes amantes, puesto que no lo éramos.

Orra decía que lo éramos, que yo no tenía ni idea de lo asqueroso que era follar con las demás personas. Le dije que ésa no había sido mi experiencia. Mi impresión era que teníamos veintidós años y éramos personas muy cultivadas, aunque irremediablemente tímidas a pesar de nuestro barniz de determinación y apetito sexual, y que psicológicamente estábamos un tanto vapuleados y sólo éramos capaces de sernos parcialmente útiles el uno al otro. Todavía no éramos los monarcas del «Reino del orgasmo compartido». Orra dijo que, para una mujer, correrse o no resultaba poco interesante, y que era una medida degradante de la sexualidad. Dijo que era una medida impuesta por gente que no sabía lo que era follar y juzgaba a las mujeres de manera infantil.

Me pareció que estaba convirtiendo un asunto objetivo, el correrse, en una cuestión de relaciones públicas. Pero las chicas están sometidas a terribles presiones cuando de follar se trata.

Cuando hablábamos de estas cosas, en sus ojos aparecía una mirada de superioridad, sin fruncimientos, una mirada de no-me-obligues-a-hacerte-picadillo-en-esta-discusión; yo pensaba que era su mirada de Orra-como-Orra, Orra-sola, Orra-sin-Wiley, sin mí, Orra aislada y deprimida, una chica despampanante, una Orra que detesta intimidar a los hombres.

Sacaba a colación novelas, libros escritos por mujeres, escenas y

comentarios específicos acerca del follar y del correrse en relación con las mujeres, pero yo había leído algunos de esos libros, sólo por curiosidad, y ninguno de ellos era verdadera literatura. Sus heroínas eran invariablemente inocentes en cada relación; pero muy fuertes y muy astutas, y con un juicio tremendamente bueno; y los hombres a quienes amaban eran descritos de tal manera que más parecían ejemplos de la capacidad sexual de la mujer o de su valía intelectual que compañeros u objetos sexuales; las mujeres follaban generosamente con hombres que, al parecer, las aburrían físicamente; yo pensaba que tanto los libros como sus autoras y sus personajes eran sexualmente cándidos.

Me parecía que muy pocas mujeres llegaban a comprender de veras la realidad física. Con todo, cosas muy extrañas con frecuencia resultaban ciertas, y la noción que tenía el hombre del orgasmo era por fuerza unilateral.

Cuando, en la cama, yo hacía algo para excitarla, procurando que se corriera, ella me pedía que no lo hiciera, lo cual me irritaba hasta sacarme de quicio. Porque, dijera lo que dijese, para ella no debía de ser nada bueno no haber tenido jamás un orgasmo después de haberse pasado seis años follando sin parar. Tenía que ser eso lo que asediaba la paciencia de sus nervios. ¿Cuan fuerte podría llegar a ser?

Yo pensaba que la manera como se corrían las mujeres era algo hasta tal punto incontrolable, que preferían un amante indolente, soso, alguien muy distinto de mí: yo fingía con frecuencia ser un necio fuerte y silencioso. Algunas chicas se vuelven serviles y sumisas después de correrse, incluso un tanto tontas. Otras se envalentonan e inmediatamente se vuelven duras, orgullosas de sí mismas, como si correrse fuera sólo mérito suyo y yo debiera sentirme adulado. ¡Dios mío, qué raro es el mundo! Las chicas cerebrales tendían a ser cuidadosas con sus orgasmos, repartiéndolos a uno por polvo, al igual que un hombre; y con frecuencia procuraban mantenerlo bajo control, limitándolo a un simple movimiento de excitación mientras contraían los morritos. Incluso eso a veces las atormentaba y vaciaba, y las volvía curiosamente débiles y frágiles y azoradas y delicadas y perezosas. O actuaban con franqueza y decían: «¡Dios mío, cómo lo necesitaba!».

Me preguntaba qué aspecto tendría Orra al correrse, de qué manera se comportaría, tratándose de una chica con aquella falta de interés por el orgasmo, cómo se refrenaría, cómo pondría los ojos, cuál sería su actitud hacia mí cuando todo hubiera acabado.

Para conseguir que me hablara de follar, yo argüía que el hecho de analizar algo lo destruía, ciertamente, pero que también las hojas podridas que caen sobre el suelo preparan el camino para la próxima cosecha. De modo que ella hablaba.

Orra decía que yo estaba equivocado en mis apreciaciones, y que en ella no había diferencia entre la excitación mental y la física, que no era verdad que su mente se excitara deprisa y su cuerpo despacio, si es que llegaba a excitarse. No podía estar seguro de tener razón, pero cuando me refería a los momentos en que me había parecido advertir un profundo sentimiento físico en ella, a veces admitía que la cosa había ido bien, según su apreciación; pero otras decía que no, que sólo había sido un momento irritante, como un cosquilleo particularmente desagradable. A pesar de que le agradaba mi manera de razonar, no otorgaba ninguna autoridad a lo que yo sabía..., quiero decir cuando resultaba que yo tenía razón. Mantenía la autoridad de sus reacciones en sus manos. Su entrega de sí misma era obra suya. Me gustaba eso: algunas personas simplemente se te entregan, y resulta demasiado difícil mantenerlas en tus manos: tus facultades no son las indicadas. Decidí ceñirme a lo que observaba, considerar que Orra estaba un tanto equivocada, y no volver a hablar con ella del tema de follar.

La contemplé en la cama; su cuerpo se mostraba incierto, codicioso, lento, intolerante —e intolerablemente ávido—, pensé. En su orgullo, timidez e ignorancia, detestaba verse así. Prefería pensar que era una persona aguda y vivaz, capaz de obtener placer cuando se le antojara y no cuando de hecho lo obtuviera, capaz de obtenerlo según su propia voluntad, según sus propias reglas, y que casi resultaba maleducada, o eso me parecía a mí, en su ansia de entregárseme, darme placer, sacrificarse, ser una buena chica porque estaba enamorada. Ella insistía en eso, pero eso era demasiado sentimental, y también insistía, hasta el punto de persuadirse a sí misma, en que era muy animosa.

En cierto modo, desde el punto de vista sexual, era una mentirosa impenitente.

Me dispuse a eliminar cualquier concepto erróneo que tuviera acerca de Orra en la cama, el menor asomo de romanticismo, la mínima señal de esperanza placentera. Me pareció que lo que le había ocurrido con otros chicos era que se mostraba desconfiada desde un principio y que ellos la habían sobrevalorado, y que además estaban demasiado excitados, desequilibrados y desazonados por lo que pudiera pensar de ellos, de modo que disfrutaron todo lo que pudieron y luego se largaron.

Y entonces ella, en su ansia por follar, se había ido convirtiendo cada vez más en un payaso en todo lo que hacía referencia a la sexualidad. (Yo ya era un payaso, así que no me importaba que ella lo fuera también.) La primera vez que me fui a la cama con ella, aulló y se contorsionó a sus anchas, como medio palmo a un lado y a otro; supondría que era lo que haría una tigresa, imagino. Después le comenté que nadie se podía excitar tanto, especialmente sin correrse; ella dijo que se había corrido, más o menos. Dijo que era demasiado sexual para la mayoría de los hombres. Dijo que sus reacciones no eran falsas, sino que representaban una sexualidad real, una verdad real. ¡Mira que era orgullosa, obstinada y estúpida!

Pero yo le dije que si ella y un hombre estuvieran fornicando, y ella se agitara y se convulsionara buen número de centímetros tanto a la izquierda como a la derecha, o incluso hacia arriba, el hombre se quedaría desconcertado; y si no había ningún patrón regular ni manera de predecirlo, sería fácil que perdiera la erección; que si ella se echaba bruscamente hacia un lado, había muchas probabilidades de que la fornicación se interrumpiera completamente, a menos que el hombre fuera muy rápido y se revolviera justo después que ella, y el revolverse de este modo era probable que para él no fuera nada agradable desde el punto de vista sexual: sería más parecido a jugar al corre que te pillo. El hombre debería follarla, como si dijéramos, en estado de sitio; al no saber por dónde vendría el próximo ataque, procuraría acabar cuanto antes.

Orra dijo, tras esta explicación:

—Eso parece razonable. Nadie me lo había explicado anteriormente, nadie me lo había puesto tan claro. Procuraré hacerlo a tu manera durante una temporada.

Después de eso se había mostrado, por lo general, tímida y sincera, y honestamente lujuriosa en la cama, pero impotente para excitarse o hacer algo más que estarse quieta y recibirme. Como si sus manos poseyeran membranas y su mente estuviera encolada, como si yo no mereciera más, o como si ella fuera tan novata e inexperta que no pudiera decidirse a hacer nada sexual. Yo no lo comprendía, siempre me había parecido que cualquiera que deseara dar placer podía hacerlo: no requería ninguna habilidad, sólo el deseo de complacer y una especie de, no sé, ciega intuición para ir a tientas hasta cierto punto por el laberinto oscuro del placer. Pero podía ser que las chicas de clase media alta tuvieran más miedo que las otras de atarse a los hombres por medio de tiras de excesivo placer; tales chicas eran cautelosas y tímidas.

Me propuse ser ofensivo y terco, aunque ella no había sido ofensiva ni terca conmigo desde hacía mucho tiempo, pero esos rasgos eran en ella como una sombra, le otorgaban esa dimensión que la hacía valiosa para mí, subrayaban su amabilidad hacia mí. Tenía la personalidad más inconstante, incierta y estúpida, y con todo la más valiente y generosa de cuantas había conocido; y sus modales constituían la más absurda alternativa imaginable de distinción, sensibilidad e inteligencia —mostraba una delicadeza, amabilidad e instinto protector lamentables, persistentes, casi pegajosos—, y con unas actitudes ciertamente egoístas e hirientes. Lo importante era evitar que ella respondiera falsamente, como en una película, o en alguna imitación de las películas que había visto y de los libros que había leído: poseía una curiosa fe en las películas y los libros; admiraba todo aquello que la hiciera sentir y no le exigiera ninguna responsabilidad, porque luego ella secretaba felicidad para sí misma y los demás como si fuera seda. Le gustaban los filósofos francamente oscuros, como Hegel, en quienes podía admirar el pensamiento, pero cuyas formulaciones no exigían nada de ella. Con todo era realista, y probablemente aprendería lo que yo sabía y aún me sobrepasaría. Tenía grandes posibilidades. Pero era poco más que una chica de buena casa, bien parecida, paranoide, una esnob. Por otro lado, casi siempre era una chica de lo más encantadora, noble, que deslumbraba a todo el mundo, que podía partirme el corazón con una sonrisa ligeramente temblorosa de inteligente-heroína-romántica-dándome-su-aprobación. ¡Qué romántico esplendor el de su rostro! Hasta entonces, en su vida había decepcionado a todo el mundo. Pensé que debía tenerlo en cuenta. ¡Estaba tan fantásticamente viva y tan misteriosamente muerta al mismo tiempo! Por varias razones quería arrebatársela a la muerte.

4. Orra, el mismo mundo, una escala temporal distinta

Una tarde, las cosas nos fueron bien. Fuimos a dar un paseo, el aire era plañidero, nos envolvía el asombrado y cortés placer del que a veces disfrutábamos simplemente por estar juntos. De vez en cuando Orra ajustaba su paso al mío; la mayor parte del tiempo era yo quien ajustaba mi paso al suyo. Cuando nos mirábamos, nos enviábamos pequeñas y blandas bocanadas de ternura parecidas a explosiones de juguete o a gorriones revolcándose en el polvo. Su voluntariosa sumisión, su seriedad o circunspección interiores, su fuerza, su belleza, apagada y cautelosa ahora en su ansiedad de no perderme todavía, hacían que el placer de estar con ella fuera noble, polifónico y difícil, en el sentido que tenía que vivir con

arreglo a él y comprenderlo y protegerlo, contra mi torpeza y la falsedad de Orra, por muy amable que fuera esa falsedad; si no el día se convertiría simplemente en la explotación de una chica fuerte que tarde o temprano se daría cuenta de ello y se vengaría. Pero las cosas iban bien, y envueltos por aquella irreflexiva y cautelosa sensación de bienestar, nos fuimos a casa; follamos; me corrí para quitar de en medio mi excitación; ella no sabía qué estaba haciendo yo; era asombrosamente educada; estaba tensa; y me admiraba mucho. «Qué guapo eres», decía. Sus ojos estaban borrosos debido a unas medias lágrimas. La follé sin florituras, fríamente, a fin de dejar en nosotros un enorme residuo de inquietud sexual a la vez que me liberaba del ansia de la inmediata necesidad física: yo todavía la deseaba; siempre deseé a Orra; y el polvo había sido aburrido; pero mi cuerpo no estaba muy tenso, semejaba más un guante de mi mente, de mi voluntad, de mi amor por ella, de mi deseo de hacerle sentir más.

Ella estaba ligeramente llorosa, como ya he dicho, y amable, y me rodeó con sus brazos después de que me corriera, y yo dije algo parecido a:

—No te relajes. Quiero volver a correrme.

Y en parte se rió y en parte suspiró, y se sintió halagada, y dijo:

—¿Otra vez? Eso está bien.

Tuvimos una tremenda intimidad, casi como la de un hombre y su secretaria —yo era libre y poderoso, y ella estaba entregada—, aunque había pocas oportunidades de que Orra trabajara alguna vez de secretaria, pues ya le habían ofrecido varios empleos como ejecutiva para cuando acabara la universidad, pero, de todos modos, el jugar a ser una secretaria que no poseía vida propia era algo romántico para Orra. Sentí cierta aprensión, igual que antes de un buen partido de tenis que deseas ganar, o cuando te preparas para robar algo del mostrador de una tienda: había un enervamiento que me arrastraba, miedo y silencio, pero también había exaltación, premonición, un propósito fijo voluntario e involuntario a un tiempo; era algo que se daba por sentado; iba a suceder.

Después de unos diez minutos, quizá fueron veinte, me moví dentro de ella; debo decir que mientras descansaba permanecí dentro de ella (y ella se aferró a mí). Tal como había esperado —y con la satisfacción y el orgullo de que todo funcionaba, mis cualidades cooperaban—, sentí que se me enderezaba el miembro; se levantó en seguida con una presteza casi cómica, pero estaba inflamado… ¡Joder, qué inflamado estaba! El capullo me dolía de

mala manera, con un dolor seco, ardiente, rojizo.

El dolor me hizo ser precavido y evitó que me excitara, excepto de una manera abstracta; tenía la mente clara; sonreía indolentemente cuando comencé, moviéndome con lentitud, de modo casi imperceptible, pues me dolía cada vez que apretaba dentro de ella; me movía con desgana, mientras nos besábamos y nos acariciábamos, y sentí la estrechez de aquel espacio interior; me puse a distribuirlo, como si ordenara las lubricadas sombras que lo llenaban; o igual que cuando alargas la mano en la oscuridad y aprietas un pliegue de una sábana hasta colocarlo en su sitio, o te sitúas cuando estás medio dormido, cuando tienes los ojos cerrados. De hecho, cerré los ojos y escuché atentamente su respiración, concentrándome en ella pero procurando que Orra no se diera cuenta de lo que estaba haciendo, porque eso la cohibiría.

Su reacción fue tan leve que perdí la fe en que follarla pudiera excitarla, y pensé que sería mejor darle una ración de lengua; me deshice de su abrazo, lo que no fue muy elegante, pero yo no pensaba en las consecuencias; en otras ocasiones me había dicho que no le gustaban «aquellas modas extranjeras», que no la excitaban, pero yo siempre pensé que el verdadero motivo era que estaba avergonzada de no correrse, y por eso hacía ascos a que le metieran la lengua. Puse en ello los cinco sentidos, ella protestó; me reí de sus objeciones y proseguí la faena; tenía los nervios a flor de piel, pero me sentía complacido a causa del engaño y de la tensión, de tanta tensión. Le aseguré que iba a hacerlo para mi propio placer; me excitaba meterle la lengua cuando estaba tan nervioso, pero oculté este dato. Me pareció que la incomodidad física y el ansia de gozar afloraban a su piel: mis labios y mi lengua transportaban hacia mí las corrientes intermitentes de incomodidad y ansia de gozar que había en su interior; ecos de su rigidez e insatisfacción resonaban en mi boca, en mi cabeza y en mis pies; todo mi cansado cuerpo era un estetoscopio. Todo yo era un estetoscopio; la escuchaba con mis huesos; sus destellos de excitación viajaban hacia mi espinazo; sentía en mi estómago y en mis rodillas los opresivos altibajos de su sexualidad, como el estárter estropeado del motor de un coche gruñendo en su interior. Cada uno de mis órganos la escuchaba; cada maldita punzada de contracción muscular que experimentaba y que yo notaba, o que debería haber experimentado porque le estaba lamiendo el clítoris, pero que ella no notaba, cada testimonio de excitación o de falta de excitación en ella, yo lo escuchaba con tanta atención que era asombroso que no la hiciera saltar de la cama de puro azoramiento;

pero probablemente ella no podía adivinar lo que yo hacía, ya que me hallaba fuera de su línea de visión, estaba abajo, en las sombras, en el sótano de su campo visual, en el sótano donde yacían, desparramados, sus impulsos sexuales.

Ella dijo:

—No… No, Wiley… Por favor. No…

Y se contorsionó, y aunque no se trataba de esa protesta por quedar bien tan normal en algunas chicas —era real, Orra quería que parara—, yo no le hice caso porque sentía que ella respondía a mi lengua con más intensidad que al follarla un momento antes. Podía sentir las gotas deslizándose susurrantes y entre sí con murmullo; el caos, los fragmentos esparcidos o desparramados de su placer sexual, se ordenaba, aunque en muy pequeña escala. Se estremeció. Con incomodidad. Profirió —estaba sometida a ellas— sus erráticas respuestas. Y soltó unos extraños y leves gritos, en su mayor parte de protesta, dejó escapar exclamaciones que misteriosamente eran de protesta y a la vez no lo eran, gritos que de algún modo sugerían que el terreno de la protesta era algo cambiante para Orra.

Intenté ensartar algunos de esos gritos, hacer que se sucedieran en una secuencia engastada. Fue un intento peculiar: parecía que nos movíamos, yo me movía con ella, sobre aguas oscuras, entre dos líneas de boyas, oscuridad a un lado, allí no había nada, y al otro lado luces, verdes y rojas, las luces de un cuerpo avanzando sobre el calor sexual, o al menos los signos inequívocos, los pezones como enhiestos guijarros, las piernas largas, como derrotadas, suaves grititos; nada importante, algo corporal; tú prosigues: tú llevas la batuta.

Cuando nos desviábamos del camino, no había nada, o sólo un distante parpadeo, una brevísima luz que nos guiaba. A veces estábamos rodeados por las luces de sus respuestas, muy distanciados, balanceándonos de manera irregular, en medio de la oscuridad, en medio de la ignorancia que ambos, Orra y yo, teníamos de lo que eran las respuestas de su cuerpo. A las cosas físicas que yo le hacía y a la manera como se las hacía, a mi autoridad, a mis razonamientos de que esto o aquello podía ser erótico para ella, de que la manera en que la tocaba y me concentraba en ella, en aquella agua oscura u objeto abisal parcialmente cargado de sueños, era erótica, ella respondía; descansaba en ellos, rodaba pesadamente sobre ellos. Todo lo que yo hacía formaba parte de un discurso, trazaba jeroglíficos, dibujos sobre sus nervios; para eso servía la autoridad masculina, se

suponía que la nobleza y la firmeza y la musculatura indicaban lo que un hombre podía aportar en la cama. O disposición para el baile; o buen oído para la música; o una tristeza maliciosa. La lamía, sostenía su vientre, lo acariciaba una y otra vez con movimientos espontáneos —a veces simplemente juntaba los dedos y los extendía de nuevo para mostrar mi placer, para mostrar lo gozoso que me sentía, sin tocar sus pechos ni hacer nada tan ardiente que ella pudiera sospechar que me proponía que se corriera—; hacía esas cosas, pero daba la impresión de que la había dejado sola y gozaba en privado de mis propios placeres. Ella se sentía invisible con sus sensaciones, las poseía sin responsabilidad, se aferraba a ellas como si fueran algo redondo y resbaladizo en el agua, y solía caerse, jadeando de vez en cuando al perder el equilibrio, al perder el dominio de sí misma también.

Con indolencia, yo daba golpecitos con mi lengua en la punta de su pequeño clítoris, primero uno, luego tres o cuatro o cinco seguidos, luego se lo lamía o lo oprimía entre labio y lengua de una manera continua y fervorosa hasta que mi cabeza, mi conciencia, mis labios y mi lengua se enterraban en la oscuridad de un ritmo concentrado y ascendente, igual que un bailarín en trance deja que un movimiento lo atrape y lo envuelva y se haga con él, hasta que sea algo continuo y no sólo una suma de repeticiones.

Luego, algo fibroso y fastidioso, un nervio en la base de mi lengua, comenzaba a dolerme, y yo interrumpía el movimiento, y la lamía soñoliento, o, si la lengua se sentía demasiado incómoda, inquietaba su clítoris, lo acariciaba con los labios hasta que los músculos que los mantenían fruncidos se agotaban a su vez; y luego volvía atrás y agitaba su menudo clítoris con la lengua, y seguía como antes, hasta que llegaba a la oscuridad; ella percibía la oscuridad, la intimidad que le proporcionaba, y era semejante a alguien que cruzara un umbral, despreocupadamente, moviendo los brazos, dejando que su mente se descubriera a sí misma, dando un paso dentro de aquella penumbra.

Pero fuera lo que fuese lo que sentía, era algo breve e indeciso; y cuando ella parecía hacer un alto o estar muerta o incómoda, yo, con modos autoritarios y amanerados, lo aceptaba como parte de lo que me resultaba agradable, y no permitía que aquello fuera signo o anticipo de fracaso; yo emitía suspiros de placer, incluso jadeos, no siempre fingidos, le ofrecía cálidos frotamientos de mis labios y caricias que indicaban que me sentía recompensado: yo producía caricias recompensadas; construía fragmentos de placer sexual a partir de momentos que eran asexuales y que podrían haber sido

considerados como el derrumbe de la sexualidad.

Y ella no podía contradecirse, porque creía que yo actuaba con la finalidad de mi propio placer, y ella me quería y deseaba colaborar.

Lo que yo hacía exigía mucha sangre fría, pues le otorgaba un tremendo y definitivo poder de reírse de mí, aunque la única finalidad que habían tenido nuestras relaciones hasta entonces era mostrarle que ella no era una enemiga, que podía controlar la histeria del miedo o los celos o los fríos juicios que ella hacía acerca de mí, y que hubieran podido llevarla a hacer o decir cosas que me habrían hecho odiarla o temerla; lo que estaba en juego incluía el riesgo de que yo pareciera tonto a mis propios ojos —y que entonces pudiera atacarla a causa de su incapacidad para correrse— y que luego ella fuera incapaz de resistir la convicción interior de que yo era un tonto. Cualquier acto que se intentara confería vulnerabilidad, pero un acto encaminado a su placer representaba una doble vulnerabilidad, ya que sólo ella podía juzgarlo; y yo estaba a salvo si era inmune o insensible a ella; pero si yo era inmune o insensible no podía esperar ayudarla a que se corriera; al hacerme vulnerable a ella, en cierto modo era un marica o un pelota, porque Orra no estaba organizada ni preparada para aceptar responsabilidades acerca de cómo me sentía yo respecto de mí: ella era una mujer que quería que la dejaran en paz; estaba paranoica por las intrusiones que había hecho en su vida la vanidad de los hombres; había un peligroso masoquismo, un peligroso orgullo, una peligrosa esperanza, y una buena dosis de amor, en lo que yo hacía: hundía mi hocico desnudo en la entrepierna de la tigresa sexual; si su confianza en sí misma o su juicio se debilitaban lo más mínimo, ella criticaría enérgicamente; y, a la hora de calificar lo que yo estaba haciendo, era muy tenue la línea que separaba el amor de la intrusión, de la explotación y la estúpida fanfarronería. No me era posible imaginar siquiera el dolor mental —o el dolor físico— que Orra sufriría si yo fracasaba o me apartaba de ella emocionalmente por culpa de mi fracaso. O simplemente porque el fracaso podía hacerme sentir tan incómodo que ya no pudiera continuar a menos que ella curara mi vanidad, y no sabría curarla, sería incapaz de hacerlo, pues probablemente estaría demasiado inhibida para hacer una cosa así.

Algunas veces, mis manos, mis dedos, no sólo las puntas, sino toda la superficie interior de las palmas, sostenían sus muslos o abarcaban su pequeña barriga, o recorrían los labios de su vulva, los mayores o tal vez los menores, e incluso se adentraban

ligeramente en el interior de la vagina, o con las uñas o la punta acariciaba ligeramente el clítoris, siempre dentro del marco fingido de mi absoluto placer sexual, de mi admiración hacia su sexo, de que en ello no había peligro para nosotros. Me refiero a que ninguna lengua ni ninguna mente tenía intención de dejar de ser amable. ¡Dios mío, qué desprendido y noble me sentía! Representaba un gran esfuerzo lo que yo hacía por ella.

Quizá eso sólo indique la extensión de mi egoísmo. No me importaba afeminarme excepto por la sensación de que Orra nunca comprendería lo que yo estaba haciendo, sino que lo adscribiría al poder de mi o de nuestra sexualidad. Procuré tener conciencia de mí mismo y de ella; yo estaba separado de mi propia sexualidad, de cualquier sexualidad real; una fallida experiencia sexual, incluso basada en el amor, disminuiría la naturalidad de mi virilidad con ella al menos durante una temporada; y ella no lo comprendería. Quizá llegara a ser sexualmente mucho más sutil y perspicaz que yo, y hasta supiera cómo manejarme, pero no parecía nada probable. Y si en ese hipotético futuro yo me disculpara o me lamentara o explicara por qué me había mostrado sexualmente un poco lento o reacio con ella, entonces Orra pensaría que la causa era el hecho de haber intentado proporcionarle un orgasmo, e insistiría en que no debía volver a molestarme, de modo que, si quería que se corriese, tendría que mentirle en ese problemático futuro y decirle que sentía una excitación mayor de la que experimentaba, y también eso podía llegar a disminuir mi placer. Incluso me hallaría privado de la oportunidad de ser honesto: en ese aspecto estaría aún más afeminado. Pensaba todo esto mientras le lamía el clítoris. No lo expresaba con palabras, sino que lo pensaba en forma de grandes bloques nebulosos de algo conocido o percibido. Sentí un gran abatimiento interior y seguí actuando a pesar de eso. El hecho de ignorarme a mí mismo me proporcionaba una extraña y famélica sensación, una mezcla de angustia y desamparo. No quería sentirme así. De pronto me pregunté por qué, en la teoría de la relatividad, se da la velocidad de la luz como una constante: ¿se trataba, una vez más, del absolutismo judío? Seguramente, en un universo tan extraño y cambiante como éste, la velocidad de la luz, considerando la diversidad de experiencias, debería variar; tiene que haber un lugar donde sea posible ver un rayo de luz luchando por moverse. Me sentí estúpido y egoísta; era inevitable que me sintiera así…, quiero decir que yo no podía evitarlo.

Fuera lo que fuese lo que ella hacía cuando yo la lamía, si

llegaba a moverse, si un músculo vibraba en sus muslos, entonces, también un músculo vibraba en los míos, mi cuerpo imitaba al suyo como para medir lo que ella sentía, o quizá simplemente porque nuestra compenetración era muy intensa. Nos ocurrían las mismas cosas a los dos, aunque en contextos asombrosamente distintos, como si permaneciéramos en los extremos opuestos de la habitación y estiráramos los brazos para tocarnos el uno al otro y recibir mensajes idénticos que luego divergían a medida que entraban en dos sensibilidades tan ampliamente separadas y en dos éxtasis tan opuestos e incompletos. La película que contemplábamos era la de cómo Orra descubría el funcionamiento de sus respuestas sexuales: estábamos sentados muy separados el uno del otro. Mi lengua enconaba su herida, su sexualidad tratada de un modo injusto y por tanto así inexistente. Yo la excitaba con polifacéticos besos lejos de su cara. Un extraño río se movía lentamente, arrastrándonos, matas de juncos ocultaban los márgenes, los sauces se trenzaban y destrenzaban entre sí, se lamentaban y susurraban, se enmarañaban y chasqueaban ligeramente. Orra gruñía, suspiraba, se estremecía, se estremecía áspera o fluidamente; a veces saltaba cuando yo cambiaba la presión o posición de las manos sobre ella o cuando descansaba durante un segundo y luego proseguía. Su cuerpo saltaba y se contraía de manera interesante, pero no en una medida ni de una manera que yo pudiera comprender. Mi mente se agotaba. Existía un límite a la invención, al menos a la mía: me veía (estúpidamente) como un trirreme romano, mi lengua en la proa, de bronce, empujándola; ella era el Mediterráneo. Hileras de esclavos —¡Dios mío, qué desamparados parecían!— empujaban los remos, largos tallos que metafóricamente florecían con corrientes de racimos de lilas de efímera vida en la superficie del agua. Navío pomposo y fuera de toda proporción, todo yo me encorvaba sobre el pequeño mar de Orra…, aunque de hecho no me encorvaba; yacía completamente plano; los pies de la cama se hallaban a la altura de mi cintura, más o menos, mis piernas estaban fuera, mis pies se apoyaban en el suelo, a lo lejos, todo yo me concentraba en las blandas, trémulas, vellosas golosinas de la vulva de Orra: el pomposo navío avanzaba, dejando una estela chorreante y gorgoteante de media respuesta, el reflujo de mi voluntad y mi actividad en el interior de aquella confusión que se asentaba en el interior del agua oscura de la pasividad, de la tensa tempestuosidad y falta de conocimiento de sí misma de la chica.

El blancuzco burbujeo, el chapoteo de su discontinua respuesta física; aquellas olas, ¡ah!, la estela que se levantaba, se rizaba hacia

fuera, burbujeaba y caía. La blanca caída de una náyade. En la vasta extensión de la oscuridad y silencio del mar, no había nada más que aquella estela. La oscuridad de mis sentidos cuando el ritmo me absorbía (de modo que yo me desvanecía de mi conciencia, de modo que yo era absorbido y era una mancha, un calamar oculto, golpeando a Orra) hacía que para mí fuera noche o crepúsculo; y mi escucha atenta de su placer, de nuestro rumbo en aquel océano sin marcas, me daba la sensación de que nos encontrábamos en un óvalo grande, iluminado y mal definido de aire nocturno y mar y niebla opalescente, con un arco iris formándose allá donde las luces procedentes de las escotillas de un barco inmenso se alteraban prismáticamente por medio de gotitas de rocío, como en una película de los años treinta, como en un sueño. Con frecuencia me quedaba sin aliento; veía puntos, colores, profundidades oceánicas. ¡Y sus protestas, sus dudas! ¡Dios mío, sus dudas! Sus «No, no lo hagas, Wiley» y sus «No quiero hacer eso» y sus «Wiley, no» y «Wiley, no puedo correrme…, no hagas eso…, no me gusta eso.» Casi siempre la ignoraba. A veces la silenciaba reclinando mi mejilla sobre su barriga y contemplando cómo mi mano golpeaba su barriga mientras le decía con voz lujuriosa: «Orra, esto me gusta…, lo hago por mí». Luego volvía a lamerla con un placer inesperadamente real, vivido, como si pensara tan sólo en mi propio goce, excitado y renovado en mí, y en que todavía hubiera más placer cuando ella —tranquilizada o reforzada por mi egoísmo simulado, por la convicción de que todo aquello era para mí, de que ella no debía esperar nada— gritaba. Luego, un segundo después, ella gruñía. Todo su cuerpo se estremecía. ¡Joder, me encantaba que ella reaccionara a mis actos! Era como provocar la convulsión de todo un continente. Asia, Sudamérica. Me sentía grande e incansable.

En su excitación, ella se lanzaba hacia adelante, pero mis manos estaban en su barriga; y yo la apretaba hacia abajo, sujetaba aquella parte de su cuerpo hasta que quedaba inmóvil, con su vulva pegada a mi boca, y la lamía mientras ella palpitaba a medias y aullaba; mantenía allí mi boca como si bebiera de ella; permanecía así hasta que la parte superior de su cuerpo caía de nuevo sobre la cama y rebotaba; hacía que toda la cama rebotara; luego, mi cabeza se alejaba de ella en un rebote; pero todavía la sujetaba hacia abajo con mis manos; y me sujetaba a mí mismo, mi boca de nuevo en su vulva y ella aullaba con voz recóndita: «Wiley, ¿qué estás haciendo?».

Su voz era vehemente y profunda, como si en aquellos

momentos sus impulsos fueran masculinos, no producto de la neurosis sino de la generosidad, un intento de mejorar aquella propensión a lo empalagoso de la que Orra solía acusar a las mujeres; ella quería encontrarse conmigo a mitad de camino, compartir; compartir mi masculinidad: creía que los hombres eran hermosos. Por eso gritaba: «¡No quiero que me hagas estas cosas! ¡Quiero que tú te corras a gusto!».

Su voz era honda y desesperada, quizá con la desesperación que acompaña a los arrebatos de sexualidad, pero quizá ella creía que yo le haría pagar por ello. Yo decía: «Orra, me gusta esto, esto es lo que me excita». Ella se resistía, apenas lo justo, durante un fragmento infinitesimal de un segundo, y luego su cuerpo comenzaba a vibrar; se agitaba como las cuerdas de un instrumento musical discordante; decía estúpidamente, pero con dulzura: «Wiley, estoy desconcertada, Wiley, esto me desconcierta… Por favor, detente… No… No… No… Oh… Oh… Oh… Soy muy sexual, soy demasiado sexual para tener orgasmos, Wiley, por favor, para… Oh…Oh… Oh…». Y luego la recorría un profundo estremecimiento; jadeaba; luego había un silencio; luego volvía a jadear; gritaba con una voz extraordinaria: «¡SIENTO ALGO!». Se me erizaban los cabellos de la nuca; no podía parar; oía un pálido lamento procedente de ella. ¿Qué había sentido antes? Lamía a toda prisa. ¿Cuan desagradables le habían resultado, cuan irreales y crispadas habían sido las sensaciones que yo le había proporcionado? ¿De qué modo era eso diferente? Me preguntaba si había en ella un súbito enjambre recorriendo sus nervios, una cálida convicción de la realidad del placer sexual. Se agitaba como una ballena… No, no tanto. Pero era como si medio océano rodara por sus jóvenes flancos; un elemento de oscuridad se desvanecía en la habitación, un leve color de felicidad física teñía su cuerpo y la fina capa de sudor que lo cubría; todo lo sentía a través de mí; ella se deslizaba sobre la superficie de un azul pálido, un rosa y un mar azul; era oscura y resplandeciente, inmensa y húmeda. Y cálida.

Gritaba:

—¡Wiley, siento tanto!

¡Dios mío, era feliz!

Le dije:

—¿Por qué no?

Yo quería disminuir el porcentaje de dramatismo; creía que demasiado dramatismo era un error, que sería una carga excesiva para ella. Pero también quería que ella me diera una prórroga, ahora necesitaba autoridad sobre su cuerpo, quería hacer que se

corriera.

Pero ella no quería excitarse más de lo que estaba: se ponía rígida, casi como una tabla, al cabo de unos pocos segundos. Lamía su vulva lo mejor que podía, pero el mar estaba seco; la tabla se derrumbaba. Fallé porque estaba demasiado excitado; de hecho, estaba tan pendiente de estar seguro de mí mismo que no sabía lo que sentía en realidad. Pensé, como si fuera mucho más joven de lo que era: «Muchacho, si esto no funciona, no seré más que una mierda». Luego acrecenté el riesgo, dejándome llevar por una completa y absurda fanfarronería, en lugar de actuar simplemente a partir de aquello en que confiaba —y en lo relacionado con el sexo, todo lo que no se dice y se expresa con gestos tiene el doble de fuerza—, y fue entonces cuando ella dijo, porque sus sensaciones habían menguado ahora, una vez desvanecido aquel placer tan intenso:

—Wiley, no puedo…, esto es estúpido…

—Cállate, Orra, sé lo que hago…

Pero no lo sabía.

Y a mí tampoco me gustaba aquel tono de interacción sexual, excepto como broma, como juego, porque la pura autoridad implica la pura sumisión, y la gente no sobrevive a la pura sumisión, a no ser que estén enamorados de una manera esclavizante, posesiva, vindicativa; cuando se está enamorado de esa manera, no se puede dar nada que no sea rebelión y sumisión, rencor y sumisión; se trata de una corrupción general: fuera de la cama no obtienes de ellos nada que tenga valor; y en la cama, sólo una mezquina sumisión, porque el esclavo exige de ti una total atención y si no se la das empieza a pagarte con la misma moneda; supongo que el modelo es la infancia, la esclavitud de la infancia. De todos modos, no me gusta. Pero entonces jugaba a eso con Orra; no era más que un juego.

Todo era un juego. Yo no sabía lo que hacía; improvisaba a medida que iba actuando; pero ¿cuánto tiempo me quedaba para seguir improvisando? Me sentía tenso como si jugara al póquer o a la ruleta, sudoroso y un poco estúpido, colocando apuestas —con la lengua— y aguardando a ver qué hacía la rueda, arriesgando mi dinero cuando nadie me obligaba a hacerlo, con la esperanza de que todo saliera según mis deseos y no quedara como un estúpido cuando aquello acabara.

Además, ahora había fugitivas y súbitas convulsiones de lujuria, en simpatía con sus respuestas más intensas pero más espaciadas, una especie de sexualidad inmediata y automática: interiormente,

yo estaba a disposición de la sexualidad que había en ella, y no podía hacer nada por la mía, no podía retenerla y evitar las decepciones y la impaciencia física, la impaciencia de mi piel y de mi miembro, el interno deseo que inconfundiblemente acompaña al amor, de un primitivo anhelo por lo que parecía ser su felicidad, por una intimidad con ella como con algo que yo hubiera estudiado y que estuviera estudiando y cuyo valor hubiese comprendido más y más, y lo que era valioso era la manera en que ella me valoraba, una profunda y sin duda limitada permisividad hacia mí (pero que en el acto sexual parecía no tener límites), un riesgo que ella asumía, una concesión que ella hacía como si me permitiera dañarla y hacer mal uso de ella.

En parte, lo que me hacía continuar era la terquedad: había tomado aquella decisión antes de comenzar y no cejaría; en parte, se trataba también del sentimiento que Orra despertaba en mí, un sentimiento que, para ser honesto, estaba compuesto de ternura, interés y una especie de sencillo afecto, una hermandad, como si la chica fuera mi hermano, en nada diferente de mí.

De hecho, esto ocurría porque, a medida que iba lamiendo, se incrementaba el fracaso de una clase de sofisticación —la sofisticación mundana—, que era sustituida por otra —la sofisticación infantil, un aumento de la inocencia— cada vez más potente; Orra dijo, o exclamó, con voz medio desolada, medio asombrada, con un tono enormemente admirativo y gratuito, mientras me agarraba en señal de aprobación:

—¡Wiley, nunca había tenido estas sensaciones!

Ser el primero en provocarlas, ¿sabéis lo que es eso? Es como ser un coleccionista y encontrar algo de gran valor que ha estado oculto y disfrazado, o como obtener un gran honor; aquel éxito parcial, aquel estímulo, daba pie a mi orgullo, a mi inocencia interior.

Por supuesto que en aquella ocasión eso disminuyó el riesgo; podía fracasar ahora y todavía decir: «Valió la pena», y Orra asentiría; pero prolongaba el riesgo a largo plazo, ya que algún día podía llegar a sentirme como un tonto de remate. Además, significaba que podíamos pasarnos meses haciendo el amor de aquella manera —me quedaría impotente, tal vez no en términos de erección, pero ya no tendría tantas ganas de follar—, y aun así, para mí era en cierto modo hermoso y también excitante. Realmente, no sabía qué pensar; fuera lo que fuese, formaba parte del follar.

Proseguí; ahora quería obtener el premio gordo. Entonces Orra gritó:

—¡Está ahí! ¡Está AHÍ!

Hice una pausa, pensando que se refería a una localización determinada, a un movimiento determinado que acababa de hacer con mis agotadas lengua y mandíbulas; levanté la cabeza, pero no podía hablar: hasta cierto punto, la sexualidad me presionaba con demasiada fuerza para dejarme hablar; de todos modos, no tenía por qué hacerlo; ella había levantado la cabeza y observaba desde arriba toda la longitud de su cuerpo; su cara parecía oblicua y tenía el aire adolescente: cada rasgo estaba arrugado; tenía aspecto airado y aun así inocente y capaz de engañarte; dijo, airada, inocentemente:

—¡Wiley, está ahí!

Pero incluso antes de que hablara, yo ya sabía que quería decir que estaba en su interior; el zorro había sido espantado de su guarida de nuevo; ella lo había visto, lo había sentido correr de nuevo en sus entrañas. Se había persuadido de que estaba dentro de ella para bien.

Comencé a manipularla delicadamente con la mano; y a causa de mi propia excitación, y pensando que estaba a punto, subí como gateando y la cubrí con mi cuerpo, y jugando con ella con una mano, guié mi otro yo, mi conciencia inferior, hacia su interior. ¡Dios mío!, su interior era cálido e inquieto; estaba caliente y suave, malsanamente suave y lubrificado, y lleno de movimientos. Pero en seguida supe que había cometido un error: debía haber seguido lamiendo; no había contracciones regulares; anhelaba mi miembro, se alzó a su alrededor, se cerró en torno de él, pero de una manera rígida, desmañada, remota; y sus espasmos jugaron con ella, la recorrieron, a través de sus paredes, hasta llegar a mi interior; estaban sin control y no eran excitantes, sino vacíos: ella no sabía qué hacer, cómo ser follada y correrse. No podía sacárselo, no quería, no podía sacarlo; pero si para mí no había contracciones a las que responder, ¿cómo demonios iba a encontrar su ritmo? Comencé lentamente, con lo que me pareció una infinita impudicia, con gran suciedad, a follarla de un modo realmente adulto —sólo por si ella había llegado tan lejos—, y dejó escapar un suspiro enorme, estremecedor, casi de una hora, y gritó mi nombre y luego, con voz sollozante y exhausta, dijo:

—Lo he perdido… ¡Oh, Wiley!, lo he perdido… Vamos a parar…

Mi cara estaba encima de la suya; su cara estaba empapada de lágrimas; ¿por qué lloraba de aquella manera? Había cambiado de opinión; ahora quería correrse; movió la cabeza adelante y atrás; dijo:

—No sirvo… No sirvo… No te preocupes por mí… Córrete…

No importaba lo que yo murmuraba: «Chisst» o «No seas tonta», y en un susurro:

—Orra, te quiero.

Ella seguía diciendo esas cosas, hasta que yo la abofeteaba ligeramente y le decía que se callara.

Entonces se callaba de nuevo.

Aparentemente, el asunto era que ella era arrítmica: al menos eso era lo que yo pensaba; y eso significaba que no iba a haber contracciones regulares; ningún ritmo que yo pudiera seguir; y cualquier ritmo que yo impusiera mientras follaba, ella lo rompía con sus movimientos; de modo que eso era lo que ocurría cuando se movía: que hacía desaparecer toda su excitación. Sería mejor si ella se moviera casi imperceptiblemente; pero tenía miedo de decírselo, o incluso de intentar sujetar sus caderas firmemente y guiarlas, de instruirla, por miedo a que ella se cohibiera y perdiese todo el ímpetu que había ganado. Y también estaba avergonzado por haber dejado de lamerle el clítoris. Experimentaba —tenazmente, sudorosamente, para compensar lo que había hecho— follando de diferentes maneras, y fantaseaba que estábamos en México, en algún lugar cálido y de exuberantes colores donde hacíamos el amor de una manera sencilla, guarra y gráfica. Las fantasías me hacían perseverar. Es decir, mantenían mi erección. Seguía creando una atmósfera de placer sexual —quiero decir de mi placer sexual— en la que ella pudiera descansar, a fin de poder contar con eso. Descubrí que un tipo de movimiento no muy lento del tipo uno-uno-uno, o folla-folla-folla-Orra-ahora-ahora-ahora, le llegaba de verdad; sus sensaciones se acaloraban; y a partir de eso ella era capaz de alcanzar conmigo un uno-dos, uno-dos, uno-dos, aumentando así su excitación; pero si ella o yo intentábamos llegar más lejos, hasta un uno-dos-tres, uno-dos-tres, entonces ella lo perdía todo. Eso resultaba demasiado complicado para Orra: mi verdadero amor, mi norteamericana blanca. Pero cuando sus sensaciones estaban presentes, eran muy fuertes, llegaban a ráfagas, grandes chillidos de calor como procedentes de un horno cuya puerta golpeteara con descuido, y eso nos atraía y cautivaba. La excitación y el vamos-vamos-vamos la atrapaban; comenzaba a estar excitada de un modo casi continuo. Resulta ya un tópico comparar la excitación sexual a la santidad; bueno, pues después de un rato la santidad se apoderaba de ella; hablaba lenguas desconocidas, soltaba discursos. Toda ella temblaba; estaba salvada temporal y esporádicamente: es decir, también seguía escapándose de aquella excitación. Pero solía regresar. Sus manos palpitaban; su cara se volvía pálida y luego

roja, luego roja, muy roja; sus ojos miraban al vacío; pronunciaba mi nombre. Yo le daba al uno-uno-uno, luego al uno-dos, uno-dos, luego regresaba al uno-uno-uno: al igual que antes, podía ver —en el profundo placer que sentía incluso en plena faena— por qué una mujer estaba orgullosa de lo que sentía, por qué un hombre podía llegar a matarla con la intención de estimular (aunque podía ser que él no lo supiera, ése era el motivo por el que lo hacía) en ella los signos de placer. La Orra que me era familiar se había desvanecido; ésta decía " ¡Dios-oh-Dios-oh-Dios!»; era tiempo de pecado y de redención, de santidad y de visiones. Sus palpitaciones eran muy directas, fácilmente comprensibles, pero sin ninguna pauta; no ocurrían en una secuencia regular; aun así me resultaban excitantes, quizá muchísimo más excitantes por la lástima que sentía porque ella no fuera capaz de regularlas, o por el hecho de que fueran como golpes soltados en su interior por un enemigo al que ella ni siquiera podía domesticar a medias o hacer que se mostrara amistoso hacia ella para así poder hablarle. Era la chica más fuera de control con que yo había follado. A veces comenzaba a empujar como una mujer que tuviera su sexualidad bien dispuesta y por fin bien aprendida, y yo comenzaba a distenderme con una anticipación y un orgullo y un alivio tan grandes como una casa; pero después de dos embestidas —o de cuatro, o de seis— ella se excitaba demasiado, se ponía a temblar, empujaba de manera tortuosa y fuera de ritmo y la excitación se desvanecía, o de repente se daba a espasmos en movimientos intermedios, sin avisar, y colisionaba con una violencia tan grande y tan absurda que perdía todo lo que había conseguido; y entonces comenzaba a gritar. Susurraba húmedamente: «Lo he perdido»; y le decía: «No, no lo has perdido», y yo proseguía o volvía a empezar, uno-uno-uno; y por supuesto, la excitación regresaba; a veces regresaba en seguida; pero ella estaba cada vez más asustada de sí misma, asustada de mover la parte inferior de su cuerpo; intentaba mantenerse inmóvil y solamente recibir la excitación; dejaba que se remansara en su interior; pero entonces también comenzaba a agitarse más y más; se deslizaba hacia unos movimientos espasmódicos, extrañamente tristes y demasiado amplios; y lloriqueaba, sabiendo, supongo, que aquellos movimientos rompían su propio ritmo; una y otra vez las lágrimas rodaban por sus mejillas; ella decía, en un susurro entre áspero y dulce: «No quiero correrme, Wiley, sigue y córrete tú».

Mi mente se había quedado casi en blanco; se había agotado; y no veía qué podíamos hacer para que aquello funcionara; ella decía: «Wiley, todo va bien, por favor, está bien, no quiero correrme».

Me preguntaba si debería decir algo e intentar provocar alguna fantasía en ella; pero no quería arriesgarme a decir algo que encontrara desagradable o creyera que era un reproche o una sugerencia para que fuera más ardiente. Creía que si simplemente seguía dándole-dándole-dándole, ella llegaría a encontrar en sí misma el truco para manejar sus sensaciones, y conseguiría levantarlas, coronarlas y venirse abajo. La sujetaba con fuerza, con piedad y compadeciéndola, quizá también con miedo y con admiración: era tan poco histérica; no me había gritado ni exigido nada; no me había dado órdenes: estaba simplemente sola y debatiéndose en medio de una tormenta neutral para cuyo manejo no parecía poseer ningún don. Dije:

—Orra, está bien, de verdad, prefiero los polvos largos.

Y proseguí, dale-dale-dale-dale, luego cambié a dale-venga, dale-venga, dale-venga… Me dolía la espalda, se me iban las piernas; si el sudor fuera esperma, habríamos parecido un campo de nieve en licuefacción.

Orra hacía ruidos, más y más rápidamente, más y más fuertes; después los ruidos que hacía fueron disminuyendo. Luego, paso a paso, con embestidas cada vez más breves, luego fuera de control y torpes, simplemente para restablecerme a mí mismo en esa nueva perspectiva, me iba refrenando, follaba lentamente. Tenía el miembro incrustado en sus profundidades; apenas me agitaba; el drama del movimiento sexual se desvanecía, las cortinas se aquietaban; quedaba sólo la sensación de estar en escena.

Tropezaba con bloques de piedra y ganchos ocultos que me pellizcaban y me amorataban hasta dejarme en la blanda podredumbre, la extraña, resplandeciente y quebradiza dureza del correrse, de las sensaciones que se experimentan a medida que se acerca la eyaculación.

Yo resollaba y medio giraba y empujaba y me abría paso poco a poco, y me deslizaba hacia atrás, sudoroso: era casi un experto, estaba absorto y entregado. Follar puede ser como un yermo que te aprisiona: los demonios del lugar te reclaman. Yo estaba dolorosamente importunado por las sensaciones; de algún modo, mi miembro se había reblandecido anteriormente, pero ahora se erguía, con el capullo un tanto escocido, en una espléndida erección; Orra temblaba y me ayudaba; comenzaba a olvidarla.

Yo pensaba que ella llegaría a correrse si la follaba despacio, con el lento empuje de mi miembro, el cual, cuando estaba colocado en su interior de aquella manera, cuando yo apenas lo movía, parecía pertenecerle tanto como a mí; ese miembro parecía penetrarme a

mí también; parecía como si ambos nos deslizáramos sobre él; esa sensación tenía. Pero hubo un momento en el que, de pronto, volví a adquirir conciencia de ella, de la carne y la sangre y de los huesos de mis brazos, debajo de mí. Tenía la sensación de molestarla, y de que ella me molestaba a mí. Al principio no reconocí lo desagradable que era. No sé cuánto tiempo transcurrió antes de que yo lo percibiera como una retirada por su parte, una retirada que ella había emprendido, un horror paciente y reprimido en ella, una impaciencia en mí: nos acercábamos a la confusión sexual.

Mi corazón se llenó de pronto, se llenó; y luego, toda emoción desapareció de él, y se vació en sí mismo.

Seguí moviéndome lentamente en su interior, entumecido, una desmañada barahúnda de estremecimientos sin rostro y un agitarse de la parte central del cuerpo y unos medio empujones, medio espasmos; seguimos aferrados el uno al otro, en silencio, sin aflojar la intensidad con la que nos agarrábamos mutuamente; nuestros movimientos, esa sensación de caída infinita, ese amoldarse uno encima del otro, prosiguieron; ninguno de los dos emitió la menor protesta. Un polvo practicado torpemente puede ser a veces más poderoso y más emotivo que uno practicado con pericia. Ella emitía unos murmullos como sollozos… y se aferraba a mí. Llegó un momento en que aquel polvo parecía algo vulgar y familiar, nada romántico. Comencé de nuevo con el dale-dale-dale.

Las caderas de Orra se estremecieron hacia arriba media docena de veces antes de que se me ocurriera que le gustaba empujar como un chico, que era ella quien quería empujar; y entonces se me ocurrió que ella quería que yo empujara.

Maniobré mis nalgas ligeramente y di una embestida de tanteo, o mejor dicho, di una embestida autoritaria, pero no con gran ímpetu, sino más bien exploratoria; Orra suspiró, me pareció que con alivio; y tuvo un espasmo, alentador aunque tardío, pues yo me estaba retirando. Cuando di una segunda embestida, en cierto modo más obvia, más distendida, casi adolescente, era como un muchacho en un partido golpeando una pelota bastante rápida, un primera base; ella tuvo un espasmo casi de lobo y engulló con avidez el extravagante poder del gesto, de la embestida; con un extraño estremecimiento de placer, de irresponsabilidad, de adolescencia, de pronto me di cuenta de lo insólita que era Orra físicamente, de lo bien adherido, de lo bien encajado que estaba su cuerpo, del gran poder que tenía, del poder de aguante que tenía; y una frase —absurda y degradante, pero excitante en ese momento— acudió a mi cabeza: echar un polvo; y me coloqué encima de ella, afiancé los

dedos de los pies, y las rodillas y los codos y las manos sobre la cama y, medio a gatas, lo puse en movimiento con una embestida apasionada, un golpe curvo de una tercera parte de la amplitud de uno normal; pero suave, propio de un aficionado; es decir, todavía de tanteo; y entonces Orra aulló; y de qué manera: me puso al corriente de lo bien dispuesta que estaba; luego, la siguiente vez, gruñó con un sonido confuso al principio pero que luego se arrastró hacia el refinamiento, la dulzura, una prolongada dulzura.

Me pareció que realmente quería follarla de aquella manera, que yo había estado esperando hacerlo toda mi vida. Pero ese tipo de polvo no era realmente de mi gusto: me gustaba echarlos con menos ímpetu y más gradaciones e implicaciones de potencia, no como lo hacía en aquellos momentos; y con un contacto más inmediato entre las dos series de placer, y con más admisiones de derrota y de triunfo; mi placer era algo de mí que la reflejaba a ella; su espíritu entrando en mí; o quizá el que yo pensara eso no era más que un error; pero parecía vergonzoso y automático, inocente y animal, meter mi miembro de aquella manera en sus entrañas.

Recibió la embestida: se convulsionó un tanto; tembló; su piel palpitó; toda ella sufrió una sacudida en medio del desorden que rodeaba al golpe fálico que la había agitado. Después de dos embestidas se derrumbó, desmadejada, luego reaccionó y de nuevo estuvo dispuesta, se levantó un poco de la cama y enfiló hacia mí el contenedor aplanado y de misteriosa forma de embudo que tenía en la parte inferior de su cuerpo, pero demasiado alto, de manera que tenía que tirar de ella con mis dos manos colocadas en sus nalgas o en sus caderas; y su cara, cuando la observaba por debajo de mis párpados, era maravillosamente agradable, sin expresión, concentrada, ocupada, preocupada; su cuerpo era fuerte, era piedra, piedra suave y bolsas de papel de seda húmedo y tortuosas telarañas, finas y vivas, tejidas de serpientes vivas y lanzadas sobre la piedra; ella sostenía la gran piedra de construcción, de piel retorcida, hacia mí, el prodigio huesudo, el medio disco de hueso con su entrada lisa, secreta y viscosa, el lugar donde yo estaba —era algo indefinido, excepto por eso: el lugar donde yo estaba—; ella recibía y recogía cada embestida, y temblaba y se derrumbaba y se levantaba de nuevo: parecía excitarse en el momento de recibirlo; yo creía que en parte estaba equivocada, que era infantil creer que el meollo del follar era encontrar y recibir el miembro lanzado hacia ella, tan duro como fuera posible, ahora que estaba excitada; pero había en ello un extraño salvajismo, una bárbara libertad, como de niños divirtiéndose ruidosamente, incontrolados,

libres, pero no histéricos, simplemente sin nada que los refrenara; aquella vara, extraña, endurecida, abultada, lanzándose adelante y atrás como si estuviera montada sobre una telaraña de anchas tiras elásticas: era una inocente y completa liberación. Se la metí de un golpe seco y ella dejó ir un «¡AAHH!» y una milésima de segundo más tarde yo estaba completamente dentro de ella, empujaba los últimos milímetros para llenarla; dejó ir otro «¡AAHH!». Todo su cuerpo vibró. Lanzó otro «¡AAHH!». YO, a mi vez, solté un «¡AAHH!».

Luego, cuando debido a sus ruidos cada vez más fuertes y a sus movimientos espasmódicos cada vez más rápidos me pareció que estaba a punto de correrse, comencé a lanzar las sacudidas de una forma más clara y firme, con un ritmo más evidente, más directo, de una manera casi molesta para ella, con pausas al final de cada embestida; eso la excitaba hasta cierto punto; pero luego su excitación se nivelaba y no iba más allá. De modo que aceleré: empujaba con más fuerza, luego aún con más fuerza, luego todavía con más fuerza y más deprisa; ella hacía sus ruidos y medio devolvía las embestidas. Se mordió el labio inferior; dejó la marca de los dientes en su labio inferior; apareció sangre. La follé todavía más deprisa, pero con golpes más cortos, casi tecleando sobre ella y colocando mi abdomen en ángulo con la esperanza de golpear sobre su clítoris; a veces su cuerpo se quedaba flácido; pero sus gritos se aceleraban, salían como pájaros de su boca mientras ella yacía laxa, como si yo fuera un boxeador y hubiera anulado su capacidad de moverse; luego, cuando los gritos no sobrepasaban cierto punto, cuando ella no se corría, yo iba más despacio y comenzaba de nuevo. Hubiera deseado ser un gran atleta, un maestro del movimiento, una mujer, una lesbiana, un hombre con un miembro gigante que la hiciera estallar en orgasmos. Llevé las manos a las esquinas del colchón; extendí las piernas; asenté las manos y los pies; y afianzado de esa manera, en cierto modo a pulso, fui dentro de ella; y la nueva postura, la sensación que ella debía de experimentar de ser cubierta, y quizá la diferencia en las embestidas, comenzaron a dejarse sentir en su cuerpo; el cuerpo de Orra empezó a emitir un murmullo, un murmullo de respuesta… creo que, de algún modo, esa postura afectaba a su mente.

Pero no se corrió.

Moví los brazos y sostuve la fuente de sus caderas de manera que no pudiera moverse rítmicamente ni desviar el empuje ni apartarse: de nuevo empezó con sus «¡Aahh!», pero entremezclados con pequeños gritos: éramos como niños jugando a tirarnos la

pelota (en este caso su pobre y maltratado clítoris), jugando a ver quién pegaba más fuerte; eso era lo que ella creía que era follar; era sexual, de la misma manera que lanzar una pelota es sexual; en cierto modo también actuábamos como acróbatas lanzándonos el uno sobre el otro, para encontrarnos en medio del aire y caer entrelazados sobre la red. Se parecía a eso.

Su boca se abrió, sus ojos fueron hacia un lado y permanecieron allí —a mí me pareció como un crepúsculo—, yo sabía dónde estaba ella sexualmente, o al menos eso creía. Ella empujaba, me incitaba a proseguir. De esta manera, Orra no era tan frágil. Orra. Me preguntaba si sabía, y tal cosa despertó mis simpatías hacia ella, lo inocente que era todo aquello, aquel polvo norteamericano, aquel polvo de niños-jugando-en-el-crepúsculo-en-el-vecindario. Después de que yo le colocaba el miembro y me agitaba rítmicamente y frotaba su clítoris con mi abdomen, lo retiraba no en línea recta, sino describiendo una curva, de modo que se apretara contra las paredes de su vagina y ella le siguiera el rastro; y yo me detenía durante un breve intervalo de tiempo antes de empezar a empujar, de modo que ella podía afianzarse y aguardar; yo se lo metía y procuraba comprender sus reacciones con un absurdo y probablemente infundado sentido de mi virtuosismo sexual; y ella de pronto volvía a quedarse callada, y comenzaba a respirar ruidosamente, luego había algo en ella que se derrumbaba, o que se rompía; y luego toda ella temblaba de pronto de una manera distinta. Realmente, era como si yaciera en un lecho de alas, como si media docena de alas se doblaran debajo de ella, seis alas enormes, veteadas, palpitantes, alas vivas, reales, con bordes carnosos que unas plumas relucientes echaban hacia atrás; y todas se agitaban debajo de Orra.

Se incorporó a medias; no la sujeté a fin de que no se precipitara hacia un lado y perdiera pie, para que conservara su aspecto de permanecer flotando en el aire, sobre la desasosegada montaña de cristal que había comenzado a ascender, la frágil transparencia que había debajo de ella, que se formaba y crecía debajo de ella, que me daba la impresión de producir una espuma de luz y oscuridad, como si se alzara por encima de un paisaje de setos y luz de luna y sombras; una montaña, un mar que se formaba y crecía, crecía y crecía; y ella dijo «¡OH!» y «¡OHHHH!», casi con vértigo, como si flotara en el aire pero se mostrara inestable en los abanicos de las alas, y como si yo estuviera allí, sin alas, gracias a alguna mágica dispensa o a alguna concesión debida a la familiaridad; yo le daba y le daba, y ella miraba hacia abajo y estaba asustada; la tensión en

su cuerpo cada vez era más vasta; y de pronto una violencia realmente poderosa, impetuosa, la recorrió por entero, pero ahora era como si, por miedo a la altura, o como fruto de algún automatismo, el primero de sus tres pares de alas comenzara a batir, grandes aventadoras en funcionamiento, grandes alas de carne de las que brotaban las plumas, atrapando el aire, estabilizándola y al mismo tiempo alzándola: de este modo silbaba y susurraba; estaba al mismo tiempo inmóvil y violenta; las grandes alas engendraban, sus grandes movimientos engendraban en ella, estructuras de músculos flexionados y cruzados: sus brazos y piernas y pechos eran ecos o transportaban la tensión, o se tensaban para mover el peso de aquellas alas aventadoras, en movimiento. Su respiración era violenta pero no ruidosa, se desviaba en todas direcciones, irregular y recién llegada a aquel sueño concreto, y daba la impresión de que observaba desde lo alto los grandes espacios del aire; se agarró a mí, a mis hombros, pero había olvidado cómo hacer funcionar las manos; sus manos sólo hicieron el gesto de agarrar, el gesto de un ángel bienintencionado, oscuro pero que comenzaba a ser luminoso, loco, amnésico. Gritó:

—¡Wiley, Wiley!

Pero lo gritó en un susurro, el susurro de alguien flotando a través de un cielo nocturno, de alguien ascendiendo enloquecidamente, de alguien que se estaba volviendo loco, de alguien que hacía suyos la frenética pureza y el temperamento de los ángeles, alguien que estaba insoportablemente atormentado por aquello, que estaba insoportablemente asustado, cuyo placer era enorme, medio humano, frenético. Luego aulló en tono de censura:

—¡Wiley! —aulló mi nombre—. ¡Wiley!

Lo dijo de manera áspera y en tono demente, pidiendo ayuda, pero culpándome, y meramente como una exclamación; en parte fue un sonido gutural y feo; la fealdad no destruyó nada, o quizá poseía un ímpetu propio, pero apartó otra envoltura, una membrana de vulgaridad, no sé, y su segundo par de alas comenzó a batir; todo su cuerpo aleteaba sobre la cama. Yo estaba tan mojado como ella: como peces, dando coletazos, empapados. Me movía trabajosamente. Dije:

—Todo va bien, Orra, todo va bien.

Y seguimos agitándonos. En medio del aire. Gritaba: «¡Qué es esto!». Lo gritó de la misma manera que una persona de una estatura tremendamente grande y capaz de defenderse lo gritaría a alguien que la golpeara de manera imprudente. Gritó airadamente, me pareció que como una advertencia de su ira:

—¡Oh, Dios mío!

Lo gritó como si dijera: «¿Quién ha roto esta copa?». Seguí embistiendo. Levantó el torso, la cabeza, me miró claramente a los ojos; sus ojos eran enormes, saltones, y dijo:

—¡Wiley, está sucediendo!

Luego, se tendió de nuevo y aulló durante unos segundos. Yo dije, con voz un tanto apagada, sin dejar de moverme:

—Todo va bien, Orra, todo va bien.

Yo no quería decir «vamos» ni nada lúcido porque al fin y al cabo no tenía ni la menor idea de lo que era el orgasmo femenino, y no quería dar ningún consejo y echarlo todo a perder; y tampoco quería comprometerme en caso de que aquello resultara ser una falsa alarma, y tuviéramos que seguir. Empujé hacia adentro, me quedé un rato, salí, entré, sólo a medias, uno-adentro-uno-adentro, luego uno-uno-uno, diciendo «esto es estupendo para mí», y luego: «Bien, Orra», y entonces ella tembló de una manera nueva:

—Bien, Orra —dije—. Bien…, Orra.

Y entonces, en seguida, sucedió. Algo tiró de ella hacia arriba; algo cedió; y los tres pares de alas comenzaron a batir; ella era el centro y el origen y la víctima de una tormenta de alas batiendo; estábamos en la cima del mundo; el enorme pájaro del cuerpo de Dios que había en nosotros flotaba en el aire; el gran milagro golpeaba su espalda, nos golpeaba a ambos; ella se retorcía angustiada, estaba turbada; extrañada en el interior de aquella cosa corpórea-incorpórea, aquel otro avatar angélico, aquella otra sustancia de sí misma: las alas estaban completamente extendidas; tronaban y galopaban jadeando con ella; casi la quebraron; y ella aulló:

—¡Wiley! ¡Dios-mío-Dios-mío! ¡NO CESA, WILEY, NO CESA!

Estaba pálida y roja; sus cabellos flotaban por todas partes; tenía el cuerpo mojado y desmadejado. Era como si algo increíblemente extraño y fiero —como el temperamento de los santos— la alzara hasta un lugar en el que no podía respirar ni caminar; estaba sofocada en el éter, un serafín moviéndose con dificultad, a tropezones y envuelto en llamas, extraño, dotado de un poder inconcebible, odioso y temible y hermoso más allá de las posibilidades humanas. Un niño que aullaba, un ángel vociferando en la esfera divina: se agitaba sin delicadeza, tan salvaje como un ángel cargado de amenazas; su cuerpo se alzaba de las sábanas, caía de nuevo, se volvía a levantar; sus manos golpeaban la cama; hacía ruidos muy sonoros y ásperos, como si se rasgara…, temía por ella: era su primer orgasmo después de seis años de juguetear con su

cuerpo. Le hacía daño. Su cara parecía estar hecha de piedra, un relieve monstruoso; sólo su cuerpo estaba vivo; con brazos y piernas extendidos en toda su longitud, que tensos batían o se relajaban y aleteaban. Era un ángel tan brillante como un hermoso insecto infinitamente agrandado e inefablemente extraño: era completamente diferente a mí: era una muchacha haciendo unos ruidos como de carraca, estupefactos, incontrolados, infelices, una chica que parecía sobresaltada, absorta y preocupada por la variedad y abundancia de las sensaciones que la asaltaban, incluyendo el alivio. Me incorporé sobre las rodillas y la penetré un poco más y acaricié sus pechos, con suavidad, hacia los lados, como un aleteo. Y ella aulló:

—¡Wiley, me estoy corriendo! —y con cierta estupidez entró en su segundo orgasmo o quizá en el tercero, ya que había comenzado a correrse unos pocos minutos antes; y hubiéramos seguido durante horas, pero dijo—: Duele, Wiley, duele, haz que pare…

Así que no me moví; tan sólo sujeté sus muslos con las manos; y todo comenzó a desvanecerse lentamente, a desaparecer en forma de leves estremecimientos; la rigidez abandonó su cara; se calmó hasta llegar a unas moderadas sacudidas, y entonces habló, comenzó a hablar con asombro que luego se convirtió en una exclamación y finalizó en una especie de nota hueca, el preludio de un pequeño aullido, ella dijo:

—Me he corrido…

O quizá:

—Me cooorrrrrrrrro…

Lo que ocurrió fue que tuvo otro orgasmo al pensar que había tenido el primero. El segundo pareció estar formado por tres orgasmos más débiles cuya intensidad iba disminuyendo. Cuando se quedó más tranquila, dijo, jadeante:

—¡Oh, tú me amas…!

Eso también la excitó. Cuando todo se desvaneció, dijo airadamente:

—Siempre supe que los demás lo hacían mal conmigo…

Y eso desencadenó una pequeña serie de susurros. Un rato antes, sin darme cuenta, yo había comenzado a llorar. Mis lágrimas caían sobre sus muslos, su vientre, sus pechos, a medida que me movía a lo largo de su cuerpo, encima de ella, para al final quedarme echado cubriéndola por entero. Yo quería abrazarla, mi cara junto a la suya; yo quería abrazarla. Deslicé mis brazos hacia ella y debajo de ella, Orra decía «Oh, Wiley», e intentaba levantar los brazos, pero comenzó a temblar de nuevo; luego, todavía trémula, bajó los

brazos y me abrazó con una estremecedora e inconfundible fuerza; a continuación también se echó a llorar.

Venus negra

ANGELA CÁRTER
Traducción de Elisabet Nonell

En las primeras horas de la mañana del 13 de marzo de 1856, Charles Baudelaire se despertó de un sueño extraordinario. Erraba por las calles de París cuando se encontró con un amigo que insistió en que lo acompañara a un burdel donde trabajaba Jeanne Duval, la amante caribeña del poeta. Antes de entrar, Baudelaire entregó a la «madama» (que en el sueño era su propia madre) un ejemplar de su traducción de los cuentos de Poe recientemente publicada, que había soñado como un libro pornográfico. Cuando Baudelaire entró en el burdel descubrió que se estaba exponiendo demasiado y pensó que era indecente aparecer de esa manera; además estaba descalzo y había pisado un charco. En el interior del burdel había unas galerías donde las prostitutas conversaban con sus clientes, algunos de ellos eran estudiantes jóvenes. De las paredes colgaban cuadros obscenos, como en un museo. Pero no sólo eran cuadros los que se veían en este burdel: también había un objeto animado, un monstruo que había nacido allí y estaba colocado sobre un pedestal, acurrucado en posición fetal. En el momento en que se ponía a conversar con el monstruo, Baudelaire se despertó exhausto y de inmediato escribió a un amigo para contarle el sueño. Es el único sueño registrado por el poeta.

Si el sueño es una descripción del alma obsesiva del poeta, el cuento de Angela Cárter es un retrato de Jeanne Duval, la «virgen enfermera», dijo Baudelaire, de sus obsesiones, su musa reticente, la mujer a quien él llamó «Venus negra». «A la constancia, al opio, a la noche —le escribió —, prefiero el elixir de tu boca donde se exhibe el amor.» Sus peleas fueron legendarias; los poemas que escribió para ella forman el núcleo de su libro más famoso, Las flores del mal*, que hasta 1917 se pudo leer solamente en una versión expurgada.*

Tristes; tan tristes, estos atardeceres rosa gris, malva gris de finales del otoño, tan tristes que traspasan el corazón. El sol se

marcha del cielo envuelto en sinuosas capas de llamativas nubes; la angustia entra en la ciudad, una sensación del más amargo pesar, una nostalgia de cosas que no hemos conocido nunca, la angustia del año que se acaba, el momento de la añoranza impotente, la estación inconsolable. En Norteamérica, al otoño lo llaman «la caída», evocando la Caída del Hombre, como si el drama fatídico del primigenio fruto robado tuviera que reproducirse una y otra vez, con una regularidad cíclica, cada año en la misma época, cuando los escolares se dedican a robar fruta de los huertos, invocando, en la imagen más cotidiana, a todos los niños, a cualquier niño, que, confrontado con la elección entre virtud y conocimiento, siempre elegirá el conocimiento, siempre elegirá el camino más difícil. Aunque no conoce el sentido de la palabra «pesar», la mujer suspira, sin ningún motivo concreto.

Tenues volutas de niebla invaden las callejuelas, se elevan desde el lento río como exhalaciones de un espíritu exhausto, se filtran a través de las rendijas de las ventanas haciendo que los contornos de su apartamento, elevado y solitario, vacilen y se disuelvan. En estos atardeceres, todo se ve como si los ojos estuvieran a punto de llenarse de lágrimas.

Ella suspira.

Había mordido la manzana podrida de su Edén maloliente, ella, esta Eva desamparada, y al momento se había sentido transportada hasta aquí, como en un sueño: y sin embargo, sigue siendo una tabula rasa. Nunca ha vivido sus experiencias como experiencias, la vida nunca ha sido un valor añadido a la suma de sus conocimientos; más bien ha sido un valor a restar. Si se empieza con nada, te quitarán incluso esta nada, así dice el Libro Sagrado.

De hecho, no creo que se hubiera molestado nunca en morder ninguna manzana. No habría sabido para qué servía el conocimiento, ¿no es cierto? No estaba ni en estado de inocencia ni en estado de gracia. Yo os diré cómo era Jeanne.

Era como un piano en un país donde a todo el mundo le hubieran cortado las manos.

En estos días tristes, en estos tiempos melancólicos, mientras la habitación se sumerge en el crepúsculo, él, en lugar de encender las lámparas, preparar unos tragos, crear un ambiente acogedor, se pondrá a divagar: «Cariño, cariño, déjame llevarte de regreso al lugar que te corresponde, de regreso a tu preciosa isla indolente donde el papagayo enjoyado se mece en el árbol de esmalte, y tú puedes mascar caña de azúcar con tus dientes blancos y fuertes, como lo hacías cuando eras pequeña, cariño. Cuando lleguemos allí,

entre las cadenciosas palmeras, bajo las flores púrpura, te amaré hasta la muerte. Regresaremos y viviremos juntos en una casa con el tejado de paja y un porche desbordante de enredaderas en flor, y una chiquilla con un vestido blanco y corto, y un lazo de satén amarillo en su cola de caballo encrespada, nos abanicará con un enorme abanico de plumas, removiendo la languidez del aire mientras nos mecemos en la hamaca, de aquí para allá… el barco, el barco está esperando en el puerto, cariño. Monito mío, gatito mío, mascota mía… piensa en lo maravilloso que sería vivir allí…».

Pero, en estos días, acuciada por el frío y el malhumor, ella no es ni un gatito ni un monito; más bien parece un viejo cuervo convertido en un miserable montón de plumas oxidadas, cerca del humeante fuego que atiza con un palo rencoroso. Tose y refunfuña, siempre tiene frío, siempre hay una corriente de aire royéndole la nuca o pellizcándole los tobillos.

¿Irse? ¿Adonde? ¡No allí! La costa deslumbrantemente amarilla, el estridente cielo azul, todo embadurnado de colores crudos y primarios, como recién estrujados de un tubo de pintura, donde las perspectivas son tan abruptas como el dibujo de un niño, donde duele la vista con sólo mirar. Pueblos reventando de moscas. Lo único que hay para comer son plátanos verdes y ñames, y una brocheta de cabra gomosa que masticar. Finge un estremecimiento teatral, suficiente para que el gato, ofendido, salte de su regazo. De todas maneras odia a ese gato. No puede mirarlo sin que le vengan ganas de estrangularlo. Le gustaría beber un trago. De ron, por ejemplo. Enrolla una hoja manuscrita tirada a la papelera para encender con ella su apestoso purito negro.

La noche llega con pies de seda y unas nubes maravillosas pasan flotando por delante de las ventanas, estas nubes espectrales del firmamento nocturno, como si vivieran en la cesta de un globo parecido al que utilizó su amigo Nadar para sus ascensiones triunfales.

Con la inspiración de una ráfaga de viento, como la que ahora hace vibrar las tejas por encima de nosotros, este bonito apartamento con sus alfombras persas, su mesa de nogal en la cual los Borgia sirvieron sus venenos, sus sofás tallados en cuyas bulbosas patas asoman las muecas y las sonrisas de unas caras del cinquecento, la costra de falsos Tintoretto en las paredes (él es un experto incansable, aunque todavía demasiado joven para tener ese sexto sentido que advierte cuando te están engañando); con la invitación de las misteriosas corrientes celestiales, esta cabina bien equipada soltará sus amarras en la calle de abajo, y despegará, se

elevará, volará a través de la oscura bóveda de la noche, enredando en sus cuerdas una luna creciente nacida muerta, empujando suavemente una estrella en su despegue, y nos depositará en…

—¡No! —dice ella—. ¡La maldita selva de los papagayos, no! ¡No me lleves a las Antillas por la ruta de los traficantes de esclavos, por Dios! ¡Y deja salir al maldito gato antes de que se cague en tu preciosa Bokhara!

Esto tienen en común, ni uno ni otra tienen un país de origen, aunque a él le gusta pretender que ella tiene una patria fabulosa en el corazón de un océano azul, la obliga a tener una patria, la tenga o no, no puede creer que ella esté tan desposeída como él mismo… Y sin embargo, sólo se encuentran en su propio terreno cuando consideran la posibilidad de huir; ambos esperan que sople el viento que los llevará a un lugar ajeno y milagroso, un país feliz, lejos, muy lejos, un país de deliciosa gracia y placer.

Cuando ella lleva en el cuerpo un par de tragos, sin embargo, deja de toser, se vuelve más amable, consiente en soltarse el pelo y dejarle jugar con él, tal como a él le gusta. Y, si su indolencia nativa no resulta demasiado para ella —puesto que es capaz de pasarse horas tumbada, como en un trance vegetal, horas, días enteros, en la penumbra del cuarto, al lado de la chimenea— sin embargo, a veces tirará la colilla de su puro al fuego y se dejará persuadir, se quitará la ropa y bailará para Papi, que, como ella admitirá a regañadientes si se la presiona lo bastante, es un buen Papi, le compra cositas bonitas, le concede en ocasiones una china de hachís, la mantiene fuera de la calle.

Noches de octubre, de frágiles lunas crecientes, cuando la tierra esconde en su sombra a la brillante cómplice de los asesinos, para que todo sea más misterioso; en noches así, se diría que la luna es negra.

Esta danza, que él tanto deseaba que le bailara y que se había inventado especialmente para ella, consistía en una serie de voluptuosas poses consecutivas; el tipo de poses de reservado-de-burdel, pero de buen gusto, él prefería que ella ondulara rítmicamente en vez de saltar y levantar la pierna. Le gustaba que ella se pusiera todas sus pulseras y collares para bailar, y se vestía con toda la ruidosa bisutería que él le había regalado, de baratija, nada que ella pudiera vender, en caso contrario ya se lo habría vendido. Mientras bailaba, ella tarareaba una melodía criolla; le gustaban las canciones con letras procaces sobre lo que la mujer del zapatero hacía en el Carnaval, o el tamaño del legendario atributo de algún pescador, pero Papi no reparaba en la canción que le

cantaba su sirena, fijaba los ojos oscuros, brillantes y vivaces en su piel decorada, como si estuviera verdaderamente extasiado, el muy imbécil.

—¡Imbécil! —le dijo ella casi con ternura, pero no la oyó.

La luz del fuego proyectaba su sombra alargada. Era una mujer altísima, del tipo de esas hermosas gigantas que, cien años más tarde, honrarían los escenarios del Crazy Horse o del Casino de París, en taparrabos de lentejuelas y fantasías de oropel, divinamente altas, del color y la textura del ante. ¡Josephine Baker! Pero la vivacidad, la exuberancia, no figuraron nunca entre las cualidades de Jeanne. Un adormilado resentimiento contra todo lo que no se puede comer, beber o fumar, es decir, quemar, era su característica más notable. Consunción, combustión, ésta era su verdadera vocación.

Bailaba sarcásticamente enfurruñada la danza erótica de Papi, observando, aburrida y fascinada, los elaborados reflejos de los múltiples collares de cristal que él le había regalado moviéndose en el techo sobre su cabeza. Parecía que ella fuera una fuente de luz, pero no era más que una ilusión; sólo brillaba porque el fuego moribundo iluminaba los regalos que él le había hecho. Aunque la mirada de él la iluminara, su sombra la hacía más negra de lo que era, su sombra podía eclipsarla por completo. Quién sabe si por dentro tenía o no un buen corazón; se había educado en la Escuela de la Vida, y la dureza de esta educación puede acabar con el corazón de cualquiera.

Aunque Jeanne no tuviera tendencia alguna hacia la introspección, a veces, mientras se contorneaba en la oscura y flotante habitación que tiraba de sus amarras, deseosa de despegar en una búsqueda aérea de aquella Citera tan amada por los poetas, se preguntaba cuál era la diferencia entre bailar desnuda delante de un hombre que le pagaba por ello y bailar desnuda delante de un grupo de hombres que le pagaban por ello. Tenía la impresión de que, de alguna manera, el concepto de moralidad residía en esta diferencia. Sus tutoras en la Escuela de la Vida, es decir, las otras chicas del coro en el cabaret donde, durante el verano de sus dieciséis años, había graznado desafinadamente las mismas cancioncillas criollas que ahora tarareaba, le habían dicho que era muy diferente, con toda la diferencia del mundo y, a los dieciséis años, no podía concebir ambición más alta que ser una mantenida: o sea, mantenida fuera de la calle. La prostitución era una cuestión de cantidades; de cobrarle a más de una persona a la vez. Esto estaba muy mal. Ella no era una chica mala. Cuando se acostaba

con cualquier otro que no fuera Papi, nunca les dejaba pagar. Era una cuestión de honor. Era una cuestión de fidelidad. (En estas conjeturas éticas dormitaba una incipiente ironía, aunque su amante daba por supuesto que ella era promiscua simplemente porque era promiscua.)

Ahora, sin embargo, después de algunas temporadas locas, en las nubes, con él, se preguntaba a veces si al fin y al cabo había jugado bien sus cartas. Puesto que de una manera u otra tenía que bailar desnuda para ganarse el sustento, ¿por qué no bailar desnuda a cambio de dinero contante y sonante, y ganar lo suficiente para mantenerse a sí misma? ¿Eh? ¿Eh?

Aunque, por otra parte, bostezaba sólo de pensar en organizarse una nueva carrera. Arrastrarse entre madamas y music halls, y todo eso; vaya esfuerzo. ¿Y cuánto tendría que pedir? No tenía más que una vaguísima idea de su propio valor de cambio.

Bailaba desnuda. Sus collares y pendientes tintineaban. En realidad, y como siempre que finalmente conseguía mover el culo y empezaba a bailar, se lo estaba pasando bien. Casi le caía simpático; por un lado había tenido suerte, era joven y atractivo. Su parte de mala suerte lo constituía el estado de sus finanzas, más bien tambaleante, el opio, los garabatos; el que… pero, al llegar a este «que», desconectó la mente.

Pensando con firmeza en su buena suerte, alargó las manos hacia su amante, le ofreció el destello de su sonrisa —sus muelas podían haberse convertido ya en muñones negros, pero sus caninos puntiagudos continuaban siendo tan blancos como los de un vampiro— y lo invitó a bailar con ella. Pero él nunca quería, nunca. Debía de tener miedo de arrugarse la camisa, o de que se le desgarrara el cuello, o algo parecido, aunque cuando estaba bajo el efecto de la droga tocara palmas marcando el ritmo. A ella le gustaba cuando lo hacía. Le daba la sensación de que él la estaba apreciando. Después de unos tragos, ella se olvidaba de lo otro, aunque lo suponía, naturalmente. Las chicas le habían recitado la macabra letanía de los síntomas, reunidas en el camerino, en voz muy baja y asustada, echando vistazos al espejo del futuro, y viendo, no sus caras sonrosadas, sino sus propias calaveras pintarrajeadas.

Cuando estaba sola, tomando unos tragos delante del fuego, y pensaba en ello, la hacía reír con una horrible carcajada de bruja, como si ya fuera la bruja que acabaría siendo, divirtiéndose con alguna broma de mal gusto a expensas de la cosita bonita, secretamente purulenta, que todavía era. En la noche de Walpurgis,

la joven hechicera presumía ante la vieja: «Desnuda, cabalgando una cabra, exhibo mi cuerpo joven y hermoso». ¡Cómo se reía la bruja vieja! «¡Te pudrirás!» Me pudriré, pensaba Jeanne, y se reía. Esta socarrona risa de cinismo geriátrico no le sentaba demasiado bien a una criatura como Jeanne, hecha para el placer, pero ¿no era la viruela el destino emblemático de las criaturas hechas para el placer, y el precio que pagar por la atroz mezcla de corrupción e inocencia que esta hija del sol trajera con ella desde las Antillas?

Por sí misma, ella había llegado limpia a París, sin llevar nada más grave encima que sarna, malnutrición y tiña. Resultaba una especie de chiste malo, por lo tanto, que, unos siglos antes de que Jeanne naciera, la diosa azteca Nanahuatzin hubiera vertido una cornucopia de sillas de ruedas, gafas oscuras, muletas y pastillas de mercurio en los barcos de los conquistadores, cargando su botín del Nuevo Mundo al Viejo; la venganza del continente expoliado, perpetrándose en las camas de Europa. Jeanne siguió inocentemente la estela de Nanahuatzin a través del Atlántico, pero no traía ninguna venganza erótica; había pillado el germen de su primerísimo protector, el hombre en quien ella había confiado, esperando que la sacara de todo esto; como para morirse de la risa, si no fuera porque ella era fatalista, indiferente.

Se inclinó hacia atrás hasta que el enorme vellón de oveja negra, su cabello suelto, se desparramó sobre la alfombra de Bokhara. Era una acróbata muy ágil; podía convertir su espalda en un arco iris de ébano. (Observen sus grandes pies y sus manos, fuertes y enormes, suficientemente diestras para ser manos de enfermera.) Si él era un experto en belleza, ella era una experta en las humillaciones más exquisitas, pero siempre había sido demasiado pobre para poderse permitir el lujo de reconocer una humillación como tal. Tenía que aceptar lo que viniera. Arqueó tanto su espalda que un chico pequeño hubiera podido pasar corriendo por debajo de ella. La sangre invertida cantaba en sus oídos.

Cabeza abajo como estaba, podía ver, en el cristal de la esquina superior derecha de la ventana, que él había dejado transparente, una media luna tan precisa que parecía pegada al cielo. Esta luna tenía el tamaño de un ancho recorte de uña; se podía ver el vago contorno del resto de su superficie, oscurecido por la sombra de la tierra, como si la tierra estuviera atrapada entre las zarpas relucientes de la luna, de manera que se diría que la luna llevaba en brazos a la tierra. Una estrella excepcionalmente brillante suspendida de la punta inferior con una tensa e invisible correa.

El gato de basalto, el orgullo de la casa, habiendo finalizado su

paseo excretorio por los muelles, gemía ahora al otro lado de la puerta pidiendo que lo dejaran volver a entrar. El poeta dejó pasar al minino. El minino saltó hasta sus brazos expectantes y llenó el apartamento con un feliz ronroneo. La chica tramó estrangular al gato con sus largos y ágiles dedos de los pies, pero, indulgente gracias al ejercicio de su sensualidad, pronto pudo reírse de verlo amar al gato con los mismos gestos, las mismas expresiones de cariño que le dedicaba a ella. Le perdonó al gato el hecho de existir; tenía mucho en común con ella. Soltó el puente de su espalda con una pulsación de guitarra, y se dejó caer en la alfombra, masajeándose los tendones estirados.

Él dijo que bailaba como una serpiente, y ella contestó, las serpientes no bailan: no tienen piernas, y él dijo, aunque amablemente, eres una idiota, Jeanne; pero ella sabía que él ni tan siquiera había visto nunca una serpiente, nadie que hubiera visto moverse a una serpiente —aquel veloz sistema de avances transversales, azotando con su propio cuerpo como látigo, dejando atrás un rastro ondulante en la arena, terriblemente rápido— lo habría dicho; si hubiera visto cómo se mueven las serpientes no hubiera dicho nunca nada parecido. Se desentendió del asunto enfurruñada y contempló sus pechos sudorosos; le hubiera gustado tomar un baño; de todas maneras, estaba un poco preocupada por un persistente flujo vaginal que olía a ratas, algo nuevo, algo inquietante, algo horrible. Pero no había agua caliente; no a estas horas.

—Subirán agua caliente si la pagas.

Ahora le tocaba enfurruñarse a él. Se puso otra vez a limpiarse las uñas.

—Crees que no necesito lavarme porque la mugre no se me nota.

Pero, a pesar de haber lanzado los primeros dardos de un hábil asalto que, si hubiera estado de humor, hubiese podido alargar durante una tensa y áspera hora, o más, se le pasaron las ganas de continuar. Se sintió embargada por una indiferencia repentina. ¿Qué más da?, todos vamos a morir; es como si ya estuviéramos muertos. Levantó las rodillas hasta el mentón y se agazapó delante del fuego, los ojos fijos en las brasas con una expresión ausente, su cara paralizada en un hosco resentimiento. El gato vino silenciosamente a su lado, como si lo hiciera a propósito, añadiendo un toque de glamur satánico, de manera que parecía que ambos estuvieran conversando sin palabras con los demonios que habitaban en las llamas. Mientras el gato la dejara tranquila, ella dejaría tranquilo al gato. Los dos estaban solos. El ensimismamiento

de la mujer y del gato tenía un cariz tan privado que el poeta se sintió excluido y emprendió la retirada, dedicándose a echar un vistazo a sus estanterías, aquellos volúmenes raros y valiosos, los misales enjoyados, los incunables, aquellos libros adquiridos en tiendas especiales que acarreaban tu perdición si te atrevías siquiera a abrir sus páginas. Cuidaba de su sexualidad, que tan difícil le había resultado excitar, hasta que ella estuviera dispuesta a reconocerla de nuevo.

Piensa que ella es un jarrón de oscuridad; si le da la vuelta, derramará una luz negra. No es Eva sino el mismo fruto prohibido, ¡y él lo ha mordido!

Extraña diosa, oscura como las noches, de perfume mezclado de tabaco y benjuí, artificio de un obi, el Fausto de la selva, maga de flancos de ébano, niña de negras medianoches.

En efecto, el obi que la ha convocado, desde el abismo cuya memoria devastadora todavía guardan sus ojos, debe haber canjeado la presencia de ella por el alma de él; negros labios de Elena chupan la médula del espíritu del poeta, aunque ella no desee hacer algo semejante. Aparte de las comidas y algunos tragos, ella no tiene muchos deseos conscientes. Si fuera budista, se encontraría a medio camino de la santidad, porque desea tan poco, pero, ¡ay!, todavía la aguijonean las necesidades.

El gato bostezó y se estiró. Jeanne se despertó de su trance. Enroscando otra hoja de papel con un soneto desmantelado para encender otro purito, su babero de cristales tintineando, se volvió hacia el poeta para pedirle, con su inimitable voz medio ronca, medio acariciante, la voz de un cuervo criado con miel, con su arrastrado acento antillano, un poco de dinero.

Nadie parece saber en qué año nació Jeanne Duval, aunque el año en que se encontró con Charles Baudelaire (1842) está registrado con toda precisión, y las biografías de sus otras amantes, Aglaé-Josephine Sabatier y Marie Daubrun, están bien documentadas. Además del apellido Duval, también utilizó los de Prosper y Lemer, como si su nombre no tuviera mucha importancia. Establecer su lugar de origen resulta problemático; los libros sugieren Isla Mauricio, en el océano Indico, o Santo Domingo, en el Caribe, usted elige entre dos puntos distintos del mundo. (Su *pays d'origine* era menos importante que si se hubiera tratado de una marca de vino.) Isla Mauricio parece más bien un palo de ciego, basado en el hecho de que Baudelaire pasó un tiempo en aquella isla durante su abortado viaje a la India en 1841. Santo Domingo, la Hispaniola de Colón, ahora República Dominicana, con una historia

turbulenta, linda con Haití. Allí, Toussaint l'Ouverture encabezó una victoriosa sublevación de esclavos contra los franceses propietarios de plantaciones en tiempos de la Revolución francesa.

Aunque en 1794 la Asamblea Nacional había abolido sin discusión la esclavitud en todas las posesiones francesas, Napoleón volvió a instaurarla en la Martinica y Guadalupe, aunque no en Haití. Estos esclavos no estuvieron definitivamente emancipados hasta 1848. Sin embargo, las amantes africanas de los colonos franceses estaban a menudo manumitidas, así como sus hijos, y los matrimonios mixtos no eran excepcionales en absoluto. Se desarrolló una población criolla de clase media; la clase social a la que perteneció la Josefina que se convertiría en emperatriz de los franceses al casarse con el mismísimo Napoleón.

No es muy probable que Jeanne Duval perteneciera a esta clase si, de hecho, procedía de la Martinica, algo que, puesto que parece haber sido francófona, continúa siendo una posibilidad.

Él anotó en *Mi corazón desnudo*: «Del odio que siente el Pueblo hacia la Belleza. Ejemplos: Jeanne y la Sra. Muller». (¿Quién era la Sra. Muller?)

En la calle, los niños le tiraban piedras, a ella, tan alta y brujeril, que, cuando estaba bebida, se tambaleaba con la dignidad vulnerable y afectada del borracho que siempre provoca las burlas, y que mantenía siempre erguida su cabeza salvaje, suelta su enorme capa de cabello, con tanta arrogancia como si llevara sobre ella una enorme vasija llena de todas las aguas del Leteo. Acaso se la encontrara llorando porque los chavales de la calle le arrojaban piedras, llamándola «bruja negra» o cosas peores, salpicando los hermosos volantes blancos de su miriñaque con pellas de barro recogido del arroyo que le adjudicaban como procedencia, sólo porque era una prostituta que tenía la desvergüenza de pavonearse hasta la tienda de la esquina para comprar puritos u *ordinaire*, o ron, con la cara muy alta, como si fuera la emperatriz de todas las Áfricas.

Pero es que ella era la emperatriz destronada, la realeza en el exilio, ya que, ¿acaso no le habían arrebatado todas las riquezas heterogéneas de todos aquellos países?

Despojada de las puertas de bronce de Benin; de los pechos de hierro de las amazonas de la corte real del Soberano de Dahomey; de la sabiduría esotérica de la gran universidad de Tombuctú; de la urbanidad de suntuosas ciudades del desierto ante cuyas murallas los hombres encabritan sus caballos, dando la bienvenida a la noche con trompetas el doble de largas que sus propios cuerpos. La

Abisinia de santos negros y leones sagrados no era ni siquiera una leyenda para ella. No sabía ni una palabra de aquellas sabanas donde los hombres forcejean con leopardos. El espléndido continente al que su piel la vinculaba había sido extirpado de su memoria. La habían privado de la historia, era un puro producto de la colonia. La colonia —blanca, imperiosa— la había engendrado. Su madre se iba con los marineros y ella se quedaba al cuidado de su abuela en un cuarto con una cama cubierta con un harapo.

Su abuela le decía a Jeanne: «Nací en el barco en que murió mi madre y la tiraron al mar. Se la comieron los tiburones. Otra mujer de algún otro país que acababa de tener un hijo nacido muerto me dio de mamar. No sé nada de mi padre ni de dónde fui concebida, ni en qué costa, ni en qué circunstancias. Mi madre adoptiva murió muy pronto de las fiebres en la plantación. Me desteté. Crecí».

Sin embargo, Jeanne conservaba una herencia negativa; si intentabas hacerle hacer algo que ella no quería, si intentabas erosionar aquel duro guijarrito de su libre albedrío, que se expresaba bajo forma de letargia, podías ver cómo había acabado con la paciencia de los misioneros y por lo tanto había heredado, no la autocompasión (por lo menos), sino sólo los veintinueve latigazos permitidos por la ley.

Su abuelita hablaba la lengua criolla, el patois, no conocía otro lenguaje, lo hablaba mal y se lo enseñó mal a Jeanne, que hizo todo lo que pudo para convertirlo en un buen francés cuando llegó a París y empezó a codearse con la gente elegante, pero sólo consiguió una chapuza, nada extraño, puesto que lo hacía sin poner en ello ningún entusiasmo. Era como si le hubieran cortado la lengua y le hubiesen cosido otra que no se ajustaba muy bien en su lugar. Podría decirse, pues, no tanto que Jeanne no entendiera la lapidaria y turbulenta serenidad de la poesía de su amante, sino que ésta era una afrenta perpetua para ella. Se la recitaba en alta voz durante horas, y a ella le dolía, la enfurecía y la irritaba porque la elocuencia de él le negaba su lenguaje. La dejaba sin habla, una mudez más profunda aún cuanto que se manifestaba con un duro chacoloteo de recriminaciones y peticiones gramaticalmente incorrectas que no estaban dirigidas especialmente contra su amante —a quien quería bastante— sino a su propia condición, su condición de desgarbada e ignorante chica negra que no servía para nada: perdón, que sólo servía para una cosa, aunque las espiroquetas estuvieran ya socavando diligentemente su médula espinal mientras ella llevaba el espléndido peso del olvido sobre su cabeza de amazona.

El más grande poeta de la alienación había tropezado con la perfecta extranjera; su encuentro se había tramado en los cielos. En su corazón, él debía de saberlo.

La diosa de su corazón, el ideal del poeta, tumbada resplandeciente en la cama, en una taciturna habitación empapelada de rojo y negro; a él le gusta que ella se ofrezca así en espectáculo, que se convierta en un festín suntuoso para sus vivos ojos, que siempre se le llenan antes que la tripa.

Venus está tumbada en la cama, esperando que se levante el viento: el albatros cubierto de hollín anhela la tormenta. ¡Torbellino!

Ella conocía al albatros. Una concha de vieira la trajo completamente desnuda a través del Atlántico; ella agarraba un enorme puñado de pelo enmarañado contra su montículo pubiano. Los albatros se dejaban llevar planeando en los vientos que los querubines negritos soplaban para ella.

El albatros puede dar la vuelta al mundo volando en ocho días, si se mantiene en las zonas tormentosas. A esta ave enorme, los marineros la llaman con toda clase de nombres despectivos, a causa de su ridícula torpeza en tierra, pero el viento, el viento es su elemento; lo domina con una maestría absoluta.

Allí abajo, muy abajo, donde el trasero del mundo vuelve a adelgazarse, si uno viaja lo suficiente hacia el sur, puede volver a encontrarse en el reino del frío perpetuo que empieza y acaba nuestra experiencia en esta tierra, esas cordilleras de montañas de hielo en las que los vientos braman como toros, aúllan y ululan, y no hay nadie, sólo el solemne pingüino con su levita, no tan diferente de la tuya, Papi; el estimable pero, a diferencia de ti, excesivamente hogareño pingüino, que balancea el huevo precioso con sus pies mientras su querida esposa se va de juerga y le saca todo el partido posible a las diversiones que la Antártida pueda ofrecer.

Si Papi fuera como un pingüino, seríamos mucho más felices; no hay espacio suficiente para dos albatros en esta casa.

El viento es el elemento del albatros, de la misma manera que la vida doméstica es el del pingüino: en las «Locas Latitudes Cuarenta» y en las «Furiosas Latitudes Cincuenta», donde los fuertes vientos soplan incesantemente de oeste a este entre las cumbres más remotas de los continentes habitados y la pesadilla azul del hielo inhabitable, estas grandes aves planean con divino júbilo hacia el sur, muy hacia el sur, tan hacia el sur que se invierte el sur teórico de la selva de papagayos y rutilantes playas del poeta; allí abajo, al

sur, sólo las flemáticas aves monocromáticas no voladoras forman el público para los maravillosos equilibristas que viven en el corazón de la tormenta —como los burgueses, Papi, sentados tan tranquilos con sus huevos en los pies mientras contemplan cómo los artistas como nosotros desafían a la muerte en el trapecio más alto.

La mujer y su amante esperan que se levante el viento con el cual podrán abandonar el sombrío apartamento. Creen que podrán ascender y flotar sobre él. Este viento será como llegado de un nuevo planeta.

El joven inhala el aroma del aceite de coco con el que ella se frota el pelo para darle brillo. Su agonizante romanticismo transforma este olor casero de la cocina caribeña en el perfume del aire de aquellas islas tropicales que —a veces consigue llegar a creérselo— son los territorios felices que tanto anhela. Su vívida imaginación realiza una alteración alquímica del sano olor penetrante del sudor de ella, recién estimulado por el baile. Piensa que su sudor huele a canela porque lleva especias en los poros. Piensa que está hecha de una clase de carne distinta de la suya.

Para su conexión resulta esencial que, mientras ella se reviste de la vestimenta privada de su desnudez, sus poco elegantes ropajes de bisutería y carmín, él debe conservar la indumentaria masculina pública del siglo xix, compuesta por levita (de corte exquisito); camisa blanca (de pura seda, confeccionada en Londres); fular rojo oscuro; y pantalones impecables. Le déjeuner sur Uherbe es más complicado de lo que parece. (Manet, otro de sus amigos.) El hombre actúa, y se viste en concordancia; su piel es un asunto privado. Es ingenioso, un producto de la cultura. La mujer es; y está, por lo tanto, completamente vestida sin ropa alguna encima, su piel es una propiedad pública, es un ser integrado en la naturaleza, con una simplicidad carnal que, insiste él, es el más abominable de los artificios.

Una vez, antes de que se convirtiera en una mujer mantenida, él y un grupo de bohemios consiguieron raptarla de sus clientes en el cabaret, hicieron que se esfumara con ellos, protestando primero, riéndose después, y deambularon de madrugada por las calles, buscando algún lugar donde ofrecer otra copa a su presa, y ella orinó en la calle, allí mismo, sin anunciarlo; tampoco entró en ningún callejón para hacerlo en privado; ni tan siquiera se soltó de su brazo, simplemente abrió las piernas sobre la alcantarilla y meó como si fuera la cosa más natural del mundo. ¡Oh, las inesperadas campanillas chinas de aquella cascada líquida!

(Momento en que su Lázaro se levantó y golpeó motu propio la

tapa del ataúd de los pantalones del poeta.)

Jeanne se levantó las faldas con su mano libre para sortear el charco que había creado, de forma que él pudo ver cómo se había salpicado las medias blancas, en los tobillos. A la aterrorizada, exacerbada sensibilidad del poeta, le pareció que el líquido era una especie de ácido orgánico que quemaba la malla de algodón, disolvía su enagua, las ballenas de su corpiño, su camiseta, el vestido que llevaba, su chaqueta, de manera que ahora andaba a su lado como un fetiche ambulante, salvaje, obscena, aterradora.

Por su parte, él siempre llevaba guantes de cabritilla de color rosa pálido, tan suavemente ajustados como los guantes de goma de los ginecólogos. Observándolo mientras jugaba con su pelo, ella recordó serenamente a una amiga pelirroja del cabaret que había cursado su aprendizaje en un burdel, pero se había retirado de la profesión tras descubrir que lo único que quería gran parte de sus clientes era que les diera permiso para eyacular en su magnífica cabellera tiziana. (¡Cómo se divertían las chicas con esta historia!) La chica pelirroja pensó que, en general, este sucio asunto era menos desagradable y más higiénico que un coito normal, pero la obligaba a lavarse el pelo tan a menudo que su mejor atributo, de hecho, su único atributo —puesto que era muy poquita cosa, y bizqueaba— perdía sus aceites esenciales y naturales. Mercader y mercancía a la vez, la prostituta es su propia inversión en el mundo, y tiene por lo tanto que cuidarse; la pelirroja bizca decidió que no se atrevía a correr el riesgo de despilfarrar su capital de forma tan temeraria, pero Jeanne no tuvo nunca este temperamento de comerciante, no se sentía propietaria de sí misma, y por lo tanto se ofrecía a todo el mundo excepto al poeta, hacia el cual sentía demasiado respeto para ofrecerle un regalo tan ambivalente a cambio de nada.

—Haz que se me levante —dijo el poeta.

«Los albatros son famosos por la exagerada parada nupcial que llevan a cabo durante toda la temporada de apareamiento. Consiste en bailar de forma grotesca y torpe, además de hacer reverencias, escarbar el suelo, chasquear con el pico y emitir prolongados gemidos nasales.» (Aves del mundo, Oliver L. Austin Jr.)

No son buenos constructores de nidos. Cualquier leve depresión del terreno les basta. También pueden horadar algún montículo de barro. A la tierra sólo le hacen las concesiones más miserables. Él se imaginaba su cama, el nido del albatros, precisamente como esta efímera clase de residencia en la que el Destino, la madama más grande de todas, había encerrado juntas a estas dos extrañas aves.

En este exilio transitorio, cualquier cosa es posible.

—Jeanne, haz que se me levante.

¡Nada es sencillo para este sujeto! Convierte un polvo en una actuación digna de la Comedie Francaise, conseguir que se corra es un drama en cinco actos con interludios absurdos y otros pasajes que harían llorar y, después, es él el que llora, se avergüenza, habla de su madre, pero Jeanne no se acuerda de su madre, y su abuela la cedió a cambio de un par de botellas a un oficial de cubierta, un trueque con el que su abuela se declaró muy satisfecha porque Jeanne ya empezaba a meterse en líos y la ropa se le quedaba pequeña y comía demasiado.

Mientras desentrañaban juntos la historia de la transgresión, el fuego se había apagado; la pequeña, blanca, brillante luna invernal en la esquina izquierda más alta del cristal izquierdo más alto de los pocos cristales transparentes de la ventana también había completado, acompañada por su estrella satélite, la sección final de su ancho arco por el cielo negro. Mientras Jeanne trabajaba estoicamente en el placer de su amante, como si se tratara de su propio viñedo y ella fuera acumulando tesoros en el cielo gracias a su ingrata labor, la luna y la estrella llegaron al cristal inferior derecho de la ventana.

Si pudierais verla, si no fuera tan oscura, parecería la víctima de un atraco; sus ojos despojados son como abismos, pero lo atraerá hacia su pecho y lo consolará por haberle vendido, en su asco por sí mismo, aquellos elementos residuales de humanidad común que ha dejado dentro de su cuerpo, algo que tan implacablemente le reprocha, por lo que tanto la glorificará, confiriéndole la eternidad prometida por el poeta.

La luna y la estrella desaparecen.

Nadar dice que la vio al cabo de un año más o menos, sorda, muda y paralítica. Baudelaire había muerto. El poeta —finalmente tan distanciado de sí mismo que, en los últimos meses, antes de que la enfermedad acabara triunfando, cuando le enseñaban su reflejo en un espejo se inclinaba cortésmente, como si se tratara de un extraño— le dijo a su madre que se asegurara de que Jeanne quedara atendida, pero su madre no le dio nunca nada. Nadar dice que vio a Jeanne renqueando con sus muletas por la calle, dirigiéndose hacia la bodega; no le quedaba ningún diente, llevaba un pañuelo atado alrededor de la cabeza pero era evidente que se le había caído su maravilloso pelo. Su cara aterrorizaba a los niños pequeños. No se detuvo para hablar con ella.

El barco emprendió viaje hacia la Martinica.

Los dientes pueden comprarse; el pelo puede comprarse. Las mejores pelucas pueden confeccionarse con los mechones cortados a las novicias en los conventos.

El hombre que decía ser su hermano —quizás tuvieran realmente la misma madre, ¿por qué no? Ella no tenía ni idea de lo que había sido de su madre y este hipotético y taimado hermanastro había surgido justo a tiempo para encargarse de sus desordenadas finanzas con la pericia de un empresario nato hubiera podido ser Mefistófeles, pero a ella no le importaba en absoluto—. Su hermano. Habían guardado todo lo que el poeta había conseguido pasarle a Jeanne a escondidas, mientras se estaba muriendo, cuando su madre no se daba cuenta. Cincuenta francos para Jeanne por aquí; treinta francos para Jeanne por allá. Todo se iba sumando.

Ella se quedó sorprendida al descubrir que valía tanto.

Había que añadir la venta de uno o dos manuscritos, los que ella no había utilizado para encender sus puritos. Algunos libros, especialmente los que le había dedicado con grandes fiorituras. La venta de gemelos y de cajones y cajones de guantes de cabritilla de color rosa, apenas usados. Su hermano sabía dónde deshacerse de ellos. Más tarde, cualquier objeto de interés del poeta, incluso sus torpes dibujos, valdría cantidades sorprendentes. Dejaron una carpeta llena en manos de un emprendedor agente.

Con un nuevo traje de seda negra, la cara devastada pero cuidadosamente reparada, oculta en parte por un velo favorecedor, se marchó resoplando de Europa a bordo de un vapor rumbo al Caribe como una respetable viuda; después de todo, todavía no había cumplido los cincuenta años. Hubiera podido ser la esposa criolla de algún funcionario de poca monta volviendo a su país tras la muerte de su marido. Su hermano viajó primero, para buscar las propiedades que iban a comprar.

Ningún albatros interrumpió su viaje. Tampoco pensó jamás en la ruta de los esclavos, si no era para comparar la travesía de su abuela con la suya, tan confortable. Podría decirse que Jeanne se había encontrado a sí misma; había tocado tierra, y con la ayuda de su bastón de marfil, andaba perfectamente bien sobre ella. El aire del mar le había sentado bien. Decidió dejar el ron, a excepción de un solo traguito antes de acostarse, después de haber hecho las cuentas.

Vedla ahora, en el ocaso de su vida, vestida cada mañana de respetable negro, apoyándose un poco en su bastón pero tan majestuosa como sólo puede serlo quien se ha arrancado a sí misma de las fauces del león. Sale de la encantadora casa, con su porche

cubierto de enredaderas; «¡Buenos días, señora Duval!» la saluda con voz cantarina el servil jardinero. Qué bien suena. Va camino del banco, para ingresar las ganancias de la noche pasada. «Muchísimas gracias, señora Duval.» Se había vuelto insaciable de deferencias, en cuanto lo hubo probado por primera vez.

Hasta que al final, a una edad muy avanzada, sucumba al dolor de sus huesos, y un cortejo de chicas apesadumbradas la lleve hasta el cementerio, continuará dispensando, a los más privilegiados miembros de la administración colonial, por un precio razonable, la genuina, la auténtica, la verdadera sífilis bodeleriana.

Tócala de nuevo, Sam

ROBERT COOVER

Traducción de Mariano Antolín Rato

La Warner Brothers había elegido, para los papeles protagonistas de Casablanca, en primer lugar a Ronald Reagan y Ann Sheridan, pero los hados sabiamente decidieron que debían ser interpretados por quienes los harían inmortales: Humphrey Bogart e Ingrid Bergman. Basado en una oscura pieza de Broadway, Everybody Comes to Rick's, el guión se iba escribiendo a medida que se filmaban las escenas; los actores recibían las frases que debían leer pocas horas antes, y a veces no recibían ninguna, hasta el punto de que Bergman jamás supo de cuál de los dos hombres de la historia tenía que estar enamorada. A pesar de todo esto, o acaso precisamente por esto, Casablanca obtuvo tres Oscar: Mejor fotografía, Mejor director y Mejor guión.

«Tócala de nuevo, Sam» es un homenaje a Casablanca. Sirviéndose de la trama mítica de la película como telón de fondo, Robert Coover añade aquello siempre aludido pero jamás mostrado en la pantalla. Ilsa y Rick desempeñan los papeles creados para Bergman y Bogart y los conducen hasta su final melodramático. «¿Imaginaste que las cosas iban a resultar así esta noche?» le pregunta Rick-Bogart a Ilsa-Bergman. El cuento de Coover describe de manera brillante ese final, que acaso uno no esperaba, pero que no podía dejar de imaginarse.

El apartamento de Rick está a oscuras. Una oscuridad de grafito, pesada y abstracta, en silencio a no ser por un débil crujido, ronco como una queja sin voz y breve como un sueño. Entonces Rick abre la puerta y la luz del vestíbulo corta como una tijera el interior: como si fuera un botones que precede a un cliente, hace evidentes las superficies (hay una presencia en el cuarto), presagia acontecimientos (es Ilsa). Rick entra, demasiado preocupado para fijarse: le han cerrado el café, han liquidado a tiros a unas personas, las cosas van mal. De repente enciende una lámpara (¡qué luz!, las sombras se retiran, todo se retira: ¿dónde están las paredes?) y allí la tiene, frente a él, sujetando las cortinas de la ventana del fondo

como el delantero de una bata mientras la luz ilumina su cara blanca y decidida. Rick se detiene un momento, pasmado. Ilsa deja caer la cortina, da un paso hacia adelante envuelta en la luz extrañamente inquietante, sus ojos buscan los de Rick.

«¿Cómo has llegado hasta aquí?», pregunta él, aunque probablemente no sea esta la pregunta que quisiera hacerle.

«Por la escalera de atrás.»

Esta respuesta parece complacerlo. Sabe cuan vulnerable lo vuelve su manera de vivir —sus puertas están siempre abiertas, no lleva sombrero, la chaqueta de su esmoquin es de un blanco de nieve—, pero no le importa. Lo que le importa es que gracias a esa respuesta se está cumpliendo una especie de destino. Sam tiene una canción sobre eso.

«Después de esta mañana pensé que te volvería a ver —dice contrayendo los labios, como para dar a entender que tiene ganas de vengarse— pero no tan pronto.»

Ella se encara directamente con él, anchos hombros y caderas estrechas, un cinturón como una cartuchera, algo que brilla en su tensa mano izquierda. Rick levanta las suyas como para demostrar que no tienen nada.

«Bueno, ¿no te sientas?»

Su ofrecimiento, sea en broma o no, hace que ella se relaje. Los hombros le caen aliviados, y los pechos; avanza hacia él (lo que lleva sólo es un pequeño bolso: puede que con un cepillo de dientes, cosméticos, la llave del hotel), la cara se le suaviza: «¡Richard!». Él empieza a retroceder alarmado, llevándose las manos a las caderas. «¡Tengo que hablarte!» «¡Así que ahora soy Richard!» Su retirada con tanto enfado levanta una barrera entre ellos. Ella se interrumpe. Él hunde las manos en los bolsillos como si buscara la respuesta adecuada: «¡Como en París!».

Pero sabe muy bien que no es así. Su canción parece filtrarse en la habitación desde algún punto de la noche exterior, o quizá haya estado allí todo el tiempo; puede que Sam, abajo, en el bar en penumbra, envíe delicados tecleos de advertencia a la manera de su raza africana: «Piénseselo dos veces, jefe. Al corazón lo domina la pasión, no puede fiarse. Celos, jefe, y odio». «Vamonos de pesca, Sam.»

«¡Por favor!», suplica ella, mirándole a los ojos, pero él permanece inmóvil.

«¿Esta inesperada visita no será debida a los famosos salvoconductos? —Rick inclina la cabeza; su labio superior está inflamado de amargura y dolor—. ¡Parece que mientras los tenga,

nunca estaré solo!»

Sin embargo, no hace falta decirlo, siempre estará solo; de hecho, esto es lo que ha querido decir («Pídeme lo que quieras», le dice ella) con su exclamación: Rick Blaine es un solitario, de los que nacen y se hacen. Digno de lástima. Su imagen habitual, casi arquetípica, lo muestra sentado solo ante un tablero de ajedrez con su esmoquin blanco, fumando pensativamente en medio de una ruidosa y abigarrada multitud, una multitud que él mismo ha reunido a su alrededor. Da golpecitos a un peón, mueve uno de los caballos blancos, acaricia a una espigada reina negra mientras una sonrisa sardónica se asoma en sus labios. Parece estar jugueteando, burlándose de sí mismo, del propio destino, tan indiferente hacia Rick Blaine (no importa que diga —como hace ahora, apartándose de ella— que «La mía es la única causa que me interesa ahora…») como hacia el resto del mundo. Todo es una mierda, así que ¿a quién le importa?

Ilsa está mirando al vacío, un vacío que un momento antes llenaba Rick. Parece pensar en algo. Las negociaciones van mal; puede que sea eso lo que la preocupe. Ignorando su ultimátum («¡Debes darme esos salvoconductos!»), Rick se ha negado a proponer «un precio», se ha burlado del heroísmo de su marido y mofado del auténtico motivo que los reunió por primera vez en París. ¿Cómo podría hacer eso? Y ahora le ha dado bruscamente la espalda (¿cree que sólo se trataba de sexo?, ¿qué le ha pasado desde entonces?) y se dirige hacia la puerta de la terraza, dando a entender, aparentemente, que quiere que se marche. Ilsa respira a fondo, aprieta los labios, y agarrando el pequeño bolso con las dos manos, se vuelve para seguirle: «¡Richard!». Esto ha funcionado antes, y vuelve a funcionar: Rick da media vuelta para encararse con ella. «Nos amamos en París…» La voz se le ahoga en la garganta, los ojos se le llenan de lágrimas. Está guapa, medio iluminada medio en sombras, con el pelo suelto en torno a las orejas, los ojos brillantes, el cuello desnudo y vulnerable en el escote en V de su blusa con lorzas. Va bien vestida. Incluso ese pequeño bolso que aprieta, tan parecido al otro, tan encantador, parece servirle de refugio. Mueve un poco la cabeza, melancólicamente atractiva: «Si aquel amor significó… algo para ti…».

«Si estuviera en tu lugar, no hablaría de París —dice insensible —. Es demasiado vulgar.»

Ella suspira (no fue ella quien lo sacó a relucir: ¿está loco?), echa la cabeza hacia atrás:

«¡Por favor! ¡Escúchame, por favor!». Cierra los ojos, saca el labio inferior como si lo tuviera hinchado. «Si supieras lo que pasó de verdad, si supieras la verdad…»

Rick capta este despliegue, impasible como un verdugo moro (¡eso es!, se está convirtiendo en uno de esos árabes sanguinarios, piensa ella). «No me es posible creer en tus palabras», dice él. En Etiopía, después de un atentado contra un oficial italiano, una noche vio detener a mil seiscientos etíopes y fusilarlos como represalia. Muchos eran amigos suyos. O en cualquier caso, clientes. Pero en cierto sentido el engaño de Ilsa es peor. «Ahora dirías cualquier cosa para conseguir lo que quieres.» Vuelve a darle la espalda, se aleja a largos pasos.

Ella lo mira con espantado silencio, como si todo lo que había sucedido dieciocho meses atrás en París pasara súbitamente ante sus ojos y ahora se hubiera convertido en algo repugnante debido a una terrible revelación. Deja escapar un suspiro exagerado como el ulular del viento: la cabeza de Rick asiente y se vuelve rápidamente a la derecha. Ella lo persigue, pisándole los talones. «Quieres compadecerte de ti mismo, ¿verdad? —grita y, sorprendido (acaba de estirarse para coger algo de una mesa labrada, el humedecedor del tabaco quizá), se vuelve hacia ella—. Y no ves más allá de tus propios sentimientos», le suelta despectiva. Tiene los labios tensos, su respiración es trabajosa, sus ojos están húmedos de ira y frustración. «¡Porque una mujer te hirió quieres vengarte con todo el mundo!» Se ahoga, casi no puede hablar. Su acento parece hacerse más duro. «Eres débil y cobarde…»

Se atraganta. ¿Qué está diciendo? Rick la mira, como ligeramente divertido. «No, Richard, ¡lo siento!» Ahora las lágrimas brotan en serio: ¡ha ido demasiado lejos! Ésa es la expresión de su cara. Está en un rincón, haciendo esfuerzos por rehacerse. «Lo siento, pero…» Se seca las lágrimas y recurre una vez más a su marido, ese hombre tan importante y valiente al que ambos admiran, al que admira todo el mundo: «¡…eres nuestra última esperanza! ¡Sin tu ayuda, Victor Laszlo morirá en Casablanca!».

«¿Y eso qué importa?», dice Rick. Ha estado esperando esta oportunidad. Ahora juega con ella, se aprovecha. Se vuelve, coge un pitillo, su cabeza está aureolada por la luz de una puerta en arco. «También yo moriré en Casablanca, y no pasará nada.» Esta frase trataba de ser divertida, pero Ilsa reacciona con horror.

Desorbita los ojos. Aguanta la respiración, se vuelve. Rick enciende el cigarrillo, satisfecho de sí mismo, da una calada muy estudiada, suelta el humo. «Y ahora —dice, volviéndose hacia ella

—, si no te importa…»

Se interrumpe inmediatamente, mira con ojos entornados: ella le apunta con un revólver. Conque cepillos de dientes y llaves del hotel, ¿eh? «Está bien. He intentado razonar contigo. Lo intenté todo. Ahora exijo esos salvoconductos.» A lo lejos, una melodía sugiere una lucha por el amor y la gloria, un caso irónico de o lo haces o mueres. «Ve a buscarlos.»

«No hace falta.» Se toca la chaqueta. «Los llevo aquí.»

«Ponlos sobre la mesa.»

Rick sonríe y niega con la cabeza. «No.» El humo sube del cigarrillo que tiene a su lado como el vapor que envolvía el tren de las cinco a Marsella. Los ojos de Ilsa están llenos de lágrimas. Aunque le apremia («¡Por última vez…!»), sabe que el «no» es definitivo. Detrás de la sonrisa irónica de Rick hay una profunda tristeza, el fatalista conocimiento del superviviente de que, al final, las cosas fundamentales ocurren siempre. El tiempo, al pasar, no deja nada detrás, ni siquiera momentos como éste. «Si Laszlo y su causa te importan tanto —dice, burlándose de su inseguridad—, nada va a detenerte.»

Parece que Rick retrocede. El pitillo desaparece, y el humo. Su tristeza deja paso a algo muy parecido a la ansiedad. «Bien, voy a ponértelo más fácil —dice, y avanza hacia ella—. Anda, dispara. Me harás un favor.»

Ella parece atónita, tiene los ojos húmedos, los labios hinchados y separados. La luz le lame la cara. Rick la mira fijamente desde una posición moral superior, el humo se eleva de su mano una vez más, su blanco esmoquin está apretado contra el cañón del revólver. Ella cierra los ojos mientras el arma cae, y susurra su nombre: «¡Richard!» Es como una invocación. O una profesión de fe. «He tratado de olvidarte», dice suspirando. Abre los ojos. Una lágrima resbala lentamente por su mejilla camino de la comisura de sus labios como una escritura secreta. «Creí que nunca te volvería a ver… que estabas fuera de mi vida…» Pestañea, grita débilmente: —«¡Oh!» —, y (al fin él parece conmovido, su máscara de desdén desaparece como sudor) se vuelve, echando la cabeza a un lado como con gran dolor.

Dominado por un repentino interés, o lo que parece interés, Rick avanza a sus espaldas, le coge los pechos con ambas manos, acaricia su pelo con la cabeza. «¡El día que te fuiste de París…!», solloza ella, aunque parece insegura de sí misma. Una de las manos de Rick ya está entre sus piernas, la otra dentro de su blusa, sacando un pecho de una de las copas del sostén. «Si supieras… lo que…» Rick

gime, le mordisquea una oreja, la mano que tiene entre las piernas de ella casi la levanta del suelo, su pelvis se pega a sus nalgas. «¿Está bien… esto?», pregunta ella ahogadamente.

«¡No lo sé!» —murmura Rick, acariciándole el pecho, con el pezón entre dos dedos—. ¡No puedo pensar!»

«Pero… ¡debes pensar! —grita Ilsa retorciendo las caderas. Ahora corren lágrimas por sus mejillas—. Porque… porque…»

«¿Qué?», dice ahogadamente él, abriéndole la blusa, tirando de su pecho como si fuera a ponérselo sobre el hombro para besarlo. O comérselo: de repente parece famélico.

«¡No…, no consigo recordar!», solloza Ilsa. Extiende la mano hacia atrás buscando la bragueta (¿qué otra cosa puede hacer, por el amor de Dios?), luego se desata el cinturón, se desabrocha la falda con sus dedos temblorosos.

«¡La madre que te parió!», jadea Rick, metiendo la mano por debajo del liguero de Ilsa cuando cae la falda. También tiene las mejillas húmedas de llanto. «¡Ilsa!»

«¡Richard!»

Caen al suelo, agarrándose y tirándose mutuamente de la ropa. Rick trata de quitarle el sostén, que se ha enredado con la blusa, y ella lucha con su cinturón, tira de sus pantalones negros y hace esfuerzos por arrancárselos. Vuelan los botones, las cintas se sueltan, hay un suave e incierto rasgarse de seda, el tintineo de hebillas y monedas que caen, gimoteos, suspiros, gemidos de placer. Rick la despoja de la enredada maraña de ropa interior (hay un montón de cintas y tirantes, ¿cómo se las arreglará para ponerse y quitarse estos extravagantes elásticos?); ella se esfuerza por bajarle los pantalones y, pasada la cadera, se le enredan en los zapatos. «¡Ese codo…!»

«¡Uf!»

«¡Ah!»

Ilsa le quita pantalones y calzoncillos, se mueve ondulante (él da cachetes a las resplandecientes nalgas, barridas por la luz de la torre del aeropuerto, contempla sus grandes pechos, que oscilan encima de él: todo pasa muy deprisa, y le gustaría que se desarrollara a cámara lenta, repetir algunos de los mejores momentos —esa visión de las ondulantes caderas de Ilsa que ahora está a cuatro patas, por ejemplo, como un 22, su número de la suerte—, pero sienten tanto deseo que no pueden esperar), monta sobre él, facilitándole que la penetre como un tren al que se lleva a la estación. «¡Te amo, Richard!», declara ella sin respiración, aunque parece que no le está hablando, con los ojos cerrados y los pechos elevados, a él, sino al

techo, si es que lo hay. Rick también tiene cerrados los ojos, sus manos aprietan las suaves caderas de Ilsa, empujándola hacia abajo, su respiración se ha convertido en breves y angustiosos bufidos, tiene la cara congestionada y mojada de llanto. Como siempre, hay algo de profundamente herido y vulnerable en la expresión de la baqueteada cara de Rick, enmarcada ahora por su alfombra persa: Rick Blaine, un hombre templado por la soledad y la traición, aunque destrozado —parece que sin esperanza— por la propia esperanza. Es, en sentido trágico, un auténtico revolucionario: su boca muy abierta lo demuestra, la saliva de las comisuras de sus labios, sus ojos, ahora abiertos y que miran algo que parece muy lejano, tal vez el futuro, la frente fruncida. Empuja hacia arriba, empalándola profundamente. «¡Dios mío!», grita Ilsa arqueando la espalda, con la boca muy abierta, como para empezar a cantar «La Marsellesa».

Ahora, durante un momento, se detienen, notándose unidos, mientras el miembro de Rick se expande lujuriosamente en la cálida cavidad de la vagina, y el inflamado interior de Ilsa se cierra en torno al pulsante pene como una madre abrazando a un hijo perdido. «Si supieras…», parece decir ella, aunque acaso ya lo ha dicho antes y no se ha podido oír hasta ahora. Rick le acaricia los senos; ella le abre la camisa, le pasa la mano por el pecho, se echa hacia adelante para besarle los labios, los pezones. Dentro de ella no está el largo y delgado estoque de Víctor, siempre tan tímido durante sus infrecuentes visitas; ella no es Ivonne, la de los habilidosos músculos de profesional y el profundo agujero peludo. Se trata de amor en todo su viscoso misterio, el contacto definitivo, el empalagoso frotar de la verdad, la carne como mensaje que se consume en sí mismo. Se trata de necesidad, como una mujer necesita a un hombre, y un hombre debe tener su pareja. Incluso sus identidades parecen disolverse; tienen que susurrarse sus nombres el uno al otro de vez en cuando como en un combate recitativo contra algún definitivo encantamiento del que podrían no regresar. Luego, poco a poco, ella empieza a retorcer las caderas por encima de Rick, que responde a sus suaves ondulaciones con enérgicas arremetidas en sentido contrario. Se abrazan con fuerza, jadeando, los pechos de ella aplastados contra él, moviéndose únicamente de cintura para abajo. Ilsa desliza los muslos entre los de Rick y aprieta su pene entre ellos, como para esconderlo allí, un miembro de la resistencia fugitivo, herido, pero que no piensa en rendirse. Rick levanta los pies con los calcetines puestos y los planta detrás de las rodillas de ella como en unos estribos, y las nalgas de

Ilsa aprietan y sueltan, aprietan y sueltan, como lo haría una bomba de succión. Ilsa parece despedir un intenso resplandor; se siente como si toda ella brillara por dentro, sus mejillas tienen un halo de ese brillo suyo tan deslumbrante.

«¡Me gusta tanto, Richard! Ahí, ahí dentro… He estado tan…, ¡ah!, tan sola…»

«Sí, yo también, pequeña. ¡Uf! ¡No hables!»

Ilsa desliza sus muslos por encima de los de Rick y los extiende hacia arriba hasta colocarlos en su cintura como una niña jugando con su oso de peluche, con las rodillas contra las costillas del hombre, y el clítoris acaricia el pene igual que una mente acariciaría un recuerdo querido. Rick se queda pasivamente tendido durante un momento, desmadejado, con los ojos cerrados, aceptando aquella cálida ablución rítmica como se acepta el cariñoso baño de una niñera, el cuidado de una madre (un cuidado, decía a menudo él, que le había sido negado) en toda su deliciosa inocencia, o, al menos, eso es lo que parece; pero todo su cuerpo tiembla suavemente, como si, con gran dificultad, se desprendiera de lo que le queda de orgullo y amargura, de aislada neutralidad. Luego, poco a poco, sus propias caderas empiezan a oscilar convulsivamente debajo de las de Ilsa, sus rodillas se alzan en rendición involuntaria. Ilsa le mete la lengua en la oreja, sus nalgas golpean más vigorosamente ahora, le besa la garganta, la nariz, el labio con la cicatriz, luego se eleva, arquea la espalda, echa la cabeza hacia atrás (ahora tiene el pelo más suelto, menos ordenado, un mechón se desliza por la evidente palidez de sus mejillas y su cuello, y lo que antes era una fiera determinación es ahora una cruda intensidad, lo que fue vulnerabilidad es ahora puro abandono), hace que la penetre más profundamente que nunca, y sus nalgas se alzan del suelo como si trataran de despegar, como el avión del próximo vuelo a Lisboa «Gott in Himmel, esto es vida», grita ella. Luego echa una mano hacia atrás para agarrarle los testículos, y Rick toma esa mano entre las suyas, sus muslos se separan y ella cae hacia adelante; ruedan el uno encima del otro, y Rick sube y baja ahora encima de Ilsa (carece de su brillo, incluso parece que sus nalgas hacen disminuir la luz y despiden una lóbrega nostalgia a su alrededor igual que niebla nocturna, como para indicar que entre ellos hay una distancia fundamental y una atracción irresistible), Ilsa clava las uñas en la espalda de Rick por debajo de la chaqueta blanca, en sus caderas, en sus muslos, su voraz boca inferior se eleva hacia él y vuelve a bajar, una y otra vez, como un frenético trepador por un engrasado árbol de mayo.

Unen ruidosamente sus cuerpos cada vez con mayor rapidez, entregados a este fiero ritmo como para simplificarse, emitiendo gemidos y sollozos y suaves pedos incoercibles, y ya no son Rick Blaine e Ilsa Lund, sino una conjunción innombrable en algún punto entre ellos, tiempo, espacio, que se redefine por el enfoque cada vez más estrecho de su pasión incandescente, hasta que, de repente, Rick se echa hacia atrás y su cara parece arrugarse como una calabaza. Ilsa grita y patalea, cruzando sus tobillos sobre las apretadas nalgas de Rick. Durante un momento casi parecen flotar, suspendidos, sin ser afectados por la gravedad de la tierra, y luego —¡zas!— vuelven a caer al suelo y continúan empujando a la vez, aunque de modo menos regular, encabritándose, retorciéndose, prolongando aquel clamoroso diálogo, alargándolo incluso cuando disminuye la intensidad, incluso cuando se convierte en declaración más que en demanda, en pregunta más que en afirmación. Ilsa, descruzando los pies, se desliza lentamente al suelo. «¡Uf… Gott!» Permanecen tumbados, con las mejillas unidas, apretados el uno contra el otro, resollando, sus muslos temblando con los últimos espasmos involuntarios, los postreros ecos, hundidos en sus lomos, de las reverberaciones de las explosiones de placer que se desvanecen.

«¡Dios mío! —jadea Rick—. ¡Estaba esperando esto desde hace un maldito año y medio…!»

«Nunca había follado tan bien», replica Ilsa con un suspiro trémulo, y le besa la oreja, le pasa los dedos por el pelo. Rick empieza a apartarse de ella, pero Ilsa se le acerca: «¡No… espera…!». Un profundo placer más intenso, no tan extático y, sin embargo, hasta cierto punto más tierno, parece brotar del interior de Ilsa cuando abraza al enhiesto visitante húmedamente acomodado en su vagina, antes amigo familiar, camarada al que se quiere y en quien se confía, ahora casi un extraño, como alguien que hubiera resucitado de entre los muertos.

«¡Ah…!», exclama Rick jadeando. ¡Dios mío, se siente como si lo estuviera ordeñando! Luego, ella se suelta, rodeándolo esponjosamente con una especie de húmeda y cálida gratitud pulsante. «¡Ah…!»

Se queda tumbado entre los húmedos muslos de Ilsa, tersos como la seda; se siente pesado, con la mente tranquila y relajada. La voluntad se le escapa igual que si fuera una especie de afecto mórbido, un letargo que se apodera de él como un ejército invasor. Incluso se le afloja la mandíbula, y sus dedos (tres, perezosamente desparramados sobre un pecho de pezón oscuro) ceden. Todavía

lleva puesta la chaqueta de un blanco de nieve del esmoquin, los brillantes calcetines negros, los cuales, junto a los paréntesis de los muslos blancos de Ilsa, hacen que sus nalgas melancólicas —que recibieron azotes en la infancia y latigazos en el mar, se consumieron en discusiones sindicales, se quemaron al sol de Etiopía, y contra las cuales dispararon en España— parezcan más lúgubres que nunca, morenas y autocompasivas, abiertas ahora con una especie de tristeza heroica. Una violenta tristeza. Estas nalgas son, se podría decir, lo que la actitud de aislamiento parece en sus mejores momentos: orgullosas, amargas, lúgubres, y, como el prefecto de policía hubiera señalado sin duda, tremendamente atractivas. Aunque su pene se ha deslizado fuera de la vagina y cuelga blandamente como un rechoncho dedo gordo del pie contra los labios, que tiemblan lentamente, Ilsa todavía no lo ha soltado, como si tratara de aferrarse a algo que no puede definir perfectamente, algo así como un ambicioso sueño de libertad, o el jardín de un monasterio, o el descubrimiento de la electricidad. «¿Tienes puesto un gramófono, Richard?»

«¿Qué?» La pregunta lo ha sobresaltado. Sus nalgas hacen ruido al cerrarse, echa hacia atrás la cadera, bufa, parece que busca los salvoconductos. «Ah…, no…» Vuelve a relajarse, dejando que caiga su peso, aunque ahora desliza un muslo por encima de los de Ilsa, estira los brazos como para relajarse, vuelve la cabeza. Su escroto destaca encima de uno de los muslos de la joven como un emblema de su serenidad y generosidad internas, ocultas con demasiada frecuencia, del mismo modo que la honestidad acaba brillando siempre a través de una máscara de cinismo y desesperación. Respira a fondo. (Un beso sólo es un beso es lo que la música insinúa. Un suspiro…) «Probablemente sea Sam…»

Ella suspira (… y así sucesivamente) y mira el techo que tiene encima, con grandes círculos de luz procedentes de las lámparas de la habitación y barrido periódicamente por la baliza móvil del aeropuerto, que va y viene impaciente, aunque digna de confianza, como el propio deseo.

«Creo que me odia.»

«¿Sam? No, es un amigo. Piensa lo que yo pienso.»

«Cuando entré en el bar ayer noche, se puso a tocar "Amor en venta". Todo el mundo se volvió a mirarme.»

«No fue por la canción, querida, fue por el modo como ibas vestida. En Casablanca nadie…»

«Luego trató de echarme. Dijo que te traía mala suerte.» Todavía puede ver cómo giraban en sus órbitas los ojos de Sam, como si

fueran los de un zombi enloquecido por el vudú.

Richard gruñe ambiguamente.

«Puede que debieras dejar de llamarlo "chico".»

¿Era eso? «Pero en todas las películas…» Bueno, probablemente era un problema de traducción, una dificultad que se le había presentado a menudo en la vida. A veces el lenguaje puede ser tan tieso como un palo. Igual que lo que ahora tiene debajo. Adora el peso relajado de Richard encima de ella, el latir de su corazón junto a su pecho, la apelmazada bolsa de sus genitales apretada contra su muslo, pero el suelo parece endurecerse debajo de ella como una especie de dura penitencia calvinista y hay una desagradable viscosidad peluda entre sus piernas, ahora que él se ha alejado de allí. «¿Tienes bidé, Richard?»

«Claro que sí, pequeña.» Rick se desliza a un lado con un gruñido perezoso, rueda. Está pensando vagamente en el placer que acaba de tener, en lo que probablemente le costará (no le importa), y se pregunta de dónde sacará fuerzas para alzar el culo e ir por un pitillo. Se estira los faldones de la camisa y se limpia el pene con ellos, señala con la coronilla. «Ahí dentro.»

Ilsa se ha sentado y mira entre sus piernas separadas. «Me temo que hemos manchado tu bonita alfombra, Richard.»

«¿Y qué? Considéralo un gesto de amor. ¿Quieres una copa?»

«Sí, me caerá bien.» Se echa hacia delante y lo besa, con la cara todavía encendida y los ojos húmedos, pero ahora sonriendo, luego se levanta y recoge un puñado de ropa enredada. «¿No huele a quemado?»

«¡Qué…! —Rick se levanta—. ¡El jodido pitillo! ¡Debo de haberlo dejado encima del sofá!» Corre, pasa la mano por el sofá: el pitillo ha desaparecido, pero ahora hay un gran agujero, con los bordes oscuros, como arrugados. «¡Mierda!» Titubea sobre sus pies, se lanza hacia el humedecedor para encender otro. Todo tiene un precio, piensa; nota que le resulta difícil concentrarse. «¿A qué le estabas pegando, guapa?»

«Abajo estuve tomando Cointreau», dice ella gritando por encima del agua que se oye correr en el cuarto de al lado. Rick se sirve un whisky largo, se lo bebe de un trago (la luz, al echar la cabeza atrás revela las arrugas de su frente: ¿qué es lo que va mal?), se sirve otro, encuentra una botella de Grand Marnier. Ilsa no notará la diferencia. En París confundía el champán con la sidra espumosa, pedía vermut creyendo que le traerían clarete, tomaba ginebra convencida de que estaba bebiendo vodka. Rick se lleva el cigarrillo medio consumido a los labios, se pone otro en la oreja,

luego lleva las copas al cuarto de baño. Ilsa está sentada a caballo en el bidé, y el agua que se echa entre las piernas parece la estela de un crucero de placer. La baliza no llega hasta allí: es como si estuvieran fuera de su alcance, pero eso no hace que se sienta más cómodo (algo lo inquieta, lleva algún tiempo haciéndolo). Le acerca la copa a los labios y ella bebe un trago, mirándolo con picardía, mientras una mano mojada sujeta momentáneamente su huesuda cadera. Incluso en París Ilsa parecía pensar que la bebida era un pecado mucho peor que el sexo. Por eso se emborrachaba a menudo. Se da un golpecito en la barbilla, y él deja la copa en el lavabo. «Me gustaría no quererte tanto», dice ella, despreocupadamente, pasándose la lengua por los labios, y empieza a frotarse la entrepierna con una pastilla de jabón.

«Oye, ¿qué querías decir —pregunta Rick con el pitillo en la boca (esto es, o parte de esto: vuelve a mirar aprensivamente por encima del hombro, como si quisiera encontrar una respuesta a la pregunta que asoma a su cara, o que, desde atrás, le pasa por la cara)—, cuando preguntaste si estaba bien esto?»

«¿Cuándo…?»

«Hace un rato, cuando te agarré, ya sabes…»

«¡Oh, no lo sé, querido! Sólo fue una sensación extraña, no recuerdo exactamente.» Extiende la espuma sobre su suave vientre y por el interior de sus muslos, se pasa el jabón por el trasero. «Algo así como que las cosas ocurrían demasiado deprisa.»

Rick da pensativamente una calada a su pitillo, tira la colilla al retrete. «Sí, eso es.» El humo sale de su nariz como un bocadillo de un tebeo. «Todo esto parece raro. Como algo que no debiera…»

«Bueno, soy una mujer casada, Richard.»

«No me refería a eso.»

Pero puede que sí se refiriera. Ahora Ilsa se aclara, y sus pechos se mueven alegremente encima del chapoteo; a Rick le resulta difícil concentrarse en otras cosas.

Pero él no sólo se ha follado a la mujer de otro, se trata de la mujer de Víctor Laszlo, de la Resistencia Internacional, uno de sus héroes de mierda. Un héroe mundial. ¿Importa eso? Mete la mano libre en un bolsillo de la chaqueta, vuelve a agitar la copa. «De todos modos —suspira—, por lo que dijiste, ya estabas casada cuando nos conocimos en París, conque eso no…»

«Ven aquí, Richard.» Ilsa lo interrumpe con suave pero teutónica insistencia. Kommhier. La espalda de Rick se endereza, sus ojos se entrecierran y por un momento vuelve a ser el viejo Rick Blaine, el solitario héroe norteamericano, incorruptible melancólico, dueño de

su propio destino, que no debe nada a nadie, pero entonces Ilsa se echa hacia adelante y, como el destino, le coge el pene con una mano. «No trates de escapar —murmura, tirando de él hacia el bidé, entre sus piernas—. Nunca lo conseguirías.»

Ella sigue sujetándolo con una mano (el miembro crece allí, dilatándose y llenándole la mano con suaves pulsiones cálidas, y más que ninguna de las cosas que pasaron desde que vino a Casablanca, más incluso que la canción de Sam, es esta sensación la que la devuelve a sus días de París: fueran donde fueran, del circo al cine, de excursión en bote a las salas de baile, siempre se hinchaba en su mano, igual que ahora) y le da jabón con la otra. "¿Por qué te circuncidaron, Richard?», le pregunta, mientras el tieso glande (cuando se hincha, parece ponerse azul) asoma entre los dedos pulgar e índice de su mano. Había algo que él siempre decía en París cuando la apuntaba de aquel modo. Ella mira llena de deseo, sonriendo para sí.

«Mi viejo era matasanos», dice Rick, y respira a fondo. Deja su vaso vacío, busca el pitillo de la oreja. Parece haberse desvanecido. «Pensaba que era higiénico.»

«A Víctor no se lo han hecho. Claro que en Europa, por lo general, es importante que no te tomen por judío.» Coge la fragante pastilla de jabón (mercado negro, el mejor, se lo ha conseguido Ferrari) y frota el pene con él, luego manosea el glande con sus espumosas manos como si, suavemente, tratara de descapullarlo. El día que se conocieron, ella le abrió los pantalones y se la meneó en su descapotable deportivo justo debajo del Arco de Triunfo; luego, casi sin transición, o así le pareció a él, se la chupó espectacularmente en el Bois del Boulogne. Rick recordaba todos los detalles, o por lo menos los mejores momentos. Y nunca —nunca— había disfrutado tanto. Hasta esta noche.

Ilsa aclara el jabón, vierte el resto de Grand Marnier (Cointreau, cree ella) sobre su brillante miembro como una especie de libación, quitando lo que sobra como si lo untase levemente (él piensa que lo está aliñando). Una débil y triste sonrisa parece juguetear en la comisura de los labios de Ilsa. «Dilo otra vez, Richard…»

«¿Qué…?»

Ella sonríe tiernamente; pero ¿es una lágrima eso de su ojo? «Como en los viejos tiempos. Dilo…»

«¡Ah! Sí, lo había olvidado. Falta de práctica.» Gruñe, pasa la mano por la mejilla húmeda de Ilsa y por detrás de su oreja. «Aquí lo tienes mirándote, pequeña…»

Ilsa hace pucheros y besa la punta, sonriéndole mientras lo mira

bizqueando, luego, abriendo mucho la boca, se lo mete, enterito. «¡Oh, Dios mío! —gruñe Rick, que se siente inundado por la espesa espuma muscular de su saliva—. ¡Estoy loco por ti, nena!»

«¡Mmmm!», gime ella. Eso se lo ha dicho antes, más de una vez, sin duda (Ilsa le pasa los brazos por las caderas y lo atrae hacia sí), pero piensa sobre todo en aquella ocasión, en el cine, una tarde en París. Habían ido a ver una película policíaca norteamericana muy popular entonces, pero antes había un noticiario de las conquistas nazis de Copenhague, Oslo, Luxemburgo, Amsterdam y Bruselas. «La caída de las cinco capitales», se titulaba. Y las escenas de Oslo, aunque breves, que mostraban a los de la Gestapo desfilando al paso de la oca por las calles de la infancia de Ilsa, la llenaron de tal horror y nostalgia (algo en su interior le gritaba: «¿Quién soy?»), que buscó impulsivamente la mano de Richard, y en vez de eso se encontró con lo que Victor llama la «ganzúa del pecado». Ella empezaba a retirar la mano, pero él la retuvo allí, y sin saber cómo se encontró con que tenía la cabeza en el regazo de Rick, y que sollozaba y chupaba igual que del pecho de su madre muerta, mientras el terrible rugido de la guerra relámpago alemana le resonaba en los oídos, y Richard le acariciaba la nuca como solía hacer su padre antes de morir (y como Richard hacía ahora, con las nalgas atenazadas por sus brazos y el pene agitándose dentro de su boca como un pájaro asustado), los franceses de la sala gritaban blasfemias, y los latidos de su propio corazón retumbaban como cañonazos. «¡Dios mío! ¡Estoy loco por ti, nena! —suspiró Richard al correrse (ahora, cuando sus rodillas se arquean contra las de ella y la boca de Ilsa se llena con inesperada falta de familiaridad de su semen, otrora tan familiar, Rick sólo suelta un desesperado—: ¡Oh, mierda! ¡Todavía no…!»), y cuando se sentó, con los ojos llenos de lágrimas y babeando y tratando de respirar (ahora tampoco resulta demasiado fácil respirar, porque él mantiene su peludo vientre pegado a la cara de ella, gime agradecido, y su cuerpo se contrae mientras le llena la boca), lo que vio en la pantalla eran felices alemanes, celebrando sus victorias, paseando por mercados de flores y verduras, yendo al teatro a ver traducciones de Shakespeare, mostrando fotografías de sus hijos. «Oh, Gott!», farfulló ella entonces (ahora traga, chupa y traga, como para extraer de esta esencia casi impalpable un vasto entramado de recuerdos), «esto es demasiado». Después de lo cual, el hombre que tenían en la fila de atrás se echó hacia adelante y dijo: «Pruebe con la mía, mademoiselle. Como puede ver, no es tan grande como la de su amigo nazi, pero aquí, en Francia, los grandes son los hombres, no

las pollas». El francés de Richard era espantoso, pero no obstante entendió lo de «su amigo nazi»: ni siquiera se había vuelto a meter el pene en los pantalones (ahora éste se desliza pringoso por la barbilla de Ilsa, cae pesadamente por su pecho, mientras las nalgas de Rick, a las que sujeta con sus brazos, se ablandan como mantequilla, como un delicioso recuerdo semiolvidado que pierde sus claros contornos y se convierte gradualmente en mera sensación), y ya se había levantado de un salto y lanzaba un puñetazo al francés. Tras eso, en el cine se organizó un gran tumulto y todos se llamaban unos a otros fascistas y putas. Los echaron de la sala, claro, la policía incluyó a Richard en su lista negra por exhibicionista, y no llegaron a ver la película policíaca. ¡Ah, además, cómo se rieron de aquello entonces…!

Ahora Rick está sentado en el borde frontal del bidé, con las rodillas anudadas debajo de las de Ilsa, los faldones de la camisa en el agua, la mejilla caída sobre su poderoso hombro, y la abraza lánguidamente; se siente por encima del bien y del mal, tierno como una antigua canción (que todavía suena en alguna parte, una de esas canciones que hablan de claros de luna y amor, la vieja historia; puede que llegue por las tuberías); sólo le falta un pitillo para que todo sea perfecto. El que se había puesto en la oreja flota en el agua espumosa debajo de ellos, según puede ver. Ilsa salpica perezosamente su flácido órgano como si lo bautizara. «Una sola respuesta», dijo ella en cierta ocasión, mientras se quitaba aquel encantador vestido de satén tan semejante a un condón, «terminará con todas nuestras preguntas»; y tenía razón. Como siempre. Rick es de los que se arman muchos líos con sus complicadas posturas morales y su insoportable orgullo; hace tiempo, Louis le dijo que era un enfermo de romanticismo, y eso que no sabía de la misa la media. Ilsa es la única realista de la ciudad; Rick debería prestarle atención. Incluso en las circunstancias en que se encuentran habla sensatamente: «Se me está durmiendo la rabadilla, Richard. Sécame y volvamos a la otra habitación».

Pero cuando trata de alzarse, sus rodillas están tan débiles como si fueran pasta dentífrica, y tiene que volver a sentarse. De nuevo en el bidé, resulta que se moja el culo como una rosquilla en una taza de té. Ilsa sonríe comprensiva, se echa una toalla de baño por encima de los hombros, busca en el armarito del lavabo hasta que encuentra un bote de crema para el cutis de Ivonne, luego lo coge por el codo. «Vamos, Richard. Lo puedes hacer, apóyate en mí.» Eso le trae a la memoria (por suerte la mente le sigue funcionando, más o menos) una noche en España, a medio camino hacia arriba (o

hacia abajo) de la colina del Suicidio, en el valle del Jarama, una noche que creyó que iba a ser la última, una noche en que le dijo eso mismo a alguien, ¿o se lo dijo alguien a él? ¡Dios mío! ¿Y si lo hubieran liquidado allí de un tiro? ¡Se habría perdido aquello! Una expresión mezcla de esperanza y angustia, de escepticismo y miedo, aparece en su preocupado rostro (treinta y ocho años en Navidades, si Strasser no se equivocaba, ¡Madre del Amor Hermoso, cómo pasa el tiempo!) cuando lo ilumina la baliza móvil del aeropuerto. Ilsa le quita la chorreante chaqueta, también la camisa, y le seca el trasero con la toalla antes de dejarle hundirse en el sofá, luego cruza hasta la mesa labrada por un pitillo del humedecedor. Lleva la toalla como una capa, y debajo de ella las caderas le brillan como si tuvieran lentejuelas. Es, como siempre, una especie de espectáculo luminoso andante, no menos espectacular por delante ahora que se mueve hacia el sofá y la espesa textura de la toalla contrasta sutilmente con el suave resplandor de su cuello y sus pechos y el pulido brillo húmedo de su tripa.

Ilsa se lleva dos pitillos a los labios, los enciende (se arma un poco de lío con el encendedor, pues es bastante manazas) y, mirando de modo conmovedor a Rick, le pasa uno de ellos. Él frunce el ceño. «Oye, ¿dónde aprendiste eso, pequeña?» Ilsa se encoge enigmáticamente de hombros, le tiende la toalla, se coloca entre sus rodillas. Mientras él le frota los pechos, el vientre, los muslos con la toalla, el pitillo le cuelga de los labios y ella pasea la vista por las toscas paredes de yeso del apartamento de Rick, por los muebles morunos con sus filigranas y dibujos tallados, por los pequeños ejemplares de arte erótico (encima del aparador hay una estatua de camello que parece un húmedo pene humano con patas, y una extraña estatuilla de un desnudo que podría ser un chico, o una chica, o una mezcla de ambas cosas), por las lámparas de alabastro y las plantas en macetas, por aquellas persianas de listones de madera, tan exóticas para sus ojos nórdicos: Rick tiene estilo, piensa Ilsa, embadurnándose de crema cuello y hombros con la mano libre, siempre lo ha tenido…

Ilsa alza una pierna para que él se la seque y luego la otra, suspirando interiormente (exteriormente se ahoga y jadea, pues se ha atragantado con el humo del cigarrillo: Rick se quita el suyo con una mueca divertida y retira lo que queda del de ella) mientras le seca vigorosamente la entrepierna; luego, Ilsa se vuelve y se inclina, apoyándose en la mesita de centro. Rick, con la toalla en las manos, se detiene un momento para contemplar pensativamente a través de las espirales de humo del tabaco aquellas luminosas nalgas, y llega

a la conclusión de que tienen algo de ultraterreno, son como puentes hacia el cielo o una imagen de la eternidad. ¿Las ha contemplado con los mismos ojos que esta noche con anterioridad? Puede que sí, no consigue recordarlo. Ahora, indudablemente, está en disposición de disfrutar de la visión, pues ya no lo enloquece el deseo. Son, literalmente, un sueño hecho realidad: se la ha meneado tantas veces al recordarlas durante el último año y medio, que casi le parece más apropiado que en lugar de tocarlas se toque a sí mismo. Cuando extiende la mano con la toalla hacia ellas, le parece cruzar algún extraño umbral, como si pasara de un ambiente a otro. Nota su flexible y saltarina ligereza en la mano cuando las seca; aunque evidentemente son de carne, en cierto modo siguen siendo inmateriales, intangibles incluso al tacto, unos objetos cuya presencia también es una especie de ausencia. Si Rick Blaine creyera en los ángeles, el espiritual culo de Ilsa sería su mejor representación.

«¿Imaginaste que las cosas iban a resultar así esta noche?», pregunta él con el cigarrillo en la boca, mientras el humo le sale en espirales de la nariz, como si sus pensamientos se consumieran. Las mejillas de Ilsa parecen encenderse como el rótulo del Café Américain cada vez que la baliza del aeropuerto barre el cuarto, y vibran ligeramente como una secuencia de fotogramas de película. Tal vez el propio tiempo sea algo así, como muy bien sabe Rick: no un flujo incesante, sino una rápida serie de saltos eléctricos atravesados por breves cortes entre fragmentos discontinuos. Es lo que le gusta llamar su teoría del enlace y la ruptura del tiempo, aunque, claro, la teoría no es suya…

«Bueno, puede que todo no sea perfecto, Richard, pero ha sido mucho mejor que si te hubiera liquidado de un tiro, ¿no crees?»

«No, lo que yo quería decir…» Más vale dejarlo correr. Ilsa tiene razón, ha sido mucho mejor que recibir una jodida bala. La verdad, ha sido mucho mejor que todo lo que es capaz de imaginar. Apaga el pitillo en la toalla mojada, la tira a un lado, le abraza los muslos y acerca aquellas nalgas (todavía está pensando en el tiempo como en una secuencia pulsátil de fotogramas de película, y no tanto en los fotogramas, en su inútil contenido pasado de moda, como en la separación entre ellos: de tamaño infinitesimal cuando se los mira bidimensionalmente, pero en su tercera dimensión tan profundos y misteriosos como el cosmos) a su cara, que aprieta contra ellas como un niño tratando de mirar por una ventana empañada. Besa y mordisquea cada uno de los carrillos recién lavados (¿qué pasaría si se deslizara entre dos de esos fotogramas?, se pregunta), y mete la

lengua en (¿adonde iría a parar?) su redondo ano mientras acaricia con los dedos aquel carnoso monte de Venus que tanto le recuerda un caramelo blando. Ilsa sube una rodilla a los cojines, luego la otra, baja los codos al suelo (¡oh!, cuando la sangre le circula en dos direcciones a la vez, invadiéndole la cabeza y el sexo como si llenara fotogramas vacíos y su corazón la separación entre ellos, piensa: ¡qué sueño tan extraño y confuso es el tiempo!), a fin de alzar, para que la examine, admirado, lo que parece una colgante anémona de mar entre sus muslos, una espesa madeja de lana, una chinchilla partida por la mitad, un bolso abierto, una fruta finamente dividida. Pero no es el aspecto lo que le atrae (a no ser cuando se inventa esas caprichosas definiciones), es el olor. Precisamente es eso lo que le devuelve de repente y por completo a París, un París que parecía perdido para él hasta aquel momento (Ilsa no está en París, está en una vasta región sin dimensiones que ella asocia con la infancia, con el brillo de una noche de pleno verano en su dormitorio, con una almohada de plumas entre las piernas) y que acaba de recuperar. Y que ya nunca volverá a perder. Cuando pasa la lengua por el esponjoso surco, pellizcando suavemente sus labios con la lengua y su paralizado labio superior (una vieja herida de guerra), y nota que el surco engulle, vibra, casi se dispone a devolverle el beso, le parece ver como si se estuviera desvaneciendo en la blanca pantalla del culo, que oscila suavemente aquella noche en el apartamento de Ilsa, en París, cuando le pidió: «Bésame, Richard, aquí. Mi otra boca también te adora…». Rick nunca lo había hecho con anterioridad. Había recorrido el mundo entero, había combatido en guerras, se había enfrentado a la policía, lo habían encarcelado y torturado, se había escondido en casas de putas, se había tirado en paracaídas desde aviones, había comido y bebido casi de todo lo imaginable, lo habían barrido de la cubierta de barcos, había matado más hombres de los que hubiera querido y se había follado a mujeres de toda raza y color, pero con anterioridad nunca había saboreado una cosa así. Otras mujeres se la habían chupado, claro, antes de que Ilsa casi le hiciera estrellarse con el coche aquel día en el Bois de Boulogne, pero siempre había considerado que era un servicio que le debían, algo con lo que le pagaban. Después de todo, él era el hombre. Pero corresponder del mismo modo, chupar él a su vez… bueno, eso siempre lo había considerado vagamente como cosa de maricas, algo que los hombres verdaderos, los machos, en todo caso, no hacían. Aquella noche, sin embargo, había bebido mucho champán y estaba —ésta es la pura verdad, y para Rick Blaine era una experiencia tan

exótica como comerse un coño— locamente enamorado. Durante toda su vida había sido un desplazado infeliz, como mucho un aventurero romántico, como poco y a los ojos de la mayoría un miserable traficante de armas y un caprichoso mercenario (aunque bien sabía Dios que él esperaba algo más), un putañero y un borracho pendenciero y despreciable; nunca le había ocurrido nada como lo que le pasaba con Ilsa Lund, y casi no podía creer que estuviera sucediendo aquella noche. Su reacción inmediata —lo admite, chupándoselo ahora vorazmente (ella galopa en el caballo de su padre por los bosques del Norte, el cielo está nublado y al tiempo brilla cegadora la luz del sol, y guía velozmente al animal que tiene debajo hacia lo que ella cree que es la verdad de Dios que fluye a través de su ser desde la silla como sólo podría hacerlo la eternidad cuando iluminaba a un santo para manifestarle su vocación), mientras se mira a sí mismo, en la pantalla de cine que es aquel ondulante culo, arrodillado ante él por primera vez como un ateo que se convierte, sí, pero con muchos reparos— no fue un éxtasis instantáneo. No; como con las aceitunas y la comida árabe, llevaba su tiempo llegar a acostumbrarse. Pero Ilsa le enseñó a darle golpecitos con la lengua en la vulva, dónde encontrar el clítoris («mi hermanita» lo llamaba ella, lo que le parecía bastante tonto) y cómo estimularlo, cómo utilizar los dedos, la nariz, la barbilla, hasta el pelo y las orejas; cuanto más practicaba para tenerla contenta, más disfrutaba él; el placer de Ilsa (lo podía ver: florecía allí, justo delante de sus narices, ¡llenaba su amargada cara de colores en los que nunca había pensado con anterioridad!) aumentaba el suyo, hasta que encontró que su apetito de coño era casi insaciable. ¡Dios mío, los chicos de su barrio, allá en Nueva York, se descojonarían de risa si vieran lo bajo que había caído! Y aunque había probado con otros desde entonces, aquel seguía siendo el único que le gustaba de verdad. El de Ivonne es horrible, amargo y pringoso (ella parece notarlo, y no siente el menor placer; muchas veces se ponía impaciente y agresiva cuando él le daba un repaso, e incluso una vez lo mordió y arañó. «¿No te gusta follar?», le gritaba), siendo ésa la razón principal por la que dejó de interesarle. Eso y lo peludas que tenía las piernas.

La pantalla se contrae (Ilsa ha alzado las rodillas hasta los hombros de Rick y sube y baja alternativamente las caderas, con lo que deja a la vista sus omoplatos, muy cerca del suelo, donde gime y jadea y chupa la alfombra), pero las visiones del pasado de Rick se expanden, como si las rozagantes nalgas de Ilsa al subir y bajar actuaran a modo de orondo fuelle que se abre y se cierra, se abre y

se cierra, inflando sus recuerdos. De hecho, ya no necesita de pantalla, pues no es esta o aquella conquista lo que ahora recuerda, este o aquel acontecimiento, ni la ropa que llevaba o lo que decía ella, ni lo que decía él, sino algo más profundo que esto, algo experimentado del mismo modo en que «ve» un ciego o «siente» la persona con un miembro amputado. Retornan a él la textura, la atmósfera, sensaciones refulgentes, la última fusión, el espumoso sabor de lo inefable en su lengua, la blanca y adormecedora intemporalidad, la dentellada del ahora. Encuentra todo esto en el jugoso y saltarín coño de Ilsa y mucho más: las punzantes ilusiones amorosas, la consubstanciación y la infinitud (¡oh, ahora sabe lo que perdió aquel día bajo la lluvia en la Gare de Lyon!), el agridulce descenso de lo real, los secretos pliegues del espacio donde fácilmente se podría perder el propio yo, la desesperada sensación de aislamiento, París, redescubierto aquí como pura aura, efervescente y alusiva. La Belle Aurore como teatro de la inmanencia, sagrado centro de atracción turística…

«Mierda», piensa Rick cuando las caderas de Ilsa, con sus potentes estremecimientos, le obligan a ponerse de espaldas en el sofá con aquellos muslos que se abren y se cierran pegados a sus orejas (cuando Ilsa se alza con su sangre fluyendo en creciente excitación, las periódicas evoluciones de la baliza del aeropuerto la iluminan y cada vez que recibe el rayo de luz siente como una explosión de inspiración, y piensa: la niñez es un mundo aparte, que necesita del mundo de los adultos para existir: ¡sin Victor, allí no podría estar Rick!; luego ya no puede pensar en nada), «¡La Belle Aurore!» Ilsa le rompió el jodido corazón en La Belle Aurore. «Bésame», le dijo, sujetándose con las dos manos como para impedir que su pesar se derramara por el local, «por última vez», y él la besó. Henri ni se inmutó, merde alors, los alemanes se acercaban, y los demás parroquianos pensaron que aquello era parte del espectáculo; sólo Sam se sintió ofendido y estuvo dentro del retrete hasta que todo terminó. Y luego, ella lo dejó. Para siempre. O por lo menos hasta que apareció allí anoche con Laszlo. ¡Dios mío!, Rick recuerda todos los detalles de aquel día en La Belle Aurore, la ropa que ella llevaba, los uniformes de los alemanes, cómo vestía Henri. No era un día fácil de olvidar. Los alemanes estaban a las puertas de la ciudad, las bombas caían por doquier y todo saltaba literalmente por los aires (ahora Ilsa lo está aplastando con su voluminoso culo, con sus muslos que se cierran como tijeras; Rick la alza cogiéndola por la espalda y le mete las manos entre los muslos para separarlos); tuvieron que caminar entre escombros y cadáveres,

atravesar barricadas, para llegar al café de mierda. Imposible alcanzarlo en coche; por suerte, a Rick le quedaba bastante en su fondo para imprevistos y pudo sacar los billetes de tren de todos. Y entonces, la traición. «No le puedo decir dónde está, monsieur Richard. Se marchó del hotel. ¡Pero ha llegado esta nota nada más irse usted!» ¡Mierda!, incluso ahora le entran ganas de llorar. «No puedo irme contigo ni volver a verte nunca más.» En perfecta caligrafía inglesa, encima, como si se refocilara demostrando su poder sobre él. Rick no paró de recriminar a Sam mientras iban en aquel tren camino de Marsella, convencido de que en cierto modo era culpa suya. Incluso puede que de alguna bruja, aquel día era capaz de creerse cualquier cosa. Ahora, cuando sus caderas dan saltos frenéticos contra su boca, cuando su mata de sedoso vello parece haber aumentado hasta un tamaño asombroso, cuando sus labios salientes flamean como banderas, cuando la fosa entre ellos se ha llenado de un líquido fragante como aire perfumado con aceite de aromas, Rick alza la cabeza y pregunta: "¿Por qué no fuiste sincera conmigo? ¿Por qué mantuviste en secreto tu matrimonio?».

"¡Oh, Gott, Richard! ¡*Ahora* no…!»

Ilsa tiene razón, no parece que sea el momento adecuado para eso, aunque de hecho ningún momento parecía adecuado para nada desde que ella apareció en aquella ciudad dejada de la mano de Dios: casi era como si dos lugares completamente diferentes, dos momentos totalmente distintos, se vieran forzados a unirse, a encontrarse donde no es posible la intersección, provocando una especie de curvatura en el universo. O por lo menos, en su propio universo privado. Rick baja la vista hacia aquel amor perdido, aquella esposa infiel, aquella niña confiada que acaba de meter sus propias manos entre las piernas, cuyas caderas suben y bajan con violencia, fuera de control («¡Por favor, Richard! —le suplica suavemente entre sus apretados dientes, con lágrimas en los ojos), y piensa—: Es una historia que todavía no tiene final». Más que eso: el comienzo y lo que siguió después también parecen haberse esfumado. La cara de Ilsa está demudada, como si toda la sangre se hubiera agolpado en otras partes de aquel cuerpo, pero su cuello, entre los erguidos pechos blancos, está literalmente encendido con un vivido rubor. Rick los coge, frota los suaves balones a uno y otro lado, contempla los oscuros pezones que se alzan como miembros de la resistencia, y de repente la respuesta a todas sus preguntas parece (sin embargo, hay otra, que es… las respuestas, en definitiva, son fáciles) sugerirse por sí misma. «Oye, pequeña, ¿qué

te parecería si yo…?»

«¡Sí! ¡Sí…! ¡*Pero date prisa*!»

Rick encuentra la crema para el cutis (¡al fin!, ¡suele ser tan lento!), se embadurna el pene con ella y lo desliza dentro de la raja, con las rodillas por encima de los hombros de Ilsa como un yugo. Ella guía su glande dentro de la explosión tropical que tiene entre las piernas, luego le sujeta las caderas con los brazos, y el pecho empieza a latirle como un respirador mientras suaves gemidos le salen de la garganta. Trata de concentrarse en las nalgas saltarinas de Rick, pero transmiten a las suyas tan enternecedora mezcla de cinismo y sinceridad, cansancio y generosidad, que casi le parten el corazón, y su cabeza se va como nunca se había ido. El oscuro agujero de entre aquellas nalgas se mueve como un solitario superviviente en un mundo trágicamente dividido. ¡Es él! «¡Oh, Gott!», solloza. ¡Y ella! La tensión entre sus piernas es casi insoportable. «¡No puedo aguantarlo más!» Todo empieza a dividirse. Ilsa se siente como si cayera por una grieta del universo (no puede esperarlo, y, de todos modos, allá donde va ella, él no la puede seguir), fuera del tiempo y la materia, hacia un maravilloso resplandor, mientras la baliza móvil parpadea llenando su maravillosa visión de destellos intermitentes de estrellas, la música aumenta, todo crece, los ojos le estallan, los oídos le revientan, los dientes salen disparados de sus encías… «¡Oh, Richard! ¡Oh, joder! ¡Te quiero tanto!»

Rick hunde profundamente la cara en el pudín de ambrosía de Ilsa, lamiendo su dulce sudor, sintiendo cómo sus riñones resuenan y se retuercen violentamente en torno a él, sabiendo que con un poco más de estimulación podría retorcerse así durante unos minutos sin fin, y se mueve arriba y abajo entre sus pechos como un loco, sin tener ya obligación de aguantarse, buscando sencillamente su propio placer. Este placer sólo lo mitiga (y puede que lo incremente también) su compasión por el marido de Ilsa, aquel gilipollas tan heroico. ¡Dios santo, Victor Laszlo! La verdad es que para él casi es una figura paterna. Y mientras Laszlo está en una reunión clandestina en la Caverne du Roi, sin duda jugándose el pellejo, aquí está él —Rick Blaine, el yanqui con cara de listo y que se la menea con frecuencia— a salvo, encerrado en sus habitaciones encima del mejor bar de la ciudad, follándose a la mujer del héroe, con su encallecida nariz metida dentro de su regia gruta como un explorador de una patrulla de tropas de choque. «No está bien, ¡maldita sea!», piensa Rick, y se ríe al pensar esto mientras se corre, despidiendo semen encima del suave vientre de Ilsa y debajo del

suyo, con el glande atrapado entre sus apretados muslos, mientras los brazos de Ilsa lo estrechan firmemente como para ordeñarle hasta la última gota.

Rick está tumbado, muy quieto, con la cara entre los muslos de Ilsa, ahora flácidos, las rodillas encima de sus hombros, los brazos en torno a la parte inferior de su cuerpo, que se desparrama relajado debajo de él. Nota las manos de Ilsa descansando levemente sobre sus caderas, el aliento cálido contra su pierna. No recuerda cuándo dejaron de moverse. Puede que se haya dormido. ¿Lo ha soñado todo? No, se mueve lentamente y nota la pringosidad del semen, que forma un charquito espeso entre los ombligos unidos. Su movimiento despierta a Ilsa, que olfatea, suspira, besa el interior de su pierna y da un golpecito a una de las perezosas nalgas. «Ese jabón huele bien», murmura. «Apuesto lo que sea a que a todas las chicas de Casablanca les apetecería tomar un baño aquí.»

«Sí, bueno, lo hago como una especie de servicio público», gruñe él, masticando las palabras junto a una hebra o dos de vello púbico. Siempre le decía a Louis —y a cualquiera que lo quisiera oír— que él nunca metía la nariz en los asuntos de nadie. Pero al final, piensa, la meto en los de todos, ¡mierda! «Básicamente, soy un ser cívico.»

Cínico, más bien, piensa ella, pero se guarda el pensamiento para sí. No puede arriesgarse a molestarlo, no precisamente ahora. Todavía anda regresando de donde la ha llevado el orgasmo, sea donde sea, y ha sido una experiencia tan profunda y poderosa, aunque tan alejada de su causa inmediata —la musculosa lengua de Rick en el otro extremo del displicente y fruncido agujero que tiene delante de su nariz— que se siente muy insegura, insegura de quién o qué es, o incluso de dónde está. Sabe, claro, que su papel de esposa elegantemente vestida de un valiente líder de la resistencia sólo es una máscara, que debajo de esta caracterización sin duda es otra persona y otra cosa. La amante de Richard, por ejemplo. O una huerfanita que perdió a su madre, su padre y su tía adoptiva antes de llegar siquiera a la pubertad: eso es lo que es muy a menudo, o siente que es, especialmente en momentos como aquél. Pero, si su vida como mujer de Victor Laszlo no es real, ¿lo son las otras? ¿Es una persona, varias… o ninguna? En la infancia, ¿qué era lo que pensaba que sería? Allí, tumbada, acariciando las hirsutas mejillas de Richard (¿eran las de Richard?, ¿eran mejillas?), con su pálido rostro enmarcado por las piernas separadas de él, trata de resolver este rompecabezas. Desde el momento en que llegó a Casablanca, ella y Richard habían estado tratando de contarse algo el uno al

otro, algo que no era muy divertido, como Richard ha señalado, y que tal vez tampoco fuera realmente cierto. A lo mejor la propia memoria es una especie de trampa, algo que vuelve realidad la ilusión y hace que el mundo real se desvanezca ante los ojos de todos como por arte de magia. Sin duda, es posible hundirse en ella y quedarse sin nada, lo sabe. ¿No se lo ha advertido Victor, el listo, tantas veces? Pero Victor es un héroe. Puede que el mundo real sea demasiado para la mayoría de la gente. Puede que inventarse historias ayude a evitar que todos se vuelvan locos. Una lágrima se le forma en el ángulo de un ojo. Ilsa parpadea (¿y qué son esas improbables configuraciones que se llaman «París» y «Casablanca»?, ¿en qué lugar del universo se encuentra ella, y qué es «lugar»?) y la lágrima se escurre por entre el pómulo y la nariz, luego emprende su marcha hacia el centro de la mejilla. Hay una frase en su canción (sí, todavía sigue ahí, tintineando en alguna parte como ratones en la pared: ¿estarán tratando de volverla loca?) que dice: «Este día y esta época que vivimos provocan aprensión, / con velocidad y nuevos inventos y cosas como la tercera dimensión…». Ella siempre pensó que era un error estúpido del autor de la letra, pero ya no está tan segura. Pues el auténtico misterio —lo ve ahora, o más bien lo siente— no es una cuarta dimensión, como siempre había supuesto (la lágrima, detenida a medio camino de su caída por la mejilla, empieza a desvanecerse), ni la tercera…, sino la primera.

«No terminaste de responder a mi pregunta…»

Hay una pausa. Puede que ella esté soñando despierta. «¿Qué pregunta, Richard?»

«Hace un rato. En el cuarto de baño…» También él ha estado reflexionando sobre lo que acaba de ocurrirles, admirado no sólo de los propios acontecimientos (asombrosos por sí mismos, claro: no ha tenido tantos orgasmos seguidos desde que tuvo que salir echando leches de París hace año y medio, y aquello sólo ha sido el comienzo), sino también de su «novedad»: ¿cuándo sucedieron de verdad? ¿Es «suceder» la palabra correcta o fueron más bien como fugaces conjunciones con lo Absoluto, ese otro Otro, ilimitado e inmutable en número? Y si así era, ¿qué es ahora «cuándo»? ¿Cuánto tiempo había transcurrido, por ejemplo, desde que abrió la puerta y se la encontró dentro de la habitación? ¿Había transcurrido tiempo? «Te pregunté que qué querías decir cuando dijiste: «¿Está bien esto?"»

«Oh, Richard, ya no sé lo que está bien.» Ilsa alza un muslo delante de su cara, como para borrar sus negras imágenes. Él le da un cachete, pensando: bueno, qué coño, de todos modos

probablemente tampoco importaba. «¿No podría tomar otra copa?»

«Claro que sí, pequeña. Por qué no.» Rick se sienta a su lado, sacude la colilla de la toalla mojada, se seca el vientre, le tiende la toalla. «¿Lo mismo?»

«Estaría bien champán, si es posible. Siempre me hace pensar en París… y en ti…»

«Lo tendrás, cariño.» Rick se pone de pie y avanza pesadamente por la habitación, deteniéndose en el humedecedor para encender un nuevo pitillo. «Si queda algo. Tu dueño y señor la ha emprendido con mis reservas como si se tratara de agua de Vichy.» Y no por primera vez, tiene la impresión de que lo están observando. ¿Laszlo? Quién sabe, a lo mejor la reunión clandestina sólo era una treta; no cabía duda de que parecía una estupidez celebrarla delante de las narices de todos, en especial con Strasser en la ciudad. Había una botella de champán en el cubo de hielo, ¡estupendo!, pero nada de hielo. Toca la botella: no está fría, pero sí bastante fresca. Se le ocurre que el muy cabrón podría estar afuera, en la terraza, justo en este momento, observándolo todo; él y toda su jodida resistencia. Los europeos suelen ser bastante puñeteros, en especial los ricos y estirados con título. Cuando lleva el champán y las copas a la mesita de centro, con el pitillo como un dardo entre los labios, nota algo así como un escalofrío en su culo al aire. «¿Tu marido es violento?», pregunta soltando el humo mientras quita el alambre protector de la botella de champán y se dispone a descorcharla.

«No. Ha matado a algunas personas, pero no es violento.» Ilsa se está frotando la barriga, mientras sonríe pensativamente. La luz de la baliza del aeropuerto, al pasar, destaca un brillo como de barniz entre sus pechos, un centelleo en un diente mojado de su boca abierta, un resplandor desacostumbrado en la nariz. El corcho sale disparado, el champán se derrama por encima de la mesa, aunque algo entra en las copas. Esto, en cierto sentido, parece sugerir una revelación. U otro recuerdo. La canción, como liberada, llega una vez más hasta ellos. «¡Gott, Richard! —suspira, poniéndose de pie muy irritada—, ¡Esa música maldita me está destrozando los nervios!»

«Ya lo sé.» A su modo, es casi tan molesta como el martilleo de las fuerzas de choque alemanas durante su romance en París; a veces, hasta parecía interponerse entre sus abrazos. Le daba dolor de cabeza. Aquella música estaba haciendo lo mismo, incluso trataba de decirles cuándo besarse y cuándo no. Él la podía soportar, pero se pregunta, llevándose el pitillo a los labios, si ella

podía. Coge una de las dos copas de champán, se la ofrece. «Olvídala, pequeña. Ahógala con esto.» Alza su copa. «Bueno, creo que…»

Ilsa bebe distraídamente, sin esperar el brindis. «Y esa luz del aeropuerto —continúa, haciendo un gesto cuando pasa, como si quisiera borrarla—. ¿Cómo puedes dormir aquí?» «Ya se sabe que en Casablanca nadie duerme bien», contesta él con una mueca mundana. Es su expresión más atractiva, lo sabe, pero ella no le presta atención. Aplasta su pitillo, vuelve a llenarle la copa, suelta una melancólica bocanada de humo sobre ella. «Oye, pequeña, aquí…»

«¡Espera! —insiste ella, aguzando el oído—. ¿Es eso?»

«¿Qué?» Bueno, Rick, olvídate de las galanterías. Vacía su copa de champán y se dispone a llenarla de nuevo.

«El tiempo. Pasa. ¿No es lo que dice la canción?»

Rick alza la vista, sorprendido. «Es raro, yo sólo estaba…»

«¿Qué hora tienes, Richard?»

Deja la botella y se mira la muñeca, pero no está el reloj. «No lo sé. Mi reloj debe de haberse soltado cuando…»

«El mío también ha desaparecido.»

Se miran el uno al otro durante un momento. Rick con el semblante ceñudo al viejo estilo, los labios de Ilsa separados como para decir «historia», o «gloria». Entonces la baliza del aeropuerto barre la habitación, como dándoles prisa, y Rick, pestañeando, dice: «Espera un momento… ¡en el bar hay un reloj!». Se dirige decidido hacia la puerta con los calcetines puestos, se detiene un momento, con una mano en el tirador, para respirar profundamente. «Volveré en seguida», anuncia, luego abre la puerta (ella parece a punto de llamarle) y sale al descansillo. Vuelve a entrar inmediatamente. Cierra la puerta, se apoya contra ella con la cara demudada. «Están todos ahí abajo», dice.

«¿Cómo? ¿Quién está ahí abajo?»

«Karl, Sam, Abul, ese noruego…»

«¿Victor?»

«Sí, ¡todos! Strasser, esos puñeteros búlgaros, Sasha, Louis…»

«¿Ivonne?»

¿Por qué coño le pregunta por Ivonne? «¡He dicho que todos! ¡Están ahí abajo! ¡Como si esperaran algo! Pero…, ¿por qué?» Parecía que no podía evitar que su jodida voz chillase. Quiere mantenerse tranquilo e irónicamente distanciado, incluso cínico, porque sabe que de él se espera eso, pero todavía tiembla por lo que ha visto en el bar. Naturalmente, sería mejor llevar puestos los

pantalones. Al menos tendría bolsillos donde meter las manos. Por algún motivo, Ilsa le está mirando la entrepierna, como si el auténtico horror de todo aquello pudiera encontrarse allí. O puede que tratara de ver a través de ella el grupo silencioso de abajo. «Es, no sé, ¡como si el local tuviera un jodido escape, o algo!»

Ilsa se lleva las manos a los hombros, se pellizca los codos, se abraza los pechos. Parece que de repente tiene los pies planos; los pies muy abiertos, el culo, escasamente visible en las sombras rayadas, caído, la espina dorsal inclinada. «¿Un escape?», dice por decir algo con su suave acento escandinavo. Parece una nadadora fuera del agua en el aire gélido. Richard, apoyado en la puerta del fondo, la mira como si fuera una extraña. O quizá un espejo. Ahora, en cierto modo, él parece mayor, con el pecho hundido y la tripa saliente, las piernas arqueadas, los genitales encogidos entre ellas como frutos secos. No es algo agradable de ver. Claro que Richard no es un hombre guapo. Es bajo, tiene mal carácter y está hecho un asco. Victor dice que es un desecho. Dice que Richard le hace sentirse sucio. Y es cierto, hay algo vulgar en él. Junto a Victor, ella siempre se siente fresca y limpia, pero con Richard se siente como una cerda sudorosa. Entonces, ¿cómo es que se lió con él? Bueno, estaba sola, no tenía nada, ni siquiera esperanzas, ¡y él parecía tan contento cuando le cogió el pene! Como Victor suele decir, cada uno de nosotros tiene un destino, para bien o para mal, y el destino de ella era Richard. Y ahora el destino parece confirmado —o sellado— por todas esas personas de allí abajo. «No están esperando nada», dice llena de súbita comprensión. Aquello se acabó.

Richard contesta con un gruñido. Probablemente ni la ha oído. Ilsa tiene una terrible sensación de fracaso. Richard arrastra sus pies con calcetines negros hacia el humedecedor. «Mierda, hasta los pitillos se han terminado» —murmura sombríamente—. ¿Por qué has tenido que venir a Casablanca? Maldita sea, hay muchos otros sitios…» La baliza del aeropuerto, al iluminarlo, hace patente una expresión de intensa concentración en su ojeroso rostro. Ilsa sabe que está tratando de entender lo que no es posible entender, de resolver lo que no tiene solución. Los norteamericanos son así. En París él siempre se preguntaba cómo era posible que siempre fuera de un sitio a otro tan rápidamente. «Es como si todo estuviera acelerado», decía con voz entrecortada mientras le acariciaba delirante la entrepierna cuando el apartamento de Ilsa se alzaba a su alrededor. Ahora probablemente se pregunta por qué parece que no hay ningún lugar adonde ir y por qué de repente lo único que tienen es tiempo. Después de todo, es un hombre inocente; es

probable que ésta sea su primera aventura.

«De haberlo sabido, no habría venido…» Ilsa se suelta los hombros, coge su blusa con lorzas (los botones han desaparecido), se la echa por encima como un manto. Cuando la baliza vuelve a iluminar el cuarto, éste parece expandirse con la luz como si estuviera respirando. «¿Has visto mi falda? Estaba aquí, pero… esto se oscurece cada vez más, no sé.»

«Quiero decir que, de todos los bares de todas las ciudades de todos…» Rick hace una pausa, alza la vista. «¿Qué dijiste?»

«Dije que esto se…»

«Sí, ya lo sé»

Se miran inquietos. «Parece como si cada vez que pasa la luz…»

«Sí…» La mira, agachada junto al sofá, manipulando el liguero como si fuera un rosario, con aspecto de alguien a quien acabaran de enchufar. «El mundo siempre dará la bienvenida a los enamorados», sugiere la música, con más tristeza que ironía. Rick está pensando en todas aquellas personas de abajo, tan silenciosas, tan inmóviles: casi como él se siente interiormente. Como si algo se muriera. O algo muerto se revelase. ¡Oh, mierda! ¿Ha ocurrido aquello antes? Ilsa casi parece fantasmal a la pálida luz, como si llevara su propio espectro en la piel. ¿Y de qué ha estado enamorado?, se pregunta. Ve que Ilsa tiembla, y que una lágrima se desliza por uno de los lados de su nariz, o parece hacerlo, no lo acaba de ver bien. Se siente como si se estuviera volviendo ciego. «Oye… Puede que si empezásemos de nuevo…»

«Estoy demasiado cansada, Richard…»

«No, me refiero a que volvamos a cuando entraste, es decir…, a los salvoconductos y todo eso. A lo mejor hemos cometido un error, no lo sé, como cuando llevé las manos a tus pechos, y si…»

«¿Un error? ¿Crees que tocarme los pechos fue un error…?»

«No te enfades, cariño. Lo que quería decir…»

«¡Puede que traer mis pechos aquí esta noche fuera un error! ¡Puede que no apretar el gatillo fuera un error!»

«Por favor, no armes tanto lío, ¡maldita sea! Sólo trato de…»

«Oh, de qué imbécil me iba a…, a…»

«Dios santo, Ilsa, ¿estás llorando? ¿Ilsa…?» Rick suspira enojado. Nunca podrá entender a las mujeres. La cabeza de Ilsa se inclina con resignación: es su gesto habitual cuando está con Laszlo. Parece mirar los ojales sin botones de su blusa. Puede que sea más estúpida de lo que él pensaba. Cuando la tenue luz vuelve a pasar, brillan lágrimas en los bordes de sus ojos, puntitos de luz en las sombras de su cara. «Vamos, no llores, pequeña. Lo único que quiero que hagas

es que te acerques a las cortinas donde estabas cuando…»
«¿Te puedo contar una… cosa, Richard?»
«¡Ahora no, Ilsa! ¡Cristo bendito! La luz casi se ha apagado y…»
«De todos modos, no funcionaría.»
«¿Qué?»
«Tratar de empezar de nuevo. No funcionaría. No sería igual. Ni siquiera llevo puesta la faja.»
«Eso no importa. ¿Quién lo iba a saber? Venga, al menos podemos…»
«No, Richard. Es imposible. Tú eres diferente, yo soy diferente. Tienes crema para el cutis en el pene…»
«¡Pero…!»
«Se me ha corrido el maquillaje, hay manchas en la alfombra. Y necesitaría la pistola…, ¿cómo la podría encontrar a oscuras? No, es inútil, Richard. Créeme. El tiempo pasa.»
«Pero a lo mejor eso es…»
«¿Y qué tal un pitillo? ¿Eh? ¿Puedes imaginarte viviendo todo esto sin un pitillo? ¿Richard? ¡Me estoy riendo! ¿Dónde estás, Richard…?»
«Tranquilízate. Estoy aquí. Junto a la terraza. Déjame pensar.»
«Hasta la luz del aeropuerto se ha detenido.»
«Sí. Desde aquí ya no se ve esa jodida luz.»
«Bueno, tú siempre dijiste que querías terminar… Podría ser.»
«¿Qué?»
«¿Qué?»
«¿Qué has dicho?»
«Dije que a lo mejor…, ya sabes, que siempre quisimos… Como un sueño que se hace realidad…»
«Habla más alto, pequeña. Casi no puedo oírte.»
«Dije que *cuando follamos*…»
«No, eso no merece la pena, cariño. Ahora lo sé. Tenemos que volver al jodido mundo sea como sea. Si lo hacemos, lo lamentaremos. Puede que hoy no…»
«¿Cómo? ¿Lo olvidaremos?»
«No, yo dije…»
«¿Qué?»
«No importa.»
«¿Olvidar qué, Richard?»
«Dije que iría de pesca con Sam en cuanto tuviera la oportunidad.»
«Casi no te oigo…»
«No, ¡espera un momento! ¡Puede que tengas razón! Puede que

volver a empezar no sea una buena idea…»

«¿Richard…?»

«En vez de eso, puede que debiéramos pensar en…»

«Richard, tengo miedo…»

«Sí, podrías estar ahí sentada en el sofá, ves, hemos follado, eso está bien, a quién le importa, ahora tenemos champán…»

«Creo que ya empiezo a olvidar…»

«Y puedes contarme eso que me querías contar…, ¿me escuchas? Una buena historia, eso podría funcionar…, ¡algo que conmueva! Y mientras tanto, déjame pensar, veamos, me sentaré… no, me quedaré aquí, apoyado en la puerta y…, ¡uf…!, ¡mierda! ¡Creo que lo movieron!»

«¿Richard…?»

«¿Quién coño puso la…, ¡uf…! jodida geografía?»

«Richard, el mundo está loco…»

«¡Vamos a ver! ¡Esto parece… algo! ¿Ahora que yo iba a…? ¡Vale! Me estás contando algo, conque te diré…»

«Pero estés donde estés…»

«¿Y después…? Sí, está bien. Es casi como yo lo recuerdo. Tú te has interrumpido, pero yo quiero que sigas, quiero que no dejes de escupir todo lo que tienes dentro, yo añadiré lo que falte…»

«… pase lo que pase…»

«Así que digo: ¿y después…? Vamos, pequeña, ¿no me oyes? ¡Recuerda a todos esos de abajo! ¡Dependen de nosotros! Piensa en eso: si lo piensas, lo harás ¿Y después…?»

«… quiero que sepas…»

«¿Y después…? ¡Oh, mierda, Ilsa…! ¿Dónde estás? ¿Y después…?»

«… que te quiero…»

«¿Y después…? ¿Ilsa…? ¿Y después…?»

¿Qué haces cuando salgo de casa?

DORIS DORRIE

(Traducción de Adán Kovacsics)

«Los hombres se casan por cansancio; las mujeres, por curiosidad. Ambos acaban decepcionados», escribió Oscar Wilde. Las rutinas, las convenciones, las expectativas sociales van royendo la vida erótica de una pareja; los escritores se sirven de esta decepción como de un lienzo para exploraciones más vastas. Los escritores construyen sobre el fracaso.

«Para aquellos cuyas verdaderas emociones se elaboran peligrosamente bajo la superficie de la vida cotidiana, los cuentos de Doris Dörrie se leen como un manual de redención», escribió el autor de la reseña publicada por el New York Times del primer libro de Dörrie. En este libro, Doris Dörrie se ocupa de incidentes minúsculos, describe momentos a simple vista banales, contesta preguntas aparentemente inocuas, del estilo "¿Qué haces cuando salgo de casa?», de una manera que el lector aprende a temer y a saborear.

Dörrie es una satírica feroz e inteligente que jamás yerra el tiro. En el relato que sigue, la respuesta revela, inesperadamente, el ingrediente erótico de un matrimonio que no parecía tener guardada ni una sola sorpresa más.

Le pregunto:

—¿Qué haces cuando salgo de casa?

—Nada —me contesta—; nada de nada. Me caliento la comida y me instalo cómodamente delante del televisor.

No me lo puedo creer. ¿O sea que se sienta así sin más delante del televisor y se zampa su cena? Ocurre entre una y dos veces al mes. Con el tiempo, ya noto por la expresión de su cara que vuelve a necesitar una de esas veladas para sí solo. Así las llama él; no es capaz ni de mirarme a los ojos cuando me lo comunica. Lo dice en un tono apenas audible:

—Cariño, me parece que necesito una velada para mí solo.

Quizá lo hacía desde siempre, antes incluso de que nos

conociéramos. Quizá yo no me di cuenta. Era un hombre tan normal, acaso un pelín aburrido, pero me trataba de maravilla; hasta el día de hoy me trae el café a la cama. ¡Si lo supieran sus compañeros de trabajo! Sólo lo sé yo, yo solita. Me siento orgullosa de ello. Tenemos un secreto de verdad, y cuando me lo confesó, ya llevábamos más de dos años casados. Por eso, de golpe ya no me pareció tan aburrido. Lo cierto es que no es normal, y como no es normal, tampoco puede ser un hombre aburrido. Antes le pedía con cierta frecuencia que me dejara quedar en casa y mirar lo que hacía, pero entonces siempre se encolerizaba: que era sólo una velada cada dos semanas y acaso no era yo capaz de permitírselo. Solamente quería mirarlo, sentarme en el sofá y mirarlo. ¿Qué tenía de malo? No creo que se limite a cenar delante del televisor. Ya llevo dos horas dando vueltas, y él necesita como mínimo cuatro. No puedo volver antes de tiempo; forma parte de nuestro trato.

Cuando nos conocimos, le gustaba regalarme cosas, ropa interior o algún lápiz de labios. Se podía pasar horas buscando el lápiz de labios adecuado en el departamento de cosméticos de unos grandes almacenes; volvía locas a las vendedoras, pero no daba tregua hasta que por fin encontraba el color adecuado. A veces me preguntaba: «Por qué será tan importante para él? ¿Qué hombre concede tanta importancia al color exacto de un lápiz de labios?». No me di cuenta de nada, de nada en absoluto.

Desde luego me halagaba que me mirara mientras me vestía y sobre todo cuando me desvestía, pero, claro, es lo que hacen todos los hombres. Me compró toda la ropa interior que tengo y no le gustaba que llevara mis bragas de algodón blancas y baratas. Tenían que ser negras o rojas. De seda. Siempre de seda. Se gastó una fortuna en esas bragas. La seda da una sensación muy agradable sobre la piel, pero hay cosas más importantes, digo yo. Para él era importante. Y yo lo amo. Lo amo a pesar de todo, de lo contrario no habría aceptado el trato. Al principio iba al cine o a ver a mis amigas, pero con el paso de los años esto me interesaba cada vez menos. Quiero saber qué hace cuando salgo de casa.

Me lo dijo cuando estábamos delante del televisor, mirando un concurso. Fue todo muy normal. Que tiene esa necesidad y que no hay manera de evitarla. Que ya ha hecho lo posible por reprimirse, pero que lo echaría en falta si no lo hiciera, de modo que es mejor dejarlo como está porque de lo contrario podría odiarme algún día por no poder hacerlo. Me reí, y luego me extrañé. Al principio no pensé mucho en el asunto. Quería que fuera feliz.

Usa mis cosas. Tenemos más o menos la misma estatura. O sea

que no gastaba el dinero para mí. O no lo hacía única y exclusivamente para mí. Me he preguntado si sigue queriéndome. Pero por lo demás todo transcurre con absoluta normalidad. Quizá no sea tan apasionado como antes, pero formamos una pareja que es mejor que la mayoría. Lo sé por mis amigas. No les he contado ni una palabra. Es nuestro secreto. ¿Coge las negras o las rojas? ¿Qué zapatos se pone? Los míos no le van, desde luego. No se lo pregunto; sé que no le gusta. Mi vestido azul le encanta. Sobre mi cuerpo. ¿O lo hace sin vestido? Tiene buena figura, su cintura es más delgada que la mía. Es delgado, muy delgado, y eso que come más que yo. A mí me basta con ver un trozo de chocolate para tenerlo en la cintura. Cuento las calorías una a una, y él se ríe de mí. Me pregunto cómo encajaría que de golpe y porrazo yo engordara tres tallas: tendría que comprarse sus propios trapos.

A lo mejor dejaría de hacerlo, quién sabe. No quiero que lo deje. Quiero que sea feliz. Ya he dado cuatro vueltas a la manzana. Cuando llego a casa, pregunto a veces qué han dado por la tele. Siempre está perfectamente informado. Pero no puede ser que se limite a sentarse ahí. ¿Se maquillará? Tiene unos labios tan bellos, carnosos, pero no demasiado. Mis labios, en cambio, son más bien delgados.

Simplemente, no me lo puedo imaginar. Por lo demás, puedo imaginar cualquier cosa de él; claro, lo conozco desde hace mucho tiempo. Sé cómo se sienta en la oficina y mira por la ventana, qué aspecto presenta cuando se lava los dientes desnudo en el baño, cómo duerme, cómo se limpia las uñas con un fósforo. Eso no me gusta mucho. Tiene las uñas muy cortas, se las corta una vez a la semana. ¿Se las pintará? ¿Se quita el esmalte antes de que yo llegue? ¿Tanto esfuerzo para sentarse en solitario delante del televisor? Antes me acicalaba con cierta frecuencia. Para él. O cuando salíamos. Pero, ¿hacerlo sólo para mí? ¿Para qué? Lo hace para sí, sólo para sí, dice. Y que no tiene nada que ver conmigo, añade.

Nuestro piso se encuentra allá al otro lado, en la planta baja. Desde el jardín de delante se ve la sala con facilidad. Las cortinas son gruesas y pesadas; él insistió en ponerlas; yo, en cambio, preferiría no tener ninguna. Tan pronto nos mudamos al piso, declaró: «Pero a las ventanas les pondremos cortinas». Lo decía, seguro, porque ya era muy consciente de lo que pretendía. Apenas hemos cambiado en estos últimos años. Tengo más arrugas, más que él; él tiene esa piel gruesa de hombre que no se aja con tanta facilidad. Yo ya parezco más vieja que él. Soy dos años más joven y

lo seré siempre. Todo transcurrirá siempre igual. Cada dos semanas, saldré a pasear durante horas y en los inviernos me sentaré en un bar, a beber unas copas de coñac… Me resultaría mucho más fácil si supiera lo que hace. Entonces tendría un sentido. No quiero que lo deje. Quiero que sea feliz, claro.

Sé que no debería. Resulta tan fácil pasar al otro lado del seto, que es bajo. La cortina no estaba del todo echada. Por favor, sólo una miradita.

Me late el corazón, de pronto tengo la estúpida sensación de estar engañando a mi marido. Cierro los ojos y lo veo con el traje puesto, tal como suele ir por la mañana a trabajar, todo un hombre. Luego miro por el resquicio que deja la cortina; la he abierto momentos antes de salir, sólo un poquito; él no ha notado nada.

Veo nuestra sala; la luz azul del televisor se proyecta sobre la pared que hay detrás del sofá, sólo veo la pared. Bajo la vista poco a poco, paso por el cuadro con el paisaje invernal, llego al respaldo pardo de nuestro sofá de cuero, veo mi sujetador negro, el de las puntillas, veo mis medias con los puntos plateados a los lados, mis zapatos rojos, de los que sobresalen de manera exagerada los talones, y luego la veo a ella: una mujer, una mujer realmente hermosa. Tiene una bandeja sobre las rodillas, come con cuidado y parsimonia, sin apartar la mirada del televisor: una mujer con los labios —labios bellos y carnosos— pintados de rojo y con las piernas —piernas largas y delgadas— ligeramente cruzadas. Ahí está sentada, serena, sonriendo por algo que pasa en el televisor. Parece feliz. Y bella. Más bella que yo.

Inconvenientes de la vida moderna

HELEN GARNER

(Traducción de Elisabet Nonell)

El escritor argentino Eduardo Quiroga imaginó esta historia: Don Quijote, plenamente consciente de que los caballeros deben tener su dama, elige como prenda de su amor a una labradora, Aldonza Lorenzo, y le da el nombre de Dulcinea del Toboso. Tras muchos avatares e incontables batallas, Don Quijote es llevado herido hasta su lecho y pide que le traigan a Dulcinea para verla una vez antes de morir. Dulcinea aparece y él la ve, por primera vez, tal como es: una moza desgreñada, sucia, carirredonda y roja, restregándose sus toscas manazas y sonándose la nariz con la manga. «Dulcinea —le dice el caballero agonizante— malandrines encantadores y brujos nefandos me han nublado la mente y me hacen verte, en mi última hora, como una horrible bruja. No importa. En edades venideras, los lectores volverán a leer nuestras vidas y entonces será cierto que yo fui un valiente caballero y tú una dama hermosa, y que nosotros, no estas dos criaturas vulgares que ahora somos, sino las que nosotros sabemos que realmente somos, nos hemos amado.»

En un brillante ensayo sobre el erotismo, el crítico polaco Jan Kott observó que cuando hacemos el amor, en realidad son cuatro las personas que se van a la cama: un par de amantes y el par de amantes que esos dos amantes han inventado, «dos cuerpos y dos parejas de imaginación y deseo, que cada uno de ellos dos ha creado». Somos nosotros mismos, pero somos también ese extraordinario monstruo creado a partir de los retazos de anhelo de alguien, recuerdos, sueños, temores, necesidades, experiencias y esperanzas. Somos el actor que ha ensayado mal la obra que nuestro amante escribe, dirige, presencia y reseña. No todos nosotros sobrevivimos a estas penosas actuaciones, tal como atestiguan los protagonistas del cuento de Helen Garner.

Vino Philip. Fui a su hotel: me faltó tiempo para llegar hasta allí. Avanzó a mi encuentro en cuanto crucé el umbral, y me abrazó.

—Hola querida —dijo.

Aquí nadie habla así. Mi pelo todavía estaba húmedo.

—¿Has venido en tu coche? —preguntó.

—No. He venido en autobús.

—¿En autobús?

—No hay manera de aparcar en la ciudad.

—Te has cortado el pelo. Pareces un chico.

—Ya lo sé. Lo he hecho a propósito. Me visto como un chico y me corto el pelo como un chico. Quiero ser un chico. Para poder tener una relación homosexual contigo.

Se rió.

—¡Buena chica! —dijo. Con estas palabras me sentí tan inundada de bienestar que casi perdí el aliento—. Tanto mejor para mí, si fueras un chico a veces y una chica el resto del tiempo —agregó—, así podría tener ambas cosas.

—No —repuse—. Tanto mejor para mí. Porque yo sería ambas cosas.

Me deshice de la ropa como pude.

—Estás muy delgada —dijo.

—No estoy comiendo nada. Estoy enferma.

—¿De verdad? ¿Estás enferma?

Me agarró por los hombros con ambas manos y me miró a los ojos como si fuera un doctor.

—Enferma de amor.

—Tus ojos están sanos. Brillantes. ¿Y los míos?

Su habitación estaba en el piso más alto del hotel. Del otro lado, más allá de algunos tejados y una calle profunda, se alzaba la antigua torre del edificio donde tenía su consultorio quien fuera durante un tiempo mi dentista. Un dentista tan delicado con el torno que nunca necesité anestesia. Respiraba lentamente, como me habían enseñado en las clases de yoga: el dolor era muy breve. Lo aguantaba sin rechistar. Ganó mucho dinero y se fue a vivir a Queensland.

El edificio tenía un mástil. Philip y yo nos quedamos en la ventana desnudos y mirando. A través del cristal coloreado, las nubes parecían más detalladas, más ricas, más espectaculares de lo que eran en realidad.

—Míralas —dije—. A punto de reventar. Llegadas de algún lugar.

—Sólo están de paso —contestó Philip. Estaba mirando el edificio de la torre—. Me encanta la bandera australiana. Me estremezco cada vez que la veo.

—A mí me pasa lo mismo con el mapa. Una vez estuve

trabajando en una escuela religiosa del este de Londres. Iba a menudo a la biblioteca a la hora del almuerzo, cuando las monjas estaban encerradas en el comedor mientras les leían en voz alta; bajaba el atlas de la estantería y contemplaba la página con el mapa de Australia: me encantaban sus salientes, las vastas entradas, los anchos costados, el poder que emanaba de esta masa, en cuya esquina sudoriental se había iniciado mi pequeña existencia. Me agachaba entre las pilas de libros y apoyaba el pesado volumen contra el borde de la estantería: apenas podía aguantar su peso. Contemplaba el mapa y los ojos se me llenaban de lágrimas.

—¿Te dije que está hablando de volver conmigo? —dijo Philip.

—¿Y tú quieres que vuelva?

—Claro que quiero.

—Tendremos que empezar a actuar como personas adultas —dijo él—. ¿Tienes alguna idea de cómo se hace?

—Bueno —le contesté—, debe de ser una cuestión de transformación. Tenemos que convertir lo que está pasando ahora en algo distinto.

—Lo dices como si tuvieras experiencia.

—La tengo.

—¿Y en qué podemos convertirlo?

—¿Como hermanos? Una amistad de toda la vida.

—¡Oh! —exclamó—. No me convence en absoluto. ¿No se puede continuar teniendo una relación secreta?

—No me gusta mentir.

—Ni tienes por qué hacerlo. El mentiroso sería yo.

—¿Por qué estás tan seguro de que no se enteraría? La gente siempre se entera. Le bastaría con mirarte una sola vez y lo sabría. Para esto está la mujer de uno.

—Ya veremos.

—¿Cómo puedes soportarlo? —pregunté—. Es deshonesto. ¿Cómo puedes mentirle si todavía la quieres?

—Me veo obligado. Obligado a ser un hipócrita por culpa del amor.

Durante un segundo pensé que estaba bromeando.

—Podríamos dejarlo ahora mismo —dije.

—Pero ¿qué estás *diciendo*?

—No lo decía en serio.

Todavía no. Las sábanas de estos hoteles son sedosas, pero crujientes. ¿Cómo lo consiguen? Mucho almidón, y plancha, tareas que un ama de casa en su sano juicio ni soñaría en tomarse la molestia de llevar a cabo. La cama era suficientemente ancha para

que dos personas más cupieran en ella, sin que nadie se viera obligado a rozarse con los demás. Normalmente no me acuesto con la luz del día. Y como si la luz del día no fuera suficiente, la habitación estaba llena de lámparas. Empecé a apagarlas, una tras otra, y pensando en la frase «llena de lámparas», recordé algo que mi marido me había dicho, mucho tiempo después de habernos separado, sobre un popurrí shakespeariano que había visto interpretado por un grupo de actores en decadencia, restos de una famosa compañía inglesa, de gira por Australia. Dijo: «El escenario estaba cubierto de tronos». Y se partía de risa. Es el único hombre que he conocido capaz de transmitir y compartir lo divertido de los mezquinos triunfos cotidianos. Me metí bajo la sábana. No podía evitar reírme interiormente, pero era demasiado complicado explicar el porqué.

Philip tenía una manera especial de abrazarme, cuando estábamos acostados: con un sutil balanceo, tan sutil que a veces me preguntaba a mí misma si no lo estaría imaginando, si el consuelo de su abrazo no se traducía en un acunar imaginario.

—Nunca le he dicho a ninguna mujer que la quisiera —dijo Philip.

—No digas tonterías.

—Tú no sabes nada de mí.

—¿A tu edad? —dije—. ¿Un hombre casado? ¿No has querido nunca a nadie?

—No lo he dicho nunca.

—No me extraña que ella te dejara. Realmente, los hombres estáis pasados de rosca, ¿no crees? Desde muy pequeños —opiné.

—Entonces, ¿por qué quieres follar como un chico?

—Sólo para jugar.

—¿Está permitido? —preguntó.

—¿Por quién? —dije.

Quería mostrarme aguda y brillante; pero, en serio, ¿quién dice que no podemos? ¿No es por esto por lo que las mujeres y los hombres hacen el amor? ¿Para doblar un poco los barrotes, sólo un poco; para que los barrotes se disuelvan? Philip me pellizcó. Cogió la punta de mis pechos entre el pulgar y el índice. Podía verle los dientes. Me pellizcó con fuerza. Me hacía daño. Me gustaba. Y me mordió. Me mordió. Cuando llegué a casa me miré en el espejo y tenía los hombros y los brazos cubiertos de pequeños moretones redondos.

Estuve en su casa, en la ciudad donde vivía. Le dije que pasaría por allí de camino hacia el sur, y me invitó; y fui, aunque tenía

cantidad de amigos que hubieran podido alojarme en aquella ciudad.

Los periódicos iban llenos de un escándalo, cuando pasé por el aeropuerto aquella noche; peroraban sobre una mujer que había firmado un contrato con un matrimonio estéril como madre de alquiler. El niño había nacido, y ella había cambiado de opinión, y no quería dárselo. Todo el mundo hablaba de esa historia.

Me sentí muy mal en su casa, por mucho que lo quisiera, con la bata olvidada de su mujer colgada detrás de la puerta como si fuera un testigo. No pude dormirme. Me quedé «con los ojos abiertos de par en par» toda la noche, y la casa estaba atravesada de ruidos, como si las paredes fueran demasiado endebles para protegerla de la calle: unos zapatos de mujer taconeando en la acera, una puerta cerrándose, una llave deslizándose en la cerradura, las escaleras respirando. En las ciudades nunca está completamente oscuro. En un momento dado me di la vuelta en la cama y lo contemplé. Su cara estaba dormida, serena, sonriendo en la almohada junto a la mía como un querubín en una nube.

Se despertó con el semblante animado. Dijo:

—Me siento sin tacha cuando he estado contigo.

Por esto lo quiero, claro: porque habla de esta manera, utilizando palabras y frases que a la mayoría de la gente ni se les ocurrirían.

—Cuando estoy contigo —podía decir—, me siento feliz y libre.

Preparó el desayuno y leímos los periódicos en el jardín.

—Tendría que haber mantenido su palabra —comentó.

—Pobre mujer —dije yo—. ¿Cómo puede alguien renunciar a su bebé?

—Pero lo había prometido. ¿Y la pareja? Deben de estar desesperados por tener un niño.

—¿Tú lo estás?

—Sí —afirmó, y me miró con la expresión desafiante de quien espera que lo contradigan—. Sí, lo estoy.

El café estaba muy cargado. No me sentaba nada bien por las mañanas. Me hacía latir el corazón demasiado deprisa.

—Creo que en un mundo ideal todos tendrían hijos —dije yo—. Así es como la gente aprende a amar. Los niños chupan amor de la médula de tus huesos.

—Supongo que crees que sólo las madres saben amar.

—No, no lo creo.

—De todas formas, había firmado un contrato. Había firmado. Lo había prometido.

—Philip —dije—, ¿has olido alguna vez la cabeza de un bebé?

El teléfono empezó a sonar en el interior de la casa, en la habitación donde yo no había entrado a causa del gran retrato de ella colgado encima del equipo de estéreo. Pensando que él me quería, aunque comprendía y creía que había aceptado la falta de futuro de todo el asunto, me divertía llamándola en secreto «La habitación donde reinaba la Primera Esposa», o la «Cámara sangrienta de Barbazul»: me repelía con una fuerza invisible, aunque a veces me paraba delante de su puerta abierta y veía lo agradable que era, la tranquilidad que respiraba, esas paredes blancas y ese suelo de madera en el que se extendía un motivo quebrado de luz solar, como el dibujo de una ventana hecho por un niño.

Corrió adentro para contestar al teléfono. Estuvo ausente un buen rato. Pensé en esta clase de práctica: que se pueda aprender a amar con una persona, y aplicar a otra la lección aprendida; alguien te enseña a cantar, y entonces tú esperas a que te den un papel en la ópera correcta. Hacía calor en el jardín. Me puse a dormitar en mi butaca. Tuve un corto sueño, uno de esos sueños increíblemente vívidos que se producen cuando uno duerme en un momento poco habitual del día, o cuando uno debería estar haciendo otra cosa en vez de dormir. Soñé que estaba en cuclillas, con la vagina cerca del suelo, en la postura que según nos han dicho adoptan las mujeres primitivas para dar a luz. («Simplemente, se agachan en pleno campo, dejan caer al niño, y continúan trabajando.») Pero alguien me estaba operando, utilizando instrumentos médicos cortantes en mi coño. Carne sanguinolenta salía de él en pedazos y coágulos. Podía observarlo, y verlo, como si se tratara del coño de otra persona, mientras notaba al mismo tiempo que me lo estaban haciendo a mí. No era doloroso. No me dolía en absoluto.

Me desperté cuando Philip bajaba sonriendo de la casa. Se agachó delante de mí, entre mis rodillas, y me habló directamente a la cara.

—Tú quieres que me comporte como un hombre casado y tenga hijos, ¿no es cierto?

—¿Qué yo lo *quiero*?

—Quiero decir que piensas que debería hacerlo. Piensas que todo el mundo debería hacerlo, lo has dicho tú misma.

—Claro, si es lo que tú quieres. ¿Por qué?

—Bueno, en el teléfono, hace un momento, he dado un paso más en este sentido.

—¿Quieres decir que lo has *planificado*?

—No exactamente; pero voy en esa dirección.

Bajé la vista para mirarlo. Sus brazos reposaban sobre mis rodillas y estaba agachado, sosteniéndose con ligereza sobre la parte anterior de la planta del pie. Me sonreía, me sonreía directamente a los ojos. Estaba esperando que yo le dijera: ¡*buen chico*!

—Dime algo tranquilizador —pidió—. Dime algo íntimo, antes de que me vaya.

Tomé aliento, pero ya no me escuchaba. Estaba listo para ir a trabajar. A Philip le encantaba su trabajo. Aceptaba más encargos de los que podía asumir sin apuros. Cada mañana llegaba a casa con los bolsillos desbordantes de contratos. Nunca se perdía nada: lo oía silbar en el coche, alguna pequeña frase, una corta serie de notas ascendentes o descendentes mientras atravesábamos los puentes, y entonces, a la mañana siguiente, desde la habitación donde se encontraba el sintetizador, saldría la misma frase, pero más grande, más plena, vinculada con otras ideas, convirtiéndose en una canción; y al cabo de un par de meses la escucharía yo, saliendo de las puertas abiertas de todos los cafés, tiendas de discos y coches ociosos de la ciudad. «¿Sabes lo que soñaba a menudo? —me dijo una vez—. Soñaba que al parar en los semáforos miraba los coches a ambos lados y delante y detrás del mío, y todos sus ocupantes cantaban al unísono con la radio, y todos cantaban la misma canción. Incluso con las ventanillas cerradas, nos leíamos los labios mutuamente, y todo el mundo se reía, y nos saludábamos con la mano.»

Yo también hice mi llamada de larga distancia.

—Estaré en casa esta noche, Matty —dije.

Su voz sonaba soñolienta:

—Han llamado de la tienda —dijo—. Les he dicho que estabas enferma. ¿Ya has visto a ese hombre?

—Sí. Estoy en camino. Tira todas las cajas de pizza.

—Necesito dinero, mamá.

—Cuando llegue.

Philip me llevó hasta el aeropuerto. Yo tenía miedo de que alguien nos viera, alguien que lo conociera. No me importaba por mí misma. Para mí no era un secreto. No tenía a nadie a quien ocultárselo, y me hubiera sentido orgullosa de que me vieran con él. Pero me preocupaba por él. Mantuve la cabeza baja. Se reía. No quería soltarme. Intentó levantarme la barbilla; le daba suaves golpecitos con la frente. Yo estaba sonrojada.

—Siempre estoy subiendo a los aviones con lágrimas en los ojos —dije.

—Acabarán conociéndote. ¿Te da demasiada vergüenza besarme de verdad?

Salí corriendo del mostrador de facturación. Miré hacia atrás y vi que me estaba observando, todavía riéndose; una figura solitaria en el suelo reluciente.

En el avión, intenté cuidar de mí misma. Me concentré en lo ingenioso de la bandeja de la comida, en su capacidad para permanecer inmune a las alteraciones de la posición del respaldo del asiento en el que se apoyaba. Pedí un whisky y me lo tomé. Mi error consistió en hojear un libro de poesía, el único material de lectura que llevaba conmigo. Eran unos poemas tan cargados de sexo, muerte y nostalgia que resultaba indecente leerlos en público: temía que su poder fuera capaz de filtrarse y escandalizar a los presentes. Incluso pude leer, antes de cerrar el libro de golpe: «Quiero saber, una vez más, / cómo se siente uno / cuando lo despellejan y devoran entero, una y otra vez». Mantuve el volumen oculto para los dos hombres que me separaban de la ventana. Bebían cerveza alemana y hablaban un idioma europeo del que no pude reconocer una sola palabra. Uno de ellos giró la cabeza y captó mi mirada. Estaba segura de que desviaría rápidamente la suya, porque me sentía horrenda y paralizada por la tristeza; pero su cara se abrió con una deslumbrante sonrisa.

Mi hijo esperaba la llegada del avión. Había venido en el autobús del aeropuerto. Se dio cuenta de lo mucho que me alegraba, y bajó la vista con una sonrisa incómoda, pero me dejó que lo abrazara, y me dio unas palmaditas rápidas en el hombro.

—Te ha cambiado la cara —dijo—. Está así como emocionada.

—¿Por qué me das siempre palmaditas cuando me abrazas? —dije.

—Probablemente porque casi siempre estás hecha un lío.

Me pidió que lo esperara mientras jugaba un poco con las máquinas. Sus dedos revoloteaban sobre las teclas. Acné asesino era el título de una historia de suspense que se había inventado para divertirme: pero su cara concentrada perdía su bobería adolescente y se volvía hermosa. Me apoyé en la pared de la terminal y me puse a observar a la gente que pasaba.

Un hombre joven y alto cruzó ante mí. Llevaba un diminuto bebé en un canguro delantero. La madre iba detrás, la cara lisa y el pelo largo, llevando de la mano a un niño pequeño de voluminosos pañales. Pero quien estaba enamorado del bebé era el padre. Andaba lentamente, rodeando con los brazos el pequeño bulto y con la cabeza inclinada, para mirarle a la cara. Todo su ser estaba

adorándolo.

Observé a la joven familia mientras pasaba en pacífica procesión, cada uno de ellos moviéndose con tranquilidad y contento, y oí los agudos lamentos de las criaturas espaciales que mi hijo estaba asesinando con su rápido y delicado toqueteo de teclas; de repente me acordé de cuando crucé la calle el día después de llevármelo a casa al salir del hospital. El parto fue prolongado y perdí el ritmo, hice demasiado ruido y tuvieron que dragarme, y cuando todo hubo acabado sentí que ahora ya sabía lo que significaba la frase del devocionario: los dolores de la muerte se apoderaron de mí. Pero cuando crucé la calle aquel día, todavía dolorida de bisturís y agujas, vi a una mujer embarazada avanzando torpemente hacia mí, una mujer en el estadio final de la espera, que ponía un pesado pie delante del otro. Su cara, cuando pasó a mi lado, estaba tan tranquila y plena como la de un animal: «Una cara que todavía no había recibido el puñetazo». Y la envidié. La envidia me apuñalaba, me atravesaba, añorando lo que estaba a punto de sucederle, lo que estaba a punto de encontrarse sin saberlo. Hubiera podido gritar: «¡Oh, dejádmelo hacer de nuevo! ¡Dadme otra oportunidad! ¡Dejadme enfrentarme de nuevo a las fuerzas todopoderosas! ¡Dejadme estremecerme, acostada e indefensa en aquella enorme cuna de dolor!».

—Otros veinte centavos tirados por la borda —se lamentó mi hijo.

Nos encaminamos hacia las puertas automáticas. Él me llevaba la bolsa. Quería decirle, decirle a alguien: «Escucha. Escucha. Estoy perdidamente enamorada». Pero me contuve. Sabía que me lo había buscado yo misma, y me contuve hasta que el espasmo hubo pasado. Y entonces empecé a recrear mentalmente el contenido de la nevera.

Arte antiguo

ALLAN GURGANUS
Traducción de Silvia Komet

«En todos mis cuentos —dice Allan Gurganus— trato de una especie de lucha contra una ética puritana.» Esta ética puritana se refiere en gran medida a compartimientos, a decidir qué es una «visita familiar» y qué debe ser «radiografiado», qué es arte y qué es pornografía, qué es lo que alguien puede tomar de un anaquel y qué es lo que debe permanecer oculto en bolsas de papel marrón. Ciertas palabras, ciertas imágenes —nos dicen los puritanos— encajan rigurosamente en una u otra categoría.

Ni siquiera las descripciones clínicas del cuerpo humano se salvan de este fanatismo por las etiquetas. A comienzos de este siglo, una gran cantidad de tratados médicos medievales fueron arrojados a las llamas por cierto bibliotecario celoso de la biblioteca municipal de Sémour-en-Auxois porque mostraban imágenes ginecológicas que el severo bibliotecario encontraba excitantes. Y en los últimos años, cuando Vanity Fair mostró en la tapa una Demi Moore desnuda y se desató una vasta controversia porque además estaba embarazada —encarnando así los valores familiares y la iconografía radiografiada— podemos pensar que la ética puritana ha perdido mucho de su celo.

Cuando algo inocente, como una mujer embarazada, puede ser esgrimido como pornográfico, entonces la pornografía —«el arte adulto»— puede pasar por algo inocente y ser, como en el relato irónico de Gurganus, una alegoría del dolor del deseo amoroso. «Hay tantos dolores como ficciones —escribe Gurganus—, y como encuentro que tener problemas es cómico, mi ambición ha sido escribir las cosas más graciosas acerca de las peores cosas que le pueden ocurrir a un ser humano.»

Tengo una ternura extra. Y no es legal.

Veo a un niño de doce años robar un Mercedes blanco en la calle. Estoy sentado en mi despacho oficial —director de un distrito escolar—, son las doce del mediodía de un día laborable y observo

al chico romper la ventanilla delantera con una percha. Después se mete en el coche, hace un puente y lo arranca con un chirrido. Tras lo cual, no puedo evitar preguntarme por qué no he llamado a la policía, o di un grito al celador que está justo en la entrada.

Acto seguido, un Dodge negro del cincuenta y nueve, en perfecto estado, intenta aparcar en el lugar del Mercedes (hoy no estoy trabajando mucho). Es uno de los peores conductores menores de ochenta años que he visto. Tres peatones se turnan para indicarle mientras da marcha atrás. Me acerco a la ventana y oigo a una persona chillar.

—No, a la izquierda. ¡Todo a la izquierda! Idiota.

Un último ayudante se va disgustado.

Cuando el conductor sale y se endereza, en realidad no ha aparcado el coche, sólo lo ha dejado. Ya lo he visto por la ciudad. Tiene unos veinticinco años, es guapo, pero de lo más patoso. La ropa hace juego con el viejo Dodge. Lleva el cinturón demasiado alto. Los calcetines blancos son un error. Observo cómo se peina; se pone presentable para el centro. Revolea un pañuelo y se agacha para lustrarse los zapatos. Del bolsillo de la camisa se le caen unas estilográficas y montones de monedas.

Mientras las recoge, un segundo niño (¿el hermano del ladrón del Mercedes quizá?) corre hasta la parte delantera del Dodge y empieza a rayar el capó. Golpeo contra la ventana del primer piso; nadie me oye. El dueño termina de lustrarse los zapatos, se endereza, ve lo que está pasando, grita. El vándalo sale disparado. El conductor, en lugar de perseguirlo, toca las rayas y se queda allí… dándoles palmaditas. Noto que habla solo. Se moja la yema del índice y trata de borrar las letras garabateadas. El sol se refleja en la saliva. Desde mi atalaya del primer piso, leo la palabra. Es una obscenidad.

Me aparto y me apoyo contra un radiador medio caliente. Admiro el retrato de mi mujer, de mis hijos gemelos en traje de béisbol de la liga infantil. En la pared de enfrente hay reproducciones de cuadros que cambio más o menos todos los meses (créase o no, soy licenciado en historia del arte). Quiero correr escaleras abajo, consolar al dueño del coche, tal vez decirle: «Qué barbaridad, los chicos de hoy en día». No me atrevo.

Podrían detenerme por todo lo que me gusta de mí mismo.

A las cinco, con el maletín bien sujeto y los periódicos, parezco un ciudadano corriente. Hora de irse de la oficina. ¿Y quién aparece? El dueño herido del Dodge. Su presencia en el edificio municipal me choca, como si acabara de verlo por televisión. En el

umbral, dudo. No me ve. Tropieza con un reborde nuevo de cinco centímetros en medio de la entrada. Una vez recuperado, mira a su alrededor con la esperanza de que no lo haya visto nadie. Después, contento de estar solo, se agacha apretándose el bolsillo de la camisa lleno de cosas y toca el lugar en que estaba el reborde. Ya no hay ningún reborde. Bajo los dedos largos, sólo suavidad, linóleo. Se endereza. Estoy lo suficientemente cerca para ver, en el bolsillo, un soporte de plástico para plumas, regalo de «Pequeños motores wootenís, nuevos y como nuevos». Lleva cuatro viejas estilográficas alineadas, artículos de marca. Se rasca la nuca y hace una mueca, extrañado por lo que lo ha hecho tropezar. «Vaya, ¡qué curioso!» Un paleto alegre y decente de un dibujo animado antiguo habría hecho y dicho exactamente lo mismo. Yo estaba encantado.

Tengo esta ternura extra. Nunca hablo de ella. Y me aparece de repente cada dos o tres años. Parece extraño pero es de lo más natural. Sé que me meterá en problemas. La siento por un cierto tipo de hombres. Por cualquiera que sea incluso más torpe que yo…, que ya es decir.

Uno tiene diferentes clases de ternura para la gente que conoce. Digamos que hay un tipo para los abuelos. Pero si entras tan campante en un bar de ligue y utilizas ese tipo de afecto, pensarán que eres bastante raro. Cuando mis hijos fallan con el bate, me inunda con fuerza ese sentimiento… y, sin embargo, si derramo esa misma dulzura sobre el consejo escolar me despedirían y encerrarían en seguida.

Entonces me vio.

Sonrió de una manera tímida y agarrotada. Como lo había pillado, señaló al lugar que le había dado problemas y dijo de sí mismo:

—He tropezado.

¿Y saben lo que hice? Cuando noté, sólo entonces, tan tarde, el aspecto tan amable que tenía, le dije:

—A mí también me pasa a menudo.

Me señalé el pecho; otro gesto de historieta pasada de moda.

—No sé por qué —me encogí de hombros—. Uno, sencillamente, tropieza. Supongo que le pasa a la mayoría de la gente.

Bueno, eso le gustó. Sonrió. Me dio tiempo para examinar la camisa almidonada (blanca, abrochada hasta el cuello, sin corbata). Estudié el cinturón extra ancho pasado de moda con una hebilla en forma de pájaro del trueno indio. Llevaba pantalones negros y lisos de camarero, zapatos marrones puntiagudos muy bien lustrados. Contempló mi traje de oficina, mis sienes prematuramente canosas.

En aquel momento decidió con inocencia que le hacía falta un rápido repaso. Mientras lo estudiaba, desenfundó un peine verde y se arregló el pelo con tres rápidos movimientos hacia atrás, uno por lado, y uno arriba. Hecho. Las ondas negras parecían mojadas o con brillantina, y colgaban de una raya increíblemente blanca, como si mi secretaria acabara de pintársela con líquido corrector.

El chico tenía facciones pulcras y limpias: un cartel de reclutamiento de la marina de cuarenta años atrás. El favorito de alguna abuela. Guardó el peine, sonrió y se quedó allí, satisfecho de que me hubiera portado bien con su desmañado tropezón.

—¿Qué tal una copa? —pregunté.

Sonrió, asintió y me siguió. Qué fácil puede ser la vida a veces. Estoy recordando: durante un partido de fútbol en la clase de gimnasia de la escuela secundaria, oí cómo un chico se rompía el brazo. Era un rubio así de grande, simpático pero que no estaba en el ajo. Fue hacia las tribunas gimiendo y se sentó en el borde haciendo muecas y sudando. Nuestro entrenador también había oído la fractura. Miró alrededor: alguien tenía que acompañar al chico herido a la oficina del director. Me descubrió y frunció el ceño preocupado. Decidió que el juego podía seguir sin mí. Yo acompañaría a Angier inmediatamente. (Angier era el chico… que se agarraba el brazo, tembloroso.)

El entrenador me tocó el hombro:

—Ayúdalo. Déjalo apoyarse en ti.

Angier casi se desmaya camino de la escuela.

—Ayyy…

Tuvo que tumbarse en el jardín de un vecino con una sonrisa de disculpa.

—Está bien. Tómate tu tiempo —dije.

Al fin llegamos y la secretaria del director se quejó. Era el entrenador quien tendría que haber traído a Angier.

—Estos profesores jóvenes…

La mujer sacudió la cabeza y llamó a la ambulancia. Para ella todo parecía rutina. Llevé a Angier a una sala de espera oscura llena de libros de texto y láminas del cuerpo humano. Se sentó. Me quedé de pie delante de él cogiéndole la mano buena.

—Te pondrás bien. Ya verás.

Tenía el pelo echado hacia atrás, como después de un baño. En clase siempre era lerdo… El padre vendía licuadoras caras en los supermercados. Angier vestía con pulcritud, y ese día estaba tan blanco que hasta se le veía cada una de las pestañas bien separadas. Oímos la sirena. Me apretó la mano aliviado. En aquel momento se

echó atrás y se apoyó contra el banco. Me dijo algo con voz ronca, jadeando.

—¿Qué?

Me acerqué más.

—Gracias.

Sonrió y gimió. Después estiró el cuello y ahí mismo me dio un beso húmedo en la boca. A continuación se desmayó y cayó de lado.

Al cabo de cinco días, volvió a la escuela con un yeso que hizo firmar a todos los chicos populares. Me saludó con la cabeza al cruzarse conmigo. Nunca me pidió que pusiera mi nombre en la escayola. Pareció haberse olvidado de lo que había pasado. Yo me acuerdo perfectamente.

Mientras salíamos del edificio de oficinas, el dueño del Dodge me explicó que había venido a traer unos papeles del seguro que tenía que firmar: una póliza contra inundaciones de la finca de su madre.

—Nunca se está del todo seguro. Era el lema de mi madre.

Le pregunté si vivía en la ciudad; sólo trataba de hacerlo hablar, de que se relajara. De conocer a su familia, habría cambiado de planes.

—Mamá murió —dijo mirando abajo—. En marzo hará un año. Me lo dejó todo. Estoy seguro de que mis hermanas se pusieron negras. Pero las dos están en Florida. ¿Y dónde estaban cuando mamá se puso tan enferma? Me lo agradeció y dijo que se acordaría de mí. Y lo hizo.

Se quedó callado, arrepentido quizá de todo lo que había dicho.

Caminamos dos manzanas. Alguna gente me saludó y echó una mirada breve a mi compañero, como si pensara: «¿Qué hace David con ése?».

Él escogió el bar. Se llamaba Las Armas, pero a saber qué otra palabra había entre «Las» y «Armas», porque la habían robado, seis letras de antigua caligrafía inglesa; todavía se veía la cola con la que habían estado pegadas a los ladrillos. Se presentó por el nombre de pila: Barker. Con las manos apoyadas sobre la barra, pidió dos cervezas sin preguntar. Después se volvió hacia mí, avergonzado.

—Adivinas el pensamiento, ¿eh? —lo tranquilicé con una sonrisa, y, durante un segundo, le apoyé la mano sobre la espalda, aunque muy rápido.

No pareció notarlo, o importarle mucho.

Mi silla daba a la calle; la suya, frente a mí, al fondo mugriento del bar. Los lavabos estaban indicados con un rey y una reina. Un chico jugaba con un videojuego que sonaba como un pájaro de la

selva con problemas electrónicos.

La cabeza y los hombros de Barker quedaban enmarcados por una ventana. Junio recalentaba cada superficie de la calle principal. Ahí fuera, todo (transeúntes incluidos) parecía planeado, brillante, una especie de cerámica. No veía bien la cara de Barker. El sol le convertía las orejas en una saludable cera roja y disfrutaba con sus pómulos, encontraba reflejos que esperaban en los mechones ondulados, pasados de moda. Decidí que debía de ponerse brillantina en el pelo. Barker en sí no era hermoso, un chico enjuto y nudoso, sino sólo su rostro pálido. Parecía una herencia que aún no hubiera notado.

El Barker sentado inmóvil era un Barker casi meloso. No derramaba nada (nuestras cervezas aún no habían llegado). La cara del chico a contraluz era tan valiosa como una joya. Todo lo que me decía era sincero. Hablar de su madre lo ponía en un espíritu tipo camino de la memoria. «Sí, cuando era niño…» y me habló de una zanja en la que solían meterse él y sus hermanas, construir una presa y jugar a médicos. Después eligieron ese sitio para el vertedero de la ciudad. Y se acabó la zanja. Los niños habían llorado cogidos de la mano al ver pasar la excavadora.

El camarero nos trajo una jarra de cerveza enorme. Apenas di un sorbo; Barker se bebió en un momento cuatro vasos. La espuma le dibujó medio bigote blanco sobre esa boca dulce y blanda; no se lo dije. Me contó que tenía veintinueve años pero que aún se sentía como de doce, salvo durante el invierno. Dijo que después de la muerte de su madre, se había alistado en la Fuerza Aérea, pero que lo habían echado a patadas.

—¿Por qué?

—Falta de dignidad.

Se sopló el quinto vaso.

—¿Quieres decir… «falta de disciplina»?

Asintió.

—¿Qué he dicho?

—Dignidad.

—«Dignidad», «disciplina»…

Se encogió de hombros para mostrarme que significaban lo mismo.

Cuanto más triste estaba, más me gustaba, más guapo era.

Las mujeres que pasaban por la calle (él no las veía) llevaban vestidos de verano. Qué bonitos eran los tirantes de color pastel, los hombros pecosos; algunas caminaban con sus hijos adolescentes; ellos también tenían buen aspecto. Vi gente conocida. A nadie se le

ocurriría buscarme allí dentro.

Mi rodilla, humana después de todo, tocó la de Barker debajo de la mesa, se demoró sólo un segundo y se apartó. Él ni se inmutó. No me había preguntado por mi trabajo ni mi vida hogareña. Dirigí la conversación hacia temas eróticos. Con un tipo tan franco como Barker, uno no necesitaba sugestión poshipnótica para conseguirlo. Me había dicho dónde vivía. Le pregunté si no era al lado del sex-shop Arte Adulto.

—¿Vas mucho por ahí?

Me echó una mirada inocente, burlona, se tocó el esternón con la punta del dedo. «¿Quién, yo?», movió los labios en silencio. Después miró alrededor para asegurarse de que no nos oía nadie.

—Creo que Arte Adulto sigue abierto gracias a mí. No lo dirías, pero no puedo evitarlo. Me encanta todo eso. ¿A ti también?

Asentí.

—¿Qué tipo de cosas?

Yo parecía tímido; un nudillo desvió las gotas de la jarra de cerveza.

—Me gusta todo, creo. Ya sabes, chico/chica, chica/chica, chico/chico, chica/perro, perro/perro.

Barker se rió sacudiendo la cabeza delgada de un lado a otro.

—Perro/perro —repitió—. Ésa sí que es buena. ¡Perro/perro!

No era la persona más brillante e inteligente que hubiera conocido; pero por eso lo quería.

Fuimos en mi coche. No me atreví a que condujera él. De camino a Arte Adulto, detrás de mi ranchera se acumuló un enjambre de sirenas y luces rojas. «Vaya», pensé. Después, un Mercedes blanco (que ya estaba lleno de barro y con un guardabarros abollado) pasó zumbando a ciento setenta en una zona de sesenta. Los coches patrulla lo alcanzaron en un tiempo excelente.

Aparcamos a la vuelta y detrás; había doce o catorce vehículos apretujados junto al contenedor de Arte Adulto y siete furgonetas del servicio técnico de la telefónica en fila como una flota. Arte Adulto tenía un aparcamiento para cuarenta coches delante de la puerta, que se veía perfectamente desde el edificio de oficinas de enfrente, pero estaba vacío. Ésta es una ciudad pequeña, Falls. Todo el mundo lo ve todo, o casi. Así que cuando uno hace algo, se sabe; sólo que significa más. Alguna gente te dice después que el pecado no es nada nuevo. Pero para mí, no. Si, una vez que empieza, no va a ser algo retorcido, entonces no vale la pena desperdiciar toda la tarde para montarlo. El pecado es malo. El sexo es bueno.

Demasiado bueno para no disfrutar un montón de todo lo malo que hay en él. Siempre digo que hay que dejar que siga siendo un poco indecente.

Barker llamó al empleado por el nombre. Encargó dos películas, con un poco de descuento porque ya las habían usado en las cabinas, eso y unos treinta pavos en revistas. No hubo intercambio de dinero; tenía cuenta. La sección con el cartel de LITERATURA estaba llena de técnicos de teléfono con esos complicados cinturones para subirse a los postes. Un hombre con la pelvis tintineante con ganchos y llaves, sostenía un libro de fotos y llamó a sus amigos.

—Mirad ésta, tíos. Tiene que ser la zorra más zorrita del mundo.

Bajo las pesadas herramientas plateadas, no pude evitar ver que a ese padre y esposo campechano se le marcaba la antigua y mundialmente famosa mascota problemática contra los pantalones de trabajo.

Llevé a Barker a su casa; me invitó a una función. Yo esperaba que lo hiciera.

—Estreno mundial —sonrió, con los ojos más vivos que nunca—. Bueno, en todo caso es el primer pase en Lake Drive.

El barrio, como el aspecto de Barker, había sido el último grito hacía cuarenta años. Me imaginé que tendría alquiladas algunas habitaciones en esa casa enorme llena de maineles, pero era el dueño. El reloj del recibidor me indicó que no llegaría a casa a tiempo para la cena. Últimamente había abusado de la excusa de tener trabajo hasta tarde; incluso los directores de un consejo escolar tienen límite de las horas extras que pueden dedicar a su tarea.

No quería enfadar a una esposa maravillosa.

Me imaginé que tenía para una buena hora y media; en una hora y media podían pasar muchas cosas. Ahora estábamos a salvo en un sitio privado.

La casa había sido decorada con dinero, pero hacía unos cuantos años. Muebles de embajada. Las alfombras persas estaban cubiertas de polvo y pelos; una capa gruesa de pelos que tapaban a medias los dibujos. Pisé sin querer un ratón de goma mordido. El juguete del gato sonó debajo del sofá y me asustó.

En la cocina de Barker hervía una cazuela de barro. El vapor se escapaba por una tapa Pyrex que no encajaba bien. El cuarto olía a estofado de ternera decente. La encimera estaba cubierta de cajas de cartón de comida rápida para llevar. En medio de los desperdicios, me asustó una hermosa amarilis en una maceta

naranja, con la boca más ancha que la de un trombón. Me recordaba algo de ciencia ficción, como un músculo serio estirado hacia la luz.

En la habitación a oscuras de al lado, Barker tarareaba mientras revolvía todo. Oí ruido de rollos de película.

—No esperaba compañía, Dave —me dijo—. Despeja una silla y haz como si estuvieras en tu casa. Mamá lo tenía todo muy limpio. Yo… no tanto. No veo la suciedad hasta que traigo a alguien para… hasta que viene alguien.

Carraspeé para asentir y entré en la despensa. Había unas latas que hasta en las etiquetas se olía lo viejas que eran. Un bote de vichyssoise de 1950 que no me habría comido ni a punta de pistola. Me escurrí por el pasillo y subí la escalera despreocupado. Una colección de *National Geographic* se elevaba hasta el techo como columnas amarillas.

—Dave —gritaba Barker—, ponte cómodo, haz lo que quieras. Sólo un segundo… Sabes, les cortaron las puntas a las dos películas, pero voy a empalmarlas para que las veamos de un tirón… en seguida termino.

—Perfecto.

En la pared de enfrente de una habitación grande (ventanas tapadas por una hiedra de fuera), un calendario de 1959, regalo de una caja de ahorro y préstamos ya difunta. Cerca, dos cajas de compresas llenas de virutas de madera entre las que había metido —vi cuando las inspeccioné de más cerca— un valioso juego de vajilla Wedgwood marrón y blanco para unas cuarenta personas. Tendría que venderla… ya le estaba haciendo de madre. Le diría el nombre de un anticuario que le daría el mejor precio. En un rincón, una alfombra clavada exhibía un terrier escocés que perseguía una pelota roja colina abajo. La pisé, y trescientas polillas se elevaron chisporroteando; retrocedí agitando los brazos. Apoyado en el vano de la puerta, mientras esperaba a que me llamara para ver la película, todavía en traje de trabajo, de repente me sentí un poco inquieto, preocupado por la memorable pregunta: «¿Qué estás haciendo aquí, Dave?».

Bueno, Barker me trajo a su casa, eso. Y, que yo recordara, siempre había deseado a los hombres que me lo pedían. Sólo ellos eran dignos de mi interés, de toda mi simpatía.

Ese chico terriblemente desgarbado pero (para mí) con una sonrisa perfecta, el que guardaba los lápices en un plumier de plástico transparente que sujetaba a la carpeta de anillas. Ese otro cuya madre —incluso cuando ya había cumplido los catorce— lo

obligaba a llevar una fiambrera de segundo grado con Roy Rogers/ Dale Evans montados en los caballos *Trigger* y *Buttermilk*. Era el típico chico del que los otros ni se molestaban en burlarse porque, después de doce años de ir a la escuela juntos, no habían notado su presencia.

Claro, podría hablar de otros niños que, como yo, estudiaban a los otros niños. Pero todos miraban a los rubios y rozagantes Stephens y Andrews: titulares del equipo atlético de mandíbulas cuadradas y con hombros como roperos, chicos con unas piernas que parecían sólidos postes torneados… pantorrillas que los deportes de verano teñían de caoba, cubiertas de vello rizado desteñido por el cloro de las piscinas y un sol halagador: amarillo-blanco-dorado. Pero mientras los ojos de los demás se demoraban en ellos, yo estaba por ahí cerca admirando cualidades más refinadas de algún Wendell con el pie deforme, algún Theodore de gafas bondadoso. Ansiaba agacharme para atarle los cordones que arrastraban, tan largos que las puntas de plástico se habían gastado y estaban deshilachadas. A los genios matemáticos que olvidaban abrocharse la bragueta les habría dado pistas para ligar. Les habría dicho dónde encontrar el barbero adecuado. Soñaba con ayudarlos a desvestirse…, yo mismo, con bañarlos con un serio cuidado fraternal, yo mismo, con meterlos en la cama (pobres chicos, aún no habían adivinado que mi interés iba mucho más allá de la camaradería). Mientras dormían (no quería costarles ni una cabezadita), simplemente metería la mano debajo de las mantas (siempre azules) y encontraría eso que, aunque el mundo considerara la minucia menor de estos chicos, muchas veces resultaba ser mucho mayor que en los muchachos musculosos, famosos, rosados y blancos, que correteaban sin pudor por las duchas del gimnasio.

¿Qué estaba haciendo aquí? En fin, tenía una licenciatura en historia del arte y me afanaba en ser un coleccionista; eso. No era la típica persona que pueda mirar (en un museo con un guía) una obra maestra antigua y famosa. Sino más bien un detective en una tienda de segunda mano de una esquina extraña en una calle secundaria. Descubría (¡una ganga, por el precio del marco!) un pequeño grabado de Wyndham Lewis, enanos futuristas, o una vaca dorada de Cuyp, o un salón con postigos de Vuillard pintado en la caja de una camisa.

Quizá ese mismo afán de coleccionista me había arrastrado hacia Carol, me había llevado a la paternidad, a los subestimados placeres de la comunidad. Pues sí, lo quería todo…, incluso ser

legal. No había nada demasiado obvio o sutil que no probara aunque fuera una vez. Me enorgullecía de saber lo que quería y salir a buscarlo sin vergüenza. Todo el mundo sabe ver la gracia. Pero apreciar la torpeza perfecta…, eso sí que requiere auténtico talento.

—¡Ya me falta poco! —oí que decía Barker.

—De acuerdo —grité, exactamente como hacían mis hijos.

Me metí en una oficina desordenada y, entre documentos y fotos enmarcadas, reconocí al abuelo de Barker. Era como él pero más gordo y escarmentado. Durante los años cincuenta, había sido alcalde de nuestra capital más cercana. Por aquel entonces ese aspecto de anuncio de cuello duro todavía era admirado, los votaban para el cargo.

Una foto periodística enmarcada mostraba al alcalde, el pelo engominado, entregando los trofeos, una estatuilla con un caballo, a unas chicas jóvenes en pantalones de montar. Las cuatro admiradoras lo miraban parpadeando con risitas infantiles. Por encima de la corbata ancha y pesada, la sonrisa del hombre parecía la de un actor representando la inocencia. Había sido un alcalde decente, justo con todos, había asfaltado las calles del barrio negro y convertido los descampados en parques. Fue bueno hasta que lo cogieron con las manos en la masa. Su cara, como la de Barker, era demasiado pura para tenerle confianza. Observar los ojos del joven Barker que estaba abajo, era como mirar un primer plano de un ciervo exótico de Asia en el National Geographic…, uno podía admirar la imagen eternamente y él ni lo notaba ni se resistía a esa admiración. Tenía la belleza estática de un ángel. Destinado. Esa natural disposición de servir. Su carácter era propio de un ángel…, el mensajero perfecto.

Oí que Barker tarareaba baladas de Broadway y trajinaba con unas cubiteras. Abrí todas las puertas de ese pasillo. ¿Por qué no? Cuanto más sucio y desordenado estaba todo, más me gustaba. Una habitación tenía siete lámparas de pie: dos en posición vertical, cinco de lado en el suelo y una enchufada. Las pantallas tenían forma de tambor con los delicados pergaminos raídos como la tela de viejos negligés.

Cerré todas las puertas. Oí que preparaba unas copas. Sentí el rumor y el zumbido que uno aprende a reconocer como el dulce aviso de una cosa segura. Sin embargo, podía equivocarme.

Miré el reloj.

—Listo —me llamó—, cuando quieras.

Pasé delante del lavabo. Se veía que Barker no había hecho una colada desde marzo a abril. Una pila de ropa formaba un foso

alrededor de la bañera. Levanté unos calzoncillos boxer. (Los calzoncillos boxer demuestran una baja autoestima en el aspecto físico; mi tipo de hombre siempre usa esos calzoncillos y supone que también los lleva el resto de los hombres de la tierra.) Éstos en particular tenían rayas finas y pequeños logos rojos de los Yankees de Nueva York por todas partes. Sin duda les hacía falta un buen remojo en lejía.

Y ahí estaba él, sonriendo. Se había dedicado a preparar té helado instantáneo, dos vasos altos con mapas de Ohio grabados en el cristal. No le pregunté por qué Ohio. Barker no paraba de moverse y parecía satisfecho de ser el anfitrión. Se arremangó la camisa; vi la piel delicada como arena fina. El congelador de la nevera era un glaciar blanco con raíces que colgaban como muelas. Del hueco diminuto que quedaba libre, Barker sacó una botella de ginebra. La inclinó sobre uno de los vasos de té y sonrió.

—¿Te gusta?

—¿El té helado con ginebra? Claro.

Seductores y seducidos deben ser flexibles.

—Dime basta, compañero.

Se lo dije. Barker parecía lleno de hormigueante picardía.

Vi que para él ésta seguía siendo la casa de su madre. Con ella muerta, podía hacer lo que quisiera; tener un invitado ilícito le encantaba. Barker cultivaba el ambiente tipo depósito. Tenía las valiosas alfombras de su mamá llenas de pelo de gato; era todo un atrevimiento dejar montado permanentemente el proyector de películas porno y la pantalla en este antro, sólo para escandalizar a sus hermanas de Florida.

No pude evitarlo.

—¿Dónde está el gato, tío?

Señalé con la cabeza las bolas de pelos grises del pasillo.

—¿Eh? Ah, hay seis. Dos de mi madre y cuatro pequeños. Son todos supertímidos, pero cada uno muy diferente a los otros. Buena compañía.

Llevó los vasos de té en una bandeja cromada art decó; la sala de proyecciones estaba sólo a tres metros de la cocina, a oscuras. Las hiedras eclipsaban el sol; el verde de las hojas hacía que el sofá pareciera debajo del agua. Me hundí sobre los antiguos cojines festoneados.

Nos apoyamos contra el respaldo mientras bebíamos, como si esperáramos una señal: ¡ya! Yo quería y no quería ver la película. Deseaba que este agradable muchacho me contara algo, una historia, cualquier cosa. Pero al mismo tiempo me preocupaba que

hablar echase a perder cualquier otra cosa que pudiera pasar. Sólo sabía a medias lo que quería. Me asustaba que Barker no comprendiera mi tipo especial de ternura. Sin embargo, estaba cada vez más dispuesto a averiguarlo, a correr el riesgo de ponerme totalmente en ridículo. Es imprescindible para todo lo que vale la pena, ¿no?

Tenía necesidad de decir algo.

—Bueno —fue lo que dije—, a ver, cuéntame algo de ti, algo que debería saber sobre Barker.

Y añadí que, ah, te agradezco de veras la hospitalidad. No era nada, se encogió de hombros y se echó atrás. Carraspeó como si fuera a empezar una historia.

—Pues…, ¿algo normal, Dave, o un poco… picante, digamos?

—Las dos cosas.

La buena educación siempre se recompensa. Al menos sé cómo pedir todo.

—De acuerdo.

Su voz bajó media octava. Me di cuenta de que la idea de hablar lo relajaba. Y al ver que se relajaba, también me relajé.

—Resulta que a mi abuelo lo metieron en la cárcel por algo. No sé por qué. Él la había mandado construir; sin embargo, no podía imaginar que sería… para él. A mi madre y mis hermanas les daba tanta vergüenza que al principio no iban a visitarlo. Yo quería ir, pero nadie me llevaba. Llamé a la prisión para preguntar por las horas de visita. Puse una voz muy gruesa, de hombre, así me lo decían. Tenía once años. El tipo de la cárcel me dio la información y luego, cuando se lo agradecí, me dijo: «De nada, señora».

No pude menos que reírme.

—Estaba en chirona, en la granja de trabajo al lado de la autopista. Esa que está yendo a Tarboro, a mitad de camino, y me fui en bicicleta. Era sábado y había mucho tráfico. Tuve que ir por el borde de la Interestatal. Pasaron unos chicos en dos descapotables y me tiraron latas de cerveza. Al fin, cuando llegué, me dijeron que no podía entrar porque era menor y todo eso. Quizá olieron la cerveza que me habían tirado esos matones.

»Me pregunté qué habría hecho mi abuelo en mi lugar (era bastante conocido en la zona), así que empecé a mencionar mis derechos en voz muy alta. Los tipos dijeron: "Vale, vale", y que cerrara el pico. Me dejaron pasar. Mi abuelo estaba sentado detrás de una alambrada gruesa. Tenía buen aspecto, más o menos el mismo. Todos los uniformes eran grises, pero el suyo estaba planchado y le quedaba perfecto…, como si se hubiera llevado el

color de la ropa de todos los demás. Uno no podía ni cogerse de la mano. Era como ir al zoológico, con la diferencia de que se trataba de mi abuelito. Ahí mismo, me agradeció la visita y me dijo dónde estaba escondida la llave. La llave de la barraca que tenía frente a los terrenos de la feria, al fondo. Ya sabes, donde están esos pinos donde aparcan los muchachos por la noche para hacer lo que tú sabes.

»La cabaña era suya, pero como no iba a poder usarla entre seis y diez años, quería que yo fuera a pasar el rato. Me dijo que podía ir siempre que necesitase un escondite, vagar o lo que quisiera. Que podía tener animales, un club o lo que me diera la gana.

»Me explicó que había un sofá y una cocina de butano, pero que no tenía luz eléctrica. La llave estaba debajo de tres ladrillos, entre los hierbajos.

» —Un chico necesita tener un lugar adonde ir —me dijo.

» —Gracias —le contesté.

»Después me preguntó por mamá y las demás. Le mentí. Le dije que estaban muy ocupadas preparando pasteles para él, que vendrían pronto y le traerían un montón. Hizo una mueca y me preguntó cuál de mis hermanas me había acompañado.

» —He venido en bici —le dije, y se me quedó mirando.

» —Quince kilómetros y en sábado. No, yo esto me lo he ganado, pero tú no.

»Y se echó a llorar. Era triste, con ese alambre entre nosotros.

«Entonces, no te lo creerás, Dave, pero entró un guardia negro y dijo:

» —Nada de llantos.

»No sabía que podían hacer eso: darle órdenes a uno así como así…, pero supongo que en la cárcel pueden hacer lo que les dé la gana. La cuestión es que el abuelo dejó de llorar.

» —Voy a hacer algo por ti, Barker —dijo—. Algunos dicen que tú no eres precisamente un genio. ¡Pero qué saben…! Eres el mejor de todos. Así que escúchame, eh, vas a volver a casa andando con la bicicleta al lado, ¿me oyes? Presta atención a lo que te digo. Cuando llegues a la ciudad será de noche, pero vale la pena. A pie, ¿me has oído?

»Le dije que lo haría. Me despedí y salí a la calle. La bicicleta había desaparecido. Supuse que se la había llevado el hijo de algún preso. Un chico pobre la necesitaba más que yo. Mamá no me compraría otra. Volví caminando.

Barker se quedó callado durante un minuto y medio.

—¿Y qué más? —pregunté.

—¿Estás seguro?

Se volvió hacia mí y yo asentí. Respiró hondo.

—Bueno, iba mucho por mi nueva cabaña. Estaba justo a dos manzanas de la estación de servicio más concurrida de la ciudad, pero parecía muy aislada. Nadie usaba los terrenos de la feria, salvo en octubre y durante la feria del condado. Olía a pino. Por la noche, los coches aparcaban durante tres o cuatro horas. Arriba de un pino, había un sostén atado, que ya estaba muy viejo y sucio; todo el mundo pensaba que era una broma, pero a lo mejor la chica lo había perdido. Por ahí, entre la pinaza, estaba todo lleno de condones usados. Yo pensaba que eran unas víboras blancas o almejas, yo qué sé. Sabía que eran algo guarro, pero no sabía por qué.

»Cuando iba a la cabaña me sentía mayor. Compré unos pájaros en el viejo centro comercial con mi propio dinero. Dos pinzones. Siempre había querido unos pájaros orientales. Llevé la jaula del periquito que se nos había muerto y los puse dentro. No sabían cantar, pero eran bonitos. Uno rojo y el otro amarillo, o uno amarillo y el otro rojo, no me acuerdo. Compré esas semillas redondas y un pájaro de plástico rosa, un juguete para que pudieran picotear. Después de la escuela, iba y me sentaba en mi sofá de hombre con la jaula cerca. Los pinzones, nerviosos, saltaban constantemente mientras yo leía tebeos. Nunca me había sentido tan bien, Dave. Sabía por qué a mi abuelo le gustaba ir allá: sin teléfonos ni nadie que le pidiera favores. Hacía unas buenas siestas en el sofá, se preparaba una taza de té. Probablemente caminaba por las tres habitaciones vacías… bueno, vacías no, llenas de telarañas y trozos de alambre.

»A los pájaros les puse *Huey* y *Dewey*. Me encantaban los tebeos del Pato Donald. Tenía todas las revistas guardadas por orden alfabético en un armario delante del sofá marrón. En fin, tenía todo lo que necesitaba: un sofá, tebeos, té caliente. Detestaba el té, pero me preparaba como cinco al día porque el abuelo había traído un montón de saquitos y me gustaba estar con la taza en la mano mientras leía. Un día, resulta que estoy ahí acurrucado con un tebeo nuevo, ya sabes, releer un tebeo nunca es tan agradable, uno siempre sabe lo que va a pasar… Bueno, estoy ahí tranquilamente y oigo que abren la puerta de atrás. Adultos.

»Me meto corriendo en el armario de los tebeos, cierro la puerta y dejo una rendija. Esperaba que fuera el abuelo con una banda de presos escapados del talego del Estado. Ya sabía que no era él, pero me habría gustado.

»En aquel momento entra un mecánico joven de esa estación de servicio grande de Sunoco, la de la esquina de Sycamore y Bolton, y oigo que dice:

» —Sí, de vez en cuando uso este lugar. El dueño está fuera por una temporada.

»El mecánico llevaba un uniforme caqui, un mono de esos con cremallera delante.

» —Mira, pájaros —dijo una voz de mujer.

El mecánico miró a su alrededor.

» —Parece que hay alguien más que viene al escondite de Robby. Bueno, no se preocupe.

»Ahí mismo se dejó caer sobre mi sofá, sobre mi tebeo, con las piernas separadas mientras miraba con cara de malo a alguien que estaba ahí con nosotros. Robby tenía mucha fama. Era un muchacho de unos veintidós años, el doble que yo en aquella época, y parecía muy mayor. Las chicas de mi clase iban a la máquina de Coca-Cola de la Sunoco sólo para verlo con los brazos metidos en un motor. Se rascaba mucho. Tenía toda una reputación. Era un pelirrojo casi rubio. Llevaba un mono con tanta grasa que parecía de cuero. Se pasaba el día al sol o debajo de coches que perdían, y tenía los brazos tan morenos y llenos de aceite, iguales a… a un pollo asado. En aquel momento se quitó el mocasín izquierdo de una patada (se estrelló contra la puerta del armario y casi me da un ataque al corazón) y le echó una de esas miradas con doble intención a la mujer. Después se bajó unos diez centímetros la cremallera del mono, que hizo un ruido chirriante, y enseñó el pecho bronceado.

»Cuando la mujer se sentó al lado, yo no podía creer lo que veía. Hasta habrían podido tirarme al suelo con una de las plumas de Huey o Dewey. Era la mejor amiga de mi madre. No, decidí, tenía que ser una gemela idéntica (la mala), que estaba de visita en la ciudad. Esa señora dirigía el Coro de Jóvenes Metodistas. No te rías, era la madre de mi grupo Scout de lobatos. Tenía unos diez años más que Robby, era rellenita y resultona, pero parecía muy asustada.

» —Así que le ha picado la curiosidad, ¿eh? —le dijo él—. Hace casi un año que no para de mirar al viejo y querido Rob. Yo ya me preguntaba por qué había que cambiarle tantas veces el aceite a un Buick, señora.

» —No me llames señora —dijo ella sin levantar la mirada de su bolso—. Me llamo Anne, con e final —añadió como para burlarse de sí misma por estar allí.

»Yo quería ayudarla. Estaba completamente rígida, con las

rodillas juntas, agarrada al bolso con todas sus fuerzas, sin atreverse a mirar alrededor. Oí preocupado el revoloteo de mis pájaros. "Si Robby abre esta puerta, soy hombre muerto", pensé.

» —¿Así que Anne con e? ¿Annie? Como la huerfanita del tebeo. Muy bien, aquí está Sandy, Annie. Sandy tenía muchas ganas de llevarte a un sitio solita. ¿Estás preparada para Sandy, tu perro rojo y grandote?

» —Creo que no deberías hablar así —dijo ella.

»Yo quería salir de repente del armario de los tebeos y salvarla. Una vez, durante un viaje a Nueva York con mi grupo de boy scouts, los otros chicos se habían reído de mí porque no sabía el nombre del Empire State. Dije que tenía unas ganas locas de ver el "Entire State" y no pararon de tomarme el pelo. Traté de explicarles que lo había dicho a propósito porque era muy grande y todo eso. Intenté que vieran que era lógico. Ella dijo que comprendía por qué lo había dicho y que era muy "original". Tomamos el ascensor. Traté de compensar la metedura de pata comiéndome nueve perritos calientes por una apuesta, pero no ayudó. Cuando me acerqué al borde y me asomé, me entró un mareo espantoso, Dave. Las otras madres dijeron que yo mismo me lo había buscado. Pero ella se portó tan bien, dijo que tener náuseas no era culpa de nadie. La señora… bueno, esa señora humedeció un pañuelo azul en el agua de la fuente, me lo puso en la cabeza y me dijo que no mirara. Después me compró una postal, para que estudiara lo que casi había llegado a ver. Y ahora, al verla en apuros en mi propia cabaña, sentía que tenía que rescatarla.

» —No sé cómo esperaba que hablaras, Robby —decía en aquel momento—, pero, por favor, no de una forma tan vulgar.

»Él sonrió y empezó a aullar como un perro. Ella, pese a todo, se rió. *Huey* y *Dewey* enloquecieron en la jaula. Robby puso las manos dobladas delante de sí y jadeó como un chucho cualquiera. Después le pidió que lo ayudara con la cremallera y ella no quiso. En aquel momento, Robby se puso hecho una fiera.

» —Es mi hora de comer. Aquí, señora, no eres ninguna clienta —le dijo—. El Electra gris metalizado aparcado ahí detrás es el coche de tu marido. Tú me trajiste aquí. Tú te has metido en esto. Hace casi un año que no paras de mirarme. Hasta ahora me he portado como un caballero. Nadie te obliga a nada. No estás aquí conmigo por accidente. Pero…, vaya, puedes irte. Lárgate, venga.

»Ella suspiró pero se quedó ahí clavada, como en una sala de espera. Sin mirar, con las rodillas juntas y el bolso sobre la falda. Apretaba el bolso como si tuviera toda su vida dentro.

» —Dame eso.

»Le arrancó el bolso de un tirón, le apartó las manos y lo abrió. Metió la mano, palpó el contenido y sacó una barra de carmín.

» —Annie, quédate quieta.

»Se quedó sentada. Parecía tan molesta como interesada. "Podría irse", me dije. Seguí en la oscuridad. Pasaban tantas cosas por ese resquicio de un centímetro de luz… La mujer no se movía. Robby le pintarrajeó de rojo los labios y parte de la cara.

» —Robby, por favor.

» —Sandy —le corrigió—. Tú Annie y yo el perro Sandy. Niña Annie, niño Sandy. Sandy le enseña a Annie.

Lanzó unos gruñidos graves.

» —Por favor —pidió, pero tenía la boca estirada porque no paraba de pintársela—. No estoy segura —dijo—. Sí, quería conocerte un poco más, pero ahora no estoy… segura.

» —Pronto lo estarás, Annie Mae. Ábrete la camisa de huerfanita —ordenó, y como ella no le entendía aclaró—: La blusa, digo, braguitas de oro, ábrase la blusa, señora.

»Ella se la abrió, pero muy despacio.

» —Es que no te conozco Robby, de veras —le dijo, pero se sacó la blusa de todos modos.

»Ahí estaba la madre de mi grupo de lobatos en sostén y con los brazos cruzados. Robby primero le bajó los brazos con esas manos negras y la estudió. Después se abrió toda la cremallera y quedó con el pecho a la vista. Le puso la barra de carmín en la mano y le mostró cómo trazar unos círculos alrededor de sus… ya sabes, tetillas. Le sacó el carmín y dibujó unas X sobre los puntos que ella había dibujado. Los dos miraron el pecho de Robby. Yo no entendía nada. Parecía una especie de práctica de tiro al blanco. Después, él le subió el sostén de un manotazo sobre la clavícula y ella dibujó un par de círculos de carmín sobre los suyos. Acto seguido, él tiró la barra contra mi puerta, pero, desde el golpe del mocasín, ya no me asustaba tanto. Robby gimió como un auténtico perro. Mis pobres pinzones piaban y volaban contra las rejas de la jaula, nerviosos por los ruidos animales. Ella meneaba la cabeza.

» —Nadie diría que una persona como yo… De verdad que tengo serias… serias dudas, Robert, estoy convencida de… que… de que nosotros…

»En ese momento, Robby se levantó y se puso delante de ella, de espaldas a mí. Iba peinado con tupé, como los muchachos de entonces. Se echó el pelo a un lado y se puso las manos debajo de la cintura con los nudillos contra las caderas. La señora… bueno, esa

señora debió de ayudarlo con la cremallera. Oí como bajaba. Yo tenía una vaga idea de lo que estaban a punto de hacer. Me habían hablado de todo eso, pero… en fin, digamos que me habían contado poco más que lo de los niños y París. Y lo que estaba pasando en mi sofá marrón era tan inesperado como si entraran la Torre Eiffel y después el Empire State (o la *torrifel* y el *entirestate*, como yo los llamaba), y se tiraran uno encima del otro y empezaran a… frotarse… las vigas, o algo así.

»Me pregunté cómo había hecho Robby para obligar a la señora. Sentí que debía gritar "¡Coro de Jóvenes Metodistas!" para recordarle su papel en la ciudad. Pero sabía que sería mucho peor para ella… que la pillaran, digo. Nunca había prestado mucha atención a esas cosas de los adultos. Pero ahora sí. Hace tiempo que no pienso en otra cosa. Robby lloriqueaba como un cachorro. Era un genio haciéndose el perro. Vi como se ponía a cuatro patas delante de la señora, olfateaba cada vez más arriba de la falda y metía toda la cabeza debajo de la tela. Hozaba y ladraba…; se hacía el cerdo, después el perro, después el perro y el cerdo juntos. Era divertido, pero demasiado aterrador para reírse.

»Él le pidió que lo llamara Sandy el Grandote.

» —Sandy el Grandote —dijo ella.

»Robby le explicó que tenía algo que decirle a su amiga Huerfanita, pero en idioma de perro.

» —¿Qué? —preguntó ella.

»Él se lo dijo medio hablando medio gruñendo con la boca bien arriba entre las piernas blancas de ella. Ella le pasó un muslo por encima del hombro y se le salió un zapato. El otro, mientras contraía y aflojaba los dedos del pie, hacía plap, plap, plap.

»Vi que ella tenía los ojos en blanco y después volvía a fijarlos, como si mirara directamente hacia mi escondite con los párpados entrecerrados. Primero estaba amodorrada y después completamente alerta y asustada, como en la peor parte de una película de terror. Se adormilaba, se quedaba como muerta, se recuperaba y animaba, después volvía a quedarse como medio muerta con los ojos fuera de las órbitas, como si la electrocutaran. Era impresionante. Era la directora del Coro de Jóvenes Metodistas. Tenía una voz ronca y mandona, una voz de directora.

» —Esto que hacemos está mal, Robby —continuó—. Está mal. Eres tan primitivo, Robert. Eres un perro asqueroso y nos meteremos en problemas serios. Sandy mío de mamá. Sandy, tienes hambre y sed. Ay… eso no, ahí no. Dios mío, Sandy. Quién lo diría. ¿Cómo hemos podido…? Yo nunca… ¿Qué estamos haciendo en

esta barraca? ¿De quién es? Somos demasiado… Ésta no soy yo. Yo no soy así.

»Le arrancó las bragas y las tiró sobre la jaula. (Después encontré las bragas rosas de seda encima de la jaula. *Huey* y *Dewey* empezaban a volverse locos, creían que era una nube rosa caída del cielo.) Miré a esos dos adultos que lo hacían todo rápido, después más despacio, de atrás para adelante, aceleraban. Cuando aminoraban la marcha parecía que les diera lástima, pero me imaginé que lo hacían para que todo eso durara más. Nunca había oído semejantes ruidos humanos, por lo menos procedentes de gente que no estaba ni en la cárcel ni en el manicomio. Sí, había oído a niños que imitaban el ruido de los coches: "rrrumm rrrumm", pero esto era como el Arca de Noé y todo el zoológico juntos, y encima saliendo de la boca de gente adulta. Tenían la boca pintarrajeada y pegada al oído del otro. No estaban asquerosos, sino rosados como bebés. Era una lucha libre. No llegaron a desnudarse del todo…, vi que tenían prendas colgando. Era como observar a personas mayores jugar e inventar cosas igual que los niños cuando dicen: "Yo hago de esto y tú de aquello". Parecían más jóvenes y retozones, más amables. No sabía cómo entrar en el juego. Si hubiera abierto la puerta y sonreído, se habrían muerto y después me habrían roto el cuello. No participé, pero tenía unas ganas locas de hacerlo.

»Al final, el traje claro de domingo de ella tenía huellas de grasa en el culo, las solapas y los hombros. Y los dos tenían manchas de humedad justo donde se mojan los bebés. Era como si los dos hubieran vuelto casi a la primera infancia. Cayeron uno contra otro, resoplando como si hubieran olvidado lo que era un adulto bien sentadito. Me tapé la mano con la boca para no gritar, jadear o reírme fuerte. Cuanto más se comportaban como bebés babosos, más mayor me sentía mirándolos.

«Primero ella sollozó. Él se rió, y después se rió ella por haber llorado.

» —¿Qué me ha pasado, Sandy? —preguntó.

» —Sandy te ha pasado por encima.

»Le acarició el cuello.

» —Y Annie le ha pasado por encima al perro Sandy.

»Le sopló la frente para refrescarla.

»Ella le hizo prometer que no lo contaría y él le dijo que no se chivaría si ella se encontraba con él y su mejor amigo en otra parte.

» —Ah, no. Ni hablar.

»Se puso la blusa y se la abrochó.

» —Eso no era parte del acuerdo, Robert.

» —¿Acuerdo? Qué gracioso. Que yo sepa, mis abogados no han hablado con los tuyos de ningún acuerdo. Enséñame el contrato, Annie con e.

»Entonces, Robby se tiró del sofá y se metió otra vez debajo de su falda. Era evidente que le gustaba más que estar en la estación de servicio. Ella rió y se bajó la tela hasta cubrir completamente la activa cabeza. Se le pusieron las piernas rígidas mientras oía cómo él olfateaba por ahí debajo. Robby aulló y se puso a cantar en falsete como un montañés justo en el… ahí debajo de la señora.

»Hicieron más o menos las paces.

»Después de que los mayores se perdieran de vista e incluso un buen rato más tarde de oír cerrarse las puertas del coche, me quedé esperando, seguro de que volverían. Al final salí a hurtadillas y saqué las bragas del techo de la jaula. ¡No sabes cómo estaba el sofá! Me senté justo encima de las manchas húmedas que habían dejado. La habitación tenía un olor que nunca había olido. Pero al mismo tiempo, olía como todos los olores que conocía, pero todos juntos en una habitación. Los pájaros seguían enloquecidos por esos ruidos animales y el barullo. Y yo, Dave, a mi manera silenciosa, también estaba alterado.

«Después de aquello, vi a Robby en la gasolinera, como siempre haciendo guiños a todo lo que se moviera y chasqueando la lengua con picardía. Cada vez que me agachaba para inflar las ruedas de mi bicicleta nueva, miraba cualquier cosa menos a Robby. Él se dio cuenta de lo nervioso que me ponía y empezó a tomarme el pelo. Se acercaba con sigilo por detrás y me tocaba en el trasero de mis tejanos con la punta del mocasín. Dios mío, yo daba un respingo y a él le gustaba. Era un bromista, ese Robby, con esa melena a lo Lash LaRue. Se apoyaba sobre mi bici y el aire del pitorro que tenía en la mano sonaba como si reventara la llanta. En aquel momento, Robby decía en voz baja y muy grave: "¿Cómo te gusta el aire, chico listo, normal o fuerte?". Y siempre hacía comentarios. "¿Te ha comido la lengua el gato, niño bonito?" No sabía lo que yo había visto, pero se olía mis recuerdos. Yo le tenía miedo. Naturalmente que Sunoco no era la única estación de servicio de la ciudad, Dave. Me preocupaba que Robby me obligara a ir a casa y me tirara en el sofá. "Pero a mí no me puede hacer nada —pensaba—. Sólo tengo once años. Además, soy un chico." Pero después, me imaginaba cosas y me daba cuenta. Estaba seguro de que había maneras…

»Ni me acerqué a la cabaña. No sabía por qué. Había estado a menos de tres metros de todo lo que habían hecho. Sólo quería vivir

metido en ese armario, tomar té, comer conguitos y rezar para que volvieran. Al cabo de seis días me acordé de que los pájaros estaban solos en la barraca. Había que darles agua y de comer día por medio. Los había abandonado y estaba preocupado por los pobres pinzones desamparados. Pero en seguida pasó una semana, diez días, doce. Cuanto más tiempo deja uno pasar sin hacer ciertas cosas, más difícil resulta tomar la decisión y hacerlas. "Huey y Dewey ya la habrán palmado", me dije. Así que ni me acerqué para no encontrármelos tiesos patas arriba en el suelo de la jaula. Tuve pesadillas.

»Vi a la madre de mi grupo de scouts en el centro del pueblo, en una venta de pasteles organizada por la iglesia contra el hambre en Corea. Como siempre, mandaba a todo el mundo, pero con la simpatía necesaria para salirse con la suya. Pensaba que me moriría de vergüenza al volverla a ver, pero, en cambio, corrí hacia ella y no paré de hablar a gritos. Quería demostrarle que la perdonaba. Por supuesto que ella ni sabía que la había visto hacer todo eso con el roñoso de Robby, pero me miró con una mezcla de regodeo y fastidio y me dio un pastelito de pasas gratis. Nos miramos mutuamente un buen rato con un amago de sonrisa.

»Al cabo de dos semanas y media, estaba seguro de que mis pájaros hacía rato que habían muerto. No comprendía por qué lo había hecho. Había sido incapaz de coger mi bici y cumplir con mi deber porque estaba demasiado asustado, o por pura pereza. Merecía acabar en la Cárcel de Asesinos de Pinzones. Por fin pedaleé hacia la cabaña. Algún día tenía que hacerlo. Parecía más pequeña y la pintura más descascarillada. Encontré la llave debajo de los tres ladrillos, abrí y contuve la respiración. No oí ningún ruido en la habitación de delante, ni un salto ni un piído. La jaula estaba colgada de un gancho de la pared, y, para mirar dentro, tenía que subirme al sofá. Entre mis pies descalzos y los cojines había granos de mijo molidos. Los pájaros habían agujereado a picotazos el recipiente de plástico de la comida, lo habían empujado hacia afuera y éste había resbalado hasta la otra punta de la habitación. Mis pinzones habían corrido la ranura de la comida y se habían largado por el tiro de la chimenea o por alguna ventana con el cristal roto. Quizá habían esperado una semana, y al ver que no venía a cuidarlos se habían escapado. Ahora estaban en el bosque de pinos de al lado. Me pregunté si habían sabido desde el principio que podían irse, pero se quedaban porque les daba de comer y era buena compañía.

»Me imaginé a Huey y Dewey parpadeando sobre los pinos altos.

Me inquietaba lo que pudieran hacerle esos oscuros gorriones locales a unos pájaros tan coloridos, maravillas de la tienda de animales del viejo centro comercial. Sin embargo, decidí que, en libertad, mis pinzones tenían más posibilidades que si se quedaban ahí muriéndose de hambre.

»Fue un alivio. Entonces empecé a toser, no sé por qué. Después me senté en el sofá y me eché a llorar. Sentí algo resbaladizo debajo. Llevaba unos pantalones cortos caqui, nada más, era finales de agosto. Me levanté y estudié lo que había escrito sobre los cojines con carmín, bastante endurecido. Costaba leer las palabras sobre la tela marrón rugosa. Apenas se distinguía el "Haré lo que Robby quiera. Lo que Sandy más necesite. Así que ayúdame, Perro".

»Pensé en ella. Quería pelear por ella pero sabía que la señora hacía bastante lo que quería y era fuerte. No me necesitaba. Volví a sentarme y me bajé los shorts. Sentí que las letras frías se imprimían en mis piernas morenas y en el trasero blanco. Trozos de palabras de carmín se me pegaron en la piel: "har" (de haré), "ayúdame" (completa). Me tumbé en el sofá. Mis pájaros ya no saltaban de percha en percha ni se picoteaban el penacho. Ahora estaba yo solo. En el lugar había una quietud monacal. Algo había cambiado. Empecé a tocarme, y…, por primera vez, con el trasero todo manchado de carmín, logré auténticos resultados.

«Inmediatamente después de eso, vendí mis coches en miniatura y cambié todos mis tebeos por una revista. Mostraba a dos marineros y unas hermanas gemelas en un hotel haciendo cosas. En las cinco últimas fotos, aparecía también un botones negro. Fue entonces cuando empecé de verdad a hacer mi colección. Bueno, fin. El resto es sólo ser adulto.

Barker se quedó en silencio. Al final le pregunté qué había pasado con su abuelo. Y con Robby y la madre del grupo de lobatos.

—Mi abuelo murió en la cárcel. Tenía el corazón roto, según mamá. Robby se mudó. No era de los que se quedan mucho en ningún lugar. Un día no apareció en Sunoco y eso fue todo. La señora…, bueno, esa señora sigue siendo toda una autoridad aquí, en Falls. No hace ni dos días me la encontré en el centro comercial recogiendo latas de comida para acabar con el hambre en el mundo. Tuvimos una agradable charla. Su hijo ahora es abogado en Marietta, Georgia. Ella casi no ha cambiado, de veras…, me gusta, siempre me ha gustado. Cuando hablamos, me doy cuenta de que en parte es simpática conmigo porque sigo aquí y no he ido a la universidad. En secreto piensa que no soy muy despierto. Pero, como he guardado su secreto, estamos empatados. Me limito a

devolverle la sonrisa. Cualquier cosa que haga que la gente sea simpática contigo está bien. Ella nota que hay algo más, pero no sabe qué. Pero hace que me sonría y me haga regalitos. Es una de las miles de maneras de amar a alguien. Y nos queremos, estoy seguro… Nadie se enteró nunca de lo de Robby. Se dio el gusto. Mejor, así es más poderosa. Sigue dirigiendo el Coro de Jóvenes. El año pasado ganaron el premio de coros del Sudeste, sección juvenil. Dieron conciertos por todas partes. Su marido la quiere. Ella dijo que ganar ese premio había sido el momento más satisfactorio de su vida. Yo lo dudo. Supongo que todo el mundo comete de vez en cuando alguna locura. Y si no, debería hacerlo. Es en eso donde uno se refugiará cuando sea viejo. ¿No te parece?

Asentí con la cabeza. Él se quedó sentado, inmóvil.

—Probablemente no sea una historia del otro mundo —comentó, y se encogió de hombros—, pero, en aquella época, fue increíble ver todo eso de buenas a primeras. Recuerdo que estaba tan impresionado de saber que… los hombres querían hacerlo… ¡y las mujeres también! Pensaba que sólo tenía ganas una persona a la vez y que debía tumbar a la otra y obligarla. Pero cuando vi aquello, que todo el mundo quiere hacerlo, y que no hay reglas, pues pasé días sin poder mirar a los adultos a la cara. Noté que los pantalones de mi madre tenían cremallera y casi me muero. Caminaba por el pueblo con las manos bien metidas en los bolsillos. Estaba distraído y me comportaba como si estuviera de duelo por algo. En fin, sólo empezaba a despertar… ¿Cómo he llegado a todo esto? ¿Estás preparado para la película, Dave? Vaya, hacía meses que no hablaba tanto. Eso te pasa por preguntar —se rió.

Le agradecí a Barker su historia. Le dije que, para mí, tenía sentido.

—Bueno, en todo caso, gracias por decirlo.

Empezó a juguetear con el proyector. Lo observé. Ahora lo conocía mejor. Me daba mucha pena y quería salvarlo. Me costaba respirar.

—Ahí va.

Presentó la película más nueva de su colección y dio un golpe sobre ese antiguo proyector, enorme y en cierto modo siniestro.

En la película aparecía una chica leyendo un manual ilustrado que se iba animando sola con la mano sobre el vestido. Hacía una llamada telefónica; se veía a un actor que atendía y, aunque fuera una película muda, se notaba que era pésimo. Barker me informó que era una película sueca; por lo general empezaban con una chica que llamaba por teléfono.

—A veces llama a uno, a veces a seis. Pero siempre hay teléfonos. No sé por qué. Es como si allí acabaran de instalar los teléfonos y todavía estuvieran orgullosos de tenerlos o algo por el estilo.

Me reí. Qué divertido lo que acababa de decir. Para entonces, hasta la ginebra con té helado (con limón y azúcar) me parecía una idea fantástica.

Se sentó muy erguido a mi lado. El proyector hacía un plácido ruido de lancha motora. El sofá parecía una balsa con colcha. La luz de la película era sobre todo rosa; la hiedra era un filtro verde claro del sol. Sobre la blanca camisa neutra de Barker, esos matices llevaban a cabo una lucha silenciosa. En la habitación de al lado, la cazuela de barro silbaba y goteaba un poco. El recibidor olía a carne estofada, a necesidad de una criada, a números de revista atrasados, a ropa sucia amontonada, el agradable aroma curtido de macho joven. Por el rabillo del ojo, me pareció que me observaban. Ojos de gato. ¡Pues que miraran!

Barker, tenso, con los codos sobre las rodillas, tenía la vista clavada en la pantalla y la boca entreabierta. De perfil, a contraluz de la ventana llena de hojas, parecía sincero, infantil, completamente abierto. Se desabrochó el botón del cuello de la camisa.

Oí los coches que pasaban, mis compañeros del Rotary Club, profesores de matemáticas de mi distrito escolar. Nadie se explicaría que estuviésemos allí dentro, empezando, quizá, a hacer una cosa como ésa. Incluso si lo hacía público y dedicaba toda una reunión del consejo escolar al tema, después de tres horas de inteligente confesión con diagramas, pizarra y proyección de diapositivas, sabía que cuando volvieran a encenderse las luces, miraría las caras una por una, y vería que seguían sentados haciéndose la misma pregunta esencial que me hacía yo:

«¿Por qué, Dave, por qué?»

Dejé de ver lo que pasaba en la pantalla. La cara de Barker, iluminada por la cinematográfica luz rosada no paraba de cambiar. Me conmovía tanto… Cortesía somnolienta en un momento, y, al siguiente, una sonrisa aguda y masculina. Dejé mi bebida sobre un posavasos con forma de mapa de Florida. Y lentamente alargué el brazo hacia su nuca (terriblemente nervioso, claro, pero eso es parte del encanto, ¿no?). Me temblaba la mano; temía que me diera un tortazo, me chantajeara o algo peor. Decidí tocarle el pelo oscuro, frío como el metal.

—Venga ya —vociferó echándose adelante y alejándose de mi

mano—. El tipo ese al que ha llamado todavía no ha llegado a su casa —protestó Barker sin apartar los ojos de la película.

Me di cuenta de que él tenía su sistema y pensé que podía esperar hasta comprenderlo.

Sentí que era como un hermano pequeño y decente. Nuestros padres habían muerto; y a partir de ahora lo ayudaría aún más. Alquilaríamos unas aspiradoras industriales y quitaríamos la roña de esta mansión, bajaríamos esas cortinas granate hechas jirones y dejaríamos entrar el sol. Me imaginé a los dos con el pecho al aire pintando todas las habitaciones de arriba de color crudo, con los hombros y el vello del pecho llenos de manchitas de pintura.

Llevaría a Barker y su vajilla Wedgwood a un lugar que conocía, el Viejo Almacén de Antigüedades. Seguro que le daban entre mil quinientos y mil novecientos dólares. Barker se quedaría asombrado. «¿Por esa porquería?», le diría al anticuario y se echaría a reír. Yo tendría que hacerlo callar. Animado por mí, gastaría parte del dinero en ropa. Donaríamos tres generaciones de *National Geographic* a un orfanato cercano, si es que todavía quedan orfanatos y cerca. Fregaría toda la cocina de Barker y descongelaría la nevera. Poco a poco, él descubriría una nueva forma de vida con un sentido nuevo. Empezaría a leer otra vez…, nada de porno, sino obras valiosas en tapa dura. Y después hablaríamos de ellas.

Iría a los partidos de béisbol de la Liga Infantil, y se sentaría cerca. Sería consciente de mi gratitud por tenerlo en las tribunas, pero comprendería que no podíamos hablar. Sin embargo, cada vez que uno de mis hijos hiciera una buena jugada con el bate o en el centro del campo, yo sentiría la aprobación de Barker, allí solo en lo alto de las gradas. Me volvería el tiempo suficiente para ver a un joven soltero murmurar y sacudir la cabeza. Sí, feliz por mis hijos.

Una vez por semana, después de la oficina, iría a su casa, llamaría y entraría.

«¿Barker? Soy yo.»

Silencio. Quizá está echándose una cabezadita en una habitación grande y sencilla de arriba, con la pintura asombrosamente nueva. Seis gatos montan guardia alrededor de la cama: dos viejos persas y sus crías, menos persas, con menos pelo y más manchados. Cuatro de ellos se acercan en silencio y se frotan contra la bocamanga de mis pantalones; ya me conocen.

Me siento sobre el borde de la cama de una plaza. Lo miro. El pelo oscuro de Barker está sobre la almohada como un ala extendida. La textura del pecho desnudo parece más fina que las sábanas. Duerme debajo de una manta azul, exhausto porque ha

limpiado, renovado el carné de lector, comprado ropa. Lo miro fijamente; oigo el tráfico de la hora punta que empieza a decaer. La luz que entra es más rojiza.

Una vena del cuello le late como un reloj, sólo líquido.

Hago equilibrio sobre la almohada de la cama de alguien. Observo el sueño decente de alguien. Si la ley lo considera algo tan malo…, entonces, ¿por qué me parece mi única actividad inocente? Barker se despierta. El sol empieza a ponerse. Su cara hace cinco cosas al mismo tiempo: ve a alguien, se asusta, me reconoce, me dirige una buena sonrisa confusa y se limita a decir: «Tú».

(No quieren que una persona sea tierna. Podrían encerrarme por todo lo que me gusta de mí mismo, por todo lo que amo.)

Sobre el sofá, Barker se enderezó.

—Mira ahora, Dave. Ah, bueno, al fin la tía oye que llama al timbre. ¿Ves cómo se levanta? Muy bien, camina hasta la puerta. Es él, perfecto. Va vestido de invierno. Eso es porque están en Suecia, ¿no, Dave?

Asentí convencido. Después noté que Barker se sacaba las estilográficas del bolsillo y las ponía sobre la mesa que tenía delante. Acto seguido, con una especie de paciencia antigua, el torso de Barker se inclinaba unos centímetros hacia mí; me levantaba la mano, me giraba el brazo completamente y lo sostenía en el aire delante de él, como si esperase que le dieran el pie para entrar. En aquel momento me cogió suavemente el dorso de la mano y suspiró.

—Ah…, sí. Ahora empiezan a hacerlo de verdad —murmuró, y comenzó a bajar mi palma bien dispuesta cada vez más abajo.

Toqué algo totalmente familiar, aunque nuevo por completo.

Se contrajo con esa primera y famosa sacudida producida por el contacto humano después de demasiado tiempo sin sentirlo, de demasiado tiempo solo. Aflojó la columna, pero inclinó la cabeza temblorosa y se enderezó ansioso por no perder de vista la película. Oí que seis gatos se alejaban corriendo por unos pasillos largos, volvían ruidosamente, se tranquilizaban lo suficiente para jugar conmigo, un desconocido en su casa. Qué honor.

La voz entrecortada de Barker:

—Creo… que esta película va a ser muy buena, Dave. Estará en mi lista de las diez favoritas. Y, ¿sabes…?

Casi deja de mirar la pantalla, casi se vuelve hacia mí. Y el cumplido me conmueve.

—¿Sabes? Eres un gran tipo, Dave. Alguien en quien se puede confiar. Eres una… persona muy agradable.

En medio de mi respiración, oigo que jadea, se queda sin aliento, jadea…

—Gracias, Barker. Viniendo de ti, sé que significa mucho.

Todo placer auténtico es secreto.

Yokasta

LILIANA HEKER

El incesto es la transgresión imperdonable por la que paga Edipo clavándose en los ojos broches de oro, y paga Yocasta, su madre, ahorcándose. Pero, ¿cuáles son las convenciones sobre las que se funda el horror del incesto? El marqués de Sade, con su lógica helada, escribió: «Es falso suponer que uno le debe algo al ser que lo trajo a este mundo; y aún más falso suponer que uno debe sentir algo por el ser que desciende de uno; y es absurdo imaginarse que uno debe sentir algo por sus hermanos, hermanas, sobrinos, sobrinas. ¿Por qué motivo debería la sangre crear obligaciones?».

Es un tema subyacente en casi toda la obra de Liliana Heker, empezando por su primer libro, Los que vieron la zarza, publicado en 1966, cuando tenía veintitrés años. Cuando Heker obtuvo el prestigioso premio Casa de las Américas, pasó a ser considerada una de las mejores escritoras de su generación. En la Argentina de los años setenta, durante la dictadura militar, Liliana Heker editó una revista literaria; sin ceder a la censura, se las ingenió para sobrevivir a la persecución de escritores y artistas. En muchos de sus cuentos, Heker describe las relaciones familiares con sus convenciones particulares, sus rarezas y sus códigos, sugiere otras posibilidades, diferentes de las convalidadas por la tradición.

Cuándo pasará la noche. Mañana me va a parecer tan idiota esto. Con luz. Un sol como el de hoy y él va a venir a despertarme como todos los días. Igual a cualquier chico del mundo, ¿o yo no saltaba? ¿O no saltan todos de la cama apenas abren los ojos? Se vienen corriendo los muy voraces, no vaya a ser que mamá se levante justo ahora y nos perdamos lo más divertido del día. Como cualquiera, sólo en la oscuridad se puede creer algo tan. Sólo de noche y a mí me puede dar asco imaginármelo dando saltos sobre mi vientre y cantando hico caballito vamos a Belén que mañana es fiesta y pasado también, un ratito más, mamá. Como si los otros no

pidieran un ratito más, mamá, y una qué va a tener el coraje de echarlos con esos ojitos que lo están esperando todo de una. No, ya basta, Daniel; es muy tarde. Ya basta porque esta noche a mamá le dio por sentirse inmunda, se le ha metido en la cabeza que ya nunca va a poder besarte como antes, y arroparte en la cama, y dejar que te trepes a sus rodillas en cualquier momento: desde hoy está mal exigirle a mamá que te atienda sólo a vos y no hable más que con vos, que te cuente historias y te muerda la nariz y te haga cosquillas para que te rías como loco. Los dos. Nos reímos los dos, el muy ladino: lo hace a propósito (así les dije hoy), esas caritas, vieron: para que no le saque los ojos de encima. Y que yo hacía todo lo posible, eso también les dije, todo lo posible para que no esté todo el día pendiente de mí, pero es inútil. Ellos se reían; sabes, yo los comprendo: es gracioso verte todo el día encima mío, vigilando cada uno de mis gestos. Ni hablarles a ellos podía, te enojabas como si fueras. Shh. Querías tenerme toda para vos y a ellos les divertía, claro. Decían tu pequeño edipito y hasta a mí me daba risa. El pequeño edipito, repetía yo, no me van a creer, hasta se enfurece porque me acuesto con el padre; es terrible. Pero no era terrible, Daniel; nada de lo que sucede bajo los árboles del jardín en un hermoso día de sol con amigos que pasan una tarde de descanso, es terrible; si hasta queda lindo que seas como sos, cuando hay sol: podemos pasarnos la tarde hablando de eso sin que se nos cruce una idea sombría. Por supuesto, mi cielo, si está bien quererla a mamá y que nos guste estar con ella: es joven, es linda, adivina nuestras palabras y nos sabe tener en brazos y hacer reír mejor que nadie en el mundo. Y es tonta, muy tonta por sentirse una porquería esta noche, por haber pensado que ya no volverá a hacerte una caricia, ni dejará que te trepes en sus brazos; te va a poner en un colegio y cuanto menos te vea mejor. Mentira, Daniel; es la noche, sabes; lo transforma todo, hasta lo más limpio; hasta que yo te quiera como te quiero se vuelve repugnante. Pero mañana va a ser como siempre, ya vas a ver cuando vengas, hico caballito vamos a Belén, a jugar como todos los días.

¿Viste hoy?: te dejé saltar todo el tiempo en mi falda y ni me preocupó (hasta me divertía) que ellos estuvieran tan maravillados. Pero este chico, Nora, decían; no te deja ni a sol ni a sombra. Yo trataba de decir pero se dan cuenta qué cosa, y vos me tapabas los labios con los dedos; no quiero que hables, decías, mi pequeño tirano; entonces yo les explicaba: ya lo ven; es mi pequeño tirano. Ellos movían la cabeza, risueños, y no decían nada. Hago todo lo posible, les juro, insistía yo, pero no hay caso, y te empujaba

despacio, vamos Daniel, tesoro mío, tratando de bajarte. Pero era tan en broma como todo lo demás; como llamarte edipito bajo los árboles del jardín, cuando la tragedia es de otra historia y las palabras son sólo palabras divertidas. Todo ocupando su sitio, aun el decirte: Pero bájate Daniel, no ves que mamá tiene que hacer otra cosa; anda a jugar con Graciela, querido. Hasta lo que tenía que venir después hubiera estado en su sitio. Porque al final, sabes, al final yo misma te hubiera llevado, te juro; en algún momento ponía voz de enojada y te decía bueno, Daniel, se acabó, y te llevaba en brazos adonde estaba Graciela. Gracielita, decía yo, acá te dejo a este bandido para que me lo cuides. Y ella, que antes jugaba sola lo más tranquila, ahora debía preocuparse por vos, hacer fuerza para retenerte porque el caballero, claro, quiere venirse conmigo, pero al fin, gracias a Dios, mi nene loco se quedaba quieto y yo podía volver a la reposera y hablar en paz con mis amigos. Y todos nos reímos un poco de esta situación porque lo estamos pasando magníficamente esta tarde. Menos vos, mi pobre Daniel: mientras conversamos te espío: no me sacas los ojos de encima; este demonio, digo yo, ¿te crees que se va a quedar tranquilo con Graciela? Si no me quita los ojos de encima. Y por supuesto, al rato, aunque Graciela trata de retenerte, vos conseguís soltarte y venir corriendo. Duró poco el descanso, digo yo, con un suspiro. Ya te trepaste a mis brazos y ahí te quedas, es inútil volver a bajarte. Estarás conmigo, cada vez más quieto, hasta que te caigas de sueño y yo tenga que subir al dormitorio con vos en brazos, medio dormido, y arroparte en la cama. Buenas noches Daniel. Buenas noches mamá.

No hay buenas noches para mamá, Daniel. Nunca más buenas noches. Nunca ya besarte y morderte la nariz y contarte historias y esperar que sea mañana para que te trepes sobre mí y cantes hico caballito. Es inútil esperar el día: hay cosas que no se borran ni de día ni de noche. Y hoy, quizá sólo un segundo, antes de que yo te llevara adonde estaba Graciela y todo empezara a ser como debió, Graciela, mocosa diabólica, estuvo parada lejos de nosotros y yo la miré y pensé eso: mocosa diabólica. Eso, Daniel, toda la vergüenza que se siente al pensar una cosa así, la humillación de saber que empezaba a odiarla (porque ella, ahora, sin que yo hubiera iniciado el ritual, te estaba haciendo muecas desde lejos), eso no se borra con luz. Vos también la estabas mirando: sus ojos perversos y maravillosos, las mechas negras que le caían por cualquier lado, la nariz respingada, las piernas desnudas hasta sitios prohibidos. Te gustó, Daniel. Dios mío, por qué pensé semejante atrocidad, cómo

se me ocurrió descubrir que. Lo está provocando. Así, con esas palabras, con esa brutalidad lo pensé: me desafía. Te disputábamos, Daniel. Y ella estaba tan lejos, tan libre y desnuda; sola y envidiable diciéndote yo muestro las piernas hasta donde se me antoja, te como a besos y, si querés, nos revolcamos los dos sobre el pasto, ahí, delante de todo el mundo, total yo soy una nena y hasta se me pueden ver las bombachas sin que la gente piense porquerías: ellos dirán qué lindo, cómo juegan, dichosa edad en la que uno. Y vos me tiras del pelo, te me enredas entre las piernas, y te levanto en vilo, y nos caemos rodando, total yo tengo nueve años. Estaba tan invulnerable, tan con ventaja sacándote la lengua desde lejos y diciéndote con los ojos: vení, Daniel. Le sonreíste. Los otros todavía estaban diciendo cualquier día te viola, Nora, pero yo vi cómo le sonreías. Supe que de algún modo secreto, inalcanzable para mí, ustedes se estaban entendiendo: vos conocías la manera de decirle que bueno, si ella aceptaba que fueras su tirano, y ella la de contestarte que sí, que sos tan hermoso con tu pelo rubio, tus ojos como de agua y tu impúdico modo de ser mimoso. Entonces allá voy, Graciela. Somos semejantes y nos amamos.

Te fuiste, Daniel. Te deslizaste de pronto de mis brazos sin siquiera mirarme; como si hubieras estado trepado en algo así como un cerco y ves pasar a Sebastián entre el ligustro y te bajas del cerco y vas a buscarlo. Qué sencillo resulta todo cuando no se sabe de traiciones, no es cierto Daniel. Uno está en brazos de mamá, que es lo mejor del mundo, quiere pasarse la vida así, acurrucado, dejándose mimar; uno moriría si alguien quisiera arrancarlo de allí. Entonces aparece Graciela que tiene ojos de diablesa y saca la lengua hasta el mentón y se revuelca en el pasto, que es lo más hermoso del mundo y uno quiere pasarse toda la vida así, rodando sobre los tréboles mojados, jamás nadie podrá impedir que juguemos juntos, que yo le tire del pelo hasta hacerla gritar, que venga corriendo desde lejos para que ella me haga volar por los aires, que me ría como loco de sus muecas que nadie como ella sabe hacer. Nunca conseguirán arrancarme de su lado; es inútil que mires todo el tiempo, mamá; es inútil que no puedas despegar tus ojos de mí y a duras penas logres disimular ante tus amigos aunque les sonrías cuando dicen: te traicionó, Nora. Contestas sí, todos los hombres son iguales, y lo pronuncias con voz de estar diciendo algo muy gracioso. Pero no los miras siquiera: seguís esperando mis ojos, una sola mirada mía que te diga que todo sigue igual, que te quedes tranquila, que igual te quiero a vos más que a nadie. Y si no. Si a lo mejor la quiero más a Graciela que puede levantar las piernas. Y

vos no podes. Puede dar alaridos como Tarzán. Y vos no podes. Puede embadurnarse la cara con naranja. Y vos no podes. Puede matarse de risa de todos ustedes que están ahí sentados como estúpidos. Y vos no podes. Así que no sirve de nada que sonrías cada vez que te parece que voy a dar vuelta la cabeza; y que pongas caras que te parecen cómicas. No me divierten esas muecas: ni siquiera las veo. No te veo aunque vuelvas a pasar a mi lado. Ya pasaste tres veces. Y me tocaste: yo sentí como me tocaste pero no me di vuelta. Y sé que haces ruidos para que te escuche y cantas la canción de Hormigón Armado porque es la que más me gusta. Ya no me gusta más, para que sepas; Gracielita sabe mucho más lindas, Gracielita linda, nadie me va a arrancar de tu lado aunque sea de noche y haya que acostarse. Va a venir, hoy antes que todos los días, con más mimos, con más promesas. Pero no quiero y no quiero. Hay que resistir hasta el último momento; hay que gritar y patalear cuando mamá te quiere sostener en brazos. Sí, querés, Daniel, cómo no vas a querer que mamá te acueste. Ya es de noche, ¿no ves? Tenés que acordarte que nos queremos tanto, Daniel. Que yo soy lo mejor del mundo para vos. No podés subir las escaleras chillando y pataleando de ese modo. ¿No te das cuenta? ¿No te diste cuenta de que me estabas traicionando, mi pequeño monstruo que no entiende de traiciones? ¿No sabías que mamá sí entiende y le duele el corazón y no pudo soportar que esta noche te durmieras llorando por Graciela? Odiándome porque te arranqué de su lado. Yo no quería hacerte daño, mi nene querido, mi bebote chiquitito y malo. ¿No es cierto que no?

Sonreías después, cuando volví para verte dormir. Debes soñar cosas tan lindas ahora. Sólo mamá no duerme. Sólo yo no duermo, sabes, y tengo miedo por los besos que te di, por las caricias que te hice, por el modo terrible en que jugamos los dos en la cama hasta que quedaste agotado y contento y te dormiste; pensando en mí, ahora estoy segura. Es inútil que me repita mil veces que siempre te beso igual, y te acaricio siempre, y siempre jugamos los dos porque es necesario que el pequeño Daniel esté contento. Es inútil decirse que ahora el pequeño Daniel está contento y tiene hermosos sueños. Que no sabe nada de la piel inmunda de su miserable mamá. Es inútil repetirse que es la noche la que lo vuelve todo tan horrible, que mañana va a ser distinto. Que vas a venir corriendo a despertarme y será hermoso como todos los días. Hico caballito, saltando sobre mi vientre, hico caballito vamos a Belén, que mañana es fiesta y pasado también. Como todos los días.

Sueños con agua

GARY INDIANA

Traducción de por Antonio Desmonts

Si la literatura erótica requiere la invención de un vocabulario propio, los temas eróticos que no son los convencionales exigen construcciones aún más originales. La literatura gay, por ejemplo, aplastada por las reglas de una narrativa restrictiva que mimetiza las restricciones de una sociedad ortodoxa, no sólo debe encontrar el coraje para pronunciar palabras nuevas, sino también formas nuevas de contar sus historias. «No tengo el ánimo de contar mi propia historia —dice Gary Indiana— y seguir buscando ficciones con menos vueltas.»

Gary Indiana pertenece a la generación de escritores norteamericanos que hicieran del relato corto gay un género específico y que tuvieron sus precursores clásicos —Gore Vidal, Tennessee Williams — y sus editoriales especializadas. En su obra, el tema gay nunca es apologético o tímido; tampoco es el único tema. La persecución del amado, las ceremonias de seducción, las consecuencias y las causas del deseo, son otros hilos de la narrativa de Indiana, tejidos entre estos «Sueños con agua» meticulosamente trabajados.

Tres luminosas hamburguesas entre bollos con un coro de piernas de mujer y revoloteantes brazos que brotan de espirales de lechuga y lonchas vidriosas de tomate bailan y cantan en los remates de los bocadillos. La cámara invierte el zoom. Las hamburguesas bailantes retroceden conforme el proscenio oblongo del estudio de televisión se contrae dentro del plano. Un bar juvenil con toldo rojo, engalanado con el logotipo de una cadena de *fast-food,* se estrella contra la pantalla del televisor.

Jesse casi no se acuerda de dónde está. A la pálida luz nocturna y radiactiva de la publicidad, podría estar en muchos sitios. Lo que percibe es la atmósfera cargada, las sábanas almidonadas que hacen un agradable frufrú contra sus piernas, el torpe recuerdo de una habitación angosta del Gabrielli. Se ha despertado con el sabor en la boca del Bellinis rancio. El portero nocturno lo zarandea, piensa, o

tal vez sólo esté cerca de la cama y lo llame para que se despierte: el taxi que pidió anoche está esperando. Ve que asiente con la cabeza, con gesto sórdido, con el teléfono descolgado y todas las luces encendidas. La mágica Venecia. El taxi acuático para ir al aeropuerto, atravesando una laguna maloliente a la hora legañosa que precede al amanecer, cuesta algo así como ochenta dólares. Es un viaje para tirar el dinero, perder cosas y salir de su habitual circunspección. Jesse ha estado en casi todas partes del mundo sin un céntimo y ahora se pregunta cómo se las ha arreglado.

Hubo en otro tiempo una habitación de Venecia distinta, otra que tenía la misma incoherencia grogui y subacuática, con los postigos cerrados para aprovechar el espurio aire acondicionado. A pesar de los postigos, volutas de luz gris extienden telarañas circulares sobre la pared. La falta de costumbre y el silencio hacen imposible saber la hora. Resuenan en el agua campanas lejanas, un toque seguido de otro, devociones que sólo observan los venecianos invisibles, los únicos que en realidad viven aquí. Un hombre del que no está enamorado respira agresivamente contra la almohada adyacente. Da un guantazo al brazo de Jesse cuando éste, por casualidad, le roza la espalda. Anthony viajó con él a Venecia y después a Nápoles y por último a Roma. Durmieron juntos en el Santa Lucía y luego en el Locarno, y en el jardincito con bar del Locarno acabó su amistad, aunque no lo dijeron con palabras. Anthony se fue al cuarto. Hizo las maletas y abandonó el hotel mientras Jesse contemplaba el bandeo de las golondrinas al atardecer.

Él siguió pidiendo bebidas, como Bacardi con Coca. Se sentía más aliviado de lo que se sintiera muchos años antes en Roma cuando, después de una semana de dormir en parques, le llegó dinero a la American Express. Anthony es un compañero quisquilloso, aterrorizado por el viaje. No había traído el bastante dinero. Jesse trató de sosegar el nerviosismo de Anthony aceptándole cheques tan a menudo como le fue posible. Aun así, Anthony lleva una contabilidad por escrito de todas las liras que gasta. Jesse despierta en varias habitaciones de hotel para encontrarse a Anthony, por regla general con el suspensorio puesto, concentrado en su cuaderno de cuentas y sacando en silencio la conclusión de que su dinero desaparece por culpa de Jesse: la insistencia de Jesse en este hotel, el restaurante elegido por Jesse. A Jesse no le cuesta leerle el pensamiento a Anthony. Anthony se sumió en el pánico menos de una hora después de que su avión aterrizara en Milán. El resentido guarro que era el taxista que los

dejó en la estación del tren le cobró algo así como cincuenta dólares. Las cosas habían ido demasiado deprisa para Anthony desde entonces. Para cuando llegaron a Roma, Jesse sabía que el próximo paso sería la violencia. Anthony es de los que lo mismo absorben que machacan la mierda de uno. Dado que el Locarno es uno de los numerosos segundos domicilios de Jesse, se siente lo bastante tranquilo para proponer a Anthony varias formas baratas de regresar a Nueva York. Se despiden sin franqueza, manteniendo un civismo puramente verbal. Jesse sabe que despreciará a Anthony durante mucho tiempo. Después de eso lo olvidará.

Ahora tiene el jardín para él solo. Mira la camisa blanca del camarero que se mueve entre los reflejos moteados del cristal blindado y se pregunta por qué casi todos los barmans y camareros con camisa blanca le hacen pensar en el sexo. Se aventura a decir en voz alta: «La verdad es que estoy muy solo». Las palabras se desvanecen de inmediato en el aire húmedo. Las golondrinas se van transformando en murciélagos. La suave transición del crepúsculo a la noche tiene un algo de vaciedad, una ausencia de vida con miasmas. Jesse recuerda que Roma está erigida sobre un inmenso pantano. Estudia la calle estrecha a través de la verja cerrada con candado del jardín y desea que vuelva al hotel alguien a quien conozca, no Anthony. Pasan pocos coches e incluso menos personas. La época del Locarno ha concluido para la mayor parte de la gente que conoce Jesse. En la cabeza de Jesse, Roma siempre será una ciudad de finales de los setenta, agradablemente muerta a finales de los ochenta. Han muerto los atractivos yonquis aristocráticos, y los artistas se han ido a otra parte. Está pensando en tomar un tren a París.

Le da vueltas a la cuestión del tabaco y se dice que vivirá diez años más si lo deja. A veces le funciona. La abstinencia es una deliciosa languidez corporal, un estado de perpetua somnolencia repleta de sueños diurnos en apariencia reales. Se queda mirando una gárgola leonina que escupe un chorro de agua clara en la venera de mármol. Sigue con los ojos un ribete puntiagudo de la enredadera de jade que asciende por el muro del jardín. «La verdad es que estoy muy solo», vuelve a decir como si hubiera descubierto unas palabras mágicas. La abrupta soledad lo vuelve tímido y duda si moverse o no. Habla el italiano justo para ser tomado por imbécil. Solo, siente que los ojos de las demás personas le apuntan cuando pasea por la Plazza del Popolo. Incluso los lugares conocidos se le tornan raros cuando es vulnerable a las miradas de los desconocidos. Siente una incómoda oleada de gratitud cuando el

maître del Rosati lo saluda con familiaridad. Se dice: no te sientas incómodo.

Escoge una mesa de rincón. Recuerda las comidas del Rosati en fiestas con quince o veinte platos festivos. Se acuerda de haber sido mucho más joven y de lo que lo estimulaba un mundo en el que no paraba de moverse. Con todo, la familiaridad es tranquilizante y deprimente. Jesse piensa que podría ir a cualquier parte y no sorprenderse nunca de nada. *A no ser que alguien se enamore de mí, piensa. Sí alguien que no estuviera loco se enamorara de mí.*

Toma comida abundante y pesada, y deja el vino porque siente que los pies rozan el abismo. Jesse es dado a los histriónicos torbellinos interiores después de unas cuantas copas. Se excita, se ofende, se pone tonto. Necesita claridad, puesto que no ha pensado más allá del itinerario abandonado con Anthony. Sabe que si bebe hasta traspasar un cierto umbral empezará a percibirse a sí mismo como una persona interesante. Tan interesante que, en el restaurante o en la calle, alguien se entrometerá en su subjetividad. En Roma esto no sería peligroso, en el sentido en que lo sería en Sudamérica, pero sí repugnante. Jesse se ha vuelto ahorrativo en cuanto a procurarse recuerdos feos.

Considera que en los años que lleva viniendo a Roma siempre se ha ocupado de su equipaje y nunca utilizó el servicio de habitaciones en el Locarno. A mitad de la ensoñación reconoce la oscuridad que lo rodea como la del Gramercy Park Hotel. Si enciende la luz encontrará su cartera y sus llaves, y una botella de Perrier sobre la mesilla de noche, además de un ejemplar de Winesburg, Ohio. Los pantalones y los calzoncillos y una camiseta estampada están en el suelo, amontonados sobre los zapatos. En el televisor, Marlene Dietrich y Orson Welles han sucedido a las hamburguesas danzantes.

En la oscuridad, Jesse piensa en personas muertas. Tiene la consabida idea de haber conocido a un sorprendente número de personas que ya han muerto. Algunas personas son el parpadeo de un rayo, piensa. Se acuerda de personas que han pasado a no ser más que una única expresión facial, un débil aliento, una fotografía, una punzada momentánea en el corazón. Algunas no están muertas, pero se están muriendo. Detesta la forma en que la gente se desvanece incluso antes de morirse.

Ve a una Janet Leigh muda aterrorizada por mexicanos intoxicados en una habitación de motel. Al lado, en la cama, un número actual de *Advocate* doblado y abierto por los anuncios de acompañantes y masajes. Jesse ha trazado círculos a lápiz alrededor

de algunos anuncios. Busca a tientas el conmutador de la luz de la mesilla y se coloca el borde de la revista sobre el pecho. Los mexicanos se acercan a Janet Leigh, empuñando jeringas cargadas de droga. Jesse ha señalado el anuncio de un chapero que hay debajo de Como La De Un Caballo, que dice llamarse Iván, dando a entender que es «latino» y con Veintitrés Centímetros Duros, también conocido como Angelo. Iván y Angelo han compuesto a medias un anuncio único, económico y claro. Jesse se pregunta si sus servicios estarán en consonancia.

a veces uno se equivoca sobre las cosas & eso lo vuelve a uno loco porque uno se despierta con eso & se oye dándole vueltas & más vueltas & es terrible estar solo cuando se piensa que la desesperación y la muerte llegan con tanta facilidad al individuo moderno & también a la ciudad si se atrapa uno arrancando todas las capas del deseo de cosas cuando en el fondo lo que uno quiere hace tiempo que lo ha perdido & todo lo que se dice & todo lo que se hace es como la oscuridad que avanza sin notarse hacia una mayor oscuridad no hay esperanza ni interés en el futuro que sencillamente será peor & uno envejecerá & luego que el mundo está lleno de mentiras & uno viéndolas ir y venir

Si alguien le preguntara por qué vive en este hotel, Jesse respondería que por la vista. Por la noche, mirando desde sus ventanas hacia abajo, ve la bóveda de follaje que cubre la verja de hierro forjado del parque y la estrecha calle por donde se alejan las taxis del hotel. No quiere una gran vista panorámica. Con el mundo exterior reducido a esta afortunada porción del espacio, la concreción de la ciudad y del año se deshace. Pierde el sentido de dónde está, mirando por la ventana, y a veces la conciencia de quién es, en qué vida anda enfangado, cuánto de ésta ha transcurrido ya y cuánto es lo que queda. Tiene abandonado su apartamento del East Village, aunque sigue pagando el alquiler y las facturas de los suministros. Va a veces por la noche a inspeccionar las cosas, a repasar el correo, a oír los mensajes del contestador automático.

hay algo que no he logrado recomponer, no descubrí quién era hasta que saberlo resultaba inútil, me aterrorizo con fantasías de perdición y rechazo, me he vuelto un extraño en este elemento de extrañeza, de desolación & objetos anticuados & voces & tal vez esté agonizando de soledad & descontento: arregle como arregle las cosas no encuentro mi camino hacia ninguna manera de vivir: ni siquiera la ilusión: ni siquiera una fantasía con la que acierte a enloquecerme en el insufrible mundo de esta ciudad y de la mierdosa gente que la llena: constante ruido de voces constante miedo constante violencia

El parque del otro lado de la ventana representa un estado sin mácula del orden urbano. Él no puede entrar, sólo tienen llave los propietarios de las fincas vecinas. Jesse recuerda haber estado una vez en el parque, hace cuatro años, un domingo; se estaban haciendo obras y el parque estuvo abierto durante una tarde. Jesse conserva el recuerdo de cochecitos de niño y globos rojos y alguna clase de orquestina. Más bien se alegra de que ahora no haya nada de eso. En su lugar, la perfección del sitio por donde no pasa nadie.

Un rubio californiano de labios perfectos conduce en medio de un temporal de lluvia hacia la casa de su novia. Cada vez que Jesse ve el anuncio se imagina con la polla encajada en los morritos del actor. Cree que el coche que se anuncia es una poca mierda. Tal vez el actor rubio sea también una poca mierda. Pero él sigue comprando la fantasía que se vende junto con el automóvil. Se acuerda de cosas que olvidó comprar cuando salió de tiendas por la tarde. Quería velas. Nunca ha encendido velas en una habitación de hotel, excepto en los países del Tercer Mundo, cuando no hay electricidad, y en el Grande-Bretagne de Atenas, donde hay reservas de velas en el cuarto de baño. Se acuerda de cortes de luz en Bogotá, en Quito y en La Paz, con nostalgia. Desea que Nueva York tuviese apagones a menudo. Jesse recuerda tormentas eléctricas de leyenda en Cartagena, en Cuenca, en Malasia. Aunque evita pensar en por qué azar ha estado en esos lugares, a Jesse le gusta recordar los lugares. Y si encendiera velas en una habitación del Gramercy, Jesse podría imaginarse que no está absolutamente en ninguna parte.

voces que suenan igual que otras voces: cuando se va en autobús por ejemplo o se está en medio de la multitud y hay alguien, de algún momento prehistórico de la infancia adolescencia o incluso de después, quemamos tantas vidas durante nuestra vida, consumimos amistades y amores lo mismo que casas y coches, uno se vuelve esperando ver una cara familiar envejecida con los rastros de todo lo que ha sucedido en todos estos años & es la cara de un completo desconocido

El hotel de Estambul venía a ser una de las palaciegas paradas de descanso del Grand Tour. Todo de mármol, todo a la medida de los autócratas bizantinos y la realeza británica. En el vestíbulo hay recortes enmarcados bajo cristal sobre Agatha Christie, que escribió aquí varios libros. El personal se mueve con un paso majestuoso y relajado. Los objetos están espaciados unos de otros a distancias solemnes. La conciencia del lugar se cierne en el aire como el hollín. Hace que los impresos de la American Express y los discos de Madonna que suenan en el bar parezcan seductores restos de otro

mundo. El papel moneda se borra y se disuelve con bien poca humedad. Jesse piensa que las monedas se acuñan con latas recicladas de refrescos.

El hotel es disparatadamente caro para lo que es. No da la impresión de ser un cielo de seguridad y cortesía.

La habitación de Jesse domina la terraza del comedor y un amplio parque de cemento con dos niveles, donde a veces los huéspedes toman por la tarde el té. El parque atrae a los adolescentes locales y a contada gente mayor, hasta las dos o las tres de la madrugada. Todas las mañanas a las cinco, cuando todavía la oscuridad estrellada cubre el inmenso valle situado a la izquierda del parque, Jesse oye plegarias entonadas a la tirolesa por remotos sacerdotes. La ciudad da la impresión de estar cubierta de fino polvo. En las calles reinan los colores de la puesta de sol y los olores a goma quemada y a comida podrida.

La habitación contiene dos camas individuales con colchones duros y sábanas de puro lino, un gigantesco armario de roble y un diminuto escritorio que no sirve para nada. El cuarto de baño presenta multitud de resplandecientes azulejos blancos astillados. El óxido verde mancha los alrededores del bidé, y los desagües de la bañera inquietan a Jesse. Como si la podredumbre de la ciudad pudiera hervir y ascender por las tuberías. Pese a las dimensiones épicas, la habitación parece frugal y harapienta. Las cosas se ven demasiado frágiles y desvaídas, como las piezas de museo cubiertas con cristal. Se imaginaba Estambul de otro modo. Había oído que reinaba una cierta naturalidad erótica, pero también esto se lo imaginaba distinto.

Todos los hombres de menos de cincuenta años a los que adelanta por la calle le ofrecen una larga mirada de cruda valoración sexual. Esto al principio avivó el interés de Jesse. Pero las condiciones generales de la ciudad hacían imposible ir a ninguna parte con un desconocido, y dudaba él de que alguien pudiera entrar en el hotel. La ciudad parece una inmensa colmena apretada dentro de un torno. Jesse sabe que no dispone de un radar con el que desenvolverse sin miedo por la ciudad, así que se limita a las grandes calles bien iluminadas. Por la noche, incluso éstas se hunden de improviso en empinados cuadrantes de una oscuridad intensa. Le basta con poco para sentirse aventurero y explorar. Vino aquí, sin pensarlo, para matar el tiempo en uno de esos mundos ajenos que no piden nada ni ofrecen posibilidades a largo plazo.

Se alquila: 1,85, calle 27, n.° 185, porra de primera & enormes nueces & culata gorda para hincharse. Visualizar un individuo fornido,

basto y con bigote, 47 de CI, pelo cubriendo los hombros fornidos, no sabe lo feo que es & cree que todo marica lo adora porque puede levantársela a cualquier hombre. Le gusta llevar aros: simpático. De los que lo dicen en seguida ¿Tienes porno?, y quiere ver cintas mientras te da por la culata. Verdaderamente repugnante. Quiere tomar unas cervezas primero & quiere que se la chupen y se la soben antes de meterla dos o tres minutos. Pide más dinero si se pasa un minuto de la hora.

Una noche, en el comedor, un camarero pone una pesada mano sobre el hombro de Jesse y le pregunta, con voz casi inaudible, si le apetece ir a una discoteca más tarde. El camarero tiene una tez bonita, ojos vivaces, sonrisa sinuosa. En Nueva York, este hombre sería considerado extremadamente guapo. Jesse se imagina al camarero montándolo con ingeniosa pericia. No quiere ir a una discoteca pero dice que sí, luego se va a su cuarto y se queda dormido. Horas más tarde suena el teléfono. La voz del camarero habla entre dientes de un modo incomprensible.

—No, yo… El caso es que estoy muy cansado.

—¿No quiere discoteca?

—No.

—¿Subo a la habitación?

—De acuerdo.

El camarero da unos golpecitos en la puerta. Cuando Jesse la abre, el hombre se cuela y se apresura a ir al hueco que hay junto al baño.

—Me gustas —anuncia, desabrochándose el fajín púrpura que lleva en la cintura de los pantalones.

—Tú también me gustas —le asegura Jesse, desconcertado por la rapidez con que van las cosas.

—Aquí —dice el camarero, empujando a Jesse con urgencia al cuarto de baño.

Dentro del baño, el camarero se baja los pantalones, liberando un pitón grueso y duro que se empina, y un escroto graso y apretado.

—Por favor, no me beses —dice, cruzando la mirada con Jesse.

Jesse no sabe si se trata de una orden o de una súplica. Complaciente, se instala en el borde de la taza del váter y lame el pene y los huevos del individuo. Se da cuenta de que los pelos del pubis están recortados a menos de un centímetro de longitud para componer un pulcro triángulo. Se pregunta si es una costumbre islámica o sólo un extravagante hábito personal.

—Besos —le da instrucciones el camarero, trazando una línea

con la uña del pulgar a lo ancho del bajo vientre.

Jesse besa con esmero la zona con sabor salado que hay inmediatamente debajo del ombligo. El carácter frenético del momento le molesta. Se está abriendo un abismo entre lo imaginado y los hechos. De pronto, el camarero se aleja, reclamando a Jesse junto a la bañera. Le hace gestos de que se baje los pantalones y se incline sobre el borde de la bañera. Luego, busca el agujero de Jesse con su polla dura y palpitante, sin guiarla con la mano, como si fuera a hundirse sola de forma natural al establecer contacto. Después de unos cuantos embates infructuosos, renuncia, se dirige al váter y se sienta en la taza con las piernas abiertas.

Jesse se coloca entre las piernas del camarero y se vuelve hacia el espejo que hay sobre el lavabo. Baja el culo. El camarero lo agacha y se lo acerca, conduciendo el agujero de Jesse hacia su pene. Esta postura no es nada buena y el camarero acaba por ponerse de pie, empuja a Jesse para que caiga de rodillas y le mete la polla en la boca. Jesse se atraganta y expulsa la polla.

—Mira —dice—, hay dos camas en la otra habitación. No es necesario que lo hagamos en el baño.

—Podrían vernos —dice el camarero—. Cierra las ventanas.

Jesse va y cierra los pesados cortinajes que hay a los lados de las grandes ventanas. No se había percatado antes de estos cortinajes, sólo de los visillos blancos que no se pueden abrir. Ahora comprende que su habitación es completamente visible desde el parque. Desde el hueco el camarero le dice:

—Cierra la puerta.

—Está cerrada —dice Jesse.

—No, ciérrala.

—Está cerrada, te digo.

El camarero abre la puerta, echa una ojeada nerviosa al pasillo exterior y la cierra. Se sube los pantalones. Después se los quita del todo. Se desabotona la parte baja de la camisa y se la sube por encima de las tetillas. Se lanza sobre la cama más alejada de la ventana, con las rodillas levantadas y las piernas abiertas. Jesse se quita toda la ropa. Se arrodilla entre las piernas del camarero. Chupa el pene semierecto con ceñuda concentración. Pasan los segundos. El camarero se pone de pie de un salto y coloca a Jesse en la postura del perro al borde del colchón, se sitúa detrás de él, se escupe en los dedos, se engrasa el pene y, con precisión, lo empuja adentro. Le da por el culo a Jesse durante unos treinta segundos. Jesse aprieta los esfínteres alrededor de la carne firme y escurridiza. El camarero se suelta. Se pone los pantalones y los zapatos con

enloquecida prisa.

—¿Puedes darme algo de dinero? —cuchichea.

—No —dice Jesse.

—¿Cigarrillos?

Jesse saca dos para él y le da el paquete.

—Voy a tomarme una copa —dice el camarero.

—Vas a tomarte una copa.

—Volveré —promete el camarero.

—De acuerdo.

—Me gustas.

—Tú también me gustas a mí.

Se pregunta qué elemento concreto de la situación ha puesto tan nervioso al camarero. No cree que el camarero vuelva al día siguiente. Se arrepiente de no haberle ofrecido dinero. Jesse calcula que todo el encuentro ha durado unos siete minutos. Se pregunta por el olor a castaña asada de la ingle del camarero. Reproduce muchas veces la escena dentro de la cabeza, afectado y decepcionado. Al final se la menea en el cuarto de baño.

Latino en bruto. Rico: 24, 1,75, n.° 158, 30 W, 23 de tallo grueso, muy acogedor, a 5 mins de Manht, las 24 horas. Rico es un fraude como su cómplice Chico, tripudo no muy limpio & unos 7 u 8 centímetros de polla, se queda esperando a que uno le ponga el empalme que él no logra, prueba a meterte a empujones su flacidez & luego gruñe unas cuantas veces & ya se ha salido. Algunos de estos tipos se cambian los nombres corriendo la voz, corrigen los anuncios, se inventan nuevos cuerpos rostros & tamaños de polla & persisten en el mismo insípido engaño. Se adivina al comparar los números de teléfono con los de los anuncios antiguos, pues por mucho que limpien a la gente son demasiado baratos para cambiar de número.

Slim, jodedor vigoroso & concienzudo, veintitrés gruesos centímetros & es mono, lo colocará en las cuatro o cinco posiciones que vayan bien & sean divertidas & a veces le gusta ir despacio. Tony, de la parte alta de la ciudad, gran perchero, inmensa polla, cara agradable pero nada especial: bueno si está puesto. Porra muy sabrosa. Gimnasta europeo, medio griego & medio alemán, más parece alemán. Competente jodedor, pero mecánico, sin iniciativa. Se gana su dinero pero no hará gracia a ninguno de ustedes.

Delante de la Mezquita Azul, un hombre pequeño y feo, con los dientes podridos, intenta venderle una alfombra. Dice que se llama Ghenghis, como Ghenghis Khan, y que su hermano tiene una tienda en el sótano de la mezquita. Jesse dice a Ghenghis que no necesita una alfombra. Ghenghis dice que su hermano también vende joyas

de plata. Jesse dice que no necesita joyas de plata, tampoco. Ghenghis parece preocupado. Jesse ha conocido un puñado de Ghenghis en sus viajes: no exactamente tiburones sino pececillos parásitos que se confunden creyéndose tiburones. Jesse sabe que, si no se quita de encima a esta persona, ésta acabará por costarle bastante dinero. No usará la violencia sino la intimidación y la culpabilidad. Han pasado tantos días desde que Jesse habló con alguien suelto en inglés que se equivoca en el momento crucial, cuando un poco de hostilidad habría enviado a Ghenghis tras otro turista distinto. Entran en la mezquita juntos y miran el inmenso suelo alfombrado, las columnas y los ventanales. Ghenghis señala la abundancia de azulejos azules. Se están realizando obras de restauración. Hay muchas columnas envueltas en una maraña de andamios verdes. Ghenghis explica cantidad de detalles de la mezquita que Jesse ya conocía.

Cuando salen y recuperan los zapatos, Ghenghis le propone enseñarle los alrededores. Jesse vuelve a pensar que debería cortar con el individuo. Después de todo, la zona es famosa en todo el mundo y Jesse conoce todos los edificios que contiene. Ghenghis también le resulta un horroroso pesado, un pesado con astucia de campesino. Jesse calcula cuánto metálico puede permitirse tirar en una superflua visita turística con guía. Se siente vencido. Es más fácil ceder que despegarse. Tendrá alguien con quien hablar, aunque sea con Ghenghis.

Atraviesan cansinos el Topkapi y el Aya Sofya. Las joyas más importantes del Topkapi están prestadas y el Aya Sofya copado por turistas japoneses. Las calles van llenas, tienen mala atmósfera y mucho tráfico. Ghenghis conduce a Jesse por la cavernosa cisterna que hay debajo de la basílica. El agua chorrea y balbucea en la oscuridad, formando un charco un metro por debajo de los caminos de barro, alrededor de una docena de columnas con arcos. En la base de dos columnas del fondo de la cisterna se ven cabezas cinceladas de Medusa, una boca abajo, la otra apoyada en la mejilla. Al salir ellos, los altavoces rugen *La cabalgata de las valquirias*.

Ghenghis propone ir al Palacio Dolmabahce, en el mismo barrio donde está el hotel de Jesse. Jesse piensa que ya ha visto bastante por un día, pero no se le ocurre nada mejor que hacer. En el Palacio Dolmabahce hacen cola durante cuarenta minutos hasta que los entra el encargado de las visitas con guía. El ambiente es fresco aquí, junto al agua, y a Jesse le gustaría sentarse debajo de un árbol y absorberse en sus pensamientos. Ghenghis pregunta si le

molestaría a Jesse hacer el recorrido en turco, en lugar de esperar otros veinte minutos para hacer el recorrido en inglés. A Jesse no le molesta. Van en manada de sala en sala con otras veinte personas. A veces Ghenghis le explica lo que son las salas o traduce el monólogo del guía. Luego, si no exactamente pensativo, se absorbe en la magnificencia de la decoración. El sultán se hizo de cristal muchas de sus habitaciones. Paneles de cristal en las paredes. Gruesas barandillas de cristal en las escaleras.

Durante el recorrido, Ghenghis charla con otro muchacho turco. El nuevo muchacho tiene los dientes mejor que Ghenghis y mejores las ropas. Lleva un llavero de coche enredado en los dedos y juega con las llaves. Jesse se pregunta si Ghenghis se estará trabajando al muchacho, pero el chico parece demasiado cauto para que pase nada. Es de clase más alta y es evidente que piensa que Ghenghis es un canalla divertido. Fuera del palacio, Jesse pregunta al muchacho si tiene hambre. Tiene la esperanza de quitarse de encima a Ghenghis. Ghenghis traduce que el muchacho tiene que llamar por teléfono. Vive en el lado asiático de la ciudad. Jesse y Ghenghis van al hotel de Jesse en taxi. Jesse trata de pagarle por el recorrido turístico.

—Ahora no, ahora no —dice Ghenghis en tono tajante, apuntando al taxista con un dedo.

Una vez se han apeado, Ghenghis le dice que nunca enseñe dinero a un taxista. Van subiendo por la carretera que sale del hotel y entran en el parque de cemento. Después de una ligera discusión, Jesse le da lo que le había pedido al principio. Ghenghis insiste en un extra de 60.000 liras. Dice que el recorrido ha durado un extra de dos horas. Jesse señala que la ida al Palacio Dolmabahce fue idea de Ghenghis.

—Podría haberse negado —replica Ghenghis—. Además, todos nosotros necesitamos dinero y usted es rico.

Jesse no ve forma de discutirlo. El otro lo supone rico en comparación.

—Y otras veinte mil por las entradas —dice Ghenghis después de haberle dado Jesse las 60.000.

—Por favor —dice Jesse, que pagó las cuatro entradas—. Que te folien.

—Eso no es nada para usted, veinte mil —responde Ghenghis con voz zalamera.

—Da igual, que te folle.

su voz suena demasiado saludable, demasiado normal, no preguntaba qué te gusta, no decía cochinadas, no se describía a sí

mismo: probablemente es bueno de verdad, hormigas gigantes en la tele, pesadillas radiactivas de los cincuenta, pérdidas: tiempo de la vida, energías, amigos, la voluntad de seguir, el optimismo, nunca verse con nadie, ningún lugar donde verlos, el nombre de éste es tom, recién vuelto del gimnasio. 20, figura firme y simpática, ojos oscuros, pelo moreno, una cara lo bastante buena para enchufarse cualquier cosa, se desnuda sin darse importancia, se va a la cama en calzoncillos, se tiende de espaldas & enciende un cigarro, le toco la polla por encima de los calzoncillos, ya está empalmado: sustanciosa, de dónde eres, qué haces, quiero decir además de… juega con los dedos, se golpea la palma de la mano, hace calor fuera, lámeme, ¿vale? se desprende de los calzones y se frota la polla, se levanta los huevos.

lamo por debajo de los huevos el culo se levanta un poco & él va cambiando el punto de apoyo hasta que alcanzo al agujero del culo con la lengua, separo los carrillos con el pulgar & le chupo el recto & voy ascendiendo poco a poco por los huevos & sigo arriba & abajo por la raíz de la polla, una buena pieza gruesa con una cabeza gorda y sensible, mordisqueo a todo alrededor del borde & rozo el tejido acordonado que hay debajo con la punta de la lengua, deslizo la boca abajo por el tallo entero, acomodo la cabeza encima & recorro con los labios abiertos el dorso de la polla & sigo por la vena central & luego le dejo meterla & sacarla de mi boca arrodillado encima de mí se adelanta unos centímetros de rodillas & después se me sienta en la boca, con el culo centrado en mi lengua & le hago el amor al agujero forzando la lengua para que entre más y más dentro estamos durante mucho rato & él retrocede ladeándose hasta quedar tendido con las piernas extendidas & lo beso por todas partes

me está follando con mis piernas alrededor de su cuello me abre las piernas agarrándome por los tobillos hasta que tengo las rodillas detrás de su cabeza & pinchado mi culo & ahora se tiende estirado encima de mí balanceándose sobre las puntas de los pies como si hiciera flexiones dentro & fuera de mi culo sacándola entera y apretando con fuerza en cada golpe duele lo amo me da la vuelta & me folla tendido plano encima de mí con sus piernas dentro de mis piernas & empuja para abrir más mis piernas & luego pasa las piernas sobre las mías & me aprieta las piernas mientras me da por el culo como si quisiera asegurarse de habérselo follado de todas las maneras que se le ocurren & después me lleva a la silla se sienta & me coloca con la espalda contra su pecho & vuelve a meterme la polla en el culo & me folla durante una hora tan despacio que apenas nos movemos & sólo la saca un par de centímetros & vuelve a metérmela dentro del culo & de nuevo la saca un par de centímetros & adentro tanto como puede & de vez en cuando saca siete

diez o doce centímetros & la mantiene así durante largo rato & despacio despacio adelanta las caderas sólo un poquito sólo un poquito hasta que vuelvo a tenerla entera dentro & luego vuelve a ser casi imperceptible durante mucho rato & cuando siento como si fuera parte de mi cuerpo retrae el culo para sacar los veinte centímetros enteros salvo la cabeza de la polla que deja dentro & luego desliza fuera la cabeza & vuelve a empujar la cabeza adentro, la deja salir con un plaf & cuela adentro solamente la cabeza durante diez quince veces & luego vuelve a metérmela toda entera siento sus huevos contra mi agujero & la respiración de él contra mi cuello.

Más allá del parque entra en un bazar estrecho y laberíntico que exploró el primer día de estancia en Estambul. En un pasillo de puestos de verdura y carnicerías encuentra a un vendedor de pescado fresco y comida enlatada. Compra media libra de caviar Beluga, treinta y cinco dólares.

En el Pera Palas entra en la cocina que hay junto al comedor. Su presencia viola el algo rígido protocolo del hotel y en seguida se arremolinan a su alrededor varios camareros, ridiculamente solícitos, como si fuera un atropellado. Jesse pide al más guapo que le abra la lata de caviar y se la lleve al cuarto.

En la habitación, bajo atenta observación, el camarero, que se presenta a sí mismo como Marco, parece tan hermoso como una estrella de cine. Tiene el pelo rizado y castaño, con mechas rojizas. Las facciones son adorables, más redondeadas y occidentales que los perfiles puntiagudos que circulan por el hotel. Dispone el caviar sobre la mesa, en un cuenco con hielo, se vuelve para salir, hace a Jesse una pregunta que Jesse no entiende, se encoge de hombros, se acerca otro poco a la puerta, se para, se vuelve. Jesse toca la solapa de Marco. Marco indica por señas que le gustaría fumarse un cigarrillo antes de regresar a la cocina.

Después prueba a hablar. Jesse no sabe una palabra de turco, Marco sabe las frases que necesita para el trabajo, ni una más. Marco se sienta junto a la mesa. Jesse retoma su asiento, de modo que la mesa no queda entre ellos. Mira el caviar. Piensa que con el calor se estropeará. No sabe cómo hacer que pase algo. Mira el humo de Marco. Engancha el tobillo derecho de Marco con la puntera de la zapatilla y atrae el zapato de Marco al cojín de su sillón, entre sus piernas. Jesse desata el zapato de charol y saca el pie de Marco. El pie es fino y elegante, con dedos largos y huesudos. Jesse lo agarra con las dos manos y le da masajes por encima del calcetín negro de seda artificial. El calcetín exuda un olor que se expande a sudor y moho. Marco cierra los ojos.

—Vendré con usted esta noche —dice.

—Sí.

—Te follaré esta noche —pormenoriza.

—Seguro que sí.

El pie masajeado se mueve hacia el zapato. Marco levanta el otro zapato y se lo quita. Empuja el pie izquierdo entre las piernas de Jesse. Jesse da masajes al otro pie. Marco aprieta el pie en la entrepierna de Jesse y estruja el bulto de la erección de Jesse con los dedos. Enciende otro cigarrillo y mira atentamente a Jesse entre las nubes de humo.

Jesse aprieta los muslos alrededor del pie, que Marco le restriega arriba y abajo, encogiendo y soltando los dedos a lo largo del pene de Jesse. Jesse se corre. Marco se calza de nuevo el zapato y se levanta. Señala la lata de caviar.

—Come —le dice a Jesse.

Jesse lo besa en la boca. Marco encaja la lengua en la boca de Jesse. Se quedan mirándose. Marco guía la mano de Jesse a su entrepierna. Jesse nota un bulto largo y grueso bajo la tela. Se arrodilla y lo besa, pasando las manos por las nalgas de Marco.

Vuelve a despertar. Orson Welles está boca abajo dentro de un río negro y con reflejos. Marlene Dietrich mira desde arriba el cadáver.

Qué importa eso, lo que se dice de la gente. «¿Qué te va?» «Me gustan muchas cosas.» «Cuando vi la palabra ¡amo! en tu anuncio dudé, porque de verdad que no me va el dolor.» «Nada de sadomasoquismo. De acuerdo, muy bien. Pero desde luego que soy agresivo.» «Bueno, entonces qué clase de…» «Me va tener delante de mí a un tío de rodillas que me adore la polla, que se meta mi gran polla hasta la garganta, me gusta que me la lama y que me la sobe…» «Muy bien, creo que probablemente soy un poco soso para ti. Me gusta lamer, me gusta chupar. Pero no la aguanto hincada en la garganta, porque me produce fuertes náuseas.» «Entonces, dime qué quieres. Me interesa, ya lo sabes, que me follen. Y otras cosas.» «¿Como qué?» «Lo que quieras.» «Eso cubre mucho campo.» «Me gustan los deportes acuáticos, disfruto meándome en los tíos. Me gusta la servidumbre. Disfruto con que me laman los pies y con que un tío me chupe los dedos de los pies. Soy muy abierto de miras.» «Haré lo que quieras, sólo que no disfruto con el dolor.» «Bueno, necesito saber estas cosas antes de ir a ninguna parte.» «Quiero que me follen.» «Estupendo, disfruto follando. Me gusta follar. Lo único que, si voy a darte por el culo, quiero estar seguro de que te lo has lavado.» «Quieres que me duche.» «Es una especie de requisito, porque al primer rastro de mierda, tío, se acaba todo para mí. Eso

sencillamente me corta en seco. No me va lo más mínimo la mierda.» «No he dicho yo que me vaya la mierda, la verdad es que todo lo contrario.» «Estoy poniendo esa condición.» «De acuerdo, muy bien.» «Quiero decir que no te será difícil encontrar a alguien que le vaya eso sin problemas.» «Lo que quiero decir es que estoy de acuerdo. Me ducharé.»

¿qué pasa si te vuelco en la ventana con la cabeza colgando fuera? tienes un precioso agujerito, muy bien puesto, ¿te gusta mi polla? si te contara, ay, sí. ¿cómo vamos a hacer que te corras? si quieres que me guste, empieza tú primero, ¿estás bien? siéntate en la polla, acércate un poco más. me montarás mejor así. ay, sí. ¿quieres correrte? córrete en mitad de mi estómago, tío. estupendo.

Vio gente que se alejaba y gente que regresaba. La carretera de ir a la casa de campo avanzaba con la bahía a un lado y el istmo al otro, lo mismo que la autopista de Florida cuando fueron a Wakulla Springs. Cuando soñaba sobre aquellos tiempos, la carretera siempre daba la sensación de hundirse donde coincidían las dos masas de agua, en un punto más allá del horizonte. La gente de la calle corría. La calzada ascendía por la cuesta hacia la catedral, flanqueada por edificios bajos de oficinas y las ventanas de un restaurante mugriento, entre una humareda que se espesaba. Corrían docenas de estudiantes que se tapaban la boca y las narices con pañuelos y jerséis. Notaba el picor del gas lacrimógeno y que le arañaba la garganta. En lo alto de la cuesta, otra calle ancha doblaba para meterse en el parque de la catedral. A lo lejos, la Virgen de Quito, varios miles de toneladas de aluminio mate, relucía en la cumbre de un monte. Más abajo de donde estaba él, muchachos bien arreglados, con uniforme gris, desfilaban por el patio de la escuela militar. Una antena parabólica sobresalía entre remates con estuco. Se quedó de pie al borde del océano y oyó correr el agua de la bañera. Leyó un párrafo de Winesburg, Ohio. En la tele, las muchedumbres corrían bajo los arcos espermáticos de los cañones de agua. Él se subió al helicóptero junto al río. Las campanas resonaron desde el otro lado del agua. Llegaron a un chiringuito de pescado con el mejor mújol a la parrilla de la península, si se le arrancaba el inmenso cacho de mantequilla que llevaba en medio. Desde muy arriba, las islitas próximas al aeropuerto estaban rodeadas de radios blancos que eran muelles y botes. Siempre se preguntó por esas islas, por quién las habitaba, por cómo se llegaba allí en un coche alquilado. Qué manera de vivir.

Un abrazo

YASUNARI KAWABATA
Traducción de Pilar Giralt

En Japón, la literatura erótica es casi tan antigua como la literatura japonesa misma. La primera gran novela del Japón, Historia del Genji, fue escrita por Murasaki Shikibu, dama de la corte, a comienzos del siglo xi, y es ante todo una novela erótica; desde entonces casi todos los principales escritores japoneses han contribuido al género.

«Creo que Historia del Genji fue la obra que más importancia ha tenido para mí», dijo Yasunari Kawabata en 1968, con ocasión de su discurso de aceptación del premio Nobel. La influencia del erotismo delicado y de la sutil invención amorosa del Genji es innegable en la narrativa de Kawabata; no obstante, el elemento fantástico pertenece indudablemente a Kawabata, si bien el recurso de conceder al amado una parte del propio cuerpo es frecuente en la literatura japonesa. En Occidente, los amuletos de amor son por lo general menos íntimos: un pañuelo, una fotografía, como mucho un mechón de pelo. A veces, sin embargo, encontramos en la literatura occidental ejemplos de ofrendas mucho más drásticas: una aterradora leyenda francesa del siglo xiii narra cómo un amante se arrancó el corazón para dárselo a su amada, quien acto seguido tuvo que comérselo; en uno de los relatos de Grimm, una muchacha se corta la lengua para conseguir que el hombre que ella ama la ame también. En el cuento de Kawabata, la ofrenda no es ni espantosa ni aterradora, pero posee una cualidad absolutamente generosa que la vuelve aún más sorprendente.

—Puedo dejarte uno de mis brazos para esta noche —dijo la muchacha.

Se quitó el brazo derecho desde el hombro y, con la mano izquierda, lo colocó sobre mi rodilla.

—Gracias —me miré la rodilla: el calor del brazo la penetraba.

—Pondré el anillo. Para recordarte que es mío —sonrió y levantó el brazo izquierdo a la altura de mi pecho—. Por favor.

Con un solo brazo, para ella era difícil quitarse el anillo.

—¿Es un anillo de pedida?

—No, un regalo. De mi madre.

Era de plata, con pequeños diamantes engarzados.

—Tal vez se parezca a un anillo de pedida, pero no me importa. Lo llevo, y cuando me lo quito es como si estuviera abandonando a mi madre.

Levanté el brazo que tenía sobre la rodilla, saqué el anillo y lo deslicé en el anular.

—¿En éste?

—Sí —asintió ella—. Parecería artificial si no se doblan los dedos y el codo. No te gustaría. Deja que los doble por ti.

Tomó el brazo de mi rodilla y, suavemente, apretó los labios contra él. Entonces los posó en las articulaciones de los dedos.

—Ahora se moverán.

—Gracias —recuperé el brazo—. ¿Crees que me hablará? ¿Me dirigirá la palabra?

—Sólo hace lo que hacen los brazos. Si habla, me dará miedo tenerlo de nuevo. Pero inténtalo, de todos modos. Al menos debería escuchar lo que digas, si eres bueno con él.

—Seré bueno con él.

—Hasta la vista —dijo, tocando el brazo derecho con la mano izquierda, como para infundirle un espíritu propio—. Eres suyo, pero sólo por esta noche.

Cuando me miró, parecía contener las lágrimas.

—Supongo que no intentarás cambiarlo con tu propio brazo. Pero no importa. Adelante, hazlo.

—Gracias.

Puse el brazo dentro de mi gabardina y salí a las calles envueltas por la bruma. Temía ser objeto de extrañezas si tomaba un taxi o un tranvía. Habría una escena si el brazo, ahora separado del cuerpo de la muchacha, lloraba o profería una exclamación.

Lo sostenía contra mi pecho, hacia el lado, con la mano derecha sobre la redondez del hombro. Estaba oculto bajo la gabardina, y yo tenía que tocarla de vez en cuando con la mano izquierda para asegurarme de que el brazo seguía allí. Probablemente no me estaba asegurando de la presencia del brazo sino de mi propia felicidad.

Ella se había quitado el brazo en el punto que más me gustaba. Era carnoso. Y redondo; ¿estaría en el comienzo del hombro o en la parte superior del brazo? La redondez era la de una hermosa muchacha occidental, rara en una japonesa. Se encontraba en la propia muchacha, una redondez limpia y elegante como una esfera resplandeciente de una luz fresca y tenue. Cuando la muchacha ya

no fuese pura, aquella redondez gentil se marchitaría, se volvería flácida. Al ser algo que duraba un breve momento en la vida de una muchacha hermosa, la redondez del brazo me condujo a la de su cuerpo. Sus pechos no serían grandes. Tímidos, sólo lo bastante grandes para llenar las manos, tendrían una suavidad y una fuerza persistentes. Y en la redondez del brazo yo podía sentir sus piernas mientras caminaba. Las movería grácilmente, como un pájaro pequeño o una mariposa trasladándose de flor en flor. Habría la misma melodía sutil en la punta de su lengua cuando besara.

Era la estación para llevar vestidos sin manga. El hombro de la muchacha, recién destapado, tenía el color de la piel poco habituada al rudo contacto del aire. Tenía el resplandor de un capullo humedecido al amparo de la primavera y aún no deteriorado por el verano. Aquella mañana yo había comprado un capullo de magnolia y ahora estaba en un búcaro de cristal; y la redondez del brazo de la muchacha era como el gran capullo blanco. Su vestido tenía un corte más radical que la mayoría de los vestidos sin mangas. La articulación del hombro quedaba al descubierto, así como el propio hombro. El vestido, de seda verde oscuro, casi negro, tenía un brillo suave. La muchacha estaba en la delicada inclinación de los hombros, que formaban una dulce curva con la turgencia de la espalda. Vista oblicuamente desde atrás, la carne de los hombros redondos hasta el cuello largo y esbelto se detenía bruscamente en la base de sus cabellos peinados hacia arriba, y la cabellera negra parecía proyectar una sombra brillante sobre la redondez de los hombros.

Ella había intuido que la consideraba hermosa, y me había prestado el brazo por esta redondez del hombro.

Cuidadosamente oculto debajo de mi gabardina, el brazo de la muchacha estaba más frío que mi mano. Mi corazón desbocado me causaba vértigo, y sabía que tendría la mano caliente. Quería que el calor permaneciera así, pues era el calor de la propia muchacha. Y la fresca sensación que había en mi mano me comunicaba el placer del brazo. Era como sus pechos, aún no tocados por un hombre.

La niebla se espesó todavía más, la noche amenazaba lluvia y mi cabello descubierto estaba húmedo. Oí una radio que hablaba desde la trastienda de una farmacia cerrada. Anunciaba que tres aviones cuyo aterrizaje era impedido por la niebla estaban sobrevolando el aeropuerto desde hacía media hora. También llamaba la atención de los radioescuchas hacia el hecho de que en las noches de niebla los relojes podían estropearse, y que en tales noches los muelles tenían tendencia a romperse si se tensaban demasiado. Busqué las

luces de los aviones, pero no pude verlas. No había cielo. La presión de la humedad invadía mis oídos, emitiendo un sonido húmedo como el retorcerse de millares de lombrices distantes. Me quedé frente a la farmacia, esperando ulteriores advertencias. Me enteré de que en noches semejantes, los animales salvajes del zoológico, leones, tigres, leopardos y demás, rugían su malestar por la humedad, y que no tardaríamos en oírlos. Hubo un bramido como si viniera de las entrañas de la tierra. Y entonces supe que las mujeres embarazadas y las personas melancólicas debían acostarse temprano en tales noches, y que las mujeres que se perfumaban directamente la piel tendrían dificultades en eliminar después el perfume.

Al oír el rugido de los animales empecé a andar, y la advertencia sobre el perfume me persiguió. Aquel airado rugido me había puesto nervioso, y seguí caminando para que mi inquietud no se transmitiera al brazo de la muchacha. Ésta no estaba embarazada ni era melancólica, pero me pareció que esta noche en que tenía un solo brazo debía tener en cuenta el consejo de la radio y acostarse temprano. Esperé que durmiera plácidamente.

Mientras cruzaba la calle apreté mi mano izquierda contra la gabardina. Sonó un claxon. Algo me rozó por el lado y tuve que apartarme. Tal vez la bocina había asustado el brazo. Los dedos estaban crispados.

—No te preocupes —dije—. Estaba muy lejos, no podía vernos. Por eso ha hecho sonar la bocina.

Como sostenía algo importante para mí, había mirado en ambas direcciones. El sonido del claxon fue tan lejano que pensé que iba dirigido a otra persona. Miré en la dirección de donde procedía, pero no pude ver a nadie. Solamente vi los faros, que se convirtieron en una mancha de color violeta pálido. Un color extraño para unos faros. Me detuve en la acera y lo vi pasar. Conducía el coche una mujer vestida de rojo. Me pareció que se volvía hacia mí y me saludaba con la mano. Sentí el deseo de echar a correr, temiendo que la muchacha hubiera venido a recuperar el brazo. Entonces recordé que no podía conducir con uno solo. Pero, ¿acaso la mujer del coche no había visto lo que yo llevaba? ¿No lo habría adivinado con su intuición femenina? Tendría que ser muy cauteloso para no enfrentarme a otra de su sexo antes de llegar a mi apartamento. Las luces traseras eran también de un color violeta pálido. No distinguí el coche. Bajo la niebla cenicienta, una mancha color de espliego surgió de pronto y desapareció.

—Conduce sin ninguna razón, sin otra razón que la de conducir.

Y mientras lo hace, desaparecerá —murmuré para mí mismo—. ¿Y qué era lo que iba sentado en el asiento trasero?

Nada, al parecer. ¿Sería porque me paseaba llevando un brazo de muchacha por lo que me sentía tan nervioso por la vaciedad? El coche conducido por aquella mujer llevaba consigo la pegajosa niebla nocturna. Y algo que había en ella había prestado a los faros un tono ligeramente violeta. Si no era de su propio cuerpo, ¿de dónde procedía aquella luz purpúrea? ¿Podía el brazo que yo ocultaba envolver en vaciedad a una mujer que conducía sola en una noche semejante? ¿Habría hecho ésta una seña al brazo de la muchacha desde su coche? En una noche así podía haber ángeles y fantasmas por la calle, protegiendo a las mujeres. Tal vez aquélla no iba en un coche, sino en una luz violeta. Su paseo no había sido en vano. Había espiado mi secreto.

Llegué al apartamento sin encuentros ulteriores. Me quedé escuchando ante la puerta. La luz de una luciérnaga pasó sobre mi cabeza y desapareció. Era demasiado grande y demasiado intensa para ser una luciérnaga. Retrocedí. Pasaron varias luces semejantes a luciérnagas, que desaparecieron incluso antes de que la espesa niebla pudiera absorberlas. ¿Se me habría adelantado un fuego fatuo, una especie de fuego mortífero, para esperar mi regreso? Pero entonces vi que se trataba de un enjambre de pequeñas polillas. Al pasar frente a la luz de la puerta, las alas de las polillas brillaban como luciérnagas. Demasiado grandes para ser luciérnagas, y sin embargo, tan pequeñas, como polillas, que invitaban al error.

Evitando el ascensor automático, me escabullí por las estrechas escaleras hasta el tercer piso. Como no soy zurdo, tuve cierta dificultad en abrir la puerta. Cuanto más lo intentaba, más temblaba mi mano, como si estuviera dominada por el terror que sigue a un crimen. Algo estaría esperándome dentro de la habitación, una habitación donde vivía solo; ¿y no era la soledad una presencia? Con el brazo de la muchacha ya no estaba solo. Y por eso, tal vez, era mi propia soledad la que me esperaba allí para intimidarme.

—Adelante —dije, descubriendo el brazo de la muchacha cuando por fin abrí la puerta—. Bienvenido a mi habitación. Voy a encender la luz.

—¿Tienes miedo de algo? —pareció decir el brazo—. ¿Hay algo aquí dentro?

—¿Crees que puede haberlo?

—Percibo cierto olor.

—¿Olor? Debe de ser el tuyo. ¿No ves rastros de mi sombra allí arriba, en la oscuridad? Mira con atención. Quizá mi sombra esperara mi regreso.

—Es un olor suave.

—¡Ah!, la magnolia —contesté con alivio.

Me alegró que no fuera el olor mohoso de mi soledad. Un capullo de magnolia era digno de mi atractivo huésped. Me estaba acostumbrando a la oscuridad; incluso en plenas tinieblas sabía dónde se encontraba todo.

—Permíteme que encienda la luz.

Una extraña observación, viniendo del brazo, que añadió:

—Aún no conocía tu vivienda.

—Gracias. Me causará una gran satisfacción. Hasta ahora nadie más que yo ha encendido las luces aquí.

Acerqué el brazo al interruptor que hay junto a la puerta. Las cinco luces se encendieron inmediatamente: en el techo, sobre la mesa, junto a la cama, en la cocina y en el cuarto de baño. No me había imaginado que pudieran ser tan brillantes.

La magnolia había florecido enormemente. Por la mañana era un capullo. Podía haberse limitado a florecer, pero había estambres sobre la mesa. Curioso, me fijé más en los estambres que en la flor blanca. Mientras recogía uno o dos y los contemplaba, el brazo de la muchacha, que estaba sobre la mesa, empezó a moverse, con los dedos como orugas, y a recoger los estambres en la mano. Fui a tirarlos a la papelera.

—Qué olor tan fuerte. Me penetra la piel. Ayúdame.

—Debes de estar cansado. No ha sido un paseo fácil. ¿Y si descansaras un poco?

Puse el brazo sobre la cama y me senté a su lado. Lo acaricié suavemente.

—Qué bonita. Me gusta.

El brazo debía de referirse a la colcha, que tenía flores estampadas de tres colores sobre un fondo azul. Algo animado para un hombre que vivía solo.

—De modo que aquí es donde pasaremos la noche. Estaré muy quieto.

—¿Ah, sí?

—Permaneceré a tu lado y no a tu lado.

La mano cogió la mía, suavemente. Las uñas, lacadas con minuciosidad, eran de un rosa pálido. Los extremos sobrepasaban con mucho los dedos.

Junto a mis propias uñas, cortas y gruesas, las suyas poseían una

belleza extraña, como si no pertenecieran a un ser humano. Con tales yemas de los dedos, quizás una mujer trascendiera la mera humanidad. ¿O acaso perseguía la feminidad en sí? Una concha luminosa por el diseño de su interior, un pétalo bañado de rocío, pensé en los símiles obvios. Sin embargo, no recordé ningún pétalo o concha cuyo color y forma fuesen parecidos. Eran las uñas de los dedos de la muchacha, incomparables con otra cosa. Más translúcidos que una concha delicada, que un fino pétalo, parecían contener un rocío de tragedia. Cada día y cada noche las energías de la muchacha se dedicaban a dar brillo a esta belleza trágica. Penetraba mi soledad, mi anhelo, la transformaba en rocío.

Posé su dedo meñique en el índice de mi mano libre, contemplando la uña larga y estrecha mientras la frotaba con mi pulgar. Mi dedo tocaba el extremo del suyo, protegido por la uña. El dedo se dobló, y el codo también.

—¿Sientes cosquillas? —pregunté—. Seguro que sí.

Había hablado imprudentemente. Sabía que las yemas de los dedos de una mujer son sensibles cuando las uñas son largas. Y así había dicho al brazo de la muchacha que había conocido a otras mujeres.

Una de ellas, no mucho mayor que la muchacha que me había prestado el brazo, pero mucho más madura en su experiencia con los hombres, me había dicho que las yemas de los dedos, ocultas de este modo bajo las uñas, a menudo eran extremadamente sensibles. Se adquiría la costumbre de tocar las cosas con las uñas y no con las yemas, y por lo tanto éstas sentían un cosquilleo cuando algo las rozaba.

Yo había demostrado asombro ante este descubrimiento, y ella continuó:

—Si, por ejemplo, estás cocinando, o comiendo, y algo te toca las yemas de los dedos, das un respingo; parece tan sucio…

¿Era la comida lo que parecía impuro, o la punta de la uña? Cualquier cosa que le tocara los dedos le repugnaba por la posible suciedad. Su propia pureza dejaba una gota de trágico rocío bajo la sombra larga de la uña. No cabía suponer que hubiera una gota de rocío para cada uno de los diez dedos.

Era natural que por esta razón yo deseara aún más tocar, las yemas de sus dedos, pero me contuve. Mi soledad me contuvo. Era una mujer en cuyo cuerpo no se podía esperar que quedasen muchos lugares sensibles.

En cambio, en el cuerpo de la muchacha que me había prestado el brazo serían innumerables. Tal vez, al jugar con las yemas de los

dedos de semejante muchacha, ya no sentiría culpa, sino afecto. Pero ella no me había prestado el brazo para tales desmanes. No debía hacer una comedia de su gesto.

—La ventana.

No advertí que la ventana estaba abierta, sino que la cortina estaba descorrida.

—¿Habrá algo que mire hacia dentro? —preguntó el brazo de la muchacha.

—Un hombre o una mujer, nada más.

—Nada humano me vería. Si acaso sería un ser. El tuyo.

—¿Un ser? ¿Qué es eso? ¿Dónde está?

—Muy lejos —dijo el brazo, como cantando para consolarme—. La gente va por ahí buscando seres, muy lejos.

—¿Y llegan a encontrarlos?

—Muy lejos —repitió el brazo.

Se me antojó que el brazo y la propia muchacha se hallaban a una distancia infinita uno de otra. ¿Podría el brazo volver a la muchacha, tan lejos? ¿Podría yo devolverlo, tan lejos? El brazo reposaba tranquilamente, confiando en mí; ¿dormiría la muchacha con la misma confianza tranquila? ¿No habría dureza, una pesadilla? ¿Acaso no había dado la impresión de contener las lágrimas cuando se separó de él? Ahora, el brazo estaba en mi habitación, que la propia muchacha aún no había visitado.

La humedad nublaba la ventana, como el vientre de un sapo extendido sobre ella. La niebla parecía retener la lluvia en el aire, y la noche, al otro lado de la ventana, perdía distancia, pese a estar envuelta en una lejanía ilimitada. No se veían tejados, no se oía ninguna bocina.

—Cerraré la ventana —dije, asiendo la cortina.

También estaba húmeda. Mi rostro apareció en la ventana, más joven que mis treinta y tres años. Sin embargo, no vacilé en correr la cortina. Mi rostro desapareció.

De pronto, el recuerdo de una ventana. En el noveno piso de un hotel, dos niñas vestidas con faldas amplias y rojas jugaban ante la ventana. Niñas muy parecidas, con ropas similares, occidentales, tal vez mellizas. Golpeaban el cristal, empujándolo con los hombros y empujándose mutuamente. Su madre tejía, de espaldas al cristal. Si la grande y frágil lámina se hubiera roto o desprendido de su marco, habrían caído desde el piso noveno. Sólo yo pensé en el peligro. La madre estaba totalmente distraída. De hecho, el cristal era tan sólido que no existía el menor peligro.

—Es hermosa —dijo el brazo desde la cama, cuando me aparté

de la ventana.

Quizá hablara de la cortina, cuyo estampado era el mismo que el de la colcha.

—¡Oh! Pero el sol la ha descolorido y casi habría que tirarla —repuse; me senté en la cama y coloqué el brazo sobre mi rodilla—. Esto sí que es hermoso. Más hermoso que todo.

Tomando la palma de la mano en mi propia palma derecha, y el hombro en mi mano izquierda, doblé el codo y lo volví a doblar.

—Pórtate bien —dijo el brazo, como sonriendo suavemente—. ¿Te diviertes?

—Nada en absoluto.

Una sonrisa apareció efectivamente en el brazo, cruzándola como una luz. Era la misma sonrisa fresca de la mejilla de la muchacha.

Yo conocía esta sonrisa. Con los codos en la mesa, ella solía enlazar las manos con soltura y apoyar en ellas el mentón o la mejilla. La posición hubiera debido ser poco elegante en una muchacha, pero había en ella una cualidad sutilmente seductora que hacía parecer inadecuadas expresiones como «los codos en la mesa». La redondez de los hombros, los dedos, el mentón. Las mejillas, las orejas, el cuello largo y esbelto, el cabello, todo se juntaba en un único movimiento armonioso. Al usar hábilmente el cuchillo y el tenedor, con el primer dedo y el meñique doblados, los levantaba de modo casi imperceptible de vez en cuando. La comida pasaba por los pequeños labios y ella tragaba; yo tenía ante mí más a una música incitante de manos, rostro y garganta que a una persona cenando. La luz de su sonrisa le fluyó a través de la piel del brazo.

El brazo parecía sonreír porque, mientras yo lo doblaba, olas muy suaves pasaron sobre los músculos firmes y delicados para enviar ondas de luz y sombra sobre la piel tersa. Antes, cuando había tocado las yemas de los dedos bajo las largas uñas, la luz que pasaba por el brazo al doblarse el codo había atraído mi mirada. Fue aquello, y no un impulso cualquiera de causar daño, lo que me incitó a doblar y desdoblar el brazo. Me detuve, y lo contemplé estirado sobre mi rodilla. Luces y sombras frescas seguían pasando por él.

—Me preguntas si me divierto. ¿Te das cuenta de que tengo permiso para cambiarte por mi propio brazo?

—Sí.

—En cierto modo, me asusta hacerlo.

—¿Ah, sí?

—¿Puedo?

—Por favor.

Oí el permiso concedido y me pregunté si lo aceptaría.

—Dilo otra vez. Di «Por favor».

—Por favor, por favor.

Me acordé. Era como la voz de una mujer que había decidido entregarse a mí, no tan hermosa como la muchacha que me había prestado el brazo. Tal vez existía algo extraño en ella.

—Por favor —me había dicho, mirándome. Yo puse los dedos sobre sus párpados y los cerré. Su voz temblaba—. «Jesús lloró. Entonces dijeron los judíos: "¡Mirad cuánto la amaba!"».

Era un error decir «la» en vez de «lo». Se trataba de la historia del difunto Lázaro. Quizá, siendo ella una mujer, lo recordaba mal, o quizá la sustitución era intencionada.

Las palabras, tan inadecuadas a la escena, me trastornaron. La miré con fijeza, preguntándome si brotarían lágrimas en los ojos cerrados.

Los abrió y levantó los hombros. Yo la empujé hacia abajo con el brazo.

—¡Me haces daño! —se quejó, y se llevó la mano a la nuca.

Había una pequeña gota de sangre en la almohada blanca. Apartando sus cabellos, posé los labios en el punto de sangre que se iba hinchando en su cabeza.

Se quitó todas las horquillas.

—No importa. Sangro con facilidad. Al menor contacto.

Una horquilla le había pinchado la piel. Un estremecimiento pareció sacudir sus hombros, pero se controló.

Aunque creo comprender qué siente una mujer cuando se entrega a un hombre, en ese acto sigue habiendo algo inexplicable. ¿Qué es para ella? ¿Por qué ha de desearlo, por qué ha de tomar la iniciativa? Jamás pude aceptar realmente la entrega, aun sabiendo que el cuerpo de toda mujer está hecho para entregarse. Incluso ahora, que soy viejo, me parece extraño. Y las actitudes adoptadas por diversas mujeres: diferentes, si se quiere, o tal vez similares, o incluso idénticas. ¿Acaso no es extraño? Quizá la extrañeza que encuentro en todo ello es la curiosidad de un hombre más joven, o la desesperación de uno de edad avanzada. O tal vez una debilidad espiritual que padezco.

Su angustia no era común a todas las mujeres en el acto de la entrega. Y con ella ocurrió solamente aquella única vez. El hilo de plata estaba cortado, la taza de oro, destruida.

«Por favor», había dicho el brazo, recordándome así a la otra

muchacha; pero, ¿eran realmente iguales ambas voces? ¿No habrían sonado parecidas porque las palabras eran las mismas? ¿Hasta este punto el brazo se habría independizado del cuerpo del que estaba separado? ¿Y no eran las palabras el acto de entregarse, de estar dispuesto a todo, sin reservas, responsabilidad o remordimiento? Me pareció que si aceptaba la invitación y cambiaba el brazo con el mío, causaría a la muchacha un dolor infinito.

Miré el brazo que tenía sobre las rodillas. Había una sombra en la parte interior del codo. Me dio la impresión de que podría absorberla. Apreté mis labios contra el codo, para sorber la sombra.

—Me haces cosquillas. Pórtate bien.

El brazo estaba en torno a mi cuello, rehuyendo mis labios.

—Precisamente cuando bebía algo bueno.

—¿Y qué bebías?

No contesté.

—¿Qué bebías? ¿El olor de la luz?

—El de la piel.

La niebla parecía más espesa; incluso las hojas de la magnolia se mostraban húmedas. ¿Qué otras advertencias emitiría la radio? Caminé hacia mi radio de sobremesa y me detuve. Escucharla con el brazo alrededor de mi cuello parecía excesivo. Pero sospechaba que oiría algo similar a esto: a causa de las ramas mojadas, y de sus propias alas y patas mojadas, muchos pájaros pequeños han caído al suelo y no pueden volar. Los coches que estén cruzando un parque deben tomar precauciones para no aplastarlos. Y si se levanta un viento cálido, es posible que la niebla cambie de color. Las nieblas de color extraño son nocivas. Por consiguiente, los radioescuchas deben cerrar con llave sus puertas si la niebla adquiere un tono rosa o violeta.

—¿Cambiar de color? —murmuré—. ¿Volverse rosa o violeta?

Aparté la cortina y miré hacia fuera. La niebla parecía condensarse con un peso vacío. ¿Acaso se debía al viento que en el aire hubiera una oscuridad sutil, diferente de la habitual negrura de la noche? El espesor de la niebla parecía infinito, y no obstante, más allá de ella se retorcía y enroscaba algo terrorífico.

Recordé que antes, mientras me dirigía a casa con el brazo prestado, los faros delanteros y las luces traseras del coche conducido por la mujer vestida de rojo aparecían indistintos en la niebla. Una esfera grande y borrosa de tono violeta parecía aproximarse ahora a mí. Me apresuré a retirarme de la ventana.

—Vámonos a la cama nosotros también.

Daba la impresión de que nadie más en el mundo estaba

levantado. Estar levantado era el terror.

Después de quitarme el brazo del cuello y colocarlo sobre la mesa, me puse un kimono de noche limpio, de algodón estampado. El brazo me observó mientras me cambiaba. Me avergonzaba ser observado. Ninguna mujer me había visto desnudándome en mi habitación.

Con el brazo en el mío, me metí en la cama. Me acosté a su lado y lo atraje suavemente hacia mi pecho. Se quedó inmóvil.

Con intermitencias podía oír un leve sonido, como de lluvia, un sonido muy ligero, como si la niebla no se hubiera convertido en lluvia, sino que ella misma estuviera formando notas. Los dedos entrelazados con los míos bajo la manta adquirieron más calor; y el hecho de que no se hubieran calentado a mi propia temperatura me comunicó la más serena de las sensaciones.

—¿Estás dormido?

—No —replicó el brazo.

—Estabas tan quieto que pensé que te habrías dormido.

—¿Qué quieres que haga?

Abriéndome el kimono, llevé el brazo a mi pecho. La diferencia de calor me penetró. En la noche algo sofocante, algo fría, la suavidad de la piel era agradable.

Las luces seguían encendidas. Había olvidado apagarlas al meterme en la cama.

—Las luces.

Me levanté, y el brazo se cayó de mi pecho. Me apresuré a recogerlo. Me dirigí hacia la puerta:

—¿Quieres que apague las luces? ¿Duermes a oscuras, o con las luces encendidas?

El brazo no respondió. Tenía que saberlo. ¿Por qué no contestaba? Yo no conocía las costumbres nocturnas de la muchacha. Comparé las dos imágenes: dormida a oscuras y con la luz encendida. Decidí que esta noche, sin el brazo, dormiría con luz. En cierto modo, yo también prefería tenerla encendida. Quería contemplar el brazo. Quería mantenerme despierto y mirar el brazo cuando estuviera dormido. Pero los dedos se estiraron y apretaron el interruptor.

Volví a la cama y me acosté en la oscuridad, con el brazo junto a mi pecho. Guardé silencio, esperando que se durmiera. Ya fuese porque estaba insatisfecho o temeroso de la oscuridad, la mano permanecía abierta a mi lado, y poco después los cinco dedos empezaron a recorrer mi pecho. El codo se dobló por propia iniciativa, y el brazo me abrazó.

En la muñeca de la muchacha había un pulso delicado. Reposaba sobre mi corazón, de forma que los dos pulsos sonaban uno contra otro. El suyo era al principio un poco más lento que el mío, y al poco rato coincidieron. Y algo más tarde ya sólo podía sentir el mío. Ignoraba cuál era más rápido y cuál más lento.

Tal vez esta identidad de pulso y latido fuera para un breve período en el que yo podía intentar cambiar el brazo con el mío. ¿O acaso estaría durmiendo? Una vez oí decir a una muchacha que las mujeres eran menos felices en las angustias del éxtasis que durmiendo pacíficamente junto a sus hombres; pero jamás una mujer había dormido tan pacíficamente junto a mí como este brazo.

Yo era consciente del latido de mi corazón gracias al pulso que latía sobre él. Entre un latido y el siguiente, algo se alejaba muy deprisa y, también muy deprisa, volvía. Mientras yo escuchaba los latidos, la distancia pareció aumentar. Y por mucho que este algo se alejara, por muy infinitamente lejos que se fuera, no encontraba nada en su destino. El próximo latido lo hacía volver. Yo debía haber tenido miedo, pero no lo tenía. No obstante, busqué el interruptor que estaba junto a la almohada.

Antes de oprimirlo, enrollé la manta hacia abajo. El brazo continuaba dormido, ignorante de lo que ocurría. Una dulce franja del más pálido blanco rodeaba mi pecho desnudo, y parecía surgir de la misma carne, como el resplandor que antecede a la salida de un sol cálido y diminuto.

Encendí la luz. Puse mis manos sobre los dedos y el hombro, y estiré el brazo. Le di unas vueltas en silencio, contemplando el juego de luces y sombras desde la redondez del hombro hasta la finura y turgencia del antebrazo, el estrechamiento de la suave curva del codo, la sutil depresión en el interior del codo, la redondez de la muñeca, la palma y el dorso de la mano, y después los dedos.

—Me lo quedaré.

No tuve conciencia de haber murmurado las palabras. En un trance, me quité el brazo derecho y lo sustituí por el de la muchacha.

Hubo un ligero sonido entrecortado —no pude saber si mío o del brazo— y un espasmo en mi hombro. Así fue como me enteré del cambio.

El brazo de la muchacha, ahora mío, temblaba y se movía en el aire. Lo doblé y lo acerqué a mi boca.

—¿Duele? ¿Te duele?

—No. Nada, nada.

Las palabras eran vacilantes.

Un estremecimiento me recorrió como un relámpago. Tenía los dedos en la boca.

De algún modo manifesté mi felicidad, pero los dedos de la muchacha estaban sobre mi lengua, y dijera lo que dijese, no fue a base de palabras.

—Por favor. Todo va bien —replicó el brazo. El temblor cesó—. Me dijeron que podías hacerlo. Y no obstante…

Me di cuenta de algo. Podía sentir los dedos de la muchacha en la boca, pero los dedos de su mano derecha, que ahora eran los de mi propia mano derecha, no podían sentir mis labios o mis dientes. Presa del pánico, sacudí mi mano derecha y no pude sentir las sacudidas. Había una interrupción, un paro, entre el brazo y el hombro.

—La sangre no fluye —exclamé—. ¿Verdad que no?

Por primera vez, el miedo me atenazó. Me incorporé en la cama. Mi propio brazo había caído junto a mí. Separado de mí, era un objeto repelente. Pero lo más importante: ¿se habría detenido el pulso? El brazo de la muchacha estaba caliente y palpitaba; el mío parecía estar quedándose frío y rígido. Con el brazo de la muchacha, tomé mi propio brazo derecho. Lo tomé, pero no hubo sensación.

—¿Hay pulso? —le pregunté al brazo—. ¿Está frío?

—Un poco. Algo más frío que yo. Yo estoy muy caliente.

Había algo especialmente femenino en la cadencia. Ahora que el brazo estaba sujeto a mi hombro y se había convertido en mío, parecía más femenino que antes.

—¿El pulso no se ha detenido?

—Deberías ser más confiado.

—¿Por qué?

—Has cambiado tu brazo por el mío, ¿verdad?

—¿Fluye la sangre?

—«Mujer, ¿a quién buscas?» ¿Conoces el pasaje?

—«Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?»

—Muy a menudo, cuando estoy soñando y me despierto en plena noche, me lo susurro a mí mismo.

Esta vez, naturalmente, quien hablaba debía de ser la propietaria del atractivo brazo unido a mi hombro. Las palabras de la Biblia parecían pronunciadas por una voz eterna, en un lugar eterno.

—¿Le resultará difícil dormir? —dije, y yo también hablaba de la propia muchacha—. ¿Tendrá una pesadilla? Esta niebla invita a

perderse en miles de pesadillas. Pero la humedad hará toser hasta a los demonios.

—Para que no puedas oírlos.

El brazo de la muchacha, con el mío todavía en su mano, cubrió mi oreja derecha.

Ahora era mi propio brazo derecho, pero el movimiento no parecía haber procedido de mi voluntad sino de la suya, de su corazón. Pese a ello, la separación distaba de ser tan completa.

—El pulso. El sonido del pulso.

Escuché el pulso de mi propio brazo derecho. El brazo de la muchacha se había acercado a mi oreja con mi propio brazo en su mano, y tenía mi propia muñeca junto al oído. Mi brazo estaba caliente; como el brazo de la muchacha había dicho, sólo perceptiblemente más frío que sus dedos y mi oreja.

—Mantendré a los demonios alejados.

Traviesamente, con suavidad, la uña larga y delicada de su dedo meñique se movió en mi oreja. Yo meneé la cabeza. Mi mano izquierda, la mía desde el principio, tomó mi muñeca derecha, que era la de la muchacha. Cuando eché atrás la cabeza, advertí el meñique de la muchacha.

Cuatro dedos de su mano asían el brazo que yo había separado de mi hombro derecho. Solamente el meñique —¿diremos que sólo él podía jugar libremente?— estaba doblado hacia el dorso de la mano. La punta de la uña apenas tocaba mi brazo derecho. El dedo estaba doblado en una posición posible únicamente para la mano flexible de una muchacha, descartada para un hombre de articulaciones duras como yo. Se elevaba en ángulos rectos desde la base. En la primera articulación se doblaba en otro ángulo recto, y en la siguiente, en otro. De este modo trazaba un cuadrado, cuyo lado izquierdo estaba formado por el dedo anular.

Formaba una ventana rectangular al nivel de mis ojos. O más bien una mirilla, o un anteojo, demasiado pequeño para ser una ventana; pero por alguna razón pensé en una ventana. La clase de ventana por la que podría mirar una violeta. Esta ventana del dedo meñique, este anteojo formado por los dedos, tan blanco que despedía un débil resplandor, lo acerqué lo más posible a uno de mis ojos, y cerré el otro.

—¿Un mundo nuevo? —preguntó el brazo—. ¿Y qué ves?

—Mi oscura habitación. Sus cinco luces —contesté, y antes de terminar la frase, casi grité—: ¡No, no! ¡Ya lo veo!

—¿Y qué ves?

—Ha desaparecido.

—¿Y qué has visto?

—Un color. Una mancha púrpura. Y en su interior, pequeños círculos, pequeñas cuentas rojas y doradas, describiendo círculos una y otra vez.

—Estás cansado.

El brazo de la muchacha dejó mi brazo derecho, y sus dedos me acariciaron suavemente los párpados.

—¿Giraban las cuentas rojas y doradas en una enorme rueda dentada? ¿He visto algo en la rueda dentada, algo que iba y venía?

Yo ignoraba si realmente había visto algo en ella o sólo me lo había parecido: una ilusión efímera, que no permanecía en la memoria. No podía recordar qué había sido.

—¿Era una ilusión que querías enseñarme?

—No. Al final la he borrado.

—De días que ya pasaron. De nostalgia y tristeza.

Sus dedos dejaron de moverse sobre mis párpados.

Formulé una pregunta inesperada:

—Cuando te sueltas el cabello, ¿te cubre los hombros?

—Sí. Lo lavo con agua caliente, pero después, tal vez una manía mía, lo mojo con agua fría. Me gusta sentir el cabello frío sobre los hombros y los brazos, y también contra los pechos.

Naturalmente, volvía a hablar la muchacha. Sus pechos nunca habían sido tocados por un hombre, y sin duda le hubiera resultado difícil describir la sensación del cabello frío y mojado tocándolos, posándose allí. ¿Acaso el brazo, separado del cuerpo, se había separado también de la timidez y la reserva?

En silencio, posé la mano izquierda sobre la suave redondez de su hombro, que ahora era mío. Se me antojó que tenía en la mano la redondez, aún pequeña, de sus pechos. La redondez de los hombros se convirtió en la suave redondez de los pechos.

Su mano se posó suavemente sobre mis párpados. Los dedos y la mano permanecieron así, impregnándose, y la parte interior de los párpados pareció calentarse a su tacto. El calor penetró en mis ojos.

—Ahora la sangre está fluyendo —dije en voz baja—. Está fluyendo.

No fue un grito de sorpresa, como cuando advertí que había cambiado mi brazo por el suyo. No hubo estremecimiento ni espasmo, ni en el brazo de la muchacha ni en mi hombro. ¿Cuándo había empezado mi sangre a fluir por el brazo, y su sangre en mi interior? ¿Cuándo había desaparecido la interrupción del hombro? La sangre pura de la muchacha estaba fluyendo, en este preciso momento, a través de mí; pero, ¿no habría algo desagradable

cuando el brazo fuera devuelto a la muchacha, con esta sangre masculina y sucia fluyendo por él? ¿Qué pasaría si no se adaptaba a su hombro?

—No semejante traición —murmuré.

—Todo irá bien —susurró el brazo.

No se produjo la conciencia dramática de que la sangre iba y venía entre el brazo y mi hombro. Mi mano izquierda, envolviendo mi hombro derecho, y el propio hombro, ahora mío, tenían una comprensión natural del hecho. Habían llegado a conocerlo. Este conocimiento los adormeció.

Me quedé dormido.

Flotaba sobre una enorme ola. Era la niebla envolvente cuyo color se había tornado violeta pálido, y había rizos de un verde pálido en el lugar donde yo flotaba, y sólo allí. La húmeda soledad de mi habitación había desaparecido. Mi mano izquierda parecía reposar ligeramente sobre el brazo derecho de la muchacha. Parecía como si sus dedos sostuvieran estambres de magnolia. Yo no podía verlos, pero sí olerlos. Los habíamos tirado; ¿y cuándo y cómo los recogió ella? Los pétalos blancos, de un solo día, aún no habían caído; ¿por qué, pues, los estambres? El coche de la mujer vestida de rojo pasó muy cerca, dibujando un gran círculo conmigo en el centro. Parecía vigilar nuestro sueño, el de la muchacha y el mío.

Nuestro sueño fue probablemente ligero, pero nunca había conocido un sueño tan cálido y dulce. Dormía siempre con inquietud, y aún no había sido bendecido con el dormir profundo de un niño.

La uña larga, estrecha y delicada me arañó suavemente la palma de la mano, y el tenue contacto hizo más profundo mi sueño. Desaparecí.

Me desperté gritando. Casi me caí de la cama y caminé tambaleándome tres o cuatro pasos.

Me había despertado el contacto de algo repulsivo. Era mi brazo derecho.

Mientras recobraba el equilibrio, contemplé el brazo, que estaba sobre la cama. Contuve el aliento, mi corazón se disparó y todo mi cuerpo fue recorrido por un estremecimiento. Vi el brazo en un instante, y al siguiente ya había arrancado de mi hombro el brazo de la muchacha y colocado nuevamente el mío propio. El acto fue como un asesinato provocado por un impulso repentino y diabólico.

Me arrodillé junto a la cama, apoyé el pecho contra ella y froté mi corazón demente con la mano recobrada. A medida que los latidos se calmaban, cierta tristeza brotó desde una profundidad

mayor que lo más profundo de mi ser.

—¿Dónde está su brazo?

Levanté la cabeza.

Yacía a los pies de la cama, con la palma hacia arriba sobre el ovillo de la manta. Los dedos estirados no se movían. El brazo era débilmente blanco bajo la luz opaca.

Con una exclamación de alarma, lo recogí y apreté con fuerza contra mi pecho. Lo abracé como se abraza a un niño pequeño a quien la vida está abandonando. Llevé los dedos a mis labios. ¡Ojala el rocío de la mujer manara de entre las largas uñas y las yemas de los dedos!

Sequía

WENDY LAW-YONE

Traducción de Victoria Llórente

El caballero herido atendido por su dama es una historia antigua, tan antigua que figura parodiada en el Quijote. El guerrero y la doncella: Tancredo y Herminia; el soldado y la enfermera: Frederic Henry y Catherine Barkley; la historia atraviesa las convenciones de las épocas y reaparece una y otra vez, acaso porque el cuerpo enfermo o herido es más vulnerable y, por eso mismo, más atractivo para un amante dominante, acaso porque simboliza la lucha arquetípica entre las fuerzas curativas del amor y las fuerzas debilitantes de la muerte, acaso porque simplemente otorga un momento dramático al intercambio amoroso literario. Además, la tradición quiere que el amor sea una enfermedad, y el amante enfermo debe ser curado por la amada, causante de su enfermedad.

Conocedora de este linaje, Wendy Law-Yone ha optado para su relato por un escenario convencional: la jungla tropical, en donde el Oriente se encuentra con Occidente. La originalidad de este relato no está en los adornos, sino en el tono de melancolía y en el sorprendente erotismo del encuentro.

Eran tiempos de guerra, con sus locos temores fuera de lugar; una época en la que de golpe mi miedo no era tanto el derramamiento de sangre como la sequía.

Es posible que el incidente del Depósito Rojo fuera lo que encendió la chispa de esas nuevas amenazas. En el norte, donde la lucha era más feroz, los rebeldes se habían vuelto locos y habían destruido por completo un recinto europeo, despedazado con machetes los cuerpos de los blancos y lanzado los trozos al depósito privado hasta que el agua se había vuelto roja. Debieron ser las noticias que siguieron —rumores sobre pozos envenenados y conducciones rotas— las que trajeron mis angustias sobre la crisis del agua.

Como en una urgencia por hacer que las pesadillas se

convirtieran en realidad, me volví derrochona —nada parca con el agua—; en especial una vez que se hubo ido tiíta y me quedé sola con él. Sorprendente con cuánta rapidez lo desnudé y lavé como deseaba, usando agua con despreocupación. Pensar que me había dado tanto miedo al principio: temerosa de tocarlo, incluso de mirarlo.

¡Un hombre blanco! En aquellos días —los primeros de la Liberación— todos sabíamos lo que les estaban haciendo a los blancos en el continente. Todos habíamos oído hablar del Depósito Rojo. Por supuesto que las cosas eran diferentes en nuestra isla, donde nadie parecía tener ideas muy precisas sobre los blancos, ni sobre nada más. Con todo, la guerra se había extendido a otras islas del archipiélago y algunos decían que sólo era cuestión de tiempo que también nosotros nos viéramos metidos en ella.

Sólo que yo tenía miedo por otra razón. No podía librarme de la incómoda sensación de que de alguna manera había provocado un accidente.

Porque había visto cómo ocurría. De pie en la galería, esa mañana, había visto bajar el avión. No supe que era un avión, entonces. Parecía un halcón, que caía en picado y desaparecía en un instante con la trayectoria recta de una flecha. La caída fue así de silenciosa, elegante y veloz. Lo preví todo en la fracción de segundo anterior al súbito picado. "¡Cae!», me dije. Y —sin más— el halcón había caído.

No le dediqué más pensamientos hasta pasadas unas horas, cuando trajeron al superviviente a nuestro bungalow. Hasta entonces no até cabos. Ese halcón había sido un avioncito que caía de cabeza en alguna parte de las plantaciones de caucho.

Lo transportaron en una camilla de bambú improvisada. Nuestro bungalow estaba en la colina que dominaba el *kampong*, la aldea de abajo. Desde la galería pude ver como la pequeña comitiva serpenteaba sendero arriba desde las plantaciones, pasaba el *kampong*… y atravesaba el portón al pie de la colina.

—¡Ha caído del cielo! —gritaba uno de los chicos del *kampong* —. ¡Como un dios!

Lo dejaron en el suelo bajo el árbol de la flor del monzón. Muy bien podía haber sido un dios; grande y muerto para el mundo, pero radiante. El árbol estaba en plena floración —señal de que los monzones estaban cerca— y, sobre él, las flores de oro colgaban en grupos como farolillos ceremoniales. Su pelo también era de oro, aunque más oscuro que las flores; muy espeso y liso. Una ligera brisa lo surcaba a un lado y a otro, dejando al descubierto pequeños

espacios de cuero cabelludo que parecían frágiles como heridas. Tenía puesta una chaqueta caqui de manga corta —de ese tipo con muchos bolsillos— y unos pantalones cortos del mismo color. Relucía en la luminosidad de los florecientes farolillos como si estuviera empolvado con mica o cristal en polvo.

Me sentí indigna de mirar fijamente tal resplandor.

El hombre encargado del rescate —un chino de hablar rápido— explicaba cosas a tiíta, que se hacía la sorda. Apretaba la cara; era su estratagema cuando las cosas se ponían difíciles. Y de repente aquí tenía una situación difícil; un accidente que involucraba a un hombre blanco en un momento en que los blancos estaban siendo exterminados en el norte. Por no mencionar sus otras preocupaciones sobre la guerra.

El chino casi gritaba, molesto por tener que repetirse. El hombre que yacía inconsciente en la camilla era alguien importante, continuó diciendo. Un asesor. Había venido volando para ayudar a la milicia local. El chino parecía insinuar que era nuestro deber —de la tía y mío— recogerlo. Entendí por qué. Yo era la única media casta de la zona, la única relación de sangre con el extranjero, por así decirlo. Naturalmente, al traer al europeo a nuestro bungalow esperaban que lo alojáramos.

—Llévenlo dentro; pueden dejarlo aquí —dijo tiíta al final, apuntándome con la barbilla para indicar que debía mostrarles el camino.

Supe por la barbilla que me culpaba de esa carga.

Los hombres levantaron la camilla y me siguieron. Los conduje a mi habitación. Retiré la manta fina que cubría el delgado colchón y, mientras un poco lo levantaban, otro poco lo inclinaban hacia allí, atravesó mi mente el pasmoso pensamiento de que quizá éste fuera mi padre, venido en mi busca; aunque acto seguido ya supiera, claro está, que no podía ser.

Cuando se marcharon, tiíta se quedó en la puerta, manteniendo las distancias, mientras yo le echaba un vistazo al extranjero. Una inflamación descolorida al lado de una rodilla y un corte en la sien sobre la oreja derecha —el origen de la sangre seca que tenía en una mejilla— parecían lo peor de sus heridas visibles.

A tiíta le pareció que debía despertarlo. Eso exigía que lo tocara. Puse la palma de la mano sobre el ligero fruncimiento que plegaba su frente. ¡Qué oscuro y apagado me pareció el dorso de mi mano junto al pálido brillo de su pelo! Le sacudí los hombros e incluso lo abofeteé en las mejillas.

—Más fuerte —decía tiíta, bastante despiadada, a mi modo de

ver.

Le sacudí más fuerte, pero no pudo persuadirme para que lo abofeteara con mayor dureza. Cada tortazo le dejaba una marca en la piel. Algo más tarde movió un brazo y una pierna como en el transcurso de un sueño normal; y para cuando llegó el médico había mostrado otras pequeñas mejorías: se había movido, retorcido, girado a un lado y otro en un delirio, e incluso había abierto los ojos durante breves períodos; y cuando le levanté la cabeza para darle de comer la primera cucharada de puré de arroz, se la tragó. Pero fundamentalmente dormía.

El médico era un viejo musulmán con cojera y respiración jadeante. Con la guerra en marcha, los doctores eran escasos e iban con prisas hasta en las islas. Este viejo había hecho el recorrido desde el extremo más al sur y parecía dispuesto a superar inmediatamente las consecuencias del esfuerzo. Puso una mano sobre el pecho del enfermo, dio en ella con las puntas de los dedos de la otra mano, dobló las rodillas y los codos del paciente, le metió un termómetro en el sobaco, le separó los párpados. (Una vez más me vi sacudida por el preciado color de aquellos ojos, el color de un anillo que había visto en el dedo de un comerciante chino. Un zafiro pálido.)

—Coma —sentenció el médico al fin, frotando de forma ausente el sensor del estetoscopio.

—¿Coma? —dijo tiíta—. Si a veces se despierta. Incluso toma arroz blando.

—Una especie de coma —dijo el viejo.

Tendió a tiíta una botella de «agua de los retortijones», prescrita por lo general para los gases de los bebés. Cuando ella le preguntó la dosis, él contestó con evasivas.

—Lo necesario —dijo—. Pero no con demasiada frecuencia.

Bajó las escaleras vacilante, agarrándose a la barandilla de la escalera con algo parecido al pánico.

Al principio era tiíta la que decidía qué había que hacer. *Dale una cucharada de agua de coco. Ahora espera. Ahora prueba con una cucharada de arroz. Ahora ponlo de costado. Dobla la sábana de goma que tiene debajo. Ahora dale la vuelta hacia este lado. Desdobla la sábana desde atrás. Trae la toallita y la palangana*. Mientras daba órdenes miraba con remilgo, pero ella no lo tocaba.

¿Y por qué iba a hacerlo? Si hasta donde alcanzaba mi recuerdo, sólo había hablado de los hombres blancos como de una raza indeseable. Eran peleones, siempre pidiendo, siempre queriendo más; eran mentirosos, si decían una cosa siempre significaba algo

bastante diferente. Decían la verdad solamente si les convenía. Y olían mal.

De hecho sólo había un europeo al que hubiera conocido de cerca: mi padre. Pero la marca que había dejado era suficiente como para teñir a toda una raza, al menos en apariencia.

Lo que había hecho era dejar preñada de mí a mi madre, forzándola con sus mentiras; mentiras sobre llevarla con él a un lugar llamado Amberes, luego —cuando se fue, solo—, más mentiras sobre mandarla a buscar más tarde, después de que se hubiera instalado.

Mi madre no era una muchacha de la isla. Su casa estaba en el continente, en la zona seca, donde su padre trabajaba en los campos petrolíferos dirigidos por un holandés, como mi padre. Sólo después de que mi padre se fuera vino a esta isla —donde vivía tiíta, su hermana— a tener a su hija.

Todavía no me había destetado cuando una noche de luna llena me dejó en el suelo en una canastilla de mimbre para ahogarse en el mar.

Con todo, junto con el rencor, tiíta sentía un orgullo resentido por mis orígenes medio blancos.

—¡Mixta! —se pavoneaba, cuando alguien advertía mi volumen de pelo rizado.

Y los libros eran otra concesión. Sólo quería que leyera en inglés y en holandés.

No era la primera vez que tenía a un inválido en mis manos. No habían pasado dos años desde que el padre de tiíta, el viejo Papú, requiriera cuidados las veinticuatro horas del día los últimos meses de su vida, que pasó postrado en la cama. Entonces yo tenía el turno de noche (cuando tiíta se venía abajo después de todo el día) y me había acostumbrado a la cuña y otras desagradables intimidades.

Éste era diferente. Incluso en sus momentos de vigilia no estaba lo suficientemente despierto como para cooperar, excepto para abrir la boca en las comidas o mover los miembros para los cambios. Ni siquiera llegaba nunca a alimentarse de manera satisfactoria. El apretado reloj de tiíta tampoco facilitaba las cosas. El simple hecho de pasarle la esponja era una prueba muy dura que me dejaba bañada en sudor, y por lo general lo hacía sola; tiíta no se molestaba en supervisar.

Aun así, las cosas se fueron haciendo más fáciles con la práctica. Aprendí qué hacer con las porquerías (hasta había preparado una especie de taparrabos que facilitaba la limpieza); y me hice más

experta en la alimentación y la higiene.

En ese punto, las limpiezas eran rutinarias, parciales… y necesarias. A pesar de la promesa de los árboles de la flor del monzón, las lluvias no habían llegado todavía y el calor supuraba y picaba como un forúnculo a punto de reventar. Adentro, incluso con todas las ventanas abiertas, la brisa ocasional que cruzaba se fundía en un vapor caliente que hacía que las tablas del suelo humearan. Fuera, el calor golpeaba con tanta fuerza que cortaba la respiración.

Estaba empezando a entender qué quería decir tiíta cuando hablaba del olor corporal de los europeos. Intenso y agrio, olía como savia de palma que estuviera fermentando. Incluso aunque gustara la savia de palma, como me pasaba a mí, no era algo que pudiera dejarse salir desenfrenadamente.

Cuanto más calor hacía eran necesarios más lavados. Para cuando tiíta se fue a sus compras mensuales en el continente, las lluvias ya eran un asunto retrasado desde hacía mucho y el calor se había hecho tan insoportable que me sentí aliviada al poder fregarlo a voluntad, sin ser observada, con una frecuencia que la habría alarmado.

A decir verdad no veía la hora de que se fuera. Tan pronto como tomó el ferry me puse manos a la obra. Llené la palangana de zinc con agua templada y la llevé a su cabecera, junto a la toallita para lavar. Pronto le había quitado la ropa —los pantalones y la camisa caquis— y la había reemplazado por uno de los viejos sarongs de Papú, dejándoselo suelto, como una sábana, alrededor de la cintura. Facilitaba la limpieza y el cambio. Ahora le quité el sarong y por primera vez vi su aspecto, tumbado allí sobre una sábana de goma, desvestido, completamente desnudo.

Inmenso. Y muy peludo. Madejas enredadas de hilo de oro le cubrían el pecho, la barriga, los brazos y las piernas; los hilos eran más oscuros en los sobacos y del todo oscuros en la entrepierna, formando allí un nido espeso, alrededor de la zona más sorprendente de su cuerpo. A diferencia de las vergüenzas del viejo Papú, encogidas y descoloridas por todas partes como una fruta echada a perder, la suya parecía florecer firme y madura, con buen color de piel; gruesa por el escroto pero tan fina en el pene que las venas resaltaban como líneas dibujadas con tinta.

Lo que yo había planeado era un enjabonado y fregado a fondo. Tiíta se había ido, estaba sola y lo podía hacer sin temor. Pero el simple hecho de estar allí de pie sobre su cuerpo al descubierto, libre para inspeccionar cualquiera de sus partes (o todas) a mi entera satisfacción… sólo tomarme esa secreta libertad ya me puso

nerviosa. ¿Qué pasaría si volvía en sí y sus ojos azules derramaban su confusión y se dirigían a mí como reflectores?

Lo lavé con la esponja, incluso tuve el cuidado de no evitar el nido; pero no insistí, pasé por ahí como siempre… con energía, sin apenas mirar, casi enteramente al tacto.

Tiíta tenía que haber vuelto en el último ferry, al final del atardecer. Cuando llegó el barco, dejó salir sus escasos pasajeros y tiíta no estaba entre ellos, supe que algo grave había pasado. Con la guerra cerca —ahora podíamos oír el crepitar de armas de fuego a través de las olas—, antes de irse había estado excesivamente inquieta por dejarme, aunque sólo fuera durante el día. Era muy poco probable que hubiera querido que pasara la noche sola.

Me fui a casa a esperar. Pensé en bajar al kampong, pero pronto oscureció y tenía miedo; no porque no me sintiera a salvo. Nadie del *kampong* me hubiera tocado; ni siquiera los chicos mayores que volvían a descansar desde sus trabajos en el continente. Uno de ellos —un bromista y vanidoso con demasiado aceite de coco en el pelo— me contó una vez la razón.

—No te preocupes —dijo cuando mencioné mi miedo a tomar la carretera que conducía al kampong en la oscuridad—. Nadie se atrevería a tocarte.

—No soy tan importante —dije, pensando que me halagaba.

—No, tan importante, no —se echó a reír—. Lo que digo es que nadie te tocaría porque estás maldita.

Me senté en los escalones delanteros mirando el enjambre de luces parpadeantes del *kampong*, a esperar a mi tía aun mucho después de lo que —yo sabía— era demasiado tarde para esperarla esa noche. Cuando las luces se apagaron una a una, entré en la habitación de tiíta, en cuyo suelo había dormido en una cama enrollable desde el día del accidente; entonces le había dejado mi cama al hombre. Como tiíta no estaba me tumbé en su cama, sin molestarme por sacar la colchoneta. Los ruidos del *kampong* ya se habían extinguido; las palmeras se agitaban, pero con suavidad, con la brisa que finalmente se había levantado después de un día de calor sin aire. Con todo, no era una noche para dormir. Me levanté y fui a mi habitación, donde la figura grande e inmóvil llenaba la cama. La luz de la luna entraba a raudales a través de la ventana abierta y volvía fosforescente el pelo de su cabeza y pecho, como algunas noches el rompiente de las olas.

Me senté a los pies de la cama, cansada pero totalmente despierta. La luna me hizo pensar en mi madre. Era una noche como ésta cuando entró en el mar. Tiíta me había contado la

historia y ahora la revivía.

Cuando mi madre estaba embarazada, hubo una sequía en la zona árida, donde estaban concentrados los campos petrolíferos y donde entonces ella cuidaba de la casa de mi padre. Fueron las peores restricciones de agua en muchos años, e incluso los europeos estuvieron bajo racionamiento. Fue entonces cuando comenzó la primera de las huelgas en las refinerías, seguidas de los disturbios. En el tumulto de los días siguientes, los grifos del barrio europeo quedaron secos como piedras y no se veía aparecer por ningún lado un vendedor de agua.

Mi madre había guardado la suficiente agua de boca como para unos cuantos días.

«Durante tres días tomó de la cantimplora sólo lo necesario para humedecerse los labios —dijo tiíta—. Mientras, tu padre tragaba, sin la menor consideración. Allí estaba ella, con una niña en la barriga, ella misma no mucho mayor que una niña. Más tarde, cuando se marchó y la dejó, me habló de la sequía. Le dije a gritos: "¡Estúpida! ¡Imagínate que la sequía hubiera continuado! Entonces, ¿qué?"

»Entonces —dijo ella—, me habría abierto un trozo de carne para darle a beber mi sangre.»

Mi madre —muerta a los dieciséis— debía de tener exactamente mi edad en el momento de la sequía. ¿Y mi padre? ¿Qué edad tendría entonces? La misma edad, posiblemente, que la de este hombre herido tumbado delante de mí.

—¿Qué edad tienes? —susurré, aunque no tuviera ninguna necesidad.

De golpe, la luz de la luna cayó fría sobre mi piel y la cabeza me dio vueltas de cansancio. Me tumbé al lado de él, apretándome. Después de un rato aflojé el sarong que tenía alrededor de la cintura y me deslicé hasta quedar lado con lado, como en un capullo.

Me desperté con el sol en los ojos y un sabor amargo en la boca reseca. Había estado soñando con la sequía. Los rebeldes, en el sueño, habían cortado las conducciones del agua, y yo estaba desamparada en una playa, dando arcadas con la boca llena de agua salada.

Todavía tenía la cabeza sobre su pecho. Mi cuello estaba rígido y cuando empecé a frotarlo me encontré con los dedos húmedos; pero, ¿de dónde? Bajé la mano por su barriga y allí, cerca de la entrepierna, estaba la parte mojada. Un reguero de humedad salía de la punta del sexo, que yacía horizontalmente —más lleno de lo que yo podía recordar— a través de su muslo. Toqué la humedad,

que era transparente y algo resbaladiza. No tenía olor; pero sabía ligeramente salada.

Ese día, más tarde, alguien del kampong, uno de los hijos del jefe, me trajo noticias de tiíta. En el continente, donde había estado de compras, la policía había hecho una redada, arrestando a gente junto al camión de carga. Ella estaba entre los detenidos.

Detenida. ¿Qué significaba eso con exactitud? ¿Cuánto tiempo se iban a quedar con ella? El hijo del jefe no podía decirme.

—No demasiado —dijo, impreciso como el doctor.

Pero la siguiente noticia me golpeó aún con más fuerza.

—¿Cómo está el Tuan? —preguntó, ladeando la cabeza en dirección a mi dormitorio.

Había olvidado que era uno de los hombres que estaban presentes el día del accidente… ¿no hacía precisamente dos semanas?

—Mejor —mentí—, mucho mejor.

Eso no era exactamente una mentira. Al menos había vuelto en sí; al menos podíamos alimentarlo; al menos estaba vivo.

—¡No hay por qué preocuparse! —dijo el hijo del jefe— ; pasado mañana vienen a llevárselo al hospital.

La noticia me dio mareos y durante un momento no pude ver con claridad. Mirando por encima del hombro del hombre que tenía delante de mí, me pareció que las finas palmeras que había más allá crecían a ángulos aún más locos que las que había por la playa, donde estaban casi horizontales.

—¡No está preparado! —casi grité, pero me contuve, porque el hombre se habría extrañado.

Quien no estaba preparada era yo. Quería guardarlo conmigo, como estaba, sin mejoría si era necesario. Una vez que se hubiera ido, no habría nada que se interpusiera entre el vacío dispuesto a tragarme entera y yo. La guerra vendría a nuestra isla, ahora no tenía duda de ello. Los arroyos correrían rojos, igual que el depósito del norte. Mi tía —como mi madre, como mi padre— nunca volvería por mí. Y habría una sequía.

¡Sólo dos días más! No podía ser. No podía soportarlo. Nada parecía ya urgente excepto la necesidad, la apremiante necesidad de tomarlo como rehén. No dejé de darle el arroz hervido… o de mantenerme yo con los restos. Tampoco descuidé los lavados. No me importaba nada más. Nada.

Cuando llegaba la noche me metía en la cama con él, deslizándome dentro de su sarong una vez más. Quería descanso, pero no sueño. Aunque era difícil luchar contra la somnolencia

causada por el continuo ruido sibilante del mar. Tratando de mantenerme despierta, revolvía entre sus piernas. Casi inmediatamente, mis dedos se mojaban.

A la luz del día, cuando podía ver, todo lo que quería era mantener el líquido fluyendo… el poco líquido que emergía gota a gota de la hendidura de la corona de su sexo en forma de seta. La primera vez que me incliné para probarlo en la fuente, lo hice con sumo cuidado, como si lamiera néctar de un espino. Pero pronto algo semejante a la avidez me fue volviendo imprudente, arrodillándome frente a él mientras continuaba la extracción. No había conocido un poder igual sobre otro ser… allí estaba él, a mis pies, expuesto, inconsciente, plenamente a mi merced. ¿Qué pasaría si sus ojos se abrieran de par en par sin avisar y me mirara con esa contemplación errante, una mirada menos que agradable, menos que humana en realidad? ¿Y qué pasaría si hiciera esos ruidos como gárgaras? Habría hecho falta mucho más para arrancarme de mi tarea, mi obstinada extracción del jugo que continuaba llegando… sólo a cuentagotas, es cierto; pero el milagro era que continuaba llegando.

Tan pronto como lamía una gotita rezumaba otra de la hendidura de esa carne suave como un arroyo de savia. Un poco de masaje, un poco de fricción… y afuera rezumando. ¿Era la ligera salinidad lo que me quitaba la sed; una sed que por sí sola la bebida no conseguía aplacar? Una y otra vez me levantaba de la cama en busca de aire. Y de interminables sorbos de agua. También le daba de beber; por lo que pude ver, la sed se había apoderado también de él: sus labios estaban secos, y blancos en las comisuras. No, no le privé. Incluso me acordaba de darle su arroz, un bocado o dos cada vez. Pero estar de pie me suponía un esfuerzo. Mareada, con los pies pesados, me movía como en un delirio, con el único deseo (y era un deseo) ardiente de volver a la cama, y a ese pequeño punto de humedad que rezumaba su sexo. Eso era lo que me daba satisfacción. Eso. No el agua tibia e insípida que bebía y bebía.

¿Sorprendente que para entonces estuviera frotándome también entre las piernas, a ritmo con el constante sangrado de su savia? Darme placer a mí misma no era nada nuevo. Quizá si las cosas hubieran sido diferentes, si alguien —cualquiera— del kampong se hubiese atrevido a tocarme, es posible que aún no hubiera aprendido a tocarme con tanta habilidad, pero nadie lo había hecho; así que lo hice yo. ¡Cuántas veces había estado justo delante de la ventana de mi habitación, tocándome con el sarong levantado, mientras un macho desconocido, objeto de mi calenturienta

imaginación, se ocupaba de sus asuntos en el kampong de abajo! Aun cuando a ellos —porque había muchos machos así— se les ocurriera levantar la mirada y me pillaran enmarcada en la ventana, fuera lo que fuere que vieran en mí desde el pecho hacia arriba, nada desvelaba lo ocupada que estaba por debajo de la línea de la ventana. Adolescentes enjutos, hombres panzudos… no era exigente en esos objetivos. En una ocasión fue un viejo hindú con un taparrabos andrajoso que se encorvaba para hacinar leña. Esa vez estuve después algo más avergonzada que lo normal. Pero la vergüenza no se diferencia mucho de un trozo de hielo: difícil de tragar, pero sólo durante un instante hiriente. Luego se derrite, se va.

Dado lo que ya sabía, no era tan arduo toquetearme con una mano y lograr poco a poco el goteo con la otra, mientras también me las arreglaba para lamer. Continuamente me maravillaba el extraño crecimiento de esa resbaladiza punta rosada, blanda como la goma un momento y lo suficientemente dura al siguiente como para que las venas batieran contra las yemas de mis dedos. Por último, los lametones dieron paso a una succión completa, al ritmo de la succión que latía entre mis piernas justo antes de que el largo temblor me invadiera.

Por la noche estaba loca de abandono. Me quité toda la ropa —cosa que no había hecho nunca en su presencia— dejando caer mi sarong encima del suyo, que estaba en el suelo en un ovillo, donde lo había lanzado. Me incliné para estudiarlo y vi que tenía los ojos abiertos, fijos justo por encima de mí con la conmoción del que mira fijamente a un fantasma. «¿Será mi pelo…, mi descuidada masa de pelo crespo?», me pregunté. Entonces cerró los ojos, como para evitar la perturbadora visión, cualquiera que fuera.

Me puse de pie en la cama y me arrodillé junto a él, mirando a sus pies. En la habitación, el aire era tan caliente y cerrado que podía oler mi propio sudor —un olor agrio, malsano— junto con los vapores conocidos que desprendía su cuerpo. No sentía la diferencia con un estado febril: el sudor, la respiración corta, la sed. Por supuesto, iba a buscar el líquido. Como el agua que malgastaba mientras temía la sequía, continué volviendo a esta humedad salada, que daba sed, para aplacar la sed.

Mientras me ponía en cuclillas sobre él, en dirección a sus pies, doblada para beber de la fuente, dio la casualidad de que bajé la entrepierna sobre su mano, que yacía al costado con los dedos curvados y la palma hacia arriba. Ese roce, tan ligero, me llegó hasta la médula, y todo lo que tuve que hacer —sin interrumpir mi

succión— fue mecerme hacia adelante y hacia atrás, adelante y atrás, sobre su mano abierta, mientras subía hasta ese borde desde el cual el cuerpo anhela caer a plomo. Caí en picado. Me lancé hacia adelante hasta que mi cabeza fue a descansar a sus pies. Al cabo de un rato me di la vuelta y le doblé la mano, con lo que descubrí algo resbaladizo en sus dedos, parecido al líquido resbaladizo de la mía. ¿Tendrían también los dos el mismo sabor? Lo tenían. Quería que él probara ambos. Sequé su mano mojada en uno de mis pechos y llevé ese pezón a su boca, donde lo presioné contra los labios. Luego, bajé mi otro pecho hasta la humedad de la punta de su sexo, primero friccionándolo, para después hacer lo que había hecho con el otro.

La sed era tan aguda ahora que apenas podía tragar. Coloqué mi boca sobre la suya, explorando a fondo con la lengua; sobre y bajo la suya, recorriendo los dientes, entre encías y labios. Su aliento olía a humedad, el sabor era agridulce. La combinación hizo que se me hiciera la boca agua. Después seguí con sus orejas, primero una y después la otra, lamiendo las curvaturas y los huecos, para ir al fin al conducto y llegar al sabor penetrante de la cera. Bajé a los sobacos, hundiendo la nariz en la acre espesura de pelo, abajo sobre su pecho y su barriga para lamer el ombligo; y más abajo, a las profundidades de los genitales.

Antes no me había dedicado nunca a lamerle la bolsa. Ahora le pasé la lengua por encima de la peluda piel abultada, antes de levantarla para lamer también por debajo, siguiendo la línea que corría hacia la abertura. Me paré en el borde, para tomar aire; luego, levantándole las piernas por las rodillas, separando los cachetes, hundí la lengua hasta dentro de lo más recóndito, tan adentro como podía llegar.

Un gusto oscuramente penetrante me estalló en el paladar; el sabor de una planta venenosa, quizá… algún tipo de cebolla incomestible. El descubrimiento era vertiginoso. Quería someterlo a él a algo comparable. Entonces fue cuando me desplacé hacia arriba con una pierna a cada lado de su cara. Me quedé de rodillas sobre él, separándolas cada vez más hasta que el mismísimo núcleo, el verdadero corazón de esa recóndita hendidura que había entre mis piernas quedó abierta de par en par y plantada directamente sobre su boca. Ahora estábamos comprometidos en un largo beso húmedo; eran mis labios, diría yo —esos otros labios— los que dieron el beso cuando untaron su saliva en los de él.

—¡Prueba! —dije, presionando hacia abajo las caderas con fuerza, haciendo círculos cada vez más rápidos, besando con mayor

profundidad.

Me moría de sed. Me moría, me moría… y en las ansias de los estremecimientos que me derribaron del otro lado de su cara, vislumbré a qué se parecía ese dejarse ir y desaparecer a partir de la oleada de inseparable placer y dolor.

Después de un rato sentí un picor en la piel y noté, antes de verlo, que la luz nacía, una luz que en vez de calentarme me helaba. Abrí los ojos ante la cara redonda de la luna, que llenaba la ventana y me miraba fijamente.

Recogí el sarong y me lo até alrededor del pecho. Ya afuera, permanecí brevemente en la galería para absorber la noche, las sombras índigo y las formas de los tejados del kampong, las palmeras encorvadas y la borrosa línea costera del mar. ¡Cuánta quietud…!, ni una brisa, ni una llovizna que rompiera la ola de calor y dejara paso al monzón. Esas flores amarillas habían brotado y se habían vuelto blancas en una irrupción de falsas promesas.

Ahora la luna no estaba tan cerca; se había retirado a cierta distancia, desde donde derramaba su camino de luz; camino que conducía directamente desde las escaleras de la galería, en línea recta pendiente abajo, hasta el mar. Me puse en camino sin la menor vacilación; nada parecía más natural ni más inevitable que seguir su rayo. Lo seguí hasta que la arena se volvió húmeda bajo mis pies. Desde allí el sendero brillaba como una alfombra desplegada en mi honor, como bienvenida, a través de la superficie del mar. Di mi primer paso hacia las olas. Fue fácil, no era nada, pude notar la ligera resaca tirando de mí.

Pero en el umbral de ese paseo hacia las olas me giré —no sé por qué— para dar unos pasos a lo largo de la playa… y me encontré con que el rayo me seguía el rastro. Me paré y giré en la otra dirección… y allí estaba el rayo de luna, todavía a mi lado. Di la vuelta una vez más, echando a correr; y de nuevo volvía a venir detrás de mí.

Fuera cual fuere el camino que tomara, playa arriba o abajo, la senda de luz seguía mis talones, obstinada.

No era la luna la que estaba dando las órdenes… ¡era yo la que guiaba al rayo! Me lancé como una flecha a un lado y otro, parando y arrancando, mareada de describir círculos alrededor de la luna.

Cuando no pude correr más me dirigí a casa, con el mar detrás de mí, la luna a cuestas.

Tenía tiempo para lavarlo. No estaba planeado; no había pensado que fuera a volver. Con todo, aquí estaba, de vuelta a casa, a tiempo para una última lavada.

No pensaba que pudiera hacer también lo otro; pero asimismo lo hice.

Lo dejé ir.

El uno al otro

DORIS LESSING
Traducción de Victoria Llórente

«A la gente le agradan las certezas —escribió Doris Lessing—. Más aún, ansía certezas, busca certezas y grandes verdades altisonantes.» Tal vez por esta razón se establecen normas, se imponen tabúes, se castiga el disenso. El sexo, exclusivamente en su función oficialmente reconocida de reproducir la raza humana, es una de estas grandes «verdades altisonantes» y cualquier divergencia merece la condena pública. Todas estas herejías son objeto de condenas clasificadas por grados, y al incesto le corresponde uno de los grados más altos.

No en todas las sociedades es tabú el amor entre hermano y hermana. El ejemplo más famoso de incesto consentido entre hermanos es el de los faraones de Egipto; en otras sociedades son condenadas solamente algunas relaciones incestuosas, como, en la sociedad balinesa, la relación entre mellizos de sexo opuesto hijos de padres de casta inferior, pues se supone que han tenido relaciones sexuales mientras estaban en el útero. Para Doris Lessing, la cuestión del incesto así considerada carece de importancia; su historia se refiere al caso individual, cuando la elección tiene que ver tanto con la libertad personal como con la responsabilidad social.

—¿Es de suponer que va a volver tu hermano?

—Podría ser.

Permaneció de espaldas con valentía mientras se ajustaba la corbata, el cuello de la camisa, y movía la mandíbula a un lado y a otro para verificar el afeitado. Luego, mediante todo tipo de pretextos, rígido, la mano en el nudo de la corbata, miró a través del espejo más allá de la mejilla izquierda hacia el cuerpo de su mujer, bellamente dispuesto sobre la cama, el peso sobre su codo derecho, y los antebrazos dedicados a los movimientos necesarios para limarse las uñas. Él dejó caer la mano y exigió:

—¿Qué quieres decir con «podría ser»?

Ella no contestó pero, con ademán estudiado, colocó una mano

en alto para examinar las cinco flechas rosas. Era una chica de pelo moreno, delgada, muy delgada, en torno a los dieciocho años. La pose, la forma de inspeccionarse las uñas, el camisón de rayas rosas, que dejaba al descubierto unas largas y delgadas piernas blancas… todas sus actitudes de revista eran el intento por esconder una ansiedad tan profunda como la suya; ya que la respiración, al igual que la de él, era audible y corta.

Él no lo percibió. La sola fiebre de los ojos negros de la chica, los músculos como varillas que aparecían en la carne del brazo, le hicieron notar lo mucho que ella deseaba que se fuera; y pensó, fogoso, debido a la vehemencia de su necesidad por ella: «Hay algo insano en ella, sí…». La palabra le generó culpa. Lo aceptó y permitió que su mente, extremadamente alerta al intentar captar la causa de su desdicha, añadiera: «Sí, sucia; no es limpia». Esta nueva actitud crítica lo sorprendió y recordó el cuidado obsesivo que ella dispensaba a su propia carne, pelo, uñas, y las largas horas que pasaba en el baño.

«Sí, sucia», insistió su naciente aversión. Así pertrechado fue capaz de girarse, con lentitud, para mirarla directamente, en vez de hacerlo a través del frío cristal. Era un hombre joven, compacto, bien arreglado, cepillado y aseado que un mes antes —en la boda— había resultado algún centímetro más bajo que ella, pero que con su confianza en la humanidad había vencido a la caprichosa adolescencia de ella. Mantuvo ahora la presión de una mirada azul fija, tan atractiva (cosa de la que no era consciente) como agresiva… con la que quería dar a entender una advertencia. Mientras tanto controlaba una reacción fuerte que sabía podía desvanecerse con el simple hecho de que levantara los brazos hacia él.

—¿Qué quieres decir con «podría ser»? —volvió a decir.

Tras unos momentos sin respuesta, lánguida, girando la mano a un lado y otro, ella añadió:

—He dicho que podría ser.

Este diálogo repetía, para los dos, no sólo los cinco minutos anteriores, sino otras mañanas en las que había sido tan frecuente como sobreentendido. Estaban al borde del desastre, pero el joven esposo estaba retrasándose. Miró el reloj con un gesto que decía, aunque sin convicción, meramente como bravata: «Salgo a trabajar mientras tú te quedas ahí, tumbada…». Luego, dio media vuelta y se dirigió a la puerta, aminorando la marcha a medida que se acercaba a ella. Se detuvo. Manifestó:

—Bueno, en ese caso no estaré de vuelta para la cena.

—Como te convenga —pronunció ella con languidez.

Ahora yacía tumbada de espaldas y agitó las manos delante de los ojos para secarse un esmalte que, no obstante, ya tenía tres días.

Él alzó la voz:

—¡Freda! Lo digo en serio. No voy a…

Parecía atrapado y desafiante a la vez; pero evidentemente intentaba hacer todo lo posible por mantener la dignidad, su masculinidad, frente a… pero, ¿a qué? La fría sonrisa que su esposa cruzó con él (a diferencia de lo que había estado haciendo esa mañana desde que se despertó) no fue del todo consciente. ¿Es posible que no fuera consciente de la directa brutalidad de su torpe y despreciativa sonrisa? Llevaba implícita una invitación; y fue eso, el inconsciente triunfo que había en ella, lo que lo hizo palidecer, iniciar un balbuceo:

—Fre-Fre-Fred-Freda…

Pero renunció y abandonó la habitación de forma abrupta aunque silenciosa, poco acorde con la medida de su horror.

Ella siguió tumbada escuchando el descenso de las pisadas y cómo se cerraba la puerta de la calle. Luego, sin apresurarse, levantó las largas y finas piernas blancas acabadas en diez pequeños escudos rosas por encima del borde de la cama y, sobre ellas, junto a la ventana, observó la bien peinada cabeza de su marido, como se alejaba por el pavimento. Vivían en un extrarradio de Londres y tenía que llegar al centro, donde ejercía como empleado con posibilidades de promoción. La mayoría de las otras personas también iba de camino a sus trabajos. Los observó a él y a los otros, hasta que vio cómo se giraba al llegar a la esquina, la cara tensa por la ansiedad. Lo saludó con indolencia, sin sonreír. Él miró fijamente hacia atrás, como si estuviera ante el recuerdo de una pesadilla, de forma que ella se contrajo, se retiró de la ventana y no vio el saludo y la sonrisa frenéticamente tardíos que él le dispensaba.

Ahora estaba de pie con el ceño fruncido ante el largo espejo del guardarropa nuevo: una muchacha muy alta, inclinada por la altura, toda codos y rodillas, más ridícula incluso debido al corto camisón. Se lo sacó por encima de la cabeza, mientras se tranquilizaba lanzando una mirada de soslayo a los pechos impetuosos y la torneada cintura; luego se puso con rapidez un negligé blanco con volantes que se extendían por el borde y alrededor del cuello, del que emergía con aplomo la cabeza. Ahora tenía mucho mejor aspecto, incluso parecía una modelo. Se cepilló el corto pelo, negro y brillante, y clavó la vista durante un largo momento en los profundos ojos ansiosos. Volvió a la cama.

Se estiró al oír que se abría con suavidad la puerta de la casa y que se cerraba, otra vez, delicadamente. Escuchó como la persona invisible también escuchaba y vigilaba, ya que se trataba de una casa transformada en semiseparada, con un pisito de dos habitaciones. La dueña vivía bajo este piso en la planta baja y al joven marido le había dado por preguntarle cada noche, como por casualidad, o por escuchar con descuido la información fácilmente dada, sobre las idas y venidas por la casa y los movimientos de su mujer. Ahora los pasos se acercaron con firmeza, se abrió la puerta muy lentamente y ella levantó la vista; la cara le resplandeció al ver entrar a un joven muy alto, larguirucho y moreno.

Él se sentó en la cama junto a su hermana, cogió la mano delgada en la suya igualmente flaca, la besó, la mordió amorosamente y después se adelantó para besarle los labios. Sus bocas se retuvieron, mientras cuatro ojos intensamente negros también se retenían. Después, ella cerró los suyos, tomó el labio inferior de él entre los dientes y le pasó la lengua. El muchacho comenzó a desvestirse antes de que ella lo soltara y le preguntara a continuación, sin el descaro que había utilizado con su marido:

—¿Tienes prisa hoy?

—Tengo un trabajo en Exeter Street.

Como electricista, no estaba sujeto a despacho u oficina.

Se metió desnudo en la cama junto a su hermana, murmurando:

—Olive Oyl. (En la versión española, Oliva u Olivia es la enamorada de Popeye, famoso personaje de cómics. N. de la T.)

El largo cuerpo de ella se presionó contra el de él con un fervor de gratitud en nombre del amor, ya que no había recibido nunca absolución de su marido como de este hombre; y lo recompensó con un murmullo amoroso:

—Popeye.

De nuevo, a pocos centímetros de distancia, se clavaron la mirada. Los ojos del joven, aunque igualmente hundidos en la cavidad ósea, sobresalían, el globo ocular redondeado bajo una delgada carne de aspecto magullado, prematuramente arrugada. Los de ella, en cambio, estaban delicadamente perfilados por una clara piel blanca; él besó las copias perfeccionadas de sus propios feos ojos y dijo, mientras ella se le apretaba:

—Vamos, vamos, Olive Oyl, no tengas tanta prisa, lo vas a estropear.

—No, eso no nos va a pasar.

—Te digo que esperes.

—Pues vale…

Los dos cuerpos quedaron inmóviles un buen rato, mientras respiraban hondo. La mano de ella, en la parte baja de la espalda de él, hizo una suave presión circular para atraerlo. El joven tenía las dos manos en los huesos de las caderas de ella para contenerla, pero la chica lo sorteó y se unieron. Él dijo otra vez:

—Vamos, espera. Quédate quieta.

Permanecieron tendidos, absolutamente inmóviles, con los ojos cerrados.

Al cabo de un rato, él preguntó repentinamente:

—Eh, ¿lo hizo la noche pasada?

—Sí.

Sus dientes quedaron al descubierto contra la frente de ella y dijo:

—Tú debiste hacérselo.

—¿Por qué hacérselo?

—Eres una cerda.

—¿Ah, sí? ¿Qué hay de Alice?

—¡Ah, ella!

Gritó y dijo: «Para, para».

—Pues, ¿quién es entonces el cerdo?

Movió las caderas en redondo y él se las sujetó, mientras le murmuraba con ternura:

—No, no, no, no.

De nuevo la quietud. Con un luminoso exterior de urbanización, en el pequeño dormitorio luminoso colgaban unas cortinas nuevas de color verde que se sacudían contra un mobiliario demasiado grande y nuevo, mientras los largos cuerpos blancos permanecían inertes, boca con boca, los ojos cerrados, unidos por alientos hondos y silenciosos.

La respiración de él se aceleró, clavó las uñas en los huesos de las caderas de ella, liberó su boca y comentó:

—Entonces, ¿qué tal Charlie?

—También me hizo gritar —murmuró ella mientras, con los ojos cerrados, le daba un lengüetazo en el cuello.

Esta vez fue ella la que le sujetó el lomo con fuerza a la vez que decía:

—No, no, no; lo vas a estropear.

Se quedaron tumbados, juntos. Un largo silencio, una larga quietud. Luego, la agitación de las cortinas la aguijoneó, tensó el pie y lo frotó delicadamente hacia arriba y abajo de la pierna de él, que censuró con enfado:

—Entonces, ¿por qué lo echas tú a perder? Acababa de empezar.

—Es mucho mejor después si se hace verdaderamente difícil.

Ella se deslizó y presionó los músculos internos para hacerlo más difícil, retándolo con una sonrisa, y él le rodeó la garganta con las manos para detenerla, en una presión medio en broma medio en serio, a la vez que se movía hacia dentro y hacia afuera de ella exactamente con la misma ambiciosa, sarcástica, pero solícita necesidad que mostraba su hermana: ver lo lejos que podían llegar ambos. Al cabo de un momento estaban tirándose del pelo el uno al otro, mordiéndose, hundiéndose entre finos huesos, y luego, justo antes de la explosión, separándose al unísono para quedar tumbados por separado, temblando.

—Lo hemos conseguido —dijo él, y le acarició el pelo, cariñoso y enamorado.

—Sí. Cuidado ahora, Fred.

Volvieron a unirse en un deslizamiento.

—Ahora va a ser del todo perfecto —musitó la chica, satisfecha, con la boca contra el cuello del joven.

Los dos cuerpos quedaron juntos, temblando por la tensión y sacudiéndose de vez en cuando de manera involuntaria; pero poco a poco se aquietaron. Su respiración, en un principio jadeante, se calmó. Respiraban a la par. Habían llegado a ser una sola persona, abandonados el uno en el otro, silenciosos y agotados.

Largo tiempo, largo tiempo, largo…

Abajo pasó un coche muy ruidoso por esa calle, habitualmente en silencio. El joven abrió los ojos y examinó la cara plácida de su hermana.

—Freda.

—Ohhh.

—Sí, tengo que irme, debe de ser casi la hora de comer.

—Espera un momento.

—No, que nos volveremos a excitar y lo estropearemos todo.

Se separaron con ternura, pero los movimientos que utilizaban para liberar sus cuerpos, manos suaves en cada una de las caderas, parecían más dirigidos a encajar. Separados, siguieron inmóviles, sonriéndose, tocando el rostro del otro con la punta de los dedos, lamiendo los párpados del otro con pequeños lengüetazos de gato.

—Cada vez nos sale mejor.

—Sí.

—¿Dónde has ido esta vez?

—Ya lo sabes.

—Sí.

—¿Dónde has ido tú?

—Ya lo sabes. Al mismo lugar que tú.
—Sí. Cuéntame.
—No puedo.
—Ya sé. Cuéntame.
—Contigo.
—Sí.
—¿Somos una persona, entonces?
—Sí.
—Sí.
Silencio otra vez. Él se animó de nuevo.
—¿Dónde trabajas esta tarde?
—Ya te lo he dicho. Es una panadería en Exeter Street.
—¿Y después?
—Voy a llevar a Alice al cine.
Ella se mordió los labios, castigándolos y castigándole, después le clavó las uñas en el hombro.
—Bueno, mi amor, sólo me acuesto con ella, eso es todo, hago que se corra, no entendería nada mejor.
Se incorporó, comenzó a vestirse. Al cabo de un momento era un joven alto y sobrio con un suéter azul oscuro. Se atusó el pelo con los cepillos de Charlie, como si viviera ahí, mientras ella seguía tumbada desnuda, observando.
Se volvió y sonrió, afectuoso y posesivo como un marido. En el rostro de ella había algo, una absorta desesperación, que hizo que el suyo se endureciera. Se agachó junto a ella, ceñudo, descubriendo los dientes, y le colocó con suavidad el pulgar sobre la tráquea, mientras le examinaba atentamente los oscuros ojos. Ella carraspeó y tosió. Él dejó caer el pulgar.
—¿Y eso a qué viene, Fred?
—Jura que no lo haces con Charlie.
—¿Y cómo iba a poder hacerlo?
—¿Qué quieres decir? Podrías enseñárselo.
—¿Y para qué? ¿Por qué crees que voy a querer, Fred?
Los dos pares de ojos hundidos se miraron, solos en su incertidumbre.
—¿Cómo podría saber lo que quieres?
—Eres tonto —dijo de golpe con una sonrisita maternal.
Con una exhalación como un gemido, dejó caer la cabeza hacia los senos y ella la sacudió con cariño, mirando a la pared por encima de él.
—No viene a cenar esta noche; está enfadado.
—¿Ah, sí?

—Continúa hablando de ti. Hoy me ha preguntado si ibas a venir.

—¿Qué se lo hace suponer? —Retiró la cabeza de golpe, levantándola del blando soporte, y clavó la mirada en ella con amargura—. ¿Por qué? ¿No habrás hecho ya el tonto, verdad?

—No, pero Fred… después de que has estado conmigo supongo que soy diferente…

—¡Por Dios! —Se levantó de un salto, desesperado, iniciando movimientos de huida, enfado, odio, evasión… reprimiendo cada uno de ellos—. Entonces, ¿qué quieres? ¿Lo que quieres es que te haga llegar? Pues si es eso lo que quieres es bastante sencillo. Vale, pues, tú te tumbas y yo te lo hago; haré que te corras hasta que grites, si eso es todo…

Estaba a punto de quitarse la ropa, pero ella salió disparada de la cama, cubriéndose apresuradamente con sus volantes blancos, en un movimiento instintivo por proteger lo que tenían. Se acercó a él, a su misma altura, y lo tomó de los brazos por el costado.

—Fred, Fred, cariño, mi amor, no lo estropees, no lo estropees ahora que…

—¿Ahora qué?

Se enfrentó animosa a su fiera mirada y dijo con firmeza:

—¡Vaya! ¿Qué esperabas, Fred? No es idiota, ¿verdad? Y… bueno, ¿qué pasa con Alice y contigo? Hacéis lo mismo, es normal, ¿no? Quizá si tú y yo no tuviéramos a continuación a Charlie y Alice, no seríamos capaces de hacerlo a nuestro modo, ¿has pensado en eso?

—¡He pensado en eso! Bueno, ¿y qué te parece?

—Pues que es normal, ¿no?

—Normal —repitió horrorizado, a la vez que buscaba en su cara enamorada algo que le devolviera la tranquilidad ante aquella palabra—. ¿Te parece normal? Bueno, si vas a utilizar palabras como ésa…

Las lágrimas corrían por su cara, ella las besó en un impulso de amor protector.

—Bueno, ¿por qué dijiste que tenía que casarme con él? Yo no quería, tú dijiste que debía hacerlo.

—No se me ocurrió que podía fastidiarnos.

—Pero no ha sido así, ¿verdad, Fred?

Ahora era ella la que buscaba ansiosamente que la tranquilizara. Se clavaron la mirada; luego, los ojos se cerraron, acercaron sus mejillas y lloraron, tomándose de las manos con amor, por el miedo a que su marido, su chica, pudieran abaratar lo que ambos eran.

—¿Qué era lo que estabas a punto de decir?
—¿Cuándo?
—Ahora mismo. Has dicho, no lo estropees, ahora que…
—Me he asustado.
—¿Por qué?
—Imagínate que me quede preñada. Porque un día tendré que hacerlo, como es justo, él quiere tener hijos. Suponte que me deja… que le entran ganas de dejarme, como hoy. Bueno, nota algo… es evidente. No importa lo mucho que lo intente con él, sabes que lo nota… Fred…
—¿Qué?
—No existe ninguna ley contra ello, ¿verdad?
—¿Contra qué?
—Quiero decir que un hermano y una hermana pueden compartir un lugar y nadie diría nada.
Fred se separó de ella con rigidez:
—Tú estás loca.
—¿Por qué voy a estarlo? ¿Por qué, Fred?
—Simplemente no piensas, eso es todo.
—Entonces, ¿qué vamos a hacer?
No contestó y ella suspiró dejando caer la cabeza sobre el hombro del joven, de manera que él pudo percibir en el cuello cómo abría los ojos y las pestañas mojadas.
—No podemos hacer nada más que continuar como estamos, tienes que darte cuenta.
—Entonces tengo que ser amable con él, de otra manera me va a dejar, y yo no lo culpo.
Lloró, en silencio y él la abrazó, callado.
—Es tan duro… No hago otra cosa que esperar que vengas, Fred, y tengo que fingir todo el tiempo.
Siguieron en pie, silenciosos, secándose las lágrimas, las manos entrelazadas. Se sosegaron lentamente, en el amor y en la pena, de la misma manera que se aquietaban en sus largos silencios cuando el hambre de la carne era sostenido por el amor al borde del goce, tanto que se extinguían, consumían por completo y fundían en una llama de identidad.
Por fin se besaron; besos de hermanos, bondadosos y cálidos.
—Vas a llegar tarde, Fred. Te van a echar.
—Siempre podré buscarme otro trabajo.
—Siempre podré buscarme otro marido…
—Olive Oyl… qué buen aspecto tienes con este negligé blanco.
—Sí, soy justo del tipo que no está bien desnuda, necesito ropa.

—Tienes razón… Tengo que irme.
—¿Vienes mañana?
—Sí. ¿Sobre las diez?
—Sí.
—Tenle feliz, entonces. Ta-ta.
—Cuídate… cuídate, mi amor, cuídate…

La marea

A. P. DE MANDIARGÜES
Traducción de Jesús Munárriz

Los antiguos griegos creían que el eros era la fuerza unificadora del universo físico. «Pues todos estos elementos —sol, tierra, cielo y mar— están en armonía con todas sus partes moldeadas a partir de ellos en las cosas mortales —escribió Empédocles—. Y así, todas las cosas que mejor se adaptan unas a las otras son más o menos idénticas y están unidas en el amor por Afrodita.» Nuestras relaciones humanas, pues, son espejos de relaciones más vastas, y nos movemos con el movimiento de las estrellas.

André Pieyre de Mandiargues aprendió su arte de los surrealistas y para él «no hay nada esencialmente humano que no exista naturalmente en una piedra, una planta o un animal». Convencido de esto, escribió cuentos en los que nuestros actos corresponden a hechos que ocurren en la naturaleza, más grandes o más pequeños: el cambio de estaciones, las migraciones de los animales salvajes, las mareas. John Ruskin llamó a este mimetismo, que atribuye emociones humanas a la naturaleza, «la falacia profética». Mandiargues invierte la comparación y describe nuestras búsquedas eróticas en términos de fenómenos naturales. Exemplum docet *—el ejemplo enseña—, dice el antiguo adagio. En el cuento de Mandiargues, el ejemplo es el mundo mismo, del cual aprendemos el sentido de nuestros actos.*

Julie, mi prima, tenía dieciséis años, yo tenía veinte, y esa pequeña diferencia de edad, que más tarde iba a convertirse en insignificante, la hacía dócil a mis mandatos como si ella hubiera sido una niña todavía y yo plenamente una persona mayor. Era en el mes de agosto, en Normandía, en un verano tan hermoso y tan cálido que nadie recordaba haber visto nada parecido en aquella lluviosa región. Yo me iba con Julie a las playas o a los margales, con el pretexto de pasear o de pescar cangrejos o buscar fósiles, pero lo que hacíamos sobre todo era hablar. Ella me contaba sus amores precoces con muchachos conocidos en los «tés danzantes» a

que la llevaba su madre, y los pequeños placeres que ello le proporcionaba, y yo le contaba los placeres más agudos que obtenía en París con chicas vulgares, en una casa donde acudían a venderse y que era gobernada por una señora gruesa que se parecía, curiosamente a su madre, mi digna tía. Entonces estallaban nuestras risas, o bien nos callábamos durante un buen rato y nos mirábamos, pero nuestras relaciones habían sido siempre distantes y castas, aunque Julie hubiera adivinado (me lo dijo después, la muy pícara…) el furioso deseo que yo sentía por ella y en particular por su boca entre todas las partes de su cuerpo. Porque tenía unos labios muy pálidos y ligeramente malvas, engrasados con vaselina (para evitar que se le agrietaran), en un rostro de un tono rosado, con ojos de color de agua turbia y cabello de un rubio un poco gris cortados a lo Juana de Arco, como se suele decir, y había en aquella boca un algo a la vez joven y marchito, impuro y fresco, con algo de muy indecentemente abierto y de manifiestamente virgen sin embargo, que me ponía en un estado en el que habría podido taladrar el suelo.

Resultó que mi tía fue invitada a una montería en la región del bajo Sena, y Julie, a la que daban pena los animales, rehusó acompañarla, prefiriendo quedarse sola en el palacete. Yo propuse para aquel día un largo paseo por la orilla del mar, y le dije que iría a buscarla por la mañana a las ocho, que tomaríamos bicicletas para ir a Denderville, que luego iríamos a pie, por la playa, hasta la quebrada de Cuval, y que comeríamos por el camino a condición de que preparara ella los víveres, como de costumbre. Derrochaba en la confección de bocadillos tanta aplicación como imaginación, y yo le reservaba siempre esa tarea.

Llegamos a Denderville poco después de las nueve, pues habíamos salido con un ligero retraso (que yo había calculado). Después de encadenar nuestras bicicletas junto a la garita de los carabineros, bajamos hasta los cantos rodados y luego a la arena húmeda por la que se caminaba cómodamente frente a las olas. Tres niños jugaban a nuestras espaldas. Una mujer sentada, cerca de la escalera de cemento, hacía punto; pronto estuvimos absolutamente solos. Yo iba delante, para no ver a Julie, a la que quería olvidar para emocionarme más cuando volviera a encontrarla, y así caminábamos muy deprisa. Pero el mar subía rápidamente también, porque la luna nueva había aparecido tres días antes y era la época de la gran marea, la mayor antes de las de septiembre y octubre. Cuando las olas empezaron a romper en la arena y una de ellas, más violenta, nos mojó los pies, me acerqué al acantilado, que en aquel

sitio no estaba bordeado de guijarros, y continuamos nuestra marcha por una especie de meseta de greda en la que había que estar atento a los musgos verdes que la hacían resbaladiza.

—Si seguimos —dijo Julie—, nos va a alcanzar el mar. No llegaremos de ninguna forma a Cuval antes de la marea alta.

—Es culpa tuya —le dije—, habrías debido estar lista antes. Pero ya es muy tarde y hemos avanzado demasiado para volvernos atrás. Vamos a ir hasta ese gran derrubio que hay delante de nosotros y adonde no llegan nunca las mareas más altas, y nos quedaremos allí hasta que el mar haya vuelto a bajar. Entonces podremos ir a Cuval y volver por lo alto del acantilado, o bien dar media vuelta, si estamos cansados.

Al haberse levantado un poco de viento, las olas aumentaban su ímpetu y rodaban ahora sobre el dorso del banco de arena antes de terminar su carrera entre riñones de greda parecidos a panes de azúcar. Al romper encima de nosotros, nos salpicaban, como para empujarnos contra el acantilado que pronto sería golpeado por el mar. Así que me di prisa, aunque no fuera fácil caminar por tal terreno. Detrás de mí, oía el resoplar de Julie, que había corrido para alcanzarme; pero no me volví. El gran derrubio estaba a menos de cincuenta metros.

Los acantilados, ya se sabe, minados por los golpes de mar, se hunden periódicamente. Era una arista entera la que había caído allí, en una época lejana porque la greda había tomado ese aspecto duro y sombrío que adquiere solamente tras una larga exposición al aire marino, y la masa precipitada debía de haber sido considerable, ya que se extendía al menos un kilómetro en dirección a alta mar, con marea baja. En aquel momento, sólo se veía un tercio de ella, y los fragmentos extremos, aquellas rocas en torno a las cuales habíamos ido a veces a pescar camarones, se hallaban entonces sumergidos en lo glauco.

Tendí la mano a Julie, aunque sin mirarla, para ayudarle a trepar a los primeros bloques. Un sendero mal trazado nos condujo a la cima del derrubio, y entonces ella lanzó un grito de miedo porque el mar, por el otro lado, rompía ya contra los acantilados hasta el entrante de la quebrada de Cuval, y a nuestras espaldas también el camino estaba cortado. De una ojeada, vi que no había nadie en el derrubio. Algunas gaviotas, a las que habíamos asustado, huían volando, y su voz emitía ese ruido agudo que parece siniestro en la soledad. Otros pájaros del mismo color pero más pequeños, que eran tal vez golondrinas marinas, giraban por encima de nosotros y luego se remontaron hacia lo alto del

acantilado.

Continuando mi labor de guía, a pesar de algunas protestas tímidas de mi prima, bajé hacia la punta de aquella especie de cabo. Más o menos en el centro, los bloques se separaban en torno a una cubeta bastante espaciosa donde había canto rodado, grava, arena y un pequeño lago del que caía el agua blandamente hacia el mar, que podía verse en uno de los lados, en un intervalo entre rocas menos apretadas que en el resto del círculo. Allí fue donde me detuve, y Julie saltó de inmediato detrás de mí a la cubeta.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo—. Estamos solos y el agua va a llegar hasta aquí.

—Llegará hasta el laguito, pero no más lejos. ¿Ves, en las piedras, esa línea de algas?, es la marca de la marea alta. Bastará que nos sentemos un poco más arriba para que no nos mojemos más que los pies.

Me senté como había dicho y me quité las alpargatas, y aquel macaco, que me imitaba siempre, hizo lo mismo. Le dije que chapoteara ante mí; ella obedeció. Entonces la miré.

Metida en el agua hasta los tobillos, Julie tenía las piernas desnudas hasta las rodillas, los brazos desnudos, y su vestido corto revelaba el resto de su cuerpo por transparencia, bajo la delgada tela de algodón, porque llevaba un traje de baño negro del que yo veía por el amplio escote una hombrera abrochada. Bajo el flequillo, sus ojos tenían un aspecto húmedo y blando que incitaba a ser tirano, sus mejillas se habían sonrojado apenas una pizca y su boca, que yo anhelaba, ya lo he dicho, más que nada en el mundo, mostraba, sin que hubiera sonreído, unos dientecillos que brillaban al sol. Disimulando lo mejor que pude mi emoción, le ordené que se acercara.

—Ven hacia mí a cuatro patas. Tu vestido ya está sucio, y tendrás tiempo de lavarlo antes de que vuelva tu madre.

Así lo hizo, mi adorable primita, y vi de cerca su mirada de lluvia y su boca ahora sonriente, al tiempo que apoyaba en mi rodilla su mentón dulcemente redondeado. «Lo puedo todo», pensé con ebriedad echándole la mano al cuello para verificar que por el otro lado también había un botón en la hombrera, y que así era el curioso traje de baño un poco pasado de moda que para su hija había escogido mi tía Aliñe.

—Ya ves —dijo—, llevo puesto el bañador. Si quieres, me quito el vestido y podemos bajar a las rocas y nadar sobre los fucos.

—No —dije yo, y desabroché con las dos manos a la vez las dos hombreras—. Es el traje de baño lo que vas a quitarte para quedarte

totalmente desnuda bajo el vestido. Jugar a los peces entre las algas carece de interés. Vas a jugar conmigo a un juego diferente.

—Me parece bien —dijo mirándome de una manera extraña, después de hacer como que pensaba durante unos segundos.

Delante de mí, se quitó por debajo del vestido, balanceándose, el bañador negro; sacó de él una pierna y luego la otra y lo colocó sobre las piedras, y hasta mi olfato llegó un cálido olor a transpiración. Estaba manifiestamente desnuda bajo la tela de fondo blanco en el que florecían ramilletes rosas, que el agua había mojado a chorros y que el fango había ensuciado, y yo veía su cuerpo tan claramente como hacía un instante, o mejor aún, porque el viento aplastaba el tejido contra su vientre y contra su pecho. Me senté un poco más arriba, apoyado en un bloque bastante liso, y colgué de una aspereza de otro mi reloj de pulsera, de modo que pudiera ver cómodamente el cuadrante. A su lado, puse un número del diario local, La Vigié, y luego volví junto a mi prima y le dije que se colocara tan cerca de mí como pudiera aunque sin llegar a aplastarme.

Cuando estuvo casi sobre mí, puse otra vez mi mano en su cuello y en sus hombros, y acaricié bajo el vestido sus bonitos senos duros, sin que ella hiciera el menor gesto de defenderse o de estar asombrada, con esa maravillosa y pura indecencia que es propia de las chicas muy jóvenes. Al mismo tiempo le enseñé, en el periódico, la hora de la marea, recordándole que *La Vigié* daba la hora de los campesinos normandos, y que había que añadir una hora para hallar el horario de verano, el nuestro, el de los parisinos de vacaciones y el de los burgueses. Así, en vez de las 10 h. 14, había que leer 11 h. 14 para la marea alta de aquel día. Mi reloj, muy exactamente ajustado, señalaba 10 h. 40. Por lo que tendríamos que esperar algo más de media hora para que empezara el reflujo.

Ella me escuchaba boquiabierta (es decir, que era su actitud natural). Después de haberle explicado en qué soledad irremediable estábamos los dos en nuestra isla o península, añadí que desde hacía mucho tiempo tenía sed y deseo de aquella boca como un hombre extraviado en el desierto tiene necesidad de agua fresca, y que ahora nada me lo impediría e iba a contentar mi deseo y a calmar mi ardiente sed.

—Me vas a besar en la boca —dijo ella, dispuesta.

—De ninguna manera voy a besarte en la boca, como dices equivocadamente. Sino que vas a recibirme en tu boca, como te he contado (¡y tú ponías cara de que me entendías!) que me recibían las putas en casa de Madame Régine. Me quedaré en ella todo el

tiempo que tarde en subir la marea, más de media hora, ya has visto, y durante ese tiempo, para impedir que hables distraídamente y que me saques fuera, te explicaré el mecanismo de las mareas. Tú estarás muy atenta a la vez a lo que te diga, a lo que haga en tu boca y al mar, que crece en torno de nosotros ahora como crece en mí el deseo. A las 11 h. 14, con toda exactitud, cuando el mar esté rigurosamente en su punto más alto, me derramaré en tu boca. Es bueno que sepas que no es fácil dominarse de esta forma a uno mismo, pero yo tengo cierta maestría en ese terreno, a pesar de mi edad, que no es mucho más avanzada que la tuya. Así que necesitaré mucho recogimiento durante la operación, y tú también vas a concentrarte. Pensarás intensamente en lo que quieras, en ti misma, en mí, en alguien a quien ames o en alguna cosa que quizás te apetezca, y sobre todo intentarás sentir el progreso de mi deseo camino de su cumplimiento. Cuando me derrame en tu garganta, tragarás dócil y alegremente, es indispensable, el don vital que habré vertido en ella, y pensarás en ese don como en el resultado del gran movimiento marino que está a punto de producirse. Yo no estaré obligado a decirte en qué habré pensado durante ese rato.

Me miró estupefacta, y encontré que tenía tan poco aspecto de mujer y tan vivamente el de una niña que casi tuve piedad de ella. Pero ninguna conmiseración hubiera sido capaz de replegar mi deseo. Además, había puesto ciertas esperanzas en el proyecto de esta operación practicada con una inocente, en aquel lugar confinado y en aquel momento extraño, y hubiera sido una debilidad haber llegado hasta allí y luego renunciar. Así que dije a Julie que no podíamos perder más tiempo, y que viniera a colocarse entre mis piernas, que había separado. Su mejilla se posó en mi muslo, y a través de la tela del pantalón sentí su piel ardiente. Con la mano, suavemente, acaricié sus cabellos, que eran de una finura increíble sin ser muy abundantes, y pensé que por agradable al tacto que fuera una cabellera tan sedosa, sería poco duradera; mi pobre tía Aliñe llevaba peluca; a menudo nos habíamos reído del «peluquín» de tía Aliñe.

—Mezquina —dije a Julie muy tiernamente—, querida corderilla, sólo pretendo hacerte bien, tengo para ti una verga de sal que resultaría golosa para cualquier oveja…

Con una mano, entonces, le cerré los ojos, y con la otra acaricié durante algún tiempo su rostro, pasando mis dedos por sus labios que hasta entonces nunca había tocado, tocando sus dientecillos delanteros, los puntiagudos caninos y los molares, tocando la indecente lengua y las encías. Sus mandíbulas, que no apretaba en

absoluto, me aseguraban su obediencia y disponibilidad. Sin dejar de mantener cerrados sus párpados, me desnudé rápidamente y me puse un poco de lado, coloqué más alta su cabeza y autoritariamente (porque hay que demostrar autoridad en algunas ocasiones) entré en el cáliz de su boca. Una pequeña ola, en el mismo instante, pasando por entre las rocas que bordeaban nuestra morada, penetraba en el laguito a nuestros pies con un ruido furtivo como el de una nutria o un castor al sumergirse. Las gaviotas, a las que nuestra tranquilidad daba seguridades, tras haber evolucionado en torno de nosotros volvían a posarse en las inmediaciones, y las oíamos gritar por encima de la marea.

Julie se abandonaba a mi violencia como una ahogada al oleaje. Poco después de la introducción, yo había dejado de apretar sus párpados, y al abrir los ojos ella había observado primero el furioso órgano que se encarnizaba en su boca, pero pronto su mirada se desvió y se unió a la mía con una expresión de estupor y de sumisión que yo no había visto nunca en nadie. Yo sujetaba su cabeza con una mano y le imponía un movimiento ligero y lento, acorde con el ritmo de las olas y con la regular agitación de mis riñones; así que hubiera podido decirse (si alguien nos hubiera espiado) que era una especie de danza o de gimnasia íntima y singular lo que nos mantenía unidos en aquel banco de guijarros, en el fondo de aquel pequeño anfiteatro de rocas invadido por la marea que subía. Con la otra mano acariciaba su cuerpo bajo el vestido, que era tan ancho como corto y al que había soltado yo el cinturón para que no hubiera ningún obstáculo en mis tocamientos. Nada hubiera sido más fácil que quitarle aquel vestido, y Julie, evidentemente, no hubiera protestado si yo lo hubiera hecho, porque era evidente que podía hacerle de todo sin que elevara protesta alguna, pero aquel pobre vestido ensuciado por delante y por detrás la disfrazaba de víctima de una manera que a mí me parecía encantadora, y prefería apretar sus senos ya gruesos, empuñar su delgada cintura, descender hasta abajo por su hermoso vientre liso y hurgar en lo más rizado de su joven vellón bajo el velo de una tela estampada tan ordinaria que a duras penas hubiera sido adecuada para la cortina del cuarto de una criada. Los ramilletes tienen un encanto especial para mí…

—¿Sabes —le dije— que a veces se llama «aluviones adánicos» a los formados por el flujo del mar? La razón de esta curiosa denominación, ahora que lo pienso, ¿no tendrá alguna relación con el parecido que hay entre esa especie de grandes morcillas y lo que te estoy metiendo hasta el fondo de la boca? Puede que no seamos

nosotros los primeros en haber escuchado la prescripción de la naturaleza y en habernos acordado con el ritmo de la marea.

Para que no intentara responder, di un empujón más vigoroso con los riñones que le debió de hacer daño en la boca, porque lanzó un débil gemido. A continuación apretó más estrechamente los labios; yo tenía la impresión de estar forzando una flor húmeda e imaginaba mi caminar por dentro de aquella rosa pálida. Sentí una emoción tan ferviente que me pareció que faltaba poco para el desenlace y que era urgente actuar con objeto de retrasarlo si no quería faltar a lo que me había prometido y a lo que había anunciado a Julie.

Entonces hablé, echando una ojeada a la esfera del reloj para mantenerme al unísono con el fenómeno, y expuse con detalle a Julie las causas del flujo y del reflujo marino tal como las conocemos a través de las opiniones de los antiguos y de las teorías de los sabios modernos, le expliqué el ciclo del ascenso y descenso de las aguas de acuerdo con la posición de la luna, le hablé del retraso de cuarenta y ocho minutos diarios a que está sometido este doble movimiento. Fue iniciada también en las variaciones que se producen en el ciclo, cuyos puntos extremos son las mareas de aguas vivas y las mareas de aguas muertas; supo de la existencia y del papel de las sicigias, así como de la influencia de los equinoccios. Mientras le iba explicando, hacía ir y venir suavemente la cabeza de la joven, y era como si estuviera balanceando la cama de un niño que a su vez me balanceara a mí. El mar, en torno de nosotros, penetraba en todos los huecos del derrubio, inundaba las barrancas. Saltaban chorros de agua en torno a las rocas que protegían nuestro abrigo, y las olas exteriores tenían pequeñas prolongaciones que corrían por la superficie del laguito, lamiendo ya los pies de mi prima. Las gaviotas habían remontado el vuelo y giraban con una agitación y una algarabía que aumentaban por momentos. Nunca me había llegado a encontrar en una comunicación tan fuerte y tan íntima con la naturaleza; sentía afluir en mí la gran corriente vital que circula entre los planetas y que llega quizá hasta las estrellas más lejanas, participaba de alguna manera de la respiración del universo; sin embargo, en lugar de perder consciencia y de extraviarme en el torbellino cósmico, notaba que mis facultades de observación se hallaban poderosamente acrecentadas. Había un punto que me retenía y que distribuía en mí la energía, y ese punto era la rosa en que me había arraigado, la boca de Julie.

Ella, paciente, también miraba al reloj de vez en cuando, al

tiempo que me escuchaba con una atención ávida, y su rostro había adquirido una expresión de gravedad que yo no le conocía y de la que nunca la hubiera creído capaz. Muchas veces me había dado cuenta de la relación curiosamente erótica que existe entre el profesor y el alumno, sobre todo cuando son de sexos diferentes, pero nunca había llegado a poder verificar, como lo hacía entonces, lo bien fundado de aquella consideración, que por otra parte es banal. Estuve a punto de sonreír, y me alejé un poco del término hacia el que ambos, alumna y pedante, nos dirigíamos. Una ojeada al reloj me hizo recobrar la serenidad, porque sólo faltaban seis minutos para la marea alta.

Interrumpida bruscamente mi conferencia después de describir la «barra» de Quilleboeuf, volví, al menos en mi atención, porque mis dedos no se habían apartado de él, al hermoso cuerpo de Julie, y acentué mis caricias acelerando su ritmo. Simultáneamente me esforcé por imaginar de una manera más intensa la subida del mar en torno de ambos, y al cabo de algunos minutos me encontré hasta tal punto confundido con la sustancia elemental, que me parecía que la marea se elevaba en mí como en todo el entorno; se lo dije a Julie, con algunas palabras murmuradas rápido, y ella me hizo señas de que le pasaba lo mismo. Las once y doce. El viento había amainado, el ruido de las olas en los rompientes disminuía, pero la tensión había llegado a su límite, y yo sentía desde las corvas hasta la nuca una especie de felicidad en potencia que creía compartir con la enormidad de las aguas atraídas por la luna. Finalmente, llegó la hora; no tuve necesidad de mirar el reloj porque tuve como un conocimiento interior de la cima, en el momento en que el mar se detiene, y entonces vertí mi felicidad en la boca de Julie. ¿Le causó este violento flujo alguna sorpresa, al menos por su abundancia, ya que sabía el minuto exacto en que se llenaría su garganta? No lo pareció. Lo tragó todo, como le había sido ordenado.

Sin hablar, nos quedamos inmóviles, uno junto al otro, hubiérase dicho que transformados en piedras. Luego me levanté para poner un poco de orden en mis ropas. Julie, cuando volví, se restregó contra mí y me hizo observar que deberíamos esperar cerca de tres cuartos de hora para que el mar hubiera bajado lo suficiente y pudiéramos reemprender nuestro paseo.

—Aún tenemos tiempo de divertirnos —me dijo.

Yo estaba casi avergonzado de haber tenido piedad de ella y de haber soñado en ahorrárselo.

—No —dije—. No hemos venido al derrubio para divertirnos,

sino para que te instruyeras. A partir de ahora, sabrás qué es la marea.

Regalo de cumpleaños

ERIC McCORMACK
Traducción de Antonio Desmonts

La carrera literaria de Eric McCormack empezó tarde, a los cuarenta y nueve años, cuando publicó su primer libro de cuentos. Inspecting the Vaults *es un libro extraordinario, lleno de ingenio y de humor negro, en el que su autor narra los actos terribles de unos personajes aparentemente comunes con impecable distancia. Para McCormack, el texto de un relato lo aleja tanto de su autor como de su lector, de manera que los hechos que ocurren, por monstruosos que sean, deben acatar sus propias reglas, que son las de sus mundos imaginarios. En esto, McCormack es el heredero de los horrores de Poe y de las fábulas de Kafka.*

McCormack no reduce su geografía imaginaria a simples paisajes. El cuerpo es, en su escritura, un lugar imaginario. El poeta Pablo Neruda habló del cuerpo como de una tierra para labrar y sembrar; John Donne lo llamó un mapa, explorado por sus médicos, por sus cartógrafos; para Santa Teresa era una mansión de muchos aposentos. En los cuentos de McCormack es el escondite para el crimen, una casa para ceremonias de culto, un campo de batalla. En «Regalo de cumpleaños», el cuerpo se expande hasta convertirse en un universo erótico completo.

Dónde estaba exactamente en medio de aquellos montes invernales, no lo sabía. Estas cosas sabía: que había viajado interminables millas por aquella carretera que se estrechaba cada vez más, excavada por el quitanieves; y que era su cumpleaños. Ningún coche lo pasaba; los que adelantaba eran modelos anticuados, todo aletas y salientes como el que él conducía. En cuanto a paradas, sólo hizo una, en un lugar llamado Mirador Alto. Atravesó la barrera y bajó la ventanilla. Respiró el aire fresco y contempló al fondo las olas congeladas que eran las montañas. El frío le cosquilleó los pelos de la nariz.

«Todo me es familiar —pensó—. Todo es muy familiar.»

Llegó al motel después de doblar otras cuantas curvas de la

carretera. «El Pabellón del Alce», rezaba el cartel, un nombre anticuado para un motel a la antigua con un poste totémico, cubierto de copos de nieve, en la fachada. La recepción quería parecer una cabaña de troncos. La recepcionista no levantó la vista al entrar él, ni cuando preguntó el número de su habitación.

—La trece —dijo la mujer de pelo gris entre el clac-clac de sus agujas, concentrada en tejer.

Él recorrió el largo pasillo, acolchado por una alfombra marrón oscuro a prueba de manchas. Había recorrido muchos pasillos como aquel.

En el número trece, giró la manija y abrió la puerta.

La habitación era como un millón de otras habitaciones de motel, sólo que un poco anticuada, con las paredes forradas de madera oscura. Excepto por ella.

Estaba junto a la cama y tenía algo que le hizo sentir que la conocía. Por alguna razón, verla le produjo tal tristeza que podría haberse puesto a llorar.

Así que no era más que esto, siguió pensando una y otra vez; después de tantos años, no era más que esto. Pues la mujer estaba allí, desnuda y risueña dentro del cuarto recargado, a su disposición. Respiró hondo y cerró a su espalda. Durante un momento se apoyó contra la puerta, queriendo decir algo —preguntarle su nombre a la mujer, quizá, preguntarle dónde se conocieron hacía tanto tiempo—, necesitado de por lo menos eso. Pero ella sólo sonreía, y se llevó un dedo a los labios y movió la cabeza de un lado a otro.

—No digas nada, querido —dijo—. Ven ahora conmigo.

Conque se quitó la vieja chaqueta a cuadros escoceses encontrada en el coche (no se acordaba de cómo había llegado a ponérsela, una chaqueta con un viejo olor familiar a moho). Y conforme se iba desprendiendo del resto de la ropa, también se fue desprendiendo de la tristeza. Se concentró únicamente en los embotados instintos de su cuerpo, hasta que éstos se hicieron forzosamente cargo, como siempre pasaba. El pecho le latía tan fuerte que temió que se le abriera y diera a luz, por fin, a un corazón. Deseó derramarse dentro de la mujer rápidamente, cumplir rápidamente, acabar rápidamente, volver rápidamente a su sitio.

Pero su pensamiento no tenía misterios para ella.

—No, no —dijo ella—. Esta vez no te apresures.

Retiró los cobertores y le hizo tenderse en la cama. En la mesita de noche había un frasco de crema. Ella se echó un poco en las manos. Luego, se arrodilló sobre la cama y extendió el tibio cieno

por el cuerpo de él, frotándoselo por todas partes, volviéndolo y frotándolo, deteniéndose en especial entre las piernas, acariciándolo con suavidad, tarareando para sí mientras lo hacía.

Cuando hubo acabado de embadurnarle el cuerpo, la mujer suspiró —de contento, se dijo él— y también se tendió.

—Ahora —dijo ella—. Empecemos.

Él se montó encima de la mujer, se sostuvo un momento sobre los propios brazos y la estuvo mirando a los ojos, algo que rara vez hacía; pensó que debía mirarla a fondo y descubrir quién era. Incluso la habría besado en la boca: esto era también algo que rara vez hacía. Pero ella le eludió los labios y le besó las mejillas; jugaba con su pelo ralo, pasándole las manos por el cuerpo rechoncho (todos los días se daba él cuenta en el espejo de lo rechoncho que se había puesto, rechoncho y pálido: un hombre pálido y rechoncho). Lo estuvo acariciando un rato, luego le colocó la cabeza entre sus pechos y lo sostuvo mientras mamaba. Él sintió hincharse el pezón en pos de su lengua y cerró los ojos, hundiendo la nariz en la morbidez de la mujer, tal vez para olerla, con la leche a menos de un centímetro debajo de la carne.

—Basta —susurró ella—. Basta, cariño.

Y entonces ella le empujó poco a poco la cabeza hacia abajo, más allá del estrechamiento de la caja torácica y más abajo del dulce mandala del ombligo. Abajo que se deslizó él por el cuerpo abovedado de la mujer; se deslizó por el vientre hasta el entronque de las piernas y el tierno enjambre de vello, entre la intensa fragancia de ella. Intentó penetrarla con la lengua.

—No —jadeó ella—, no.

Y entonces comenzó a revolverse debajo de él, deslizándose con ayuda de la crema, hasta que hubo rotado ciento ochenta grados y él sintió la cabeza de la mujer entre las rodillas. «Ay —pensó—, ay.»

Tendió el pene hacia la cara de ella, aguardando a sentir la blandura mojada de los labios. Pero ella dijo: —No, mi amor.

Y continuó resbalando y ascendiendo, hasta que sólo las piernas siguieron entrelazadas, ella boca arriba a los pies de la cama, él boca abajo sobre las almohadas. ¿Qué quería de él? Se lo preguntaba allí tendido. ¿Por qué no tenía prisa la mujer?

Entonces sintió que las manos le acariciaban el pie derecho, sintió que ella lo levantaba y se lo ponía entre los muslos, sintió cómo los dedos de la mujer le agarraban los dedos de los pies y delicadamente empezaba a insertárselos. Sólo se detuvo un momento antes de que siguieran operando las manos, atrayendo el pie embadurnado, después el puente del pie, después el rugoso

talón. Hasta que, milagrosamente, incluso el tobillo estaba dentro de ella, el pie derecho del hombre entero, y la mujer jadeaba y gruñía con el esfuerzo, de dolor.

Él se obligó a estar callado (se había pillado lloriqueando de excitación) y ella también estaba callada en aquel momento. Luego, volvió a sentirle las manos, esta vez en el pie izquierdo; e iniciar la misma operación. Como antes, se colocó primero los dedos, de uno en uno. La respiración de la mujer era rasposa. Despacio y sin dudar, proseguía ella con lo suyo. Se insertó el dedo gordo, el puente del pie, el talón, el tobillo, hasta tener dentro todo el pie izquierdo, resbalando la crema contra la crema, acomodándose junto al pie derecho.

A él le daba miedo que algún involuntario espasmo suyo hiciera daño a la mujer, de modo que se quedó quieto, en absoluto silencio, con los pies apretados entre sí dentro del tubo flexible, húmedo y caliente. Hacía muchos años que no sentía tanta excitación, pero no podía contener los quedos sollozos.

—Chisst —profirió ella—. Chist, mi vida.

Él sabía que debía contener los sollozos y los contuvo, y se quedó en silencio, expectante. Después de todo, aquello era una nana. Pronto los músculos del abdomen de la mujer asumieron la tarea. Empezaron a sorberle las piernas, absorbiendo como parecía imposible las piernas dentro de ella. Centímetro a centímetro, sintió que las pantorrillas, y las rodillas a continuación, iban siendo poco a poco aspiradas. Retorció la cabeza para mirar a la mujer. Pero por encima del hombro sólo veía los genitales femeninos distendidos, un contorno de vello y nada más, aparte de sus propios muslos, sus rollizos muslos, que iban gradualmente desapareciendo dentro de la mujer. Volvió a dejar caer la cabeza y se quedó quieto. Cuando ella llegó al volumen bien engrasado de las nalgas, aumentaron sus jadeos y resuellos, entre los que ahora se intercalaban aullidos de dolor, mientras se dilataba para engullirlo.

Si ella sentía dolor, él no tenía el menor dolor. Toda su carne había adoptado una tinción púrpura; todo su cuerpo estaba siendo engullido y tardaba en introducirse dentro de la mujer.

Ella dio un fuerte grito al abarcarle las nalgas, pero los músculos no cejaron. Siguieron sorbiendo hasta tenerlo dentro hasta más arriba de la cintura, y seguía deslizándose adentro. Algún instinto lo urgía a apretar los brazos a los costados para facilitarse la entrada, y eso hizo, pues ahora se deslizaba más deprisa. Habría podido creer que estaba sujeto por un cordón, tan inexorablemente iba entrando, como un desatascador, en aquel túnel liso y eterno.

Incluso sus bien embadurnados hombros y su mentón se contrajeron como pudieron, lo suficiente para adaptarse al paso.

Se preguntaba ahora, se preguntaba por primera vez, si iría a morir. ¿Podía morir un hombre de tantísimo placer? ¿Sería así como se sentía un conejo al atraparlo las mandíbulas amorosas y arteras de una pitón?

Estos pensamientos tenía presentes, cuando la absorción se detuvo de pronto.

Escuchó, atento como nunca antes. Se dio cuenta de que los gemidos de la mujer habían cambiado: la desesperación se combinaba ahora con dolor. Y comprendió qué iba mal. Su cabeza, su cabeza medio calva y bien rasurada, rolliza y embadurnada, era demasiado grande para ella.

Al relajarse el empeño de la mujer, se alivió la presa de sus músculos y él sintió que volvía a deslizarse fuera: retrocedía unos centímetros que tan trabajosos habían sido de ganar. Aulló de rabia, de verse frustrado estando el premio tan cerca. Comprendió que no lo soportaría.

Entonces habló ella. La voz sonó muy apremiante, también muy amable:

—Ayúdame, mi bien. Por favor, ayúdame, cariño mío.

«Sí, sí», intentó contestarle él. Tenía que creerlo, sí, ella tenía que creer cuantísimo la amaba.

Él tensó el cuerpo y lo deseó, lo deseó. Ella se estremeció y, milagrosamente, sus músculos volvieron a agarrarlo y prosiguió la absorción. Los hombros del hombre volvieron a meterse, y tras ellos el cuello. Dobló él la mandíbula y aspiró aire con fuerza. Una muralla de carne inflexible y melosa le cubrió los labios y le aplastó la nariz. Al cerrar los ojos oyó el último gran chillido de la mujer: de hacer fuerza, o de triunfo, o de amor.

Luego, oscuridad.

Se sintió disparado por un corto túnel y desparramarse dentro de un globo, entre luz roja y aguas opacas. Todo latía alrededor y su cuerpo vibraba a ese mismo ritmo. Probó a buscar la palabra para esto, para su arrobamiento. Pero no se le ocurrió ninguna palabra, sólo un gorjeo, y se desentendió de todas las palabras.

Fabricación casera

IAN McEWAN

Traducción de Antonio Escohotado

Uno de los más tempranos temas empleados en la narrativa de ficción fue el descubrimiento infantil del acto erótico. Aparece en uno de los primeros relatos, Dafnis y Cloe, de Longo, en el siglo vi, en Grecia, y en otras versiones de la misma historia desde China hasta la India y las islas de Polinesia. Este descubrimiento erótico establece futuras convenciones, pone al descubierto las prevenciones de nuestra sociedad, refleja la percepción que tenemos de nosotros mismos y del mundo. Ese primer encuentro es, en más de una forma, una revelación. «Fabricación casera», de Ian McEwan, es la crónica de uno de esos momentos.

El título del primer libro de cuentos de McEwan, Primer amor, últimos ritos*, en el que figura «Fabricación casera», expresa con claridad el tema de todos sus libros posteriores: nuestros rituales cotidianos, del amor a la muerte, empujados lo bastante lejos como para convertirse en insoportablemente incómodos y hasta peligrosos. «Sus descripciones elegantemente horrorosas de vidas deshechas y pervertidas —escribió un periodista en 1976, cuando salió el libro— no se pueden apartar pasado el primer* frisson*; como si, retrospectivamente, sus peculiares imágenes de dolor y de pérdida ganaran en profundidad.»*

Parece que lo estoy viendo, nuestro cuarto de baño, demasiado estrecho, demasiada luz, y Connie, con una toalla sobre los hombros, llorando sentada al borde de la bañera mientras yo lleno el lavabo de agua caliente y silbo —de excelente humor— «Teddy Bear» de Elvis Presley; lo recuerdo, nunca me fue difícil recordar, pelusa de la colcha acanalada arremolinándose sobre la superficie del agua, pero sólo últimamente me he dado plena cuenta de que si éste fue el final de un determinado episodio, suponiendo que los episodios de la vida real tengan algún final, Raymond llenó, por así decirlo, el comienzo y la mitad; y si en los asuntos humanos no hay episodios, habría que insistir en que esta historia es sobre Raymond y no sobre la virginidad, el coito, el incesto y la masturbación.

Empezaré, pues, por deciros que, debido a razones que no se aclararán hasta mucho más adelante —habréis de ser pacientes—, tiene gracia que fuera precisamente Raymond quien quisiera alertarme sobre mi virginidad. Raymond se me acercó un día en el parque de Finsbury y, conduciéndome hasta unos arbustos, se puso a doblar y reenderezar misteriosamente un dedo delante de mis narices, sin dejar de mirarme fijamente. Yo lo miré, inexpresivo, tras lo cual doblé y estiré a mi vez el dedo y supe que estaba haciendo lo adecuado, porque Raymond sonrió abiertamente.

—¿Te das cuenta? —dijo—. ¡Te das cuenta!

Asentí, contagiado por su regocijo y en la esperanza de que me dejara solo para poder doblar y estirar el dedo y llegar por mis propios medios a desentrañar en lo posible su asombrosa alegoría digital. Raymond me asió por las solapas con inusitada intensidad.

—Bueno, ¿qué me cuentas? —bufó.

Tratando de ganar tiempo, volví a doblar y estirar lentamente el índice, frío, seguro, de hecho tan frío y tan seguro que Raymond contuvo el aliento y se puso rígido siguiendo el movimiento. Me miré el dedo estirado.

—Depende —dije, mientras me preguntaba si habría de descubrir en el curso del día de qué estábamos hablando.

Raymond tenía por entonces quince años, uno más que yo, y aunque yo me consideraba intelectualmente superior —lo que me obligaba a simular que comprendía el significado de su dedo—, quien sabía cosas era Raymond, y Raymond era quien dirigía mi educación. Raymond me iniciaba en los secretos de la vida adulta, que él comprendía intuitivamente aunque nunca del todo. El mundo que me mostraba, con todos sus fascinantes detalles, secretos y pecados, ese mundo donde venía a ejercer la función de maestro fijo de ceremonias, nunca llegó a sentarle muy bien. Conocía ese mundo bastante bien, pero el mundo —por así decirlo— no lo conocía a él. Por ello, si Raymond conseguía cigarrillos, el que aprendía a tragarse el humo, hacer anillos y proteger la cerilla del viento con las manos como una estrella de cine era yo, mientras él se ahogaba y titubeaba; más adelante, cuando Raymond se hizo con un poco de marihuana, fui yo quien terminó por colocarse hasta la euforia, mientras Raymond confesaba —cosa que yo nunca hubiera hecho— no sentir nada. Igualmente, aunque era Raymond quien, gracias a su voz profunda e indicios de barba, nos abría las puertas de las películas de terror, después se pasaba la película tapándose las orejas y con los ojos cerrados. Algo realmente notable, dado que en un mes nos vimos veintidós películas de terror. Cuando Raymond

robó una botella de whisky en un supermercado con el fin de introducirme en los secretos del alcohol, mi risita de borracho duró las mismas dos horas que sus ataques convulsivos de vómitos. Mis primeros pantalones largos habían pertenecido a Raymond, que me los había regalado cuando cumplí trece años. Instalados en Raymond se detenían, como toda su ropa, cuatro pulgadas por encima de los tobillos, se abultaban por las caderas, hacían bolsas por la ingle; y, ahora, cual parábola de nuestra amistad, me quedaban como hechos a medida, tan bien, tan cómodos de llevar que no me puse otros en un año. Todo ello sin olvidar las emociones del robo de tiendas. La idea, tal como me la expuso Raymond, era bien simple. Entrabas en la librería Foyle, te llenabas los bolsillos de libros y se los llevabas a un comerciante de Mile End Road que te pagaba gustosamente la mitad de su precio de coste. Para la primera ocasión tomé prestado el abrigo de mi padre, que arrastraba majestuosamente por la acera al caminar. Me reuní con Raymond frente a la tienda. Iba en mangas de camisa porque se había dejado la chaqueta en el metro, pero estaba seguro de que podía arreglárselas sin chaqueta, así que entramos en la tienda. Mientras yo embutía en mis numerosos bolsillos una selección de delgados volúmenes de prestigiosos versos, Raymond ocultaba en su persona los siete volúmenes de la Edición Variorum de las Obras de Edmund Spenser. Tratándose de cualquier otro, la misma audacia del acto podía haber ofrecido alguna posibilidad de éxito, pero la audacia de Raymond era de precaria calidad, más parecida, de hecho, a una indiferencia completa por las realidades de la situación. El subdirector se puso detrás de Raymond mientras éste recogía los libros del estante. Ambos estaban de pie junto a la puerta cuando me deslicé por su lado con mi carga, sonriendo con complicidad a Raymond, que aún aferraba los libros, y dando las gracias al subdirector, que me sostenía automáticamente la puerta. Por fortuna, el frustrado robo de Raymond era tan imposible, y sus excusas tan idiotas y transparentes, que el director terminó por dejarlo ir, tomándole generosamente, supongo, por retrasado mental.

Y para terminar, quizás con lo más significativo, Raymond me introdujo en los dudosos placeres de la masturbación. Yo tenía por entonces doce años, aurora de mi día sexual. Estábamos explorando el sótano de un refugio, curioseando por ver si los inquilinos habían dejado alguna cosa, cuando Raymond, tras bajarse los pantalones como para mear, comenzó a frotarse la polla con deslumbrante vigor, invitándome al mismo tiempo a imitarlo. Así lo hice, y no

tardó en invadirme un placer cálido e indeterminado que creció hasta convertirse en una sensación flotante y disolvente, como si me fueran a desaparecer las tripas de un momento a otro. Nuestras manos, mientras tanto, bombeaban con furia. Cuando me disponía a felicitar a Raymond por su descubrimiento de tan simple, barata y, aun así, placentera forma de pasar el tiempo, todo ello sin dejar de preguntarme si no podría dedicar mi vida entera a tan gloriosa sensación —y supongo, visto desde ahora, que en muchos sentidos la he dedicado—, cuando me disponía a expresar toda suerte de cosas, me sentí de pronto izado por la piel de la nuca; mis brazos, piernas y vísceras se tendieron, se retorcieron, se estiraron, y todo ello produjo dos grumos de esperma que saltaron a la chaqueta de domingo de Raymond —era domingo— y serpentearon hasta introducirse en el bolsillo del pecho.

—¡Oye! —dijo, interrumpiendo sus movimientos—. ¿Por qué haces eso?

Recuperándome como estaba de tan devastadora experiencia, no dije nada, nada podía decir.

—Te he enseñado cómo hacerlo —me arengó Raymond, frotando delicadamente el brillante trazo sobre su chaqueta oscura —, y no se te ocurre más que escupirme.

De esta forma, a los catorce años había conocido, bajo la batuta de Raymond, una serie de placeres que asociaba, con razón, al mundo adulto. Fumaba unos diez pitillos al día, bebía whisky cuando lo había, tenía un gusto de conocedor por la violencia y la obscenidad, había fumado la embriagadora resina de la *cannabis sativa* y era consciente de mi precocidad sexual, aunque, por extraño que parezca, no le había encontrado aplicación práctica, por faltarle aún a mi imaginación el alimento del deseo y de las fantasías secretas. Todos estos entretenimientos eran financiados por el comerciante de Mile End Road. Raymond fue el Mefistófeles de mis gustos adquiridos, un torpe Virgilio ante Dante, mostrándome el camino de un Paraíso que él jamás habría de pisar. No podía fumar porque le daba tos, el whisky lo ponía enfermo, las películas lo asustaban o aburrían, la cannabis no le hacía efecto, y mientras yo hacía estalactitas en el techo del refugio, a él no le sucedía absolutamente nada.

—A lo mejor —decía desolado una tarde, al salir del refugio—, a lo mejor soy un poco viejo para estas cosas.

En consecuencia, al ver a Raymond retorcer y enderezar el dedo intuí la existencia de una nueva alcoba de lujo en la vasta, lóbrega y delectable mansión de la edad adulta, y supe que si resistía un poco

más, ocultando, para salvar mi dignidad, mi ignorancia, Raymond no tardaría en revelarme aquello en lo que yo no tardaría en destacar.

—Bueno, depende.

Cruzamos todo el parque de Finsbury, donde un día Raymond, en sus delincuentes comienzos, cebara a las palomas con astillas de vidrio, donde juntos y colmados de inocente felicidad, mecedora del Preludio, asáramos vivo al periquito de Sheila Harcourt, desmayada sobre el césped por allí cerca, donde de niños nos agazapábamos para tirar piedras a las parejas que jodían en los cenadores; en fin, cruzamos el parque de Finsbury, y Raymond dijo:

—¿A quién conoces?

¿A quién conocía yo? Seguía tanteando, y además podía tratarse de un cambio de tema, porque Raymond tenía una mente imprecisa. En vista de lo cual dije:

—¿A quién conoces tú?

A lo que Raymond respondió:

—A Lulú Smith.

Con lo que todo quedó claro, al menos en lo que se refiere al tema mismo, pues mi inocencia era notable. ¡Lulú Smith! ¡La pequeña Lulú!… su solo nombre me hace sentir como una mano helada en las pelotas. Lulú Lamour, de quien se decía que era capaz de cualquier cosa, y que las había hecho todas. Había chistes de judíos, chistes de elefantes y chistes de Lulú, los principales responsables de la extraordinaria leyenda. Lulú Smith —la cabeza me da vueltas—, su inmensidad física sólo comparable a la inmensidad de su supuesto apetito y destreza sexual, su grosería a las groserías que inspiraba, su leyenda sólo a la realidad. ¡Lulú la Zulú! La fama le atribuía un rastro de idiotas babeantes que cruzaba todo el norte de Londres, una desolada columna de cabezas y pollas destrozadas de Shepherds Bush a Holloway, de Ongar a Islington. ¡Lulú! Bamboleante circunferencia y risueños ojillos de lechón, caderas lozanas y articulaciones pecosas en los dedos, esta corpulenta y sudorosa masa de colegiala lo había hecho, según su reputación, con una jirafa, un colibrí, un hombre con un pulmón de acero (que después falleció), un yak, Cassius Clay, un tití, una tableta de chocolate y la palanca de cambios del Morris Minor de su abuelo (y después con un guardia de tráfico).

El parque de Finsbury estaba impregnado del espíritu de Lulú Smith, y yo sentí por primera vez, junto a la simple curiosidad, indefinidos deseos. Sabía aproximadamente lo que había que hacer, pues había visto parejas amontonadas en todos los rincones del

parque durante las largas tardes del verano, y les había lanzado piedras y también las había rociado con agua… cosa que ahora lamentaba supersticiosamente. Y allí, de pronto, en el parque de Finsbury, mientras enhebrábamos el paso entre descarados montones de mierda de perro, me hicieron rencorosamente consciente de mi virginidad. Yo sabía que era la última alcoba de la mansión, sabía con certeza que era la más lujosa, la mejor amueblada de todas las habitaciones, la de más mortíferas atracciones, y el no haberlo hecho, tenido, conseguido nunca era anatema total, mi impedimento oculto, y esperaba que Raymond, cuyo dedo seguía estirado delante de sus narices, me revelase lo que tenía que hacer. Raymond lo sabía, sin duda.

A la salida del colegio, Raymond y yo fuimos a un café cercano al Odeón del parque de Finsbury. Mientras otros muchachos de nuestra edad se hurgaban las narices ante su colección de cromos o sus deberes, Raymond y yo pasábamos muchas horas allí, hablando generalmente de las distintas formas de hacer dinero fácil y bebiendo grandes tazas de té. A veces entablábamos conversación con los trabajadores que allí acudían. Ahí tenía que haber estado Muíais para pintarnos mientras escuchábamos extasiados sus ininteligibles fantasías y hazañas, historias de trapicheos con camioneros, plomo de los tejados de las iglesias, combustible que falta del departamento de ingeniería de la ciudad, y después de coños, tías, faldas, caricias, palizas, polvos, mamadas, de culos y tetas, por delante y por detrás, de frente y de lado, encima y debajo, de arañazos, desgarrones, de lamer y cagar, de coños jugosos derramándose, cálidos e infinitos, de otros fríos y áridos pero que valía la pena probar, de pollas viejas y flácidas, jóvenes y bulliciosas, de correrse, demasiado pronto, demasiado tarde o nunca, de cuántas veces al día, de las subsiguientes enfermedades, de pus e hinchazones, úlceras y lamentaciones, de ovarios emponzoñados y testículos miserables; oímos cómo y con quién follaban los deshollinadores, cómo la insertaban los lecheros de la cooperativa, lo que podía amontonar el carbonero, lo que podía cubrir el tapicero, lo que podía erigir el constructor, lo que podía inspeccionar el inspector, lo que podía amasar el panadero, olfatear el hombre del gas, desatascar el fontanero, conectar el electricista, inyectar el doctor, alegar el abogado, instalar el mueblista… y así de seguido, en un conjunto irreal de gastados retruécanos e insinuaciones, fórmulas, consignas, folclor y bravatas. Yo escuchaba sin comprender, recordando y registrando anécdotas que algún día habría de usar, acumulando historias de perversiones y costumbres

sexuales…, de hecho, una moral sexual completa, por lo que cuando finalmente empecé a comprender, por experiencia propia, de qué iba la cosa, tenía a mi disposición una educación completa que, incrementada mediante una rápida lectura de las partes más interesantes de Havelock Ellis y Henry Miller, me ganó la reputación de juvenil conocedor del coito a quien acudían en busca de consejo docenas de varones… y, afortunadamente, también hembras. Y todo ello, esta reputación que me acompañó hasta la Facultad de Arte y alegró mi carrera, todo ello tras un solo polvo… el tema de esta historia.

Finalmente, en el café donde había escuchado, recordado y no entendido nada, Raymond relajó el dedo para curvarlo sobre el asa de su copa, y dijo:

—Lulú Smith se lo deja ver por un chelín.

Aquello me gustó. Me gustó que no me metieran prisa, me gustó que no me dejasen solo con Lulú Smith con la obligación de realizar lo aterradoramente oscuro, me gustó que la primera maniobra de esta aventura necesaria fuera una maniobra de reconocimiento. Por otro lado, no había visto más que dos mujeres desnudas en toda mi vida. Las películas obscenas que frecuentábamos entonces no eran, ni mucho menos, lo bastante obscenas, pues sólo dejaban ver piernas, espaldas y rostros extáticos de parejas dichosas, abandonando lo demás a nuestra imaginación tumefacta, sin aclarar nada. Por lo que se refiere a las dos mujeres desnudas, mi madre era enorme y grotesca, la piel le colgaba como cuero de sapo desollado, y mi hermana de diez años era una especie de monicaco que de niño apenas podía esforzarme a mirar, por no hablar de compartir el baño. Y después de todo, un chelín no era dinero, teniendo en cuenta que Raymond y yo éramos más ricos que la mayoría de los trabajadores que frecuentaban el bar. La verdad es que yo era más rico que cualquiera de mis muchos tíos, o que mi padre, que se mataba a trabajar, o que cualquier otro miembro de la familia que yo conociera. Solía reírme pensando en el turno de doce horas de mi padre en el molino, en su rostro agotado, pálido y malhumorado cuando llegaba por la tarde a casa, y me reía un poco más alto al pensar en los miles de personas que fluían cada mañana de casas escalonadas como la nuestra para trabajar toda la semana, descansar el domingo y volver el lunes al trabajo de los molinos, las fábricas, los depósitos de madera y los muelles de Londres, regresando cada noche más viejos, más cansados y no más ricos. Entre taza y taza de té me reía con Raymond de esta reposada traición a toda una vida, cargando, cavando, empujando,

ensacando, comprobando, sudando y gimiendo en beneficio de otros, de cómo, para tranquilizarse, hacen una virtud de esta servidumbre vitalicia, de cómo se preciaban de no haberse perdido un solo día de este infierno; y me reía más que nunca cuando los tíos Bob o Ted o mi padre me regalaban uno de sus bien ganados chelines —en ocasiones especiales un billete de diez chelines—, me reía porque sabía que una buena tarde de trabajo en la librería daba más de lo que ellos rascaban en una semana. Naturalmente, tenía que reírme por lo bajo, porque no era cosa de estropear un regalo como aquél, sobre todo cuando era evidente que les complacía mucho hacérmelo. Parece que los estoy viendo, a uno de los tíos o a mi padre dando zancadas en el diminuto saloncito de delante, con la moneda o el billete en la mano, recordándome cosas, relatándome anécdotas, aconsejándome sobre la Vida, serenos en el lujo de dar, y sintiéndose bien, sintiéndose tan bien que daba gusto verlos. Se sentían, y durante ese corto período lo eran, liberales, sabios, reflexivos, de buen corazón y expansivos, y quizás, quién sabe, un poco divinos; patricios dispensando a su hijo o sobrino, en la forma más sabia y generosa, los frutos de su astucia y su riqueza… Eran dioses en sus propios templos, ¿y quién era yo para rechazar su obsequio? A patadas en el culo por la fábrica cincuenta horas por semana, necesitaban esos pequeños milagros de salón, esas confrontaciones míticas de Padre e Hijo; y yo, que conocía y no era insensible a todos los matices de la situación, aceptaba su dinero, colaboraba un poco, aun a riesgo de aburrirme, y ocultaba mi hilaridad hasta más tarde, para darle entonces rienda suelta hasta el agotamiento, entre lágrimas y ruidosas carcajadas. Mucho antes de saberlo resulté ser un estudioso, un prometedor estudioso de lo irónico.

En estas condiciones, un chelín no era demasiado pagar por una mirada a lo incomunicable, corazón del misterio en el misterio, Grial de la Carne, el conejo de la pequeña Lulú, y le pedí a Raymond que organizara lo antes posible el espectáculo. Raymond se puso rápidamente en su papel de director escénico, frunciendo el entrecejo para darse importancia, murmurando fechas, horas, lugares, pagos, y dibujando cifras en el reverso de un sobre. Era uno de esos raros individuos que gozan lo indecible organizando acontecimientos y además lo hacen rematadamente mal. Había, pues, grandes posibilidades de que llegáramos en mal día a la mala hora, de que no estuvieran claros el pago o la duración del espectáculo, pero algo era en definitiva más seguro que cualquier otra cosa, más seguro que el nacimiento del sol mañana, y ese algo

era que terminarían por enseñarnos el chumino exquisito. La vida, en efecto, estaba sin duda del lado de Raymond. Yo no hubiera podido entonces expresarlo en palabras, pero sentía que en la disposición cósmica de destinos individuales, el de Raymond era diametralmente opuesto al mío. La fortuna le gastaba bromas pesadas, a veces incluso le echaba arena en los ojos, pero jamás le escupió a la cara, ni le pisó a propósito los callos existenciales…, los errores, las pérdidas, las traiciones y las injurias de Raymond eran todas, a primera vista, más cómicas que trágicas. Recuerdo que una vez Raymond pagó diecisiete libras por una piedra de dos onzas de hashish que luego resultó no ser hashish. Para cubrir las pérdidas, Raymond llevó el material a un lugar bien conocido del Soho y allí trató de vendérselo a un policía de paisano que, afortunadamente, no se empeñó en denunciarlo. Después de todo, no había, al menos entonces, leyes que prohibieran comerciar con estiércol de caballo en polvo, incluso envuelto en papel de plata. También me acuerdo de la carrera campo a través. Raymond, mediocre corredor, era uno de los diez elegidos para representar al colegio en la competición entre subcondados. Yo nunca faltaba a la cita. De hecho, ningún otro deporte me proporcionaba parecidas oportunidades de contemplación serena, entretenida y alegre. Me deleitaban los rostros torturados y deformes de los corredores que entraban en el túnel de banderas y cruzaban la línea de meta; especialmente interesantes me parecían los que llegaban después de los primeros cincuenta o así, corriendo con más ganas que cualesquiera otros de los concursantes y compitiendo endemoniadamente por el puesto ciento trece. Observaba cómo penetraban a traspiés en el túnel de banderas, aferrándose la garganta, dando arcadas, agitando los brazos y cayéndose al césped, y me convencía de que tenía ante mí una visión de la futilidad del hombre. En la competición, los únicos que se tenían en cuenta eran los treinta primeros, y una vez llegados éstos el público empezaba a dispersarse, dejando a los demás librando sus batallas particulares… momento en que mi interés se agudizaba. Mucho después de haberse ido los jueces, árbitros y cronometradores, yo esperaba en la línea de meta, rodeado de la creciente oscuridad de una tarde de invierno avanzado, para ver arrastrarse hasta la línea a los últimos corredores. Ayudaba a levantarse a los que caían, proporcionaba pañuelos a las narices sangrantes, golpeaba en la espalda a los que vomitaban, masajeaba pantorrillas y dedos acalambrados… en verdad, como la misma Florence Nightingale, sólo que yo me regocijaba, me fascinaba alegremente con el espíritu triunfante de

aquellos fracasados que se habían hecho pedazos para nada. ¡Cómo se elevaba mi mente, cómo se humedecían mis ojos cuando, tras diez, quince y hasta veinte minutos de espera en aquel campo vasto y miserable, rodeado por todas partes de fábricas, pilones, casas y garajes repetidos, azotado por un creciente viento frío que anunciaba los comienzos de una llovizna helada, esperando en la tiniebla, de pronto advertía, al otro lado del terreno, una burbuja blanca y coja que avanzaba despacio hacia el túnel, midiendo lentamente sobre el césped húmedo, con los pies insensibles, su microdestino de absoluta futilidad! Y allí mismo, bajo el amenazador cielo de la metrópoli, como para unificar la compleja totalidad de la evolución orgánica y el destino humano poniéndolo todo a mi alcance, la diminuta burbuja amébida de enfrente tomaba forma humana pero seguía obedeciendo al mismo propósito, tambaleándose con decisión en su inútil esfuerzo por alcanzar las banderas… la vida misma, la vida sin rostro y autorrenovadora ante la cual, al derrumbarse aquella forma sobre la meta, mi corazón palpitaba y mi espíritu se elevaba en el total abandono de una morbosa y fatal identificación con el proceso de la vida cósmica… el Logos.

—Mala suerte, Raymond —le decía para animarlo mientras le entregaba el jersey—. La próxima vez será mejor.

Y Raymond, sonriendo débilmente con la certeza segura y triste de Arlequín, de Feste, la certeza de que es el Comediante, no el Trágico, quien posee el triunfo, el vigesimosegundo Arcano, cuya letra es Than, cuyo símbolo es Sol, sonriendo mientras nos marchábamos del terreno, donde la oscuridad reinaba casi por completo, decía:

—Bueno, no era más que una carrera, un juego, ya sabes.

Raymond prometió someter nuestra proposición a la divina Lulú Smith al día siguiente, a la salida del colegio, y yo, que me había prometido cuidar de mi hermana aquella noche mientras mis padres iban al canódromo de Walthamstow, me despedí de él en el café. Durante todo el camino estuve pensando en coños. Los veía en la sonrisa de la cobradora, los oía en el rugido del tráfico, los olía en las emanaciones de la fábrica de betún, los conjeturaba bajo las faldas de las amas de casa que pasaban a mi lado, los sentía en la punta de los dedos, los notaba en el aire, los dibujaba en la cabeza; llegada la hora de la cena, que consistía en salchichas en su jugo, devoré, como en un rito secreto, genitales de salsa y salchicha. Y, pese a todo, seguía sin saber exactamente lo que era un coño. Miré a mi hermana por encima de la mesa. Reconozco que exageré un

poquito cuando dije que era un monicaco… empecé a pensar que después de todo no era tan horrorosa. Los dientes se le escapaban por delante, eso no se podía negar, tenía los mofletes algo hundidos, cosa que no se vería en la oscuridad, y cuando se había lavado la cabeza, como ahora ocurría, casi se la podía considerar pasable. No es, por ello, sorprendente que mientras me comía las salchichas me asaltara la idea de que, con un poco de adulación y quizás algunas honrosas mentiras, podría llevar a Connie a pensar en sí misma, aunque sólo fuera por unos minutos, como algo más que una hermana, algo así, digamos, como una hermosa señorita, una estrella de cine y, a lo mejor, Connie, podemos meternos en la cama y ensayar esta conmovedora escena, anda, quítate ese absurdo pijama, yo me ocuparé de la luz… Una vez armado de esta sabiduría, obtenida con toda comodidad, podría afrontar a la temida Lulú con dedicación y abandono, la aterradora ordalía palidecería hasta la insignificancia y, quién sabe, a lo mejor me la podía tirar allí mismo, durante la función visual.

Nunca me había gustado quedarme a cuidar a Connie. Era una niña presumida, mimada, y todo el tiempo quería jugar, en vez de ver la televisión. En general me las arreglaba para acostarla una hora antes de lo debido adelantando el reloj. Esa noche lo retrasé. En cuanto mi madre y mi padre se marcharon al canódromo, le pregunté a Connie a qué quería jugar, podía elegir lo que más le gustase.

—No quiero jugar contigo.

—¿Por qué?

—Porque te has pasado toda la cena mirándome.

—Claro que te miraba, Connie. Estaba pensando en los juegos que más te gustan y por esto te estaba mirando, eso es todo.

Finalmente accedió a jugar al escondite, que yo había sugerido con especial insistencia porque, dado el tamaño de nuestra casa, uno sólo podía esconderse en dos habitaciones, ambas dormitorios. Connie se escondió primero. Me tapé los ojos, percibiendo todo el tiempo sus pasos en el dormitorio de mis padres, oyendo con satisfacción el crujido de la cama… se había escondido debajo del edredón, que ocupaba el segundo lugar en sus preferencias. Grité:

—¡Ya voy!

Empecé a subir las escaleras. Creo que en los primeros escalones no había decidido todavía del todo lo que iba a hacer; quizás sólo echar un vistazo, observar la posición de las cosas, preparar mentalmente un plano para futuras referencias… después de todo, no era cosa de asustar a mi hermanita, que se lo contaría todo a mi

padre sin pensárselo dos veces, lo que significaría algún tipo de escena, laboriosas mentiras que inventar, gritos y lágrimas y cosas así, justo cuando necesitaba toda mi energía para la obsesión inmediata. Cuando llegué arriba, no obstante, la sangre se me había desplazado de la cabeza a la ingle, literalmente del sentido a la sensación; al recuperar el aliento en el último escalón, mientras acercaba la mano húmeda al tirador del dormitorio, había decidido violar a mi hermana. Abrí con suavidad la puerta y grité con voz cristalina:

—Connieeee, ¿dónde estás?

Eso solía hacerla reír, pero esta vez no se oyó nada. Me acerqué de puntillas y sin respirar a la cama y entoné:

—Ya séééé dóóónde estás —e inclinándome sobre el revelador bulto susurré—: Te voy a pescar.

Comencé a separar suavemente, casi con ternura, el voluminoso cobertor, tratando de ver algo en el oscuro calor de debajo. Aturdido por el deseo, lo levanté bruscamente, y allí no había otra cosa que los pijamas de mis padres, desamparados e inocentes, y cuando me incorporé sorprendido recibí en los riñones un golpe de un vigor tan inusitado que sólo podía provenir de una hermana. Y allí estaba Connie, brincando de regocijo, y una puerta del armario batía tras ella.

—¡Te he visto, te he visto, y tú a mí no!

Le di una patada en la espinilla para sentirme mejor y me senté en la cama a considerar mi próximo movimiento, mientras Connie, tan histriónica como cabía prever, ululaba sentada en el suelo. Al poco rato el ruido me pareció deprimente, por lo que me fui al piso de abajo a leer el periódico, seguro de que Connie no tardaría en seguirme. Me siguió, y estaba enfurruñada.

—¿A qué quieres jugar ahora? —le pregunté.

Se sentó al borde del sofá haciendo pucheros, sorbiendo y odiándome. A punto estaba de renunciar al plan y entregarme a una noche de televisión cuando concebí una idea, una idea de tal simplicidad, elegancia, claridad y belleza formal que portaba sobre sí misma, como hecha a la medida, la seguridad de su propio éxito. Hay un juego irresistible para todas las niñas caseras y faltas de imaginación como Connie, un juego con el que Connie me había perseguido desde que aprendió a decir las palabras necesarias, por lo que mis años de niñez fueron hechizados por sus súplicas y exorcizados por mis inevitables negativas; en dos palabras, preferiría que me quemasen vivo a que mis amigos me vieran jugando a ese juego. Y ahora, por fin, íbamos a jugar a papás y

mamás.

—Yo sé a qué te gustaría jugar, Connie —dije. Como es natural, no me contestó, pero dejé las palabras colgando en el aire como cebo—. Hay un juego que a ti te gustaría mucho.

Levantó la cabeza.

—¿Qué juego?

—Uno al que siempre quieres jugar.

Se le iluminó la cara:

—¿Papás y mamás?

Se transformó, aquello fue un éxtasis. Trajo de su habitación cochecitos de niño, muñecas, cocinitas, neveras, catres, tazas de té, una lavadora y una casita de perro, y lo puso todo a mi alrededor en un volátil arranque de celo organizativo.

—Tú te pones ahí, no, allí, y ésta es la cocina y ésta es la puerta por donde entras y no pises ahí porque hay una pared y yo entro y te veo y te digo y entonces me dices y te vas y yo hago la comida.

Me encontré sumergido en el microcosmos de las monótonas y aburridas banalidades cotidianas, en los horrendos y mezquinos detalles de la vida de nuestros padres y sus amigos, esa vida que Connie tan ansiosamente quería imitar. Fui a trabajar y volví, fui a la taberna y volví, fui a echar una carta y volví, leí el periódico, pellizqué las mejillas de baquelita de mi prole, leí otro periódico, pellizqué unas cuantas mejillas más, me fui a trabajar y volví. ¿Y Connie? Ella cocinaba, lavaba en el fregadero, bañaba, alimentaba, dormía y despertaba a sus diecisiete muñecas y después volvía a servir té…, y estaba feliz. Diosa-ama de casa intergaláctica, poseía y controlaba cuanto la rodeaba, todo lo veía, todo lo sabía, me decía cuándo había que salir, cuándo entrar, en qué habitación estaba, qué decir, cómo y cuándo decirlo. Estaba feliz. Estaba en su plenitud, jamás he visto un ser humano tan completo, sonreía con un gesto abierto, gozoso e inocente que no he vuelto a ver… paladeaba el Paraíso sobre la Tierra. Hubo un momento en que se quedó tan bloqueada ante semejante milagro y éxtasis, que sus palabras se ahogaron a mitad de la frase, se sentó sobre los talones, con los ojos brillantes, y emitió un largo y musical suspiro de rara y maravillosa felicidad. Casi me dio pena pensar que la iba a violar. Al volver por vigésima vez del trabajo dije:

—Connie, nos estamos olvidando de una de las cosas más importantes que los papás y las mamás hacen juntos.

No podía creer que nos hubiésemos olvidado algo y quiso saber de qué se trataba.

—Joden juntos, Connie, no me digas que no lo sabes.

—¿Joden?

En sus labios la palabra parecía extrañamente desprovista de sentido, y supongo que no lo tenía, al menos en lo que a mí tocaba. El asunto era darle algún significado.

—¿Joden? ¿Qué es eso?

—Bueno, es lo que hacen por la noche, cuando se van a la cama, justo antes de dormirse.

—Enséñame.

Le expliqué que teníamos que subir arriba y meternos en la cama.

—No hace falta. Podemos jugar a que esto es la cama —dijo, señalando un cuadrado en el dibujo de la alfombra.

—No puedo jugar y enseñarte al mismo tiempo.

Y heme aquí subiendo una vez más las escaleras, con el corazón palpitante y la virilidad orgullosamente inquieta. Connie estaba también bastante excitada, en el feliz delirio del juego y complacida por sus nuevas perspectivas.

—Lo primero que hacen —dije, llevándola hacia la cama—, es quitarse toda la ropa.

La tendí en la cama y, con dedos casi inutilizados por la excitación, le desabroché el pijama; allí quedó desnuda, sentada ante mí, perfumada aún del baño y riéndose como una tonta. Después me desnudé yo, sin quitarme los calzoncillos para no alarmarla, y me senté a su lado. De niños nos habíamos visto los cuerpos lo bastante para que nuestra desnudez no fuera nada extraño, pero hacía tiempo de eso y noté que se inquietaba.

—¿Estás seguro de que hacen esto?

Mi incertidumbre estaba ya oscurecida por la lujuria.

—Sí —dije—, es muy fácil. Tú tienes ahí un agujero y yo meto el pito dentro.

Se llevó las manos a la boca, riendo nerviosa e incrédula.

—Qué tontería. ¿Para qué van a hacer eso?

En mi fuero interno tuve que confesar que en aquello había algo de irreal.

—Lo hacen porque es su forma de decirse que se quieren.

Connie empezaba a preguntarse si no me habría inventado aquel asunto, lo que, en cierto modo, supongo que era verdad. Me miró fijamente, con los ojos abiertos como platos.

—Estás chiflado. ¿Por qué no se lo dicen y ya está?

Me puse a la defensiva, como un sabio loco explicando su último invento extravagante, el coito, a un público de escépticos racionalistas.

—Mira —le dije a mi hermana—, no es sólo eso. También da mucho gusto. Lo hacen para sentir gusto.

—¿Sentir gusto? —repitió, aún sin creerme del todo—. ¿Sentir gusto? ¿Qué es eso de sentir gusto?

—Te voy a enseñar —le dije, tumbándola en la cama y echándome encima de ella según lo deducido de las películas que veía con Raymond.

Seguía con los calzoncillos puestos. Connie me miraba distraída, ni siquiera asustada… de hecho, parecía más bien aburrida. Me contorsioné lateralmente con el fin de quitarme los calzoncillos sin tener que levantarme.

—No siento nada —protestó desde abajo—. No siento ningún gusto. ¿Tú sientes algo?

—Espera —gruñí, asiendo los calzoncillos con la punta de los dedos de un pie—, espera un minuto y ya verás.

Empezaba a perder la paciencia con Connie, conmigo mismo, con el universo, pero sobre todo con los calzoncillos, que se enrollaban decididos por los tobillos. Finalmente conseguí liberarme. Tenía la polla dura y pegajosa sobre la barriga de Connie, y empecé a maniobrar con una mano para situarla entre sus piernas mientras apoyaba el cuerpo en la otra mano. Busqué su diminuta hendidura sin la menor idea de lo que buscaba, pero en el fondo esperando transformarme en cualquier momento en un torbellino humano de sensaciones. Creo que tenía en la cabeza algo así como una cámara tibia y carnosa, pero tras mucho empujar y trastear, clavar y acariciar, no encontré más que la piel tensa y resistente. Connie, mientras tanto, se limitaba a estar tumbada, haciendo pequeños comentarios ocasionales.

—Aay, eso es por donde hago pis. Estoy segura de que nuestra mamá y nuestro papá no hacen esto.

El brazo de apoyo se me dormía, me sentía como un novato, pero seguía tanteando y empujando, cada vez más desesperado.

—Sigo sin sentir nada —repetía Connie, y yo sentí que se escapaba una onza más de mi virilidad.

Finalmente tuve que descansar. Me senté al borde de la cama para meditar sobre mi lamentable fracaso mientras Connie, a mis espaldas, se incorporaba y se apoyaba en los codos. Unos instantes más tarde sentí que la cama temblaba con silenciosos espasmos y al darme la vuelta vi a Connie con el rostro arrugado y lágrimas en los ojos, incapaz de hablar y retorciéndose en su afán de contener la risa.

—¿Qué pasa? —pregunté, pero sólo era capaz de señalar hacia

donde yo me encontraba y gemir, y después se tumbó otra vez, jadeando y vencida por el regocijo.

Sentado a su lado, sin saber qué pensar, decidí, mientras Connie temblaba a mis espaldas, que una nueva intentona estaba fuera de lugar. Finalmente, pudo pronunciar algunas palabras. Se incorporó, señaló mi aún erecta polla y balbuceó:

—Parece tan… parece tan… —tuvo otro ataque y después consiguió decir en un solo chillido—: Tan tonto, parece tan tonto.

Recayó en una risita aguda y zumbona. Yo meditaba en un vacío solitario y desinflado, llevado por esta última humillación a percatarme de que no tenía a mi lado a una verdadera chica, aquello no era verdaderamente representativo de ese sexo; no era un chico, desde luego, ni tampoco, en definitiva, una chica… después de todo era mi hermana. Me miré la polla, flácida, meditando sobre su vergonzoso aspecto, y cuando me disponía a poner en orden la ropa, Connie, ya silenciosa, me tocó el codo.

—Yo sé dónde va —dijo, y se tumbó en la cama con las piernas abiertas, cosa que a mí no se me había ocurrido pedirle. Se puso cómoda entre las almohadas—. Sé dónde está el agujero.

Olvidé la hermana y mi polla respondió curiosa y esperanzada a la invitación susurrada por Connie. Ya se encontraba bien, estaba metida en papás y mamás y controlaba de nuevo el juego. Me introdujo con la mano en su coño de niña, seco y estrecho, y nos quedamos un rato inmóviles. Deseé que Raymond pudiera verme, y me alegró que me hubiera advertido de mi virginidad, deseé que pudiera verme la pequeña Lulú, y en verdad, de haberse colmado mis deseos, hubiera hecho pasar a todos mis amigos, a todos mis conocidos, por el dormitorio para captarme en tan espléndida pose. En efecto, más que placer, más que explosión alguna en los oídos, lanzadas en el estómago, alboroto en la ingle o zarpazos en el alma, sensaciones que en cualquier caso no tuve, lo que sentí fue orgullo, orgullo de estar jodiendo aunque sólo fuera a Connie, mi hermanita de diez años, y aunque hubiera sido una cabra lisiada me habría sentido orgulloso de estar tumbado en tan viril posición, orgulloso anticipando el poder decir «he jodido», orgulloso de pertenecer íntima e irreversiblemente a esa mitad superior de la humanidad que ha conocido el coito y fertilizado el mundo con él. Connie permanecía también inmóvil, con los ojos semicerrados, respirando profundamente… estaba dormida. Hacía mucho tiempo que su hora de acostarse había pasado, y nuestro extraño juego la había agotado. Me moví suavemente adelante y atrás, unas pocas veces, y me corrí tristemente, rendido y sin sentir apenas placer. Connie se

despertó indignada.

—Me estás mojando por dentro —y se puso a llorar.

Sin darme apenas cuenta, me levanté y empecé a vestirme. Aunque bien pudo ser éste uno de los ayuntamientos más desoladores que haya conocido la humanidad fornicadora, con mentiras, engaños, humillación, incesto, compañera dormida, orgasmo de mosquito y los sollozos que ahora llenaban el dormitorio, yo estaba encantado con él, con Connie, conmigo mismo, dispuesto a dejar que todo ello descansara, a abandonar el tema. Llevé a Connie al cuarto de baño y empecé a llenar el lavabo… mis padres llegarían pronto y Connie tenía que estar dormida en su cama. Había llegado por fin al mundo adulto, estaba complacido, pero por el momento no tenía ganas de ver más chicas desnudas, ni nada desnudo. Al día siguiente le diría a Raymond que olvidase la cita con Lulú, salvo que quisiera ir solo. Y yo estaba plenamente seguro de que no querría.

El pequeño placer del abuelo

ADOLF MUSCHG

Traducción de Adán Kovacsics

Roland Barthes describió lo erótico como «el lugar por donde la ropa bosteza…», es decir, el intersticio, la grieta, la fisura en la apariencia formal. Por esa razón, lo que está prohibido refuerza el sentido erótico: pone de relieve la zona que debería permanecer tapada, oculta a la mirada, fuera de la vista de la sociedad.

Durante años, Adolf Muschg ha buscado en estos «resquicios» su tema. Profesor de lengua y literatura alemanas en el Instituto de Tecnología de Zúrich, es autor de varios cuentos, poemas y novelas que ofrecen una descripción lograda de los desgarrones de la tela de la gente educada: las transgresiones del incesto, el asesinato, la locura. En «El pequeño placer del abuelo» describe con ironía e intensidad una de estas transgresiones, de palabra y de hecho, en el marco ultraconvencional de una reunión familiar.

Al abuelo no le gusta contar lo de su visita al burdel, pero basta que se lo pidamos solícitamente para que se deje convencer. Es de todos modos la persona más sana de la familia. Por la mañana, cuando nos quedamos todos tumbados, él se sienta en nuestra cama vestido con su impecable uniforme de los años setenta. Cuenta, abuelo, le decimos entonces. Vive con nosotros y a cambio nos cuenta algo. Siempre vigilamos que la narración no sufra modificaciones. El siguiente relato es un resumen de todas las historias que el abuelo, sentado en nuestra cama, nos contó de aquella su visita al burdel.

Siendo un hombre de mediana edad, el abuelo llegó una buena mañana al lejano nudo ferroviario de Njesa con una maleta en la que llevaba cinco muestras de césped artificial. Eran las 10 horas y 34 minutos; la reunión con el presidente del club de gimnasia estaba prevista para las 15 horas. Un mercado considerable se había abierto en torno a Njesa, rodeada de iglesias de madera y enebros. Cuenta el abuelo que tomó el coche-cama del expreso Bosque-Landa

para ser el primer viajante que preparara para el césped artificial el terreno de Njesa, lugar que olía a lilas hasta en los trenes que lo atravesaban. Seguía creciendo allí, incluso en los campos de deportes, la vieja, blanda y siempre delicada hierba verde.

Al encontrarse, pues, a las 10.34 y también a las 10.35 en la plaza de la estación, donde el sol proyectaba precisas sombras, y al examinar de arriba abajo los edificios de varias plantas, sólo pudo llegar a la conclusión de que era demasiado temprano para comer. Se hallaba, cuenta, con la boca seca ante el casco urbano color ladrillo de Njesa, y en vano buscó el apetito. De golpe no tenía ganas de hacer una incursión en una ciudad cuya cocina aún era en gran parte animal.

¡Carne estofada con salsa tártara!, gritamos desde la cama.

En resumidas cuentas, el abuelo salió de la estación al aire libre sin un objetivo preciso. La maleta con las muestras apenas le pesaba y no suponía, por tanto, obstáculo alguno para dar un paseo, de modo que cruzó la calle en busca del lado de sombra y, procurando evitar los espacios abiertos, se dejó llevar por la primera hilera de casas que encontró. Esta hilera transcurría en paralelo a las vías, en la dirección desde la cual había venido el tren. La acera, cuenta, era tan estrecha que no le permitía hacerse una idea de los sombríos edificios que casi rozaba con el hombro. Sí tenía la impresión de haber penetrado en un barrio en que imperaban las empresas de servicios de tipo más bien rudo o ruidoso: talleres mecánicos cuyos molinetes giraban con toda parsimonia porque apenas soplaba viento, una fábrica cervecera con el espacio de entrada descuidado y mal pavimentado, almacenes para neumáticos y cosas parecidas, así como barracas para trabajadores extranjeros con los tablones mal claveteados.

Sigue, abuelo, le decimos.

Una y otra vez los trenes aparecían en el rabillo del ojo izquierdo; trenes que maniobraban pesadamente y chocaban en medio de prolongados silbidos, mientras el calor titilaba sobre las vías. Poco a poco el paisaje ferroviario se volvió más ancho y monótono y ya sólo quedaban algunas barracas, exceptuando una edificación alta cuyo muro cortafuegos lucía una publicidad de cacao inundada por unos dientes de gran blancura y acrecentaba así la sensación de soledad.

¡Vaya, publicidad de cacao!, exclamamos riendo.

Así las cosas, las manchas de sol entre las sombras se fueron ensanchando y en igual medida fue creciendo también el cielo, cuya luminosidad resultaba casi oscura para los ojos.

Le pone emoción, decimos, al tiempo que nos envolvemos en las mantas.

Ahora ya es un viejo, dice el abuelo, pero en aquel entonces tampoco era un mozo. Por eso sintió de pronto las piernas y el sudor en la frente. Sea como fuere, se propuso dar media vuelta a la altura de aquella casa aislada adornada con una cartelera que publicitaba una marca de cacao. Siempre hay que imponerse una meta en la vida, añade. Una vez delante de la casa, se detuvo por un momento para poner en práctica su decisión de desandar lo andado o, por decirlo de forma más llana, de volver. Por la fachada, la casa parecía uno de aquellos edificios de viviendas de alquiler típicos de Francia, los cuales tratan a su vez de emular —eso sí, muy vagamente— los castillos franceses (¡Vaya!, exclamamos llegados a este punto). Tenía un tejado gris facetado que no era corriente por esos pagos y que momentos antes había estado tapado por la cartelera publicitaria; ahora se veía incluso el andamiaje que sostenía la cartelera desde las buhardillas. Claro que no había contraventanas, pero en cambio los marcos y alféizares habían sido pintados de rosa sobre el color amarillo original. Estos toques de elegancia producían cierto efecto, que la situación aislada de la casa acrecentaba de manera singular; también contribuían a este efecto unas letras desgastadas, otrora pardas y ya carentes de toda vigencia, referidas a un tal Hartmuth Müller, Carbones. Para descifrarlas tuvo que retroceder unos pasos, cosa que le permitía la acera, que aquí era ancha, casi ilimitada. El estruendo extrañamente lejano de los trenes a la espalda, los chorros de vapor que salían cada vez más distantes y desenfrenados de una locomotora, el sobreesfuerzo de los ojos que parpadeaban azotados por el sol y la maleta que de repente se hizo notar, lo obligaron a buscar otra vez refugio a la sombra de la casa para, una vez allí, emprender el camino de regreso. En ese instante, sin embargo, un viejo portero, que antes no estaba allí, se desprendió de la sombra y extendiendo el brazo en un gesto de cortesía, no le dejó otra opción que entrar.

Ahora viene, decimos, y nos metemos los puños en la boca.

El zaguán en el que entró permaneció del todo vacío por unos segundos. Sólo la sensación de haber ido a parar a una clínica hizo que esos segundos de incertidumbre pasaran; también contribuyó a ello el frescor que emanaban las paredes y puertas de color pastel, proveniente de un material sintético que en parte imitaba tapices y en parte madera y que le cortaba a uno la respiración, por así decirlo, porque el plástico no respira. Vio ante sí, tras franquear la puerta, algo como un palomar, una morgue o un jardín de infancia;

algo desesperadamente gracioso flotaba en el aire, algo que no le recordaba nada, nada de nada; quizás, a lo sumo, alguna ignota pérdida.

Acto seguido, sin embargo, se le acercó con una cordial sonrisa una chica apenas vestida que abrió la boca para pronunciar unas palabras, pero fue apartada por otra mujer, que parecía acicalada para una fiesta de otra época, quien adoptó una pose y alzó la vista hacia el abuelo, mostrando con enorme dignidad una cara pintarrajeada. El abuelo se dirigió a ella, le preguntó con una débil sonrisa si podía beber algo y añadió que, de hecho, su único deseo era pasar una hora tranquila en compañía de personas inteligentes. La señora aseguró, devolviendo la sonrisa y lanzando una mirada a la maleta, que los huéspedes podían hacer allí lo que quisieran, pero que el despacho de bebidas alcohólicas estaba prohibido. Por lo demás, agregó volviéndose hacia la chica apenas vestida, el señor seguramente vería satisfechos con ella sus deseos relativos a la cabecita, y dejó, con gesto insinuante, el espacio libre entre los dos. El abuelo preguntó por el coste que ello le supondría y recibió la respuesta de que tal cosa debía negociarse de manera directa con la chica. Repitió entonces el deseo de que sólo pretendía una conversación tranquila acompañada de una bebida, pero la señora de cara pintarrajeada ya le había dado la espalda y él subía ya, de hecho, los primeros peldaños de la escalera, siguiendo a la chica. Cuanto había podido captar de su cara no era ni desagradable ni atrayente; no le recordaba a nadie conocido, salvo quizás a la esposa de un amigo de juventud, con el que no se trataba desde hacía años; de hecho, ningún vínculo preciso lo unía a esa mujer, apenas alguna conversación concreta. Peldaño a peldaño seguía a la chica, de tal manera que la distancia entre ellos aumentaba. También la caja de la escalera parecía lavable a primera vista, una serie de superficies unidas e inmaculadas que, a pesar de formar parte del espacio, estaban desprovistas de toda perspectiva. Siguió atravesando esas superficies puras a remolque de la chica de sujetador rojo y braguitas también rojas y adornadas con varias cintas y se percató de pronto de que no veía ni un ápice de luz diurna en esos antiespacios. La luminosidad de las bombillas apostadas detrás de unas barritas de adorno y distribuidas por el techo de la escalera alisaba todos los ángulos. Las cortinas de tul que viera desde la calle eran, según todos los indicios, tablones revestidos. Sólo percibió el aumento de la temperatura —ajena del todo al calor que hacía fuera— cuyo olor a aceite estaba impregnado de un toque de agua de colonia de una intensidad que

aumentaba a medida que iban subiendo, pues la casa era por dentro mucho más alta que por fuera; era un calor añejo, que le recordaba épocas de penuria. La chica, al tiempo que decía «cariño» al abuelo, abrió por fin una puerta rosada en un rincón de color verde claro y lo dejó pasar a un calor realmente sofocante. Acto seguido la chica se sentó, como obedeciendo a una orden, en una silla junto a la pared, sacó un cigarrillo del paquete dando a éste unos golpecitos y lo encendió, mientras él permanecía de pie, sin saber dónde tomar asiento.

En ese instante, ya escuchamos al abuelo sin poder ni respirar.

Vio en ese espacio pequeño iluminado por una luz artificial sumamente agradable una cama que ocupaba el rincón opuesto a la puerta y estaba rodeada por una estructura de madera sobre la cual había depositados unos recuerdos, en fila, como en una barraca de tiro al blanco. La cama no parecía destinada al uso, ni que fuera para descansar; varias pesadas mantas de lana la hermetizaban, por decirlo así, y un bambi de enormes dimensiones la protegía.

¿Un bambi?, preguntamos.

Un ciervo, dice el abuelo.

Aja, decimos nosotros, sin entender ni jota.

La mera idea, prosigue el abuelo, de hacer algo relacionado con esta cama iba acompañada de una sensación de esfuerzo. La estructura de madera pasaba por detrás de la cabecera y proseguía hasta la puerta, convirtiéndose durante el camino en el estante de un armario pequeño, pero bastante alto, sobre el cual había dos moldes de cabezas de material plástico blanco y con las órbitas planas, que con toda probabilidad habían servido en su momento para probar pelucas. Sobre este pequeño armario pendía un reglamento enmarcado que recordaba un plan de evacuación en caso de incendio. Un radiador de calefacción ponía el punto final detrás de la puerta. Al pie de la cama había una mesa cubierta con un mantel de color pardo con flecos, sobre el que había varias revistas, una de las cuales se llamaba *Kurier*. La chica, sentada al otro extremo de la mesa, fumaba con frenesí. Justo frente a la chica había, al lado de la puerta, un armazón metálico repleto de latas, tubos y botellas. Los espráis más grandes, colocados en el estante de arriba, se reflejaban en un espejo, el cual, sin embargo, no recogía toda la variedad de colores; a pesar de ello, el espejo no estaba ni matizado ni cubierto de polvo. En diagonal frente a la cama había una otomana junto a la ventana cerrada; la cabecera era muy abultada y el pie estaba revestido con un plástico blancuzco que, según todas las apariencias, debía de proteger el mueble de las

huellas de zapatos. Una toalla plegada a lo largo estaba extendida en el centro de la otomana.

Debería haber visto la casa antes de que la actual propietaria se hiciera cargo de ella y la arreglara, dijo la chica. Era una choza, una vergüenza, vamos. Pero eso ocurrió antes de la época de ella.

Cuenta el abuelo que asintió con la cabeza y siguió buscando un sitio adecuado para sentarse. Era evidente que tomar asiento en esta habitación ya significaba el inicio de las actuaciones. Para hacer compañía, aunque fuera de manera precaria, a la chica sentada a la mesa, se sentó en el borde de la cama, donde, sin embargo, no tenía espacio para meter las piernas bajo la mesa, de tal suerte que se vio obligado a estirarlas y ahí quedaron, cruzadas y estiradas hacia el centro de esa minúscula habitación. Sólo entonces pudo desprenderse de su maletita. Ahora, no obstante, estaba sentado del lado de la chica; si se hubiera apoyado en la pared, sin embargo, habría desbaratado el orden de los recuerdos dispuestos sobre el mueble que bordeaba la cama. El abuelo repitió a la muchacha su deseo de tomar alguna bebida, a lo cual ella repitió la palabra «cariño», que amplió a «cariñito», y abandonó el cuarto en un abrir y cerrar de ojos. Al cabo de un rato reapareció sosteniendo el cigarrillo en la misma mano, puso el vaso delante del abuelo y abrió la botellita de limonada con la ayuda de la puerta semiabierta, sujetando el recipiente con ambas manos y haciendo palanca con la cerradura, mientras entornaba los ojos bajo los cuales se bamboleaba el cigarrillo. Cuando le hubo servido la bebida, el abuelo pensó si era conveniente beber del vaso y al final decidió hacerlo. La chica no había traído vaso para ella. Acto seguido, él le pidió, como ya había hecho en voz baja mientras subían la escalera, que no le dijera «cariño». Que le perdonara, respondió ella, pero que la palabra formaba parte de su profesión. Luego añadió, por cierto, que harto le había costado usarla al principio, pero como estaba muy solicitada, ya la tenía bastante asumida. El abuelo se llevó una que otra vez el vaso a los labios, pero sin llegar a tocar el borde; algo le cayó sobre el pantalón durante ese proceso.

Una mirada a los numerosos retratos infantiles colocados sobre el mueble que rodeaba la cama le dio, cuenta el abuelo, la oportunidad de preguntar por la situación familiar de la chica. Le especificó que la niña de los retratos no era ella en su infancia, sino su hija, que tenía a la sazón cinco años; las fotografías pertenecían a diferentes años y mostraban siempre a la misma niña. Sin embargo, en una foto en color la reconoció también a ella, que tenía un pie en el estribo de un turismo y rodeaba con un brazo al conductor, quien

sujetaba el volante con ambas manos. Era rubio claro y esbozaba una sonrisa tímida, pero simpática, tal como corresponde a una fotografía. También había allí un conocido, recortado por el borde de la foto.

Tuvo que levantarse para observar las imágenes y lo hizo sin ninguna dificultad, puesto que uno no se hundía en la cama. Se paseó un rato por la habitación, pidió a la chica poder adivinar su edad, y se demostró que la creía tres años mayor.

Ella no se mostró, empero, ofendida. Preguntada por su origen, afirmó haber nacido en esta ciudad y haberse criado en la zona allende las vías y añadió, en respuesta a otra pregunta, que llevaba dos años trabajando en el lugar. Que no le había sido fácil encontrar un puesto libre, que la propietaria era muy rígida, ya que había estudiado, y que la ciudad se mostraba muy rigurosa, exigiendo que las candidatas carecieran de antecedentes. Y en dos años, dijo ella, dice el abuelo, esperaba haber reunido el dinero necesario para abrir una peluquería de su propiedad. En ese momento se oyó un grito estremecedor en la casa. Tras un movimiento interrogativo de la cabeza del abuelo, que seguía deambulando por la habitación, la chica explicó que quien gritaba era la mayor de la casa, una mujer rayana en los cuarenta y cinco. Estaba más loca que una cabra y por desgracia no podía hacer ningún otro trabajo. Y eso que poseía dos pisos equipados con todo lujo, provistos de numerosos aparatos, de los cuales apenas sabía manejar alguno; de hecho, ni siquiera sabía hacerse un huevo frito. Cuando sonaba el teléfono, apagaba aterrorizada el televisor y también todas las luces, en la esperanza de estar así menos presente para la persona que la buscaba. Una vez que el teléfono callaba, se quedaba sentada un buen rato en la oscuridad, para estar más segura.

Ajajá, decimos, y el abuelo lo toma por una risa.

La cosa no estaba para risas, dice, y entonces preguntó a la chica si no perjudicaría a la peluquería que toda la ciudad estuviera al corriente de su labor profesional en este lugar. Pues aunque no se lo creyera, respondió ella, las personas enteradas podían contarse con los dedos de una mano. Aparte de sus padres y su novio, sólo lo sabía su hermana; y todos ellos ya lo habían aceptado, aunque de mala gana. Si tenía muchos clientes extranjeros, norteamericanos, por ejemplo, preguntó el abuelo y recibió por respuesta que no era el caso, que de hecho no. Él creyó haber detectado cierta contradicción en este punto, pero prefirió, por discreción, no poner el dedo en la llaga. La lectura del reglamento del burdel fijado en la pared, en el cual se especificaban las formas permitidas de comercio

carnal y los deberes de las chicas relativos a la salud pública, así como las tarifas, le recordó a un dibujante contemporáneo que había ilustrado un documento similar, proveniente de otra ciudad, con unas imágenes que, más que picantes, eran alegres. A fin de dar más profundidad a la conversación, a lo cual se sentía, por así decirlo, obligado, ya que le incomodaba el nerviosismo con que ella fumaba, sentada en la silla con las piernas cruzadas, le preguntó si podía orientarle en un asunto concerniente a ellas, las mujeres.

¿Es verdad lo que dices, abuelo?, preguntamos todos sin contener la risa.

El abuelo, caballero de la vieja escuela, nunca reacciona en este punto, sino que prosigue de la siguiente guisa: la chica le contestó sin vacilar que se equivocaba de persona al hacer esta pregunta. Que ella no había sentido «eso» nunca, ni con su novio ni en otro momento. Había sopesado una que otra vez la idea de consultar a un médico, pero costaba demasiado, y por otra parte no echaba en falta nada ni entendía para qué necesitaba sentirlo. Era, afirmó ella, una persona especial. En el transcurso de la mañana repitió varias veces esta fórmula: que era una persona especial; pero admitió que en la casa había algunas que lo tenían cuando las cosas venían dadas así. Eran las que decían: si agradable, ¿por qué no dejar que siga su curso? Pero estaban en minoría, comentó la chica. Si le molestaba charlar un rato con él, preguntó entonces el abuelo y recibió por respuesta que no le molestaba en absoluto.

Cuando se hubo acostado al lado de la chica y le hubo acariciado la cabeza, provista de una cabellera postiza que más bien parecía un matojo seco, ella le acarició a su vez unas cuantas veces la espalda, y el abuelo tuvo la impresión de que alguien escribía sin mirar sobre una tabla, con dedos a los que el trocito de tiza podía escabullírseles en cualquier momento, de suerte que las uñas también raspaban un poquito.

Un momento, decimos. ¿No te has saltado algo? Se lo decimos cada vez, pero nunca logramos abreviar su salto en la memoria. En absoluto, responde el abuelo cada vez; que él no se ha saltado nada en absoluto, dice, mientras carga la pipa y se pone colorado a la luz del fósforo.

Pues has ocultado algunos puntos, decimos. Es una historia de amor, abuelo.

Él nos quiere, afirma el abuelo, y le da un frenético chupetazo a la pipa.

Tranquilo, abuelo, ya está bien, decimos con tono severo, envueltos en el humo de la pipa. Hasta ahora te has mostrado

preciso, abuelo, pero ahora empiezas a patinar. Estamos al corriente de cómo era la publicidad de cacao en tus tiempos; de ser necesario, somos incluso capaces de imaginarnos las estaciones de ferrocarril, y la hierba artificial hasta hemos llegado a conocerla. En cambio, estamos a oscuras en lo que respecta a extensas zonas de la vida privada de tu época, y no olvides que eres una fuente.

El abuelo se echa a llorar.

No nos vengas ahora con cuentos, abuelo, decimos. Con todos los respetos a tus recuerdos, lo que ahora está en juego es nuestra curiosidad, de carácter estrictamente científico. Vosotros teníais esas maniobras de acoplamiento, y tú todavía participaste en ellas. Así que desembucha.

El abuelo se esfuerza por llorar en silencio, pero a nosotros no nos toma el pelo, el viejo ese.

Hoy no habrá manteca de cacahuete y mañana te quedarás sin el concurso de Rudi Ungewitter, decimos, pues también tenemos nuestros recursos.

El abuelo se enjuga las lágrimas. Entonces no se saltó ningún punto, dice. Intentó mover, intentó alcanzar ese cuerpo que ya sólo estaba atado por dos cadenitas, una alrededor del cuello, la otra alrededor de la cintura, de la cual colgaba, tintineando, un medallón.

¿Un medallón, abuelo?, preguntamos, pues muchas veces los hallazgos más insignificantes llevan a descubrir épocas enteras.

Sí, y tenía una cabeza, responde el abuelo. La cabeza de un emperador guarnecía el medallón.

Imposible, decimos, la chica no puede haber sido tan vieja.

Le preguntó también si era católica, afirma el abuelo, cosa que ella negó con rotundidad.

Da igual que fuera o no católica, decimos. A ver, ¿dónde tenías la cara, abuelo?

Pegada a su oreja, responde.

¡Se contradice! ¡Se contradice!, exclamamos. Si tenías la cara pegada a su oreja, no podías verle el medallón, abuelo, porque le colgaba de la cintura. El emperador ese jugaba con sus pelos púbicos, ¿sí o no? Eso de los pelos púbicos lo sabemos por el diccionario.

Que sí podía sentir el medallón, dice el abuelo, pues en aquel entonces la gente aún poseía una barriga sensible. Además, había tenido tiempo suficiente para contemplarlo en el ínterin.

¿En el ínterin?, preguntamos fingiendo asombro. Caray, es la primera vez que oímos hablar de él. ¿Dónde se ha metido ese

ínterin, abuelo?

Es lo mismo que se preguntó él aquella vez, y es cosa que nosotros ya no podemos entender, dice el abuelo, porque sois unos tarugos de colores varios, unos taruguitos duros metidos en vuestras camas de niños. Así de directo puede ser el abuelo cuando se siente acorralado. Se oye hasta el ronquido de su pipa.

O sea que intentaste mover a la chica, abuelo, decimos con tono magnánimo, pues su opinión sobre nosotros no aporta nada al tema. Y entonces, ¿qué pasó?

Pues que la chica, retoma el abuelo el hilo, no paraba de temblar. Era un temblor sordo y uniforme, de tipo nervioso por lo visto, pues no podía reprimirse ni intensificarse. Se comunicaba de forma similar a un escalofrío, como el resultado de una tensa desesperanza o expectación que parecía incrustada por la fuerza en algún sitio y que ni siquiera con ayuda de la cortesía podía soltarse.

En eso, el abuelo se echa a llorar de nuevo y ni siquiera se saca la pipa de la boca.

Eh, eh, abuelo, decimos chasqueando la lengua, tú siempre con tu cortesía, con la falta que te hace.

Que ése era precisamente el problema, señala el abuelo y traga saliva: que todo ello no le hacía falta, que no tenía ninguna necesidad de estar donde estaba; por eso no pudo redimir o, mejor dicho, arrancar de su situación a esa chica que temblaba de manera tan poco natural. Ella al menos podía presentar una peluquería en su descargo, pero ¿él? Aparte de unas cuantas piezas de césped artificial, sólo el deseo ya mortecino de dar media vuelta delante de aquella casa. Un poco de calor que titilaba sobre las vías no era suficiente motivo. Nada pesaba sobre él salvo el azar cuando entró en ese lugar. En una palabra, que no sentía amor y, en consecuencia, no tenía por qué follar allí.

¡Esto es una palabra!, gritamos. La hemos encontrado en el diccionario, pero ahora sigue, abuelo, venga, decimos y batimos palmas rítmicamente para apremiar al abuelo, pues queremos verlo nervioso, queremos ver nervioso al viejo y distinguido caballero. Él, sin embargo, calla; a lo sumo asiente con la cabeza a compás. Claro, no quiere ser un aguafiestas. Sólo espera que nos cansemos; que nos cansamos pronto, él bien lo sabe. No podemos guardarle la manteca de cacahuete bajo llave por mucho que queramos, porque es él quien nos la trae a la cama, no tenemos a nadie más que a él. De camino puede chuparse los dedos tanto como le dé la gana. Es la miseria de nuestra edad, todavía dependiente de los mayores. Pero contadas son las veces en que el abuelo nos lo hace notar, porque,

claro, es todo un caballero. Sólo hace con nosotros lo que quiere cuando cuenta una historia.

Pasajes él no tiene, dice. Si queremos pasajes, dice, que los busquemos en nuestros viejos y sucios libros.

En primer lugar, son tus libros, abuelo, decimos. En segundo, los guardas bajo llave allá donde puedes, y en tercero, los pasajes sólo hablan de cosas en general, y el amor era en aquel entonces algo particular. Tú mismo lo dices, abuelo, decimos.

No era nada particular, dice el abuelo, y por mucho que le hablara, no sirvió de nada. La chica contestaba siempre con la misma terca presencia de ánimo, al tiempo que clavaba la vista en el techo. En un momento él la cogió y trató de adivinar su peso, pero le atribuyó unos kilos de más y volvió, pues, a equivocarse, pero ella ni siquiera se lo tomó a mal; es que la grasa pesa poco, dijo. De pronto, como si el abuelo le hubiera echado un centavo, la chica empezó de nuevo a agitarse.

¿Ves, abuelo?, gritamos con voz triunfante; caliente, abuelo, no cejes, abuelo.

Acto seguido, él le apartó la mano de un golpe, y nunca llegamos a saber dónde había tenido ella la mano. A todo esto, la chica juntó las manos detrás de la nuca para demostrar que no había querido tenderle ninguna trampa: otra expresión poco clara en el relato. La susceptibilidad del abuelo le impidió, por desgracia, apreciar como era debido la pequeña belleza moral de este acto. En cambio, le buscó la oreja para hablarle, primero con los labios y luego con los dientes. Sólo quería jugar, señaló el abuelo sin pensar lo que decía.

Pues para eso nos tienes ahora a nosotros, tarugos de colores varios, comentamos no sin cierta malicia.

Así es, responde el abuelo con tristeza.

Como somos investigadores y no monstruos, le preguntamos qué quería decirle a la chica al oído.

Nada, dice el abuelo y se pone de nuevo colorado. Alguna cosilla simpática sobre su hijita quizá, o algo sobre el clima de Njesa. Pero ella no se dejaba tocar. Entonces, como ya ha dicho, le mordisqueó la oreja con los dientes. ¿Y entonces?, preguntamos pues es éste un pasaje siempre muy bonito.

¡****, ****, ****, ****, ****, ****, ****, ****, ****!

¡¡****!!, grita el abuelo sin freno, pero nosotros no nos contentamos con tanta facilidad.

Todo eso sale en nuestro diccionario, decimos, lo que queremos saber es cómo fue en realidad.

En realidad, en realidad, murmura el abuelo enfurruñado. En aquel entonces, dice, la realidad se tambaleaba un poco, lo cual se notaba porque nacían niños como nosotros, criaturas anémicas, y se multiplicaban de manera irregular. Antes aún había ingentes cantidades de amor, dice, juventudes enteras se derretían por su causa. Un hombre honesto todavía se negaba a creer que la enfermedad humana pudiera curarse a partir de un solo punto. Pero ya cuando empezó la edad adulta del abuelo, se perdieron ciertas variedades de sentimientos cuya necesidad sólo se notó más tarde, pero entonces, claro está, era tarde: ya no se sentían.

Elementos-traza, señalamos asintiendo con la cabeza.

Sólo se actuaba a partir de una sorda sensación de carencia. Se visitaba, por ejemplo, un burdel, de los cuales apenas quedaba alguno; eran restos, por decirlo así, que recordaban los tiempos en que el amor aún era algo especial. Pero seguro que os aburre, dice el abuelo una vez llegado a este pasaje, que unas veces relata con más y otras con menos énfasis.

No importa, abuelo. Vamos al grano. ¿Qué hiciste con la oreja de la chica?

Se la devolvió, dice el abuelo, que poco a poco vuelve a coger el ritmo del relato. Le dejamos hacer lo que quiera; de todos modos ya no podemos sacar nada en limpio. Primero tuvo la impresión de que podía extraer alguna señal de vida de esa oreja. La chica incluso empezó a susurrar: no, no, por favor, que no, maldita sea. Sonaba a auténtico, pero sólo porque él la estaba importunando realmente, cosa que ella dio a entender sacudiendo la cabeza con gesto hostil. Como si esa oreja, con toda la crin de caballo que la rodeaba, hubiera sido tan divertida. Pero él, feliz de todas maneras por ese atisbo de movimiento y sin saber adonde conducía, ni si era un movimiento o no lo era, sino más bien una lucha contra éste, una lucha probablemente hace tiempo anquilosada y convertida en rutina, pues qué podía la chica esperar de él, de un hombre que había recalado allí por pura casualidad, porque ella, claro está, debía de tener por norma de vida no dar crédito a las esperanzas… ¿por dónde iba?

Pero tú, decimos. Él conoce las palabras; nosotros, la gramática.

Pero él, en efecto, se aferró por unos momentos a esa carne sorda en su desesperanza, como si aún existiera la posibilidad de crear allí una vida o de recuperar su pérdida.

¿Orgasmo?, preguntamos.

Por qué no, replica el abuelo y esta vez no se pone colorado. En aquella fase del asunto ya no habría tenido ningún sentido.

Acaba el relato, abuelo, decimos. Lo conocemos. El hombre ya no da más de sí.

El cuerpo de la chica se cerró debajo del abuelo, alejándose de él a pesar de que estaba echado encima (de manera que seguramente se trataba de una falsa impresión), se cerró, dice, formando una esfera implacable que no le ofrecía sostén alguno ni cedía en ningún sitio; de modo tal que, para no resbalar hacia abajo, el abuelo tuvo que apoyarse en sus propios brazos. En esta posición, y muy inclinado hacia adelante además, intentó llenar el oído de la chica con un sonido que fuera lo bastante acariciador para que ella no se lo sacudiera de encima. La chica, sin embargo, metió también la oreja en esa esfera que su carne había formado para defenderse de él. De tal suerte que el abuelo abandonó su propósito y gritó el resto de cuanto tenía que decir sobre los pechos de la joven; éstos eran puntiagudos y al mismo tiempo consumidos y recordaban al abuelo su casa, algo tejido por su madre. Con estos pechos, el busto de la chica parecía vestido; era una ropa singular, aunque, eso sí, pobre; como si tuviera que proteger allí algo. Luego, cuando el abuelo se incorporó por fin para ofrecer a la chica una oportunidad de abandonar su forma esférica, una oportunidad que no diera lugar a dudas, ella soltó un suspiro de alivio y repitió, sin siquiera mirarlo, que se ahorrara tanto esfuerzo, que no había vuelta de hoja, que ella era así: una persona muy especial. «Cariño», añadió tras una pausa. Y luego: ¿Perdón?

Entonces se levantaron en el acto, y fue la primera vez que no se produjo ningún movimiento innecesario.

¿De la otomana?

De la otomana.

Lástima. De hecho, estas historias no nos gustan nada, como historias; y como informes de investigación carecen de tuétano.

Mientras se vestía sin ninguna prisa, el abuelo observó cómo la chica se rociaba el vientre y se secaba frotando fuerte con la toalla. El carácter doméstico de este acto inspiró al abuelo: irrumpiendo a través de la manga de la camisa y con el pecho aún al descubierto, le acarició el pelo rígido que parecía vitrificado, a lo cual ella dijo «cariño» y ya no pidió perdón. Mientras miraba el reloj —era casi mediodía— el abuelo le preguntó si había de atender a todos los clientes. En principio sí, contestó ella, excepto si estaban sucios o venían borrachos, pero los turcos y los italianos no tenían en principio autorización para desvestirse del todo. El abuelo sacó la cartera y preguntó cuánto le debía; eran doscientos, dinero que ella guardó en una cajita que tenía sobre aquel mueble que rodeaba la

cama. Por cierto, había dejado la cajita abierta cuando estuvo ausente. El abuelo cogió entonces el asa de la maleta, que volvía a ser liviana. La chica, dice el abuelo, lo acompañó escaleras abajo hasta la salida, cosa que él no esperaba de ella. Que formaba parte de los usos y costumbres de la casa, declaró. Mientras ella lo precedía, el abuelo vio por última vez la vaga firmeza de su carne, marcada por los bordes de las braguitas y del sujetador. La propietaria no apareció, por lo visto como señal de que a nadie interesaba volver a ver al abuelo.

Seguro que te equivocas, abuelo, decimos, pero él no admite consuelos.

Entró, dice, porque veinte años antes, cuando era un adolescente, le había tentado la idea de entrar; a punto de cumplir los cuarenta, superó por fin el hecho de no haber entrado en sus años mozos. Ya en el umbral, se preguntó si no debía despedirse de la chica con una reverencia; y eso fue lo que hizo.

En ese preciso momento daban las doce. Las doce del mediodía.

Vaya, decimos, y gritamos asustados.

Conque así eran entonces los burdeles, decimos.

No, señala el abuelo. Así me ocurrió a mí, y eso seguramente dependía de mi persona.

¿Y el césped artificial, abuelo?, preguntamos. ¿Y Njesa? ¿Y el club de gimnasia?

El abuelo calla. En su opinión, una vez que acabó su relato, ya nada quiere saber del césped artificial, que sólo desenrolla para los primeros compases del partido. Qué era el césped eterno sobre el cual el F. C. Njesa ganaba o perdía sus encuentros en comparación con el cero a cero en aquella casa con la publicidad de cacao, próxima a las vías del tren y próxima también al mediodía. Ocurrió hace mucho tiempo, no pasó nada o nada del otro mundo, pero la cosa tuvo su gracia.

Queremos al abuelo. Todavía se pone colorado. No es de nuestra época. Pero aún relata, es un narrador.

Pájaros de fuego (Mandra)

ANAIS NIN

Traducción de Antonio Desmonts

Muchos escritores, para completar sus magros ingresos, han escrito libros eróticos o pornográficos. Apollinaire escribió una novela erótica de aventuras, Las once mil vergas*; dicen que Oscar Wilde fue autor (y quizás no por motivos económicos) de una novela erótica gay,* Teleny. *Anais Nin, quien, después de pasar su infancia en Estados Unidos, regresó a su Francia natal y se unió al grupo surrealista, escribió en su juventud, en Nueva York, una serie de viñetas eróticas que reunió luego con el título de* Pájaros de fuego. *«Me convertí —confiesa— en lo que yo llamaría la dama de un prostíbulo literario poco convencional. Debo decir que era una maison muy artística, un apartamento de un ambiente que tenía unos tragaluces que yo pinté para que parecieran las ventanas de una catedral pagana.»*

Los escritores, todos pobres, frecuentaban la maison y comían avena Quaker porque «era lo más barato que había». Casi todos los textos eróticos —como «Mandra»— fueron escritos con el estómago vacío. «Mi verdadera escritura —dice Nin— quedaba de costado cuando yo salía a buscar lo erótico. Éstas son mis aventuras en el mundo de la prostitución. Sacarlas a la luz fue al principio difícil. Para todos nosotros, poetas, escritores, artistas, la vida sexual está cubierta de muchas capas. Es una mujer velada, entresoñada.»

Los rascacielos encendidos resplandecen como árboles de Navidad. Unos amigos ricos me han invitado a estar con ellos en el Plaza. El lujo me calma, pero estoy en una cama muy blanda, enfermizamente aburrida como una flor de invernadero. Apoyo los pies en mullidas alfombras. Nueva York, la gran ciudad babilónica, me enfebrece.

Veo a Lilian. Ya no la amo. Hay quienes bailan y quienes se retuercen anudándose. Me gustan los que flotan y bailan. Volveré a ver a Mary. Quizás esta vez no me mostraré tímida. Recuerdo el día

que estuvo en Saint-Tropez y nos encontramos por casualidad en un bar. Me invitó a que fuera por la noche a su habitación.

Marcel, mi amante, tenía que ir a su casa aquella noche y vivía bastante lejos. Yo estaba libre. Me despedí de él a las once en punto y me fui a ver a Mary. Llevaba mi vestido de cretona con volantes y una flor en el pelo, estaba bronceada por el sol y me sentía hermosa.

Al llegar, Mary estaba echada en la cama, con crema en la cara, en las piernas y en los hombros, porque se había quemado en la playa. Se estaba poniendo crema en el cuello y la garganta… Estaba embadurnada de crema.

Eso me contrarió. Me senté a los pies de su cama y estuvimos hablando. Se desvaneció mi deseo de besarla. Mary estaba escapando de su marido. Se había casado con él sólo para que la protegiera. En realidad nunca había amado a nadie, hombre ni mujer. Al principio de su matrimonio, había contado al marido toda clase de historias personales que no hubiera debido contarle: que había sido bailarina en Broadway y se había acostado con hombres cuando andaba escasa de dinero; que había conocido a un hombre que se enamoró de ella y la mantuvo durante años; que había estado en una casa de putas y ganado bastante dinero… El marido nunca se recuperó de esas historias. Le despertaron celos y dudas, y su vida en común se fue haciendo insoportable.

Al día siguiente de vernos, Mary se fue de Saint-Tropez y yo me quedé con el pesar de no haberla besado. Ahora la volvería a ver.

En Nueva York despliego mis alas de coquetería y vanidad. Mary está más adorable que nunca y parece que la conmuevo mucho más. Es todo curvas y morbidez. Tiene los ojos grandes y líquidos; las mejillas, luminosas; el pelo, rubio y lujurioso. Es lenta, pasiva, letárgica. Vamos juntas al cine. En la oscuridad, me coge la mano.

Se está psicoanalizando y ha descubierto lo que yo sé desde hace años; que a los treinta y cuatro años, después de una vida sexual de la que sólo podría dar cuenta un experimentado contable, nunca ha conocido un verdadero orgasmo. Yo estoy descubriendo sus disimulos. Siempre está sonriente y alegre, pero, por dentro, se siente irreal, lejana, ajena a la experiencia. Actúa como si estuviera dormida. Trata de despertar metiéndose en la cama con todo el que la invita.

—Es muy difícil hablar del sexo —dice Mary—. Soy tan vergonzosa…

No le avergüenza hacer nada, pero no es capaz de hablarlo. Conmigo sí es capaz de hablar. Nos sentamos durante horas en

lugares perfumados y con música. Le gustan los sitios adonde van los actores.

Entre nosotras existe una corriente de atracción, una corriente puramente física. Siempre estamos a punto de irnos juntas a la cama. Pero nunca está libre por las noches. No me permitirá conocer a su marido. Tiene miedo de que lo seduzca.

Me fascina porque su cuerpo rezuma sensualidad. A los ocho años ya tuvo un ligue lesbiano con una prima mayor.

Ambas compartimos el amor por las galas, por los perfumes y por el lujo. Ella es muy perezosa, muy lánguida, en realidad casi puramente vegetal. Nunca he visto una mujer más pasiva. Dice que siempre está esperando encontrar al hombre que la excite. Necesita vivir en una atmósfera sexual, aunque no siente nada. Es su clímax. Su frase favorita es:

—En aquel tiempo me acostaba con todo el mundo.

Si hablamos de París y de las personas que conocimos allí, siempre dice:

—No lo conozco, no he dormido con él.

O bien:

—Ay, sí, era muy hermoso en la cama.

Nunca he oído contar que Mary se resistiera, ¡lo cual encaja con su frigidez! Defrauda a todo el mundo, incluso a sí misma. Parece tan abierta y húmeda, que los hombres creen que está constantemente en un estado próximo al orgasmo. Pero no es cierto. La actriz que hay en ella parece alegre y tranquila, pero por dentro está hecha pedazos. Bebe y sólo puede dormir tomando drogas. Siempre viene a mi encuentro comiendo dulces, como una colegiala. Parece tener unos veinte años. Lleva la chaqueta abierta, el sombrero en la mano y el pelo suelto.

Un día se deja caer en mi cama y tira los zapatos.

—Son demasiado gruesas —dice, mirándose las piernas—. Son como las piernas de los Renoir, me dijeron una vez en París.

—Pero me gustan —digo yo—. Me gustan.

—¿Te gustan mis nuevas medias?

Y se levanta la falda para enseñármelas.

Pide un whisky. Luego decide darse un baño. Me coge el kimono. Me doy cuenta de que busca tentarme. Sale del cuarto de baño sin secarse, dejando que el kimono se abra. Mantiene siempre las piernas un poco separadas. Da la impresión de que fuese a tener un orgasmo, hasta tal punto que es imposible no darse cuenta: bastará una pequeña caricia para enloquecerla. Conforme se sienta en el borde de mi cama para ponerse las medias, no puedo seguir

conteniéndome. Me arrodillo delante de ella y le pongo la mano en el vello de entre las piernas. Lo acaricio suave, muy suavemente.

—El zorrito plateado —digo—, el zorrito plateado. Tan tierno y tan hermoso. Mary, no puedo creerme que no sientas nada ahí dentro.

Parece a punto de sentir, por el aspecto que ofrece su carne, abierta como una flor, por la forma en que sus piernas se extienden. Tiene la boca tan húmeda, tan invitadora, y así deben de estar también los labios del sexo. Abre las piernas y me deja verlo. Lo toco con suavidad y abro los labios para ver si están mojados. Goza cuando le toco el clítoris, pero quiero que sienta un gran orgasmo.

Le beso el clítoris, todavía húmedo del baño; el vello del pubis sigue empapado como algas. El sexo le sabe a marisco. ¡Ay, Mary! Mis dedos trabajan más deprisa y ella se deja caer de espaldas sobre la cama, ofreciéndome todo su sexo, abierto y mojado, como una camelia, como los pétalos de una rosa, como terciopelo y raso. Es rosado y fresco, como si nadie lo hubiera tocado nunca. Parece el sexo de una jovencita.

Las piernas cuelgan a los lados de la cama y el sexo está abierto. Puedo morderlo, besarlo, meterle la lengua. Mary no se mueve. El pequeño clítoris se pone tieso como un pezón. Metida entre sus piernas, mi cabeza está presa en el más delicioso torno de carne fresca y salada.

Mis manos trepan hasta sus grandes pechos y los acarician. Ella comienza a gemir un poquito. Ahora, baja una mano y la suma a las mías en acariciar su propio sexo. Le gusta que la toquen en la boca del sexo, debajo del clítoris. Toca el sitio al mismo tiempo que yo. Ahí es donde me gustaría insertar un pene y moverlo hasta hacerla gritar de placer. Pongo mi lengua en la abertura y la empujo para que penetre todo lo posible. Le cojo el culo con las dos manos, como si fuera una gran fruta, y lo levanto, y mientras mi boca juega en la boca de su sexo, mis dedos le aprietan la carne del culo, se desplazan por su rotundidad, por sus formas, y el dedo índice palpa la boquita del ano y se introduce suavemente.

De pronto, Mary se estremece como si yo hubiera hecho saltar una chispa eléctrica. Se mueve de forma que me sorbe el dedo. Yo lo meto más, sin dejar de mover la lengua dentro de su sexo. Ella comienza a gemir, a ondularse.

Cuando se deja caer, siente mi dedo revoloteante; cuando se yergue, se encuentra con el revuelo de la lengua. A cada movimiento, siente mi ritmo que se acelera, hasta que sufre un largo espasmo y comienza a gemir como una paloma. Con el dedo

siento la palpitación de su placer, que se desencadena, una, dos, tres veces, latiendo en éxtasis.

Se derrumba jadeante.

—¡Ay, Mandra, qué me has hecho, qué me has hecho!

Me besa, bebiéndose los jugos salados de mi boca. Sus pechos caen sobre mí, mientras repite: —Ay, Mandra, qué me has hecho…

Una noche me invitan al piso de una joven pareja de alta sociedad, los H. Es como ir en barco, porque está cerca del East River y pasan las gabarras mientras conversamos. El río es un ser vivo. A Miriam da gusto mirarla, es una Brunilda, de grandes tetas, con un pelo que echa chispas y una voz que atrae. Su marido, Paul, es pequeño y de la raza de los duendes, no tanto un hombre como un fauno: un animal lírico, rápido y divertido. Opina que yo soy hermosa. Me trata como un objeto artístico. El mayordomo negro abre la puerta. Paul proclama a voces mi natural goyesco, mi flor roja del pelo, y me lleva corriendo al salón para exhibirme. Miriam está, con las piernas cruzadas, en un diván de raso rojo. Su belleza es natural mientras que yo, que soy artificial, necesito ambiente y calor para florecer.

Los H. tienen el piso lleno de muebles que considerados uno a uno encuentro feos: candelabros de plata, mesas con escondrijos para poner flores, inmensos *poufs* de raso morado, objetos estilo rococó, cosas absolutamente chic, reunidas con juguetón esnobismo, como diciendo: Podemos divertirnos con todo lo que ha creado la moda, nosotros estamos por encima de todo.

Todo tiene el toque del impudor aristocrático, gracias al cual percibo la fabulosa vida de los H. en Roma y Florencia; las frecuentes apariciones de Miriam en Vogue luciendo trajes de Chanel; la pomposidad de sus familias y su obsesión por la palabra que es la clave de la alta sociedad: todo debe ser «divertido».

Miriam me conduce al dormitorio para enseñarme el nuevo traje de baño que se ha comprado en París. Para lo cual, se desnuda completamente, coge una larga pieza de género y se la va enrollando alrededor del cuerpo como si fuera un traje primitivo de Bali.

Su belleza se me sube a la cabeza. Se desviste y anda desnuda por la habitación.

—Me gustaría parecerme a ti —dice luego—. Eres tan exquisita y refinada. Y yo soy tan grande.

—Por eso mismo me gustas, Miriam.

—Ay, qué perfume, Mandra.

Pone la cara en mi hombro, bajo el pelo, y me huele la piel.

Yo le coloco la mano en el hombro.

—Eres la mujer más hermosa que he visto en mi vida, Miriam.

Paul nos llama:

—¿Cuándo vais a acabar de hablar de trapitos ahí dentro? ¡Me estoy aburriendo!

—¡Ya vamos! —contesta Miriam.

Y se pone a toda prisa unos pantalones.

—Y ahora te has vestido para estar en casa —dice Paul cuando salimos—, y yo quiero llevaros a ver el Hombre de la Cuerda. Canta las más maravillosas canciones sobre una cuerda y luego se ahorca con esa misma cuerda.

—Está bien —dice Miriam—, me vestiré.

Y se va al cuarto de baño.

Me quedo con Paul, pero en seguida me llama Miriam.

—Mandra, entra y háblame.

Supongo que esta vez estará semivestida, pero no, está de pie y desnuda en el cuarto de baño, empolvándose y arreglándose la cara.

Es una reina tan opulenta como cómica.

Cuando se pone de puntillas y se inclina hacia el espejo, para pintarse las pestañas con el mayor cuidado, de nuevo me turba su cuerpo.

Me sitúo a su espalda y la contemplo.

Me siento un poco tímida. Miriam no es incitante como Mary. En realidad, es asexuada, como lo son las mujeres en la playa o en los baños turcos, cuando no tienen presente su desnudez. Pruebo con un leve beso en el hombro.

—Quisiera que Paul no fuese tan irritable —dice a la vez que sonríe—. Me gustaría probarte el traje de baño. Me encantaría vértelo puesto.

Me devuelve el beso, en la boca, procurando no estropearme la pintura de los labios. No sé qué hacer a continuación. Lo que deseo es agarrarla. Estoy muy cerca de ella.

Entonces entra Paul en el cuarto de baño, sin llamar.

—¿Cómo te paseas así, Miriam? —dice—. No te preocupes, Mandra, en su caso es una costumbre. La domina la necesidad de ir de un lado a otro sin ropas. Vístete, Miriam.

Miriam va a su cuarto y se desliza dentro de un vestido, sin nada debajo, agregando una capa de zorros.

—Estoy lista —dice.

En el automóvil, Miriam pone su mano sobre la mía. Luego conduce mi mano bajo los zorros, a un agujero del vestido, y me encuentro tocándole el sexo. Avanzamos en la oscuridad.

Miriam dice que primero quiere atravesar el parque. Que quiere aire. Paul quiere ir derecho al night club, pero cede y atravesamos el parque, yo con mi mano sobre el sexo de Miriam y tan dominada por mi propia excitación que casi no puedo hablar.

Miriam habla sin parar, con mucha soltura. Yo pienso en mi interior: «Pronto no podrás seguir la conversación». Pero ella prosigue, mientras en todo momento la acaricio en la oscuridad, por debajo del raso y de los zorros. La siento removerse buscando mi contacto y abrir un poco más las piernas para que pueda ponerle bien en medio toda la mano. Luego se pone tensa bajo mis dedos, se estira toda y me doy cuenta de que está gozando. Y es algo contagioso. Disfruto de mi propio orgasmo sin que ni siquiera me haya tocado.

Estoy tan mojada que me da miedo de que se note a través del vestido. Y también debe notarse a través del de Miriam. Ambas nos cubrimos con nuestras capas al entrar al *night club*.

Los ojos de Miriam están brillantes e intensos. Paul nos deja un momento y vamos al servicio de señoras. Esta vez Miriam me besa en la boca de lleno, desvergonzadamente. Nos arreglamos y volvemos a la mesa.

Eros y Cupido

STAN PERSKY

Traducción de Carmen Navajas

«Estoy maravillado ante el más raro de los dones —escribió Stan Persky en Buddy's*—, la verdad literal.» En el contexto erótico es casi imposible leer literalmente, sin alegorías o metáforas. Persky escribe siguiendo la tradición de Montaigne, para quien la verdad literal es el punto de partida de la meditación. En* Buddy's*, la verdad literal es la existencia de un bar gay, Buddy's, en Vancouver, de 1982 a 1988. El bar es el territorio que Persky sale a explorar, con sus costumbres locales, sus mitos y su elenco especial de personajes. Desde allí, Persky parte en una conversación inteligente y errática en la que anécdotas, historias y reflexiones se convierten en un lenguaje metafórico que sirve para hablar de las complejidades del homoerotismo.* Buddy's *es un libro de cuentos, de ensayos, de aforismos, de recuerdos, una meditación sobre el amor.*

Buddy's *apareció en inglés en 1989; en 1991, cuando se publicó la edición de bolsillo, Persky incorporó un epílogo en el que los personajes corrigen, añaden o simplemente comentan el libro, transformándose así en lectores que a su vez son leídos por otros lectores, como espejos en el interior de espejos.*

A condición

En París, hace mucho tiempo, un chico francés de mi edad, como de diecinueve años, un chapero, a quien le había pedido que pasara la noche conmigo, me contestó «...á condition». Desde entonces he tenido siempre la sensación de que todo en nuestra vida se nos presenta «a condición de». Dormimos juntos muchas veces.

Eros

Seguramente no es una buena idea verlos en su momento de

esplendor. Eros el ciego, Cupido el encantador. Mejor pillarlos desprevenidos, como ellos hacen con nosotros.

Por un momento, se nos revelan a la luz implacable de los fluorescentes de un edificio, o sus voces nos alcanzan a través de la fibra óptica. Por ejemplo, B., sucio, sin afeitarse, con los ojos vidriosos, que me obliga a llevarlo al aeropuerto en hora punta, y luego resulta que se ha equivocado de vuelo o que ha olvidado su carné de identidad, así que tengo que usar mis tarjetas de crédito para pagar la locura de su viaje sin sentido por las montañas. O, digamos, M. llamando a cobro revertido en mitad de la noche sin pensar en la diferencia horaria y contándome una incomprensible historia en la que se siente perdido. Así que uno empieza, y se lamenta como Jack Spicer:

¿Con quién me he ido a la cama todos estos años?
¿Qué me he llevado llorando a la cama por amor a mí?

Pero no podemos negar de qué modo nos marcaron, cómo nos rompieron el corazón y añadieron una nueva arruga a nuestra alma. Uno hasta se dejó un ancla azul tatuada en mi antebrazo.

Vi a B. por primera vez en el bar del Ambassador. No recuerdo la época del año, pero debió de ser en época de lluvias porque afuera diluviaba.

Estaba engatusando a mi compañero de copas, el señor Stevens, que tenía un talento especial para estos asuntos, para que intercediera por mí ante un jovencito de pelo rubio y rizado sentado unas mesas más allá. El señor Stevens era el nombre de guerra de este hombre delgado, de unos cuarenta años, de pelo lacio y pajizo, y gafas de montura metálica que sólo conseguían corregir un tercio de su miopía. Dado que yo era el miembro con más conciencia «política» de nuestro grupo, le gustaba someterme a sus críticas conservadoras, que crecían en intensidad en proporción directa con su nivel de alcohol en sangre.

Desde luego, prefería las salvajes y etílicas autocaricaturas del señor Stevens a sus ataques a la igualdad entre los hombres.

—Bien, ¿qué soy? —se lamentaba, para contestarse con patetismo—: Una bruja de tercera en un bar de maricas de quinta categoría en una ciudad de novena clase.

Me daba cuenta de que era una media verdad que valía para todos nosotros. De hecho, formábamos un dúo bastante cómico. Bizqueando detrás de unas gafas poco adecuadas ante la nebulosa forma de un cuerpo juvenil, el señor Stevens preguntaba:

—¿Qué tal ése?

Era como pasear con el señor Magoo, el personaje de dibujos animados capaz de confundir un tanque con una seta. Me sentí como un perro lazarillo dando su informe:

—No, ése no.

Sin embargo, no le faltaban virtudes. Simone de Beauvoir escribió: «A veces el hombre busca encontrar en los cuerpos de los adolescentes la playa dorada, la noche de terciopelo, el aroma de la madreselva». Algunas noches en el bar, sólo el señor Stevens podía confirmar la validez de este texto con su descripción extasiada de la carne adolescente —alguien con quien había dormido la noche anterior—, al tiempo que deslizaba, casi sin rozarme, sus leves dedos por mi antebrazo para ilustrar su historia.

El señor Stevens volvió solo de su misión y se dejó caer junto a mí en una butaca vacía, en torno a una mesa redonda con tapete de felpa.

—Vendrá dentro de un minuto —dijo.

Quizá éste es el momento más trémulo del deseo, tan intenso como la primera visión del cuerpo desnudo de aquel a quien se desea. La noche, divertida o aburrida, va a tener que transcurrir sin mí. Lolo, de párpados pesados y modales autoritarios, refunfuña su disgusto por el señor Stevens y mi cotilleo lascivo, una vez desvanecida su esperanza de que la conversación tratara de literatura. El señor Stevens, ahora, está escuchando una melancólica anécdota que le cuenta Ed T., un contable. Como Norman, el camarero, se escurre en el pasillo con una bandeja cargada de cervezas, B. acerca una silla a la tangente de nuestro irregular círculo. De mis labios brotan las inimaginables, y sin embargo totalmente trilladas, palabras que sientan las bases de una asombrosa intimidad. Igual incluso al primer contacto físico, digamos una mano colocada en una curva de su espalda, justo encima de su cintura.

—Mira, seré claro —empezó B. sin preámbulos, pero medio disculpándose por adelantado por la proposición comercial que iba a hacerme.

Acepté los términos del contrato sin dudarlo.

—Te llamaré —le grité al señor Stevens, como si fuéramos sexólogos y le estuviera prometiendo un informe de mis descubrimientos en el laboratorio.

Sin embargo, una vez en la calle (habíamos recogido precipitadamente nuestras cosas y nos habíamos despedido de nuestros amigos respectivos), y cuando ya llevábamos recorrida una manzana y media bajo la lluvia enfurecida hacia mi coche, B. me

sorprendió confesando que estaba atontado o muy borracho y que, en cualquier caso, no estaba para sexo.

Me fascinó su candor. En lugar de dirigirnos al destino previamente acordado, B. me pidió que le llevara hasta la otra punta de la ciudad, y me propuso pasar la noche en casa de un amigo suyo. Aunque suponía una especie de infracción del código que regula estos asuntos —es decir, sugería una relación basada en el respeto—, accedí, dado que hacía mucho tiempo que me había convencido, siguiendo el ejemplo de mi padre, de que la cortesía era una auténtica virtud. En todo caso, siempre podría disfrutar con la sensación de anticipar nuestro próximo encuentro.

Casi no necesito decir que incluso en circunstancias tan premeditadas existe un componente de seducción. Al principio, B. fue un placer sin más. Es decir, inmediatamente dejé de pensar en lo que primero me poseyó, Eros, sino que fui yo quien quiso seducirlo, yaciendo desnudo, admirando sin reservas sus evidentes encantos, iniciando un discurso de mutuo reconocimiento. En seguida me deleitó con la franqueza de sus expresiones de placer.

B. era de un pueblo de una zona rural del norte. Tenía una enorme y típica familia: hermanos menores en el Prince George, padre alcohólico y peligroso, una hermana en Edmonton. Los gustos sexuales de B. resultaban claramente transgresores. En aquel momento, se encontraba en el acto final de una relación ya agotada con un hombre que vivía en las afueras, un viajante del que, según la propia versión de B., se había enamorado; este franco reconocimiento fue el que despejó el horizonte.

Como muchos otros de su misma edad, B. vivía del ingenio y de la seguridad social. El capitalismo o, más específicamente, su incapacidad para ofrecer trabajo a los jóvenes, hacía que B. fuera económicamente dependiente. Y, por ridículo que pudiera parecer, el mundo (o al menos aquella parte conocida como medios de comunicación) me demandaba un ejercicio casi diario de autoridad intelectual a pequeña escala. Me telefoneaban de la radio local, casi siempre al amanecer, para pedirme opinión sobre un abanico de temas de actualidad, incluida la economía y la alta tasa de desempleo, especialmente entre los jóvenes.

Tendría que haber sido especialmente obtuso —más aún que en mis momentos más torpes— para no reconocer las desigualdades de clase entre B. y yo mismo. Peor, existe también, como se conoce en el argot marxista, un «nexo de caja», que propone su propia lista de culpabilidades ineludibles, pero creo que dejaré el tema para otro día. Sin embargo, a medida que iba conociendo a B., me iba

sorprendiendo cómo la estructura de la relación homoerótica tiende a nivelar los desequilibrios formales de las relaciones (clase social, edad, educación, lo que sea). En parte es el carácter prohibido de este deseo lo que contribuye a crear una corriente igualitaria, y hace que las relaciones sean fundamentalmente una confabulación, una conspiración, un proyecto. Pero también es más: en el sexo homosexual, cuántas veces los dominadores por definición se convierten en dominados.

No digo que la homosexualidad borre las diferencias, sino sólo que vuelve a repartir las cartas que a uno le han tocado. Parece que estoy defendiendo una especie de superioridad de las relaciones gay y quizá —aunque solapadamente— lo hago, pero es que también sé más de esto. He visto tantas relaciones heterosexuales tan densas, enredadas y construidas sobre capas y capas de sentimientos de culpabilidad que no me tienta demasiado enzarzarme en una guerra de pujas. Sin embargo, entre los placeres de esa celebrada preferencia sexual homoerótica, hay también igualdades, reciprocidades, contradicciones.

Una vez fui a ver una película titulada *Entre pillos anda el juego*, un remake del viejo cuento del príncipe y el mendigo, con un chico que se llamaba Michael. Cuando terminó, de camino a casa «para jugar entre pillos», sugerí que también podríamos «intercambiar nuestros papeles». Se entusiasmó de inmediato con esa propuesta y la facilidad con que podía representarse.

De forma parecida, la asunción que hacemos sobre el estereotipo de muchos papeles sexuales se ve con frecuencia amenazada por una contradicción: una noche en Numbers, un bar gay en la calle Davie, el señor Stevens y yo estábamos disfrutando con las gesticulaciones que un joven afeminado de belleza trepidante dirigía a varios hombres a la vez: gestos extravagantes, posturas amaneradas, desmayos. Sin embargo, con cuánta frecuencia estos jovencitos afeminados nos sorprenden después, por la noche, con la veracidad de su deseo.

En resumen, conseguí descubrir una región hasta aquel entonces inexplorada en el ardor de B. No puedo decir que otorgara poder alguno a B. La misma presunción es en sí frustrante y arrogante. Lo máximo que puedo atribuirme como acto de voluntad es que hice que nos sintiéramos atraídos hacia un abismo, o quizá, puesto que todo se desarrolla entre los límites marcados por un código, conseguí que participáramos no en un juego dentro de un juego, sino en una realidad dentro de un juego, que a su vez transcurría dentro del propio drama sexual. A partir de este punto, un cambio

de papeles ofrece la posibilidad de contrarrestar la endémica voluntad de poseer. También parece ser ésta la clave del sadomasoquismo: la aparente exageración de la posesión alberga la voluntaria negación de poseer. En todo este tema, tanto para Sade como para Sócrates, esta consideración es en última instancia moral porque, si no, carece de interés.

Desde nuestros primeros encuentros, B. quiso difuminar los límites del código, hasta dejarlos ásperos y escabrosos como un fiordo, invocando ambiguas fronteras entre las relaciones abiertas y las demasiado codificadas, tanto en sexo como en materia económica. En la cama, uno u otro «absolutamente empalado», como diría la prosa pornográfica al uso, en seguida se nos hizo evidente que estábamos comprometidos en «algo más» que un protocolo. Y cuan a menudo conseguía transformar las transacciones económicas, tanto por su bien como por el mío, con la simple declaración «Me estás ayudando mucho», como si no se tratara nada más que de un generoso préstamo que podría devolver con el tiempo.

La metáfora espacial recurrente para mí es «debajo» —por debajo del código, debajo de la escalera, en el sótano, donde un amigo mío y yo, siendo adolescentes, fantaseábamos «iniciando» a otro muchacho al que ambos deseábamos.

Sin embargo, justo cuando empezaba a hacerme la ilusión de que, como el Charlus de Proust, mi vida sería mucho más fácil si B. formara parte de ella de forma estable, me anunció una breve visita a su hermana en Edmonton que se convertiría en una desaparición temporal.

Cuando B. me llamó por teléfono una tonificante mañana de principios de diciembre —el amado tiene la misteriosa capacidad de desaparecer o salir de la nada—, yo estaba en el patio trasero, sentado en una silla de cocina delante del ciruelo japonés, trabajando… —mejor dicho, pontificando— frente a una cámara de televisión, haciendo de mí mismo un ser imaginario.

No lo había visto en tres meses. En ese tiempo, yo había descubierto el Buddy's, donde rumiaba mi satisfacción después de trabajar todo el día en mi libro sobre política local y donde incluso había conocido a un joven mariquita con el que mantenía relaciones. Este joven era una de esas personas maravillosas que parecen provenir de otro planeta, interesado en la ropa, en los cortes de pelo, en la decoración de interiores —un devoto lector del *Gentlemen's Quarterly*— pero que pensaba que el sexo era sucio, pegajoso y maloliente. Por contra, a B. le encantaba ir al grano

directamente y sin más pretensiones. De hecho, apareció una hora después, desnudo, anunció que estaba «empalmado», lo que resultaba poderosamente visible, y rápidamente, para parafrasear a los poetas homéricos, me enredó entre sus piernas. En el nebuloso encantamiento de la tarde, la habitación languideció con el humo y la carne en reposo.

B. había cambiado, o seguramente quería que yo, entre otros, lo viese cambiado. Sin embargo, era su «esencia», que había sufrido sólo cambios relativos, lo que me interesaba. Estaba en ese punto en el que se nace al mundo de los adultos, en el que parecía urgente que su identidad se hiciera más comprensible. Quería «recomponerse», como si viera su vida fragmentada en pedazos que ahora quería reunir en un solo lugar o completar en un mapa. B. había vuelto a la escuela y aparentemente había decidido que, en este guión, yo tenía que desempeñar el papel de tutor oficioso. Me presté a ello porque era B., desde luego, pero quizá también como una prueba de estar envejeciendo: a medida que observaba el afán de los hombres desde la minúscula distancia de la inmortalidad imaginada, me parecía que lo que la gente quiere casi siempre es razonable, incluso modesto. Al mismo tiempo, el cementerio de una sociedad en la que se busca culminar las ambiciones se antojaba cada vez más terrible.

Por aquellos días, todavía no me había enamorado; llegaba al Buddy's hacia las 9.30 y subía al piso de arriba para encontrarme con B. Ya estaba allí, quizá jugando con alguien una partida de billar. Hay un instante, segundos antes de los saludos mutuos, que alimenta a Eros. Estaba al otro extremo de la habitación, concentrado en buscar la carambola. Abajo, yo acababa de pasar entre una nebulosa de hombres. Como ningún otro sentimiento, el deseo transmite con inmediatez la otredad de la otra persona. Podría haber sido un completo desconocido que se pareciera a mi jugador de hockey favorito.

En esta simple ojeada que precede al reconocimiento, también se ve lo que podría llamarse su otredad. Una tarde, B. y yo acordamos encontrarnos en un pub heterosexual cerca de donde vivía. Cuando llegué estaba tomando una cerveza con un amigo. La bailarina de strip-tease acababa de salir y ambos estaban inmersos en su actuación. Me senté en una mesa un poco alejada para esperar a que terminara, y para observar a B., viéndolo no sólo como otro («así, también, soy yo», escribió Rimbaud con certeza), sino un grado más allá de lo que parece el abismo que nos separa a todos, en el que los potenciales amantes ven en el amado, como si lo

presintieran, la duración limitada de su amor, en el que vemos no únicamente la otredad, que nos habla de la imposibilidad de conocer al otro, y un escalofrío nos recorre el cuerpo, haciéndose eco del anhelo de «transparencia». La bailarina se va y yo me acerco; B. se distrae un momento y mira por encima de las mesas. Por un instante, más breve que un microsegundo, me sobresalto ante su belleza, como si no lo conociera. Y entonces nos vemos. Con una mirada me dice que el juego habrá terminado en un minuto; vendrá a tomar una copa conmigo y nos iremos juntos a casa.

Estuve enamorado de B. quizá durante seis meses. En cierto sentido, fui casi el último en enterarme. Al principio, empecé a hablarles de él a mis íntimos. Creo que era más que una simple casualidad o, debería decir, todo lo casual que podía ser mencionárselo a Lanny, mi compañero de casa. Cartas a George: B. cuidadosamente agazapado en una línea aparentemente insustancial. O con Tom en la sauna: después de jugar toda la mañana al raquetball, le insinúo indirectamente que «algo» está pasando.

—Quizá estoy un poco enamorado —me digo con el mismo entusiasmo inocente con que fue saludado el caballo de Troya.

Luego, durante algunos meses, estuve preso de las figuras del amor, como las llaman a veces; de repente, una meditación continua, una constante lectura de los signos más ambiguos y minúsculos, un discurso imaginario e incesante acerca de, con, y dirigido al amado.

El cuerpo busca la fuente que provoca que su mente esté imbuida de amor… Así, cuando un hombre se ve traspasado por los rayos de Venus, tanto si los lanza un joven de gráciles miembros como una mujer que irradia amor por todo su cuerpo, se abre paso hacia la fuente de la herida y lucha por unirse a ella y transmitir su propia sustancia al otro cuerpo. Su mudo anhelo es un presentimiento de felicidad (Lucrecio, *La naturaleza de las cosas*).

Lejos de ser brusco, como en un principio proclamó, B. era evasivo, como un espíritu del aire, inconstante, taciturno, excesivo, estúpido y con tendencia al pánico. La capacidad de los jóvenes para el solipsismo no debe infravalorarse. Pasaron semanas, quizá meses, antes de que se me ocurriera que muchas veces yo no era más que un personaje del drama interno que él mismo había creado, en el que mis acciones no producían necesariamente ningún efecto y en el que aparecía como el padre deseado, el novio, el papaíto complaciente, el santuario, el hombre «maduro» que le gustaba y al que deseaba.

Algunas tardes, al llegar a casa después de trabajar, encontraba a B. en camiseta y pantalones de deporte, escuchando rock a todo volumen y empalmado. Levantaba las cejas y batía las pestañas en lo que parecía una parodia de seducción pero, me di cuenta después, no lo era, y preguntaba mirándome de reojo:

—¿Quieres que te folle?

Sin embargo, la franqueza en un grado tan infinito es tan rara entre los hombres que, a pesar de la certeza casi plena con que podría esperar mi sincero «sí», sabía lo que le costaba lanzar como por casualidad esa pregunta, y me enternecía el júbilo con el que se quitaba los pantalones gastados y deformados para mostrar la piel blanca de sus caderas y su dura salchicha, hacia la que yo inclinaba la cabeza.

Cuando se acerca el final, B. me urge, murmurando lo que uno sólo le confesaría a Dios en un susurro.

Después, desde el otro lado de la habitación y mientras se sube los vaqueros, me dice:

—Lo necesitaba. —Y luego añade sin afectación—: Gracias.

—¿De verdad?

—Sí.

En la cama, una noche, de repente B. me anuncia:

—Ya no me siento joven.

En ese momento, se siente inconsolable por su pérdida.

De vez en cuando lo veo diferente, como si lo observara con los ojos de otro. Llego con George a mi casa. B. está acurrucado en el sillón, viendo la tele, echado en escorzo, vistiendo sólo mi kimono de imitación terciopelo (debajo, *slips* marrones). Se vuelve para que le presente a George; sin querer, me imagino viéndolo por primera vez, lo mismo que George lo puede ver ahora. Me sorprende su fragilidad, y cómo se parece a esos delicados jarrones chinos, con esos blancos y azules desvaídos.

Su inconstancia: desapariciones, viajes, misiones imperativas, polvos casuales, un asunto con una mujer, amigos momentáneos de noches de borrachera en los pubs. Aventuras eróticas que me dejan sin aliento por el deseo que me invade cuando me las cuenta: a B. y a un amigo, Sticks, los invitan a cenar en un restaurante de moda tres hombres, que luego proponen ir a casa de uno de ellos todos juntos.

—Se suponía que era una fiesta —dice B.—, pero nosotros éramos la fiesta.

Se encoge de hombros ante la inevitabilidad de las costumbres del mundo: a B. se la maman tres veces esa noche y, sin duda,

devuelve los favores.

—Pero les digo que no dejaré que me follen.

A Sticks se lo follan todos.

—Lo tendrías que haber visto esta mañana; andaba patizambo.

Suficientes idilios. Proust: Marcel «midió su placer de verlo por la inmensidad de su deseo de verlo y por su dolor al ver que se marchaba; por eso, disfrutó muy poco de su presencia real».

Casi ha acabado. Llamo por teléfono a su antiguo amante. Ha visto a B., desaparecido desde hace una semana. El tono alegre de su ex, mi tono tenso. Estamos a punto de colmar el vaso. Elaboro la recapitulación del fiscal: un discurso imaginario salpicado de fríos ultimatums, declamado al estilo tragicómico que aprendí cuando asistía al juicio de un temprano amante.

A punto de amanecer, griterío de cuervos y, luego, silencio. Me despierto desolado, he soñado con B.

Recuerdo: B. se jacta de que cuanto más enseña su cuerpo, más chapas consigue. Haciendo dedo en verano por la autopista más transitada, vestido sólo con pantalones cortos de gimnasia y un pequeño saco junto a su pantorrilla. Pero una mañana de domingo me llama; tengo que conducir hasta un restaurante de carretera en el valle Fraser para rescatar a mi desamparado amigo. Me conmueve pensar que su belleza —tan obvia que clama abiertamente con o sin esfuerzo— es en cierto modo invisible para casi todos excepto para mí.

Semanas más tarde, cuando todo ha terminado, estoy en el Buddy's con George, que ha venido a la ciudad a pasar el fin de semana. Nos abrimos paso entre la multitud que llena el bar y subimos las escaleras para sumirnos en una masa de cuerpos aún más compacta. De repente, B. A la débil luz de una máquina de tabaco, sometidos a una música ensordecedora, empujados por formas que pasan a nuestro lado, todavía es posible —hablándonos por turnos directamente al oído— declararnos nuestro mutuo y constante amor. La multitud nos separa. Estoy con George y viene a tomar una copa con nosotros una seductora belleza, Michael. Por detrás, al fondo, veo a B.

Y después de haber entresacado estas imágenes fugaces, ¿cómo podemos proclamar: «Todo esto me atravesó, como un torrente, tiñendo las células que corren por mis venas…»?

Si me sobresalto cuando lo veo, mucho menos atractivo (mucho después, en un aeropuerto), es porque Eros ha abandonado su cuerpo. La existencia de los dioses es inmaterial; son más bien una respuesta provisional a un misterio. Aquellos en los que Eros residió

una vez, ahora «decaen un poco/Como si cinco años hicieran sus cuerpos más espesos».

Cupido

Desde el principio, reconocí a Cupido, el dios(ecillo) que preside encontronazos, enamoramientos, trucos, noches en blanco, breves romances y otros asuntos menores del corazón.

Una calurosa tarde de verano se había quedado con lo mínimo imprescindible para hacer chapas, sentado en una valla baja de piedra junto a la iglesia, en la esquina de Broughton y Pendrell, el cruce de la zona más golfa del extremo oeste de Vancouver. Para esta representación, apareció con unos diminutos vaqueros cortos, calcetines blancos y zapatillas de deporte. El resto era una piel de diecinueve años, bien bronceada y firme, siempre a la vista de los conductores.

La deslumbrante sonrisa que me dirigió cuando conducía por la zona me llevó a dar la vuelta a la manzana y aparcar frente a él, debajo de un bloque de apartamentos de color pastel. Cruzó la calle y se inclinó para asomarse por la ventanilla. Eran las tres de la tarde. Se llamaba M. Nos citamos en un bar gay esa misma noche.

Como siempre, no estaba listo para los encuentros que el destino me tenía preparados. De hecho, tomé el anticipo de la cita de M. como una especie de talismán para poder enfrentarme a la larga lista de visitas que aún tenía que hacer. A pesar de que a nuestra pequeña esquinita del globo se la conoce localmente como Lotusland, sus habitantes son, hay que admitirlo, un grupo muy problemático. Por eso nos encontrábamos una vez más en medio de una crisis política contra el estado, que ya nos era muy familiar. Íbamos a tomar las calles otra vez, lo que provocaba un flujo también muy familiar de llamadas telefónicas, comités, coaliciones y el chismorreo necesario para alimentar la llama de estos desvelos. Cuando encontré a M., me dirigía a una de esas reuniones.

Tampoco era el tono del momento actual la medida de mis preocupaciones. Había tenido la suerte de encontrar un nuevo trabajo como profesor, que empezaría en unos días, y que me obligaba a hablar de antiguas teorías de pensamiento político, entre otras cosas. En ese momento intentaba aumentar mis frágiles conocimientos sobre la época de la república en Roma, y apenas podía esperar que iba a darme de bruces con uno de sus dioses menores y más traviesos.

Esa noche de agosto la luna estaba en lo alto de la calle Robson

cuando entré en el Neighbours, un estridente pretexto de bar, para encontrarme con M. Un globo recubierto de espejuelos giraba lentamente sobre la pista de baile, repartiendo fragmentos de luz sobre los hombres. Desde la masa de gente, pude alcanzar a ver a uno de los camareros, llamado Jason, acariciándole el culo con familiaridad cuando pasó por detrás, e inmediatamente supe que eran amantes.

La moda de esa temporada era la ropa de faena color caqui y otros accesorios más propios de la supervivencia en la jungla. M, llevaba una gorra militar de camuflaje muy en boga, una chaqueta de cuero, camiseta azul y vaqueros muy ceñidos.

—Tengo que ponérmelos con calzador —dijo cuando se los quitaba, ya en mi casa.

El suspensorio blanco —me explicó que se lo había puesto sólo para sorprenderme (no hace falta decir que lo consiguió)— le brillaba sobre las ingles bronceadas. Cuando su potente aparato (no circuncidado) saltó excitado de su bolsa, no había que tener mucha intuición para darse cuenta de que estaba al principio de lo que podría ser algo más que un capricho pasajero. Cuando se lo mamé entero hasta el fondo de mi garganta, un rugido de placer salió desde las profundidades de la garganta de M.

En el Buddy's, fiesta romana unas noches después. M. llegó disfrazado de esclavo, vestido únicamente con sandalias y un taparrabos del tamaño de un pañuelo. La mayoría de los parroquianos del bar que aceptaron unirse a este ágape se contentaron con llevar coronas de laurel y sábanas formando pliegues en forma de togas blancas. Los más guapos enseñaban un hombro bronceado. Incluso los clientes más mojigatos que no nos disfrazamos (lamentablemente), tuvimos que admitir que la escena era deliciosa.

Se concedía un premio al mejor disfraz. Estaba destinado a una reinona bondadosa y gigantesca llamada Tiny, que servía en la barra de un establecimiento cercano. Hizo su aparición vestida de centurión romano, con su peto pulido y su casco con cimera en cresta. M. era uno de los concursantes. Los finalistas formaron un grupo en el pequeño escenario del bar cuando M. C., uno de los dueños del Buddy's, imitando a un presentador de concursos de la televisión, mantuvo un brillante parloteo mientras solicitaba los aplausos del público para elegir al triunfador. Cuando llegó a M., M. C. intentó echar un vistazo debajo del taparrabos, bromeando:

—Es lo que paga el alquiler.

Al propio tiempo, dirigía una mirada exageradamente maliciosa

a la chusma romana.

La implacable mariconería, obstinada en sus propias normas, rechazó sin embargo conceder el triunfo a la simple Belleza; fue favorable al centurión con el argumento de que tenía más mérito «artístico».

Entre las filas de los nobles togados en esta subasta de la carne, M. me pareció desgarradamente vulnerable al ofrecerse de ese modo y ser un objeto tan expuesto a los comentarios sobre su trabajo en las esquinas. Él, sin embargo, se mostraba indiferente por completo a estas indignidades, aparentemente satisfecho por el acuerdo previo con la gerencia del bar de que su desnudez casi completa sería recompensada con una noche de barra libre, o quizá contento por los suspiros que provocaba la visión de su piel desnuda, todavía caliente de sol, al pasar entre la multitud senatorial.

Cupido, además de inflamar los amores de otros, está, desde luego, constantemente enamorado. Era parte de la vieja historia que había olvidado, o quizá nadie se había dado cuenta antes: Cupido de juerga, manteniendo aventuras sexuales, rompiendo violentamente con su amante, descubriendo que gusta demasiado a todos sus amigos, etc. Sólo nos lo imaginamos presidiendo nuestras pequeñas tormentas, y olvidamos que mantiene su propia vida en total desorden.

A M. le atraía el aspecto de «macho al estilo GQ» de Jason (según sus propias palabras), aunque debo admitir que yo, en las pocas ocasiones en las que hablé con M. de sus afectos, normalmente en el Buddy's, no conseguí entender esa atracción. Más bien califiqué de inmediato a Jason como un tipo que me daba mala espina y desconfié de la cordialidad de su apretón de manos y de su estilo espontáneo y desenfadado.

A primera vista y en público, había cogido a M. por el culo con la indiferencia que proporciona la dominación o la seguridad en la posesión, pero las apariencias, como casi siempre, engañaban. Era cierto que M. atravesaba su fase más adolescente, lo que con frecuencia le confería un aspecto afeminado, e incluso le daba un toque de mariconería que contrastaba con la estudiada aspereza masculina de Jason. Así, las fantasías de este coro de voyeurs, quizá formado sólo por mí mismo, imaginaban a Jason introduciendo su importante polla (M. ya había hablado en favor del tamaño de su juguete) en el culo de M.

Pero, de hecho, como M. me narraría en una sucesión de noches que rápidamente se alargaron hasta la época de lluvias, sus juegos

amorosos, que incluían escenas de suave esclavitud, no eran los que podían imaginarse en un principio. Era Jason, aunque lo negaba siempre, incluso cuando retorcía sus muñecas atadas a la espalda con una tira de cuero, quien anhelaba ser penetrado sin compasión por su joven pareja, eyaculando simplemente con la combinación de la fricción de su polla contra las sábanas y la presión que ejercían sobre sus huevos los rítmicos empellones de M. en su ojete. De hecho, M. manipulaba astutamente la situación hasta el punto de que lanzaba ultimatums a Jason para que se inclinara y lo follara. Y Jason lo hacía, lo que yo consideré, extrañado, un punto a su favor.

Naturalmente, la brutalidad de su vida íntima sólo podía contribuir a la sobresaltada carrera que el verdadero amor debe disputar. Jason se tomaba a mal que M. trabajara en la calle y le pagaba con la moneda de la infidelidad, disimulando apenas sus aventuras. El lubricante que Jason prefería para sus encuentros sexuales era la Loción de Vaselina Cuidado Intensivo. Una noche, me contó M., llegó a casa excitado buscando a Jason y le arrancó los calzoncillos blancos de un tirón, pero cuando se acercó a chupársela, lo invadió el olor de la Vaselina Cuidado Intensivo, prueba irrefutable de que Jason lo había engañado esa noche con un rival de su círculo de amigos, y luego, añadiendo el insulto a la herida, ni siquiera se había molestado en ducharse para borrar la prueba delatora. Era este rechazo a seguir el rito del engaño lo que M. consideraba vulgar y exasperante.

Pero tampoco M. era exactamente un modelo de virtud monógama. En primer lugar, por supuesto, estaba el negocio de las chapas. Aunque a Cupido tradicionalmente se lo acusa de concupiscencia, y es verdad que debe abrirse camino en el mundo, su comportamiento no supone casi nunca, como piensan sus detractores, una forma de avaricia. La opinión de M. sobre la prostitución oscilaba violentamente, según en qué etapa estuviera de su relación con Jason. En sus momentos más sensibleros —que sin embargo compensaba con sinceridad— se imaginaba que él y Jason vivían felices en conyugal devoción, se hacía firmes promesas de dejar la calle y no se ahorraba remordimientos por su putesco rechazo a alcanzar ese estado de felicidad. En otras ocasiones, en las que estaba menos deprimido, M. admitía con una sonrisa picara que, aparte del dinero, le gustaba la «obligación» que le imponía prostituirse. En segundo lugar, también tenía la posibilidad de mantener aventuras por su cuenta con otros miembros de la fraternidad de sus camaradas trabajadores.

Pero, ¿qué pinto yo en todo este planteamiento? Especialmente

desde que un amigo me comenta:

—La mayoría identifica inevitablemente a tus jovencitos con «putas» y la mayoría de los hombres que «van» con putas no las ama o no quiere estar pendiente de ellas.

Nunca lo había pensado.

Cuando tenía dieciocho años y estaba en la marina, anclamos una vez a las afueras del puerto de Nápoles. Iba con frecuencia a la ciudad con los chicos, a un lugar llamado Black Diamond Bar donde alternábamos con mujeres. El hecho de ser extranjeros nos eximía de determinados tabúes propios de hombres —en cuyo código estaba mal visto «pagar por hacerlo», por ejemplo—. Aunque yo estaba enfrascado, incluso entonces, sobre todo en romances de barraca y sólo de forma esporádica probaba los placeres del Black Diamond, también estaba interesado en aquellas relaciones entre marineros y mujeres que traspasaban los límites contractuales. Para ambas partes había algo de juego —pero también era más que un juego—. Conseguir que una de esas mujeres te amara, se consideraba prueba de un tremendo poderío sexual. Por parte de la mujer, el objetivo era el matrimonio. Pronto supe que una «ley de sabios» parecía regular —e incluso asegurar una cierta dosis de «justicia»— las consecuencias de estas relaciones poco convencionales.

Mi modelo arquetípico era Dooley, un nervudo irlandés de Boston de diecinueve años. Nunca, ni entonces ni ahora, había visto un espíritu de pasión tan impresionante. A mitad de un desganado juego de pinocle en el barracón, Dooley se ponía a pensar en una mujer que había visto en el Black Diamond, pero con la que todavía no se había acostado. Como reflexiona Barthes, en un contexto distinto: «El deseo no respeta los objetos. Cuando un chapero miraba a A., A. leía en sus ojos no el deseo de dinero, sino sólo el deseo —y se emocionaba por ello—». Dooley, levantándose de la silla, poseído de repente, conjuraba esta aparición delante de nosotros y entonces, rechinando los dientes, levantando un brazo por encima de su cabeza y cortando el aire con un chasquido de sus dedos huesudos, gritaba a sus dioses:

—¡Sólo una vez!

Se marchaba a toda prisa para pillar el último autobús a Nápoles y nos dejaba allí manoseando las guías turísticas para encontrar las antiguas ruinas romanas de la vecina Paestum.

Pero la verdad sencilla y prosaica de este asunto es que M. y los demás son personas. Lo vi como un chico, como un jovencito. Cuando ganas su amor, no es el sexo lo que ama, puesto que en ese

tema es un consumado maestro, sino a ti —por ser como eres y por tratarle como un ser humano.

En todo caso, con M. me vi atrapado en la cómica mecánica del deseo. Me insistía sensatamente en que usáramos condones y en seguida me vi en la farmacia, sintiéndome exactamente como si volviera a tener dieciséis años, frente a un amplio surtido —y más desconcertado aún por los avances tecnológicos producidos desde mi última expedición— de «lubricados» y «regulares», «sensación» y naturales, «espermicidas», «estimulantes» y una letanía tal de marcas que parece que tienes que ser licenciado en biología para comprar una goma.

Lo que es más, había descubierto momentáneamente el secreto de la felicidad, es decir: la vida es imperativa. ¡Nos veremos dentro de media hora! ¡Tengo una cita con M. a las diez! ¡Debo terminar las notas para «Tricks»! ¡Necesito más crema batida para la mousse de chocolate ahora mismo!

Mientras tanto, un chapero de diecisiete años, con el extraño nombre de L'Amour, o quizá L'Amoureux (nunca supe exactamente su nombre, aunque llegué a conocerlo), se había enamorado perdidamente de M. Pronto empezó a cortejarlo de esa forma tan encantadora que tienen los jovencitos, llevándole pequeños regalos a las calles en las que esperaban juntos a los clientes. M., con una cadena de plata al cuello que le había regalado este joven, resplandecía y describía con todo detalle cómo había desvirgado con entusiasmo a L'Amour, follándolo no una vez, sino varias, y perpetuando así el mito del implacable poder de la juventud.

—Pero, ¿qué pasa con Jason? —pregunté.

M. se encogió de hombros resignado, anticipando el inevitable desastre doméstico. El género favorito de Cupido, naturalmente, es la farsa de alcoba. Y puesto que Cupido es el único de los inmortales que actúa por aburrimiento (un sentimiento muy infravalorado, según opina mi amigo George), inevitablemente L'Amour y Jason fueron presentados. Muy pronto, los tres juntos retozaban en la misma cama de agua. Llegué a un punto de absoluto agotamiento mental. Para rizar el rizo, cuando M. y Jason discutieron, L'Amour se fue a vivir —de entre todos los que podía elegir— con Jason; otro testimonio de los poderes formidables pero invisibles de Jason. Todo esto era muy oportuno para él, puesto que así podía mitigar su despecho y volver a ejercer el papel dominante con el que prefería identificarse, ahora que M. ya no estaba cerca para ponerlo frente al espejo de su deseo real. Nuestro desolado Cupido ahogó sus penas en las libaciones y los cuerpos que le

quedaban más a mano y compró un billete para pasar las Navidades en Hawai —¿dónde si no?

En todo este asunto, yo me siento afectuosamente estupefacto. Tras toda una cadena de orgías, M., desnudo, secándose recién duchado antes de salir a cenar y al cine, me anuncia inocente:

—Tengo que madurar.

Me estruja cuando pasa hacia el armario, su carne me roza los dedos, se prueba media docena de camisetas, se mira en el espejo de cuerpo entero y pregunta:

—¿Tengo aspecto de macho?

Estos momentos perduran: una noche, M. me resulta francamente divertido cuando, por casualidad, repara en una de esas atroces representaciones de Cupido del siglo diecisiete que tengo en mi mesilla. Lo mismo que cuando alguien se queja de que una foto «no se me parece», él critica que es feo.

—Sí —le concedo—, no te hace justicia.

Me preguntó, más de una vez, si podría escribir sobre él. Sentí curiosidad por saber en qué suponía que podía beneficiarlo que lo hiciera.

—Bueno, sólo porque las cartas son mejores que las llamadas telefónicas —me contestó con sensatez—. La palabra escrita es preferible a los recuerdos; puedes leerlo una y otra vez, puedes tenerlo —concluyó.

Devoto de Cupido, sus deseos son órdenes para mí.

Y esto: copulamos a la luz de las velas. La luz vacilante proyecta la sombra de su pija dura, ampliada, sobre la pared. Encantado, me lo señala cuando estoy debajo de él. La ilusión de su enormidad lo divierte cuando empieza a penetrarme y por fin desaparece dentro de mí. Entonces, lo que se refleja es la sombra gigante de nuestros cuerpos unidos.

En la noche de luna llena más fría del año, M. me llama desde Waikiki. Se había ido a ver a Skip, un chico rubio a quien conocía de la calle y que vivía en una de las islas. La única vez que había visto a este guapísimo y esbelto mariquita fue una noche en el Buddy's y su recuerdo fue suficiente para despertar mi interés. Pero no había funcionado. Aunque cuando se marchó a Waikiki M. pensó que podría ganarse la vida allí, no parecía haber mucha demanda de chicos de diecinueve años, morenos y con aspecto de nativos. Los hombres encontraban al rubio Skip mucho más exótico. M. se sentía solo —por Jason, aunque habían roto—, y nos echaba de menos a mí y a sus amigos del Buddy's. Incluso me sugirió con desgana que podría volar hasta allí. Mi carácter cauteloso, sin embargo, me evitó

esa especial tentación de la mediana edad, cuya locura difiere claramente de la propia de jóvenes y viejos.

M. regresó pronto a la lluviosa y fría Columbia Británica, me trajo como recuerdo una piña y volvimos a nuestros hábitos sociales de ir al cine —preferíamos las historias casi mitológicas de sirenas, hombres de Neanderthal congelados y remakes de Tarzán— después ir a cenar a restaurantes japoneses y hacer el amor a la luz de las velas con el acompañamiento de Pink Floyd y el hachís. Pero él sufría por Jason, que estaba trabajando en una estación de esquí en las Montañas Rocosas. Yo empatizaba con la condición de enfermo de amor de M., porque yo mismo empecé a sufrir una leve gripe.

Fui con M. a las tiendas en los bajos de la galería comercial, donde eligió un bonito jersey para llevarle a Jason a Banff. «El regalo amoroso se busca, se selecciona y se compra con la mayor excitación…, calculamos si el objeto proporcionará placer, si defraudará…, si parece demasiado importante, si se ajustará perfectamente a sus deseos» (Barthes). Envolvieron la caja en un papel especial que repetía infinitamente el nombre de Jason y que M. acariciaba abstraído en el tren que lo llevaba a las Rocosas.

Dos semanas después, M. me llamó desde Edmonton en mitad de la noche. Lo fui a buscar al aeropuerto al día siguiente. Como era de prever, fue un fiasco. Jason había conocido a una joven. Sabía que era un caso desesperado desde el momento en que lo vi. No sólo quedaron frustradas las esperanzas de M., sino que se vio obligado a pasar la noche en el sofá, mientras que en la habitación de al lado Jason dormía cómodamente con su tórtola. Tampoco Jason se cortó mucho cuando le explicó a M. las ventajas sociales que está consiguiendo de este tipo de arreglo más convencional.

Desde luego, la historia no termina aquí. El adaptable M. consigue un nuevo amante, un hombre delgado, musculoso y con bigote, de veintitantos años, con el que había tenido un breve escarceo. Como siempre, no consigo entender los gustos de M. en materia de amantes. Este joven hombre de negocios tiene una tienda de cuadros con uno de esos nombres ingeniosos —«Píntatelo perfecto», creo— y así puede emplear a M. a tiempo parcial y darle la oportunidad de construirse una nueva vida en la casa recién adquirida de su querido. El único rasgo que le redimía, aparentemente, era su terrorífico y excitante estilo «martillo neumático» para follar. Pero este don tuvo poca utilidad puesto que M., en su proceso de adiestramiento de Jason, había llegado a preferir estar «encima».

Obviamente, este tema del amor despechado no podía durar. De

hecho, el día de San Valentín, el auténtico día de fiesta nacional de Cupido, M. y yo estábamos cenando en el Buddy's. M., que buscaba mi opinión profesional como escritor, me enseñó el largo texto de una propuesta de carta para Jason, en la que le ofrecía su oportunidad número 3.408. Me deleito con la ironía de haber sido consultado un día de San Valentín por el propio Cupido.

Y así pasa. Pero sobre infinitas variaciones; apresurémonos hacia el epílogo que asigna a cada uno su destino. Jason y M. lo intentaron otra vez, rompieron, se reconciliaron y volvieron a romper. Finalmente, Jason llegó a un merecidamente cruel colofón como mantenido de un rico californiano y se le vio por última vez, adicto a la cocaína, al volante de un coche caro, en Los Ángeles o Nueva Orleans, imaginándose feliz. En cuanto a su efímera novia, se hizo amiga de M., quien una vez pasó varios días con ella y otra chica (a su vez novia de la primera) en Montreal.

A pesar de mi caprichosa personificación de M. como Cupido, era simplemente M. Es decir, además de un ser adorable por encima de todo, era el hijo adoptado de una recta familia cristiana fundamentalista, monógama, etc., de Edmonton.

En varias ocasiones, M. se lamentaría:

—Tengo casi veinte años y todavía soy virgen.

Me asombraba el hecho de que reservara esta categoría para un uso tan peculiar.

En sus peores momentos, soltaba un discurso programático y deprimente salpicado por todas partes de confesiones reaccionarias y arrepentidas. Creo que era primavera, poco después de que un ingeniero naval con el que mantenía aventuras ocasionales consiguiera un trabajo para M. a bordo de un rompehielos que surcaba el mar de Beaufort como parte de la flota con base en Tuktoyaktuk, y un poco antes de que se hiciera con un nuevo enamorado llamado Kevin.

Dejaría su degenerada existencia, evitaría el destino de los «viejos solitarios en los bares gay», estudiaría, se casaría, tendría hijos, iría a la iglesia, todo incluido. Esto lo decía alguien que, según parecía la otra noche, hacía que a los hombres se les cayera la baba cuando estaba cerca. Podría haberme hecho llorar. Felizmente, todas estas declaraciones se disipaban después como borrascas en el mar.

No es que yo quedara relegado al olvido en el reparto. Fortuna, la caprichosa prima de Cupido, me sonreía de vez en cuando. Por ejemplo, el amigo de M. de Hawai, Skip, pasaba por la ciudad y M., divertido ante mi apenado suspirar, intervino en mi favor. En

seguida me vi conduciendo bajo la lluvia para ir a recoger a este extraño y atractivo rubio —una de las alegrías, aparentemente, de moverse en los círculos más selectos.

Afortunadamente, estuve enamorado de Cupido sólo por un breve período. M. se había asentado con Kevin —una vez más, yo no conseguía ver el motivo de esta elección desde el punto de vista erótico, aunque tengo que admitir que el nuevo novio, que simultaneaba diligentemente dos trabajos como camarero en hoteles de la parte baja de la ciudad, suponía una mejora de carácter con respecto a los que le habían precedido—. M. regresaba de un fin de semana tumultuoso con Kevin y me anunciaba con aire de triunfador:

—Hemos estado follando como locos.

O:

—Hemos gastado toda la caja de gomas.

Yo me desanimaba en directo o por carta cuando M. estaba en el mar durante su turno de seis meses. M. se lo tomaba con bastante elegancia. En una ocasión, cuando me estaba poniendo particularmente lacrimoso mientras cenábamos y él apenas podía disimular su enfado, me hizo notar con suavidad que soportaba mi ridículo comportamiento sólo porque era yo, y porque éramos amigos. Cuando empecé a recibir sus cartas firmadas con: «Te echo de menos y te amo», le pregunté con amargura a George:

—¿Qué significa esto?

Mi gurú contestó:

—Significa que te echa de menos y te ama.

Este aspecto fue confirmado por el ingeniero naval que le había conseguido a M. el trabajo, un hombre interesante e inteligente, a quien finalmente conocí en el Buddy's y con el que mantuve conversaciones de amigo sobre nuestro *protégé*. ¡Ay de mí!, aunque en ese momento era un amante rechazado, tenía que admitir que el afecto que M. sentía por mí era sincero. En contraste con Eros, el roce de Cupido es ligero; más que romperte el corazón, el dolor que inflige te abrasa la piel, casi como si quisiera recordarte que el cuerpo está todavía vivo.

Aunque estemos encantados con Cupido, sería un error desde el punto de vista sentimental no reconocer que su estela de travesuras no siempre es bienintencionada. Según la leyenda, vacía su carcaj por orden de Venus; de hecho, creo que lo hace más bien por cuenta propia. Considerad la extraña geometría por la que se rige Cupido: M. está aburrido del novio con quien vive, Kevin, y aún se acuerda de su ex-novio Jason, así que se lleva a casa a otro chapero, Derek,

a pasar la noche, aunque esa noche no ocurre nada durante la fiesta. Como estaba planeado, M. se despierta aturdido por la resaca, en una cama de agua, encontrándose a Kevin y a Derek en plena faena. Todo esto le facilita una excusa para acusar a Kevin de infidelidad —aunque éste sólo estaba con Derek obedeciendo las indicaciones de M. de que fuera menos «dependiente»— y, al mismo tiempo, niega que esté enfadado.

—¿Por qué iba a estar enfadado? —confiesa ingenuamente por teléfono al preocupado Kevin.

¿Por qué, es cierto? Ya ha quedado en verse con Derek. Todo este asunto consigue que Kevin se harte hasta el punto de marcharse y dejar que M., ahora ya con la conciencia tranquila, siga persiguiendo a Jason, quien, a diferencia del predecible, fiel y cariñoso Kevin, excita a M. porque es sorprendente, desleal y agresivo. Naturalmente, ninguna de estas maniobras funciona —son piezas de un rompecabezas que no encaja— y M. se queja de la condición humana mientras se prepara para meterse en la cama conmigo.

O, una época de lluvias, M. parece que quiere seducir sistemáticamente a todos mis amigos y antiguos amantes. Como yo ya estoy saliendo con Pat, no puedo decir nada. Muy pronto, lo ven en la ópera con mi amigo Tod. Ha pasado la noche con Ron. Una vez, a las cuatro y media de la madrugada, Terry me despierta y me dice que necesita un sitio para acostarse.

—Bien, sube —le gruño.

—No, estoy con alguien —dice Terry.

—¿Quién?

—M.

Como ambos tienen a sus respectivos novios en sus respectivas casas, necesitan un lugar donde follar. Y como está lloviendo y están medio borrachos, han decidido que estaría bien venir a visitarme y volverme loco. Sugiero un numerito los tres juntos, una fantasía que el propio M. me había propuesto hacía unos meses, pero ahora quiere a Terry sólo para él. De hecho, mi propuesta era bastante inocente esta vez: simplemente quería ver a un maestro en su trabajo. Después tengo que sufrir que M. me critique resentido por no haber sido un anfitrión más generoso, a pesar del hecho de que Terry no parecía interesarle mucho, y aunque más tarde, en otra ocasión, me ofrece una entusiasta narración sobre cómo se lo folló.

Finalmente, algunas miradas de despedida: M. se ha cambiado a un bajo en mi barrio y acaba de terminar con su último novio

cuando voy a visitarle. Alrededor de su cuello y el torso, se enrosca su última adquisición: una boa constrictora de dos metros. Me enseña su acuario, que contiene algunos peces caníbales de colores, y describe con entusiasmo su intención de comprarse una tarántula y reunir un completo bestiario de ambos sexos. Ahora veo a los novios de M., sus compañeros de sexo, amantes, aventuras, incluido yo mismo, como homínidos. Una mañana, llega a mi casa, justo cuando Pat y yo estamos levantándonos. Pat está en el baño, lavándose la cara. M. lleva su serpiente por debajo de la camisa y deja que asome su cabeza con la lengua bífida a la altura de su pecho. Se cuela en el baño y se queda de pie detrás de Pat, que se está mirando al espejo. Oigo el grito de Pat.

Aunque hace ya cuatro o cinco años que somos amigos y aunque nos vemos cada vez menos, M. todavía viene por casa. Siempre vestido a la última moda, ahora lleva *culottes* ajustados de ciclista y aparca su bici de montaña en la cocina. Está bastante aburrido del joven médico con el que vive en una casa del barrio de moda de False Creek. Ha conocido a un inocente de diecisiete años cuando montaba en bicicleta en el parque Stanley y lo ha introducido en el mundo de lo sublime. Él, un joven de veintitantos que «parece que tiene diecinueve», con su espléndido culo y sus enrevesadas costumbres. Siento que mi respiración se entrecorta. Sigue viendo a algunos antiguos pero todavía apetecibles amantes. Me dice sus nombres. Además tiene un vídeo de uno de sus enemigos masturbándose, rodado cuando el chico tenía diecisiete años, que M. tiene el placer de ir enseñando por ahí en venganza por varias ofensas imaginarias cometidas por el supuesto monstruo, quien a su vez es muy rubio, muy guapo y muy de todo en su actuación estelar para la cámara. Cuando el vídeo está todavía puesto, nos dejamos acompañar en nuestros oficios por algunos seres imaginarios que practican el porno en otro planeta.

Mucho después de que las figuras inquietantes de las esquinas hayan sido dispersadas por otros barrios de la ciudad, con los «valores burgueses» puestos a salvo, y de que el vecindario haya vuelto a la tranquilidad propia de la clase media, a veces conduzco despacio por ese lugar en el que me vi asaltado por la picara sonrisa de M.

Cuando Eros llora su propio deseo, Cupido ofrece la sonrisa enigmática del maestro de la técnica. Eros se manifiesta por sí mismo; el arte del dios menor es colocar bien sus saetas. Cupido se divierte cuando sus flechas se transmutan en nuestros errores afectivos.

Vuelvo a nuestro invierno romano. El áspero Catón, el respetable Cicerón. Cada día seguía el rastro de los hechos de Pompeyo y César en los últimos días de la República. Está claro, y me doy cuenta cuando me estoy tomando una copa en el Buddy's esa noche, que el aire me trae rumores de regreso. Más tarde, M. me despierta para que vaya a recogerlo a Edmonton. La existencia del amor es asunto de idas y venidas. De nuevo, es hora de ir a buscarlo al aeropuerto.

Desesperación amorosa

Justo al otro lado de mi vida me encuentro, en lo más profundo de la noche, durmiendo no en mi cuerpo sino en mi cadáver, todavía retorcido de dolor por mi muerte. ¿Es para olvidar este indecible terror por lo que he deslizado la palma de mi mano y he recorrido el interior de mil caderas… sabiendo muy bien que el uso adictivo del deseo con este fin levantará una insuperable barrera ante el reino del amor?

El día en que estuve sentada con Jesús en la terraza y vino el viento, me abrió el kimono y él me vio los pechos

GLORIA SAWAI

Traducción de Victoria Llorente

Hay escritores cuya fama no se debe a un libro en particular, sino a la creación de todo un mundo: Balzac y Trollope nos vienen a la mente. Otros son conocidos por una sola novela, o un cuento, o un poema. La mayoría de nosotros nos veríamos en aprietos para nombrar un poema de Edward Fitzgerald que no sea El Rubaiyat, de Ornar Khayyam, o una de las muchas novelas de Bram Stocker que no sea Drácula. Gloria Sawai está bendecida (o maldecida) por la fama de un solo cuento «El día en que estuve sentada».

La experiencia mística se cuenta mejor expresándola como un encuentro sexual físico, según testimonian muchas descripciones. El éxtasis de los santos aparece al común de los mortales como el éxtasis del amor; los textos sagrados hablan de la unión con la divinidad como de la unión con un amante; las monjas son las esposas de Cristo. Santa Margarita María Alacoque escribió que, cuando se quejaba a Cristo de los sufrimientos del amor místico, Él le decía: «Déjame hacer lo que me plazca. Hay un tiempo para todo. Ahora quiero que seas el juguete de mi amor, y no debes oponer resistencia, debes rendirte a mis deseos y dejarme que goce a tus expensas». Así se le aparece Jesús a la protagonista del relato de Sawai.

Cuando en tu vida ocurre algo extraordinario, estás capacitado para recordar con una claridad poco natural los detalles que lo rodearon. Rememoras formas y sonidos que no estaban directamente relacionados con el acontecimiento, pero rondaban por ahí, en la periferia de la experiencia. Eso puede ocurrir incluso cuando lees un gran libro por primera vez: uno que te trastorna y sobresalta hasta abstraerte. Te acuerdas dónde lo leíste, en qué habitación, quién estaba cerca.

Me acuerdo, por ejemplo, del lugar donde leí *Servidumbre humana*. Estaba tumbada en la litera de arriba, en el dormitorio de la escuela de secundaria, envuelta en una colcha azul. Entonces vivía en un internado por voluntad de mi padre. Era un hombre religioso y quería que yo recibiera una educación de tipo espiritual: que oyera la PALABRA y conociera al SEÑOR, como decía. Así que me mandó dos años a la Academia Luterana de St. John, en Regina. Confiaba, supongo, que sería allí donde oiría la PALABRA. De cualquier forma, todavía puedo oír a la señora Sverdren, nuestra tutora, golpeando la puerta a medianoche y susurrando con su acento noruego: «Vamos, Gloria, son las doce. Hora de apagar la luz. Ahora mismo», para después irse, arrastrando las zapatillas por el corredor. Lo interesante de esto es que no recuerdo nada sobre el libro en sí mismo, salvo que había alguien con un pie zopo. A los dieciséis años, ahora ya algo distantes, debió de conmoverme profundamente.

Así pues, no es difícil imaginar con cuánta claridad recuerdo el día en que Jesús de Nazaret en persona subió la cuesta por la parte de atrás de casa, y luego las escaleras exteriores hasta la terraza donde estaba sentada. Y cómo se quedó conmigo durante un rato. Seguramente comprenderán con cuánta lucidez descansan esos recuerdos en mi memoria.

El acontecimiento sucedió la mañana del lunes 11 de septiembre de 1972, en Moose Jaw, Saskatchewan. Estos datos en sí mismos son más extraordinarios de lo que puedan parecer a primera vista. Septiembre es mi mes preferido, el lunes es el día de la semana que más me gusta, la mañana es mi momento favorito. Y aunque Moose Jaw puede que no sea el lugar más espléndido del mundo, aun así, si por casualidad pasa por ahí un lunes de septiembre por la mañana, verá que tiene su belleza.

Por cierto, no cuesta mucho imaginar por qué son mis momentos elegidos. Tengo cinco hijos y un marido. Las cosas se ponen febriles, en especial los fines de semana y en vacaciones. Los niños haraganean por la casa, comiendo, discutiendo, preguntándome a cada momento qué se puede hacer en Moose Jaw. Y la televisión. Siempre los mismos programas. ¡Sólo cambian los nombres! Domadores de caballos, Provocadores de estampidas, Bombardero azul, cualquier cosa. Así que cuando en septiembre empieza la escuela, disfruto de la libertad, en especial los lunes. Sin peleas. Sin televisión. La mañana, fresca y deliciosa. Un nuevo día. Un nuevo comienzo.

El 11 de septiembre me levanté a las siete, la hora habitual, hice

una «crema de trigo» para los niños, freí un trozo de salchicha para Fred, los despedí a todos sacándolos de casa, bebí mi segunda taza de café en paz y decidí ponerme a planchar la ropa de la semana anterior. Todavía no me había vestido y estaba con el kimono rosa que había comprado hacía años en el viaje a Japón; mi único viaje al otro lado del mar, una rápida visita turística de 300 dólares por Tokio y otras ciudades. Para hacerlo había ahorrado para él mientras trabajaba como técnica de biblioteca en Regina, y me alegro de haberlo hecho. Desde entonces apenas he estado fuera de Saskatchewan. De vez en cuando un viaje a Winnipeg, y algunas veces a Medicine Lake, en Montana, para visitar a mi hermana.

Preparé la tabla y tiré de la cesta de la ropa para planchar que había rociado hacía una semana. Cuando desenrollé la primera camisa estaba completamente seca y olía a cerrado. La segunda estaba cubierta de pequeñas manchas grises de moho, y también la tercera. Fred da clases de ciencias en la secundaria, aquí en Moose Jaw. Utiliza un montón de camisas. Decidí desplegar todo el contenido del cesto y airearlo. Diseminé todas esas malolientes prendas por el cuarto de estar. Mientras tanto iría afuera y me sentaría en la terraza durante un rato, ya que era un día tan claro y soleado.

Si conoce un poco Moose Jaw, tendrá noticia de la nueva subdivisión del extremo sudeste llamado Hillhurst. Ahí es donde vivimos, justo en el borde de la ciudad. De hecho, nuestra terraza da a una llanura que llega hasta donde alcanza la vista, si se exceptúa el mismo campo trasero, que es la ladera de una colina bastante inclinada, que conduce cuesta abajo a una cantera de piedra; a partir de la cantera la tierra se endereza hacia la pradera de Saskatchewan. Más allá de la cantera, a la derecha, hay un grupo de álamos y entre las rocas han crecido hierbas altas. Aparte de eso, todo es llano… sólo tierra y cielo. Pero cuando se levanta un nuevo sol por la mañana, las hierbas y las rocas adquieren un brillo anaranjado y oxidado muy agradable. Al menos, a mí me lo parece.

Desenchufé la plancha y volví a la cocina. Me tomaría una taza de café ahí afuera, o quizás un zumo de naranja. Para llegar al zumo de la parte de atrás de la nevera mi mano pasó rozando una botella de Calona tinto seco. Ahí tenía una idea mejor. Un poco de vino el lunes por la mañana, un poco de relajación después de un ruidoso fin de semana. Tomé cómodamente la botella de todos los días y me serví; prometía ser una jornada agradable.

Empujé y abrí la puerta de cristal que llevaba a la terraza. Saqué al sol una vieja silla plegable de lona y me senté. Me senté y bebí a

sorbos. La belleza y la tranquilidad vinieron flotando hacia mí ese lunes 11 de septiembre por la mañana, alrededor de las 9:40.

En un primer momento fue un pequeño bulto en la remota llanura lejana. Luego fue un lunar más allá de la cantera. Después un animal grande, quizás un perro, atravesando el campo de hierba. Al acercarse a la cantera se convirtió en persona. No cabía duda. Una mujer, quizás, todavía en traje de baño. Pero al bordear las rocas, entre las hierbas, hacia la colina, quedó muy claro. Supe entonces quién era. Lo supe de la misma manera que sabía que el sol brillaba.

La razón por la que lo supe es que tenía el aspecto exacto con que lo había visto cinco mil veces en cuadros, libros y en las octavillas de la catequesis. Si existía una persona que hubiera visto y oído hablar de Él una y otra vez, era yo. Incluso en la escuela primaria aparecían esas temibles preguntas. ¿Amas al Señor? ¿La sola gracia divina te salvará a través de la fe? ¿Esperas con impaciencia el día glorioso de su Segunda Llegada? ¿Y estarás preparada ese Gran Día? A veces, cuando era niña, me había escondido debajo de la cama, preguntándome si en realidad habría sido salvada por la sola gracia o, sin darme cuenta, habría estado probando algún otro método, como los católicos, a quienes salvaban sus buenas obras, y acabaría aterrizando en el infierno. Sólo unos cuantos, en el fondo de sus corazones, sabían qué era verdaderamente la gracia, pero no dejaban la iglesia por sus parientes. ¿Y era eso? ¿Sonaría esa noche la trompeta y el cielo se abriría en dos? ¿Descendería del cielo con un fuerte grito el gran Señor y Rey, Alfa y Omega, sujetando en el aire el candelabro de siete velas, acompañado de una hueste celestial que ningún hombre podría enumerar? Y yo, ¿estaría preparada? Rugía en mis orejas y me golpeaba los tímpanos la voz del reverendo Hanson en su elevado pulpito de Swift Current, en Saskatchewan.

Y ahí lo tenía. Viniendo. Subiendo la cuesta de nuestro campo de atrás, con el cuerpo arqueado por la subida, la túnica agitándose al viento. Venía. Y yo no estaba preparada. Toda esa ropa mohosa diseminada por el cuarto de estar, y yo con esta cosa vieja y desteñida, *made in Japan*, y bebiendo… a media mañana.

Ya había llegado a los escalones. Su mano tocaba la barandilla. Su mano derecha tocaba mi barandilla. Subía. Estaba ascendiendo. Subía hacia mí, aquí en la terraza.

Se detuvo en el último escalón y me miró. Lo miré. Tenía el mismo aspecto, exactamente el mismo que tenía en todas las láminas: túnica blanca, estola de color púrpura, pelo de color del

bronce, piel cremosa. ¿Cómo lo habrían conseguido todos esos misteriosos dibujantes, ilustradores de publicaciones de catequesis? ¿Cómo habían conseguido dar con Él, exactamente como era?

Se quedó parado en lo alto de la escalera. Yo estaba allí sentada con el vaso en la mano. ¿Qué le dices a Jesús cuando llega? ¿Cómo te diriges a Él? ¿Lo llamas *Jesús*? Supuse que habría que hacerlo por el primer nombre. ¿O Cristo? Me acordé de la mujer junto al pozo, la que vivía en adulterio, la que lo había llamado Señor. Quizás podría probar con eso. O también podía hacer como que no lo reconocía. Quizás, por alguna razón, Él no querría que lo reconociera. Entonces habló.

—Buenos días —dijo—. Mi nombre es Jesús.

—Qué tal está —dije yo—. Me llamo Gloria Johnson.

Me llamo Gloria Johnson. Vale, eso es lo que dije. Como si Él no lo supiera.

Sonrió, allí de pie, en lo alto de la escalera. Pensé en lo que tendría que hacer a continuación. Luego me levanté y abrí otra silla de tijera.

—Tiene aquí una bonita vista —dijo, dejándose caer sobre la lona y presionando los pies calzados con sandalias contra las barras de hierro de la barandilla.

—Gracias. A nosotros nos gusta.

Bonita vista. Ésas fueron exactamente sus palabras. Todo el mundo que viene a casa y sube a la terraza lo dice. Todo el mundo.

—No esperaba hoy tener compañía.

Enderecé los pliegues del kimono rosa y estiré la tela con mayor firmeza sobre las rodillas. Recogí el vaso del suelo, donde lo había dejado.

—Pasaba por aquí de camino a Winnipeg. He pensado que me dejaría caer.

—He oído hablar un montón de usted —dije—. Se parece bastante a sus cuadros.

Levanté el vaso hasta la boca y le vi las manos vacías. Tenía que ofrecerle algo para beber. ¿Té? ¿Leche? ¿Cómo debía preguntarle qué le gustaría? ¿Qué palabras debería utilizar?

—Se pone muy polvoriento por ahí —dije por último—. ¿Le apetece algo de beber? —miró el vaso que tenía yo en la mano—. Podría hacerle un poco de té —añadí.

—Gracias —dijo—. ¿Qué bebes tú?

—Bueno, los lunes me gusta relajarme un poco después del atareado fin de semana con toda la familia en casa. Tengo cinco hijos, sabe. Así que a veces, después del desayuno tomo un poco de

vino.

—Eso estaría bien —dijo.

Por suerte encontré un vaso limpio en el armario de la cocina. Serví el vino junto a la pila de fregar. Y entonces, como si un rayo me iluminara, me di cuenta de mi situación. Oh, Johann Sebastian Bach. Gloria. Honor. Sabiduría. Poderío. George Frederick Haendel. Rey de Reyes y Señor de los Señores. Está en mi terraza. Hoy está sentado en mi terraza. Puedo preguntarle cualquier cosa bajo el sol, cualquiera, y él sabrá la respuesta. Aleluya. Aleluya. Vaya, para ser un lunes por la mañana en Moose Jaw, no era ninguna tontería.

Abrí la puerta de la nevera para volver a dejar la botella. Y vi a mi padre. Era la mañana de Año Nuevo. Mi padre estaba sentado a la mesa de la cocina. Madre estaba sentada frente a él. Había tapado la olla de harina de avena para que hirviera a fuego lento. Podía oír cómo la tapa golpeaba el borde de la olla sin hacer ruido. Sigfrid y Freda estaban sentados a un lado de la mesa, Raymond y yo al otro. En las manos teníamos libros de himnos, pequeños libros negros abiertos por la primera página. Afuera estaba oscuro. La mañana de Año Nuevo nos levantábamos antes de la salida del sol. Papi nos miraba con la barbilla levantada. Significaba estáte quieto y siéntate derecho. Raymond estaba sentado tan recto y rígido como un soldado, esperando que papi se diera cuenta de lo bien y lo tieso que se sentaba. Empezamos a cantar. Página uno. Himno para el Año Nuevo. Phillip Nicolai. 1599. En realidad no necesitábamos los libros. Habíamos cantado la misma canción cada Año Nuevo desde el momento de nuestra concepción. Papi siempre era el que cantaba más alto.

La estrella de la mañana brilla sobre nosotros; Cuan llenos de gracia y verdad sus rayos.

Cuan bello al pasar su esplendor. Buen pastor, verdadero heredero de David,

Mi Rey en el cielo, Vos me guardáis en vuestro tierno seno.

Oh Cerca…nísimo, Oh Amant…ísimo, Oh Alt…ísimo, Vos Delicios…ísimo.

Aún me amáis, Vos tan alto entronizado s…obre mí.

En realidad no me importaba cantar himnos en Año Nuevo, siempre que estuviera segura de que nadie lo descubriría. Me hubiera dado bastante vergüenza si alguno de mis amigos hubiera descubierto alguna vez el modo en que pasábamos el Año Nuevo. A cierta edad es bastante fácil avergonzarse de la familia. Me acuerdo de Alice Olson; de lo avergonzada que estaba de su padre, Elmer Olson. Era alcohólico y no podía controlar la orina. Su madre

siempre tenía que ir tras él limpiando. Aun así, la casa olía mal. Supongo que no llegaba a todo. De todas formas, sé que Alice estaba avergonzada cuando vimos a Elmer todo desgreñado, con un aspecto terrible y manchas de orina en los pantalones. En realidad, no sé qué podía ser peor para un niño… tener un padre borracho, o uno sobrio el día de Año Nuevo y que canta *La Estrella de la Mañana*.

Atravesé la terraza y le ofrecí el vino a Jesús. Me senté, dejando el vaso en el faldón del kimono. Jesús miraba a lo lejos, por encima de la pradera. Parecía que reparara en todo lo de por allí. Evidentemente no tenía prisa por marcharse, pero no tenía gran cosa que decir. Pensé en qué podría decir a continuación.

—Supongo que está más acostumbrado al mar que a la pradera.

—Sí —contestó—. He pasado la mayor parte de mi vida cerca del agua, pero también me gusta la llanura. Hay algo agradable en ella.

Giró la cabeza al viento, ahora más fuerte, que nos llegaba desde el este.

Agradable otra vez. Si en algún momento se me hubiera ocurrido utilizar esa palabra para describir la pradera, por ejemplo en una redacción de lengua inglesa en St. John, me la habría encontrado con tres círculos rojos alrededor. Al menos tres. Levanté mi vaso al viento. Bien por St. John. Bien por el pastor Solberg, de pie delante del altar de madera, con el evangelio en alto.

En el principio fue el Verbo.
Y el Verbo estaba con Dios,
Y el Verbo era Dios.
Todas las cosas fueron hechas por Él;
Y sin Él nada se hizo

Estaba sentada en un banco junto a Paul Thorson. Compartíamos un himnario. Nuestros pulgares se tocaban en el centro del libro. Era invierno. La capilla estaba fría; un cuartel del ejército sobrante de la Segunda guerra mundial. Llevábamos parkas y estábamos sentados muy cerca. Paul tonteaba con su dedo gordo, empujando el mío a mi lado del libro y luego tirando de él hacia el suyo. El viento aullaba en el exterior. Veíamos nuestro aliento mientras cantábamos el himno.

En vuestros brazos descanso, enemigos que podrían importunamente.

No pueden alcanzarme aquí; Tiemble la tierra,
Estremézcase cada uno de los corazones, Jesús calma mis temores;

Ya puede centellear el fuego y retumbar el trueno,
Sí, y abrumarme el pecado y el infierno,
Jesús no me fallará…

Y aquí estaba. Alfa y Omega. El Verbo. Sentado en mi silla de lona, hablándome de lo bonito de la pradera. ¿Qué podía yo contestar a eso?

—A mí también me gusta —dije.

Jesús miraba una urraca que volaba en círculos sobre los álamos, nada más pasar la cantera. Verdaderamente parecía muy agradable. Pero no era como mi padre. Mi padre era perfecto, la verdad, pero ya saben lo que le pasa a la gente perfecta…, ocupada, ocupada. No estaba tan atareado como pensaba Elsie. Elsie era la atareada. No podías hacer nunca una visita allí sin que ella tuviera que hacer algo más a la vez. Lavar con leche las hojas de las plantas o doblar calcetines en el sótano mientras estabas sentada en un banco junto a la lavadora. No me habría importado sentarme en un banco del sótano si fuera eso todo lo que ella tuviera, pero su cuarto de estar estaba lleno de grandes sillones blandos en los que nunca se sentaba nadie. Ahora Cristo aquí parecía no tener nada que hacer.

Se había levantado viento. Se le ahuecaba la túnica alrededor de las piernas. El pelo se le arremolinaba en torno a la cara. Dejé el vaso y me sujeté el kimono a la altura de las rodillas. El viento llegaba ahora con más fuerza desde el este. El kimono me batía los tobillos. Me incliné para sujetar la parte de abajo, presionando la tela ondulante contra mis piernas. Todo hay que decirlo, el viento de Saskatchewan se presenta de improviso. Entonces ocurrió. Una ráfaga me azotó de frente, se filtró por los pliegues del kimono y llegó hasta los pechos, inflando la tela, hasta que la bata quedó completamente abierta por encima del cinturón. Lo supe sin mirar. El viento soplaba súbitamente sobre mis pechos. Lo sentí por la frescura que noté en ambos. Luego, con la misma rapidez con que había llegado, se fue, y continuamos sentados a la misma brisa suave de antes.

Miré a Jesús. Él me miraba. Y a mis pechos. Los miraba directamente. Jesús estaba sentado allí en la terraza, mirándome los pechos.

¿Qué debía hacer? ¿Decir «perdone» y volverlos a meter dentro del kimono? ¿Hacer una bromita con ello, algo así como «hay que ver lo que ha soplado el viento», o algo así? ¿O debía no decir nada? ¿Sólo meterlos tan discretamente como fuera posible? ¿Qué se puede decir cuando viene el viento, te abre el kimono y Él ve tus pechos?

Vaya, hay maneras y maneras de exponer los pechos. Sé unas cuantas cosas. He leído libros. Y aprendí mucho de mi prima Millie. Millie es la oveja negra de la familia. Dejó la Academia sin sacarse el título para hacerse modelo de pintores en Winnipeg. También bailarina. De cualquier forma, Millie me contó unas cuantas cosas sobre la exposición del cuerpo. Ella dice, por ejemplo, que cuando un artista quiere dibujar a su modelo, la hace desnudarse completamente y estirarse y doblarse en diferentes posiciones para poder hacer esbozos desde diversos ángulos. O la cubre con una tela, por lo general de raso. Cubre una sección del cuerpo con la tela y deja el resto al descubierto; pero lo hace de una forma elegante, disponiendo la tela en colgadura sobre el estómago o la rodilla. Nunca junto a los pechos. Por ello comprendí que mi apariencia en ese momento no era verdaderamente de lo más agradable, ni estética ni eróticamente… desde el punto de vista de Millie. Mis pechos sólo sobresalían de la parte superior del viejo kimono. Y por alguna razón que no puedo explicar ni siquiera hoy en día, no hice nada. Sólo me quedé allí sentada.

Jesús debió reconocer mi confusión, porque justo entonces dijo, con bastante sinceridad, me parece a mí:

—Tienes unos bonitos pechos.

—Gracias —dije.

No sabía qué otra cosa decir, así que le pregunté si querría más vino.

—Sí, me gustaría —dijo y yo salí a rellenar el vaso.

Cuando volví estaba observando a la urraca que surcaba el aire sobre las altas hierbas de la cantera. Me senté y miré con Él.

Entonces tuve una sensación muy, pero que muy rara. Ya sé que era sólo una ilusión, pero fue tan fuerte que me asustó. Es difícil de explicar porque no me había pasado nunca nada semejante. La urraca comenzó a planear hacia Jesús. La vi volar por el aire hacia Él como si la estuviera succionando algún tipo de aspiradora. Cuando llegó a Él, aleteó sobre su pecho, ahora desnudo porque se le había deslizado la parte superior de la túnica, picoteó sus pequeñas tetillas marrones, graznó y desapareció. Fue exactamente como si desapareciera directamente dentro de sus poros. Luego

ocurrió lo mismo con una roca. Una roca que vino flotando desde la cantera y aterrizó en el pecho de Jesús, mezclándose con su piel. Fue muy extraño, qué quiere que le diga, Jesús y yo sentados allí juntos ante eso que estaba ocurriendo. Me dieron mareos, así que cerré los ojos.

Vi aquellas mujeres en los baños públicos de Tokio. Mujeres y niños de pelo negro. Algunas estaban en cuclillas junto a grifos alineados en la pared. Llenaban sus jofainas de agua caliente, se lavaban con telas blancas, frotándose unas a otras las espaldas con las telas de lavar enjabonadas, para luego vaciar las palanganas y volverlas a llenar, echando agua limpia sobre sus cuerpos para enjuagarlos. El agua y la espuma hacían remolinos en el suelo embaldosado. Otras estaban sentadas en la piscina de agua caliente del fondo, remojándose en el agua humeante, mientras hablaban atropelladamente entre ellas. Entonces la vi. Una mujer sin pechos. Estaba en cuclillas junto a un grifo cerca de la puerta. La mujer más vieja que he visto en mi vida. La mujer más delgada que haya podido contemplar. Piel y huesos. Literalmente. Sólo piel y huesos. Se inclinaba y sonreía a todo el mundo que entraba. Sólo tenía tres dientes. Cuando se encorvó sobre su palangana vi unos pequeños pliegues de piel donde habían estado sus pechos. Las arrugas desaparecieron cuando se puso de pie. En su lugar había dos cavidades planas. Hasta los pezones parecían haber desaparecido en las pequeñas cavidades marrones de sus pechos.

Abrí los ojos y miré a Jesús. Afortunadamente, todo había dejado de flotar.

—¿Ha estado alguna vez en Japón? —le pregunté.

—Sí —dijo—, unas cuantas veces.

No presté atención a su respuesta, sino que continué hablándole de Japón como si no hubiera estado nunca. No parecía poder parar de hablar de aquella vieja y sus pechos.

—Tendría que haberla visto —dije—. No es que fuera plana como algunas mujeres, incluso de aquí, de Moose Jaw. No era para nada así. Sus pechos no eran precisamente planos. Estaban hundidos, como si la carne le hubiera desaparecido precisamente ahí. ¿Ha visto usted pechos como esos alguna vez?

Los ojos de Jesús se estaban oscureciendo. Parecía haberse sumergido más en la silla.

—Para empezar, las mujeres japonesas suelen tener los pechos más pequeños —dijo.

Pues no me había entendido. No fueron sólo sus pechos lo que me había impactado. Eran sus mandíbulas, sus dientes, su cuello,

sus tobillos, sus caderas. No sólo sus pechos. Durante un rato no dije nada; Jesús tampoco hablaba.

—Bueno, ¿qué piensa de pechos como ésos? —pregunté al fin.

Supe inmediatamente que había hecho la pregunta equivocada. Si se quieren respuestas específicas y personales se tienen que hacer preguntas específicas y personales. Es tan sencillo como eso. Tendría que haberle preguntado, por ejemplo, qué pensaba de ellos desde el punto de vista sexual. Si fuera, pongamos por caso, el amante, ¿le habría gustado coger pechos así en sus manos y jugar con ellos con dientes y dedos? ¿Lo haría ahora? Esa mujer, morena y brillante, estaba doblada sobre la jofaina. Diminutas burbujas de jabón corrían desde los pliegues de su pecho hasta el ombligo. Agarrarlos. Ja.

O podría haber hecho la pregunta en busca de algún tipo de opinión estética. Si fuera pintor, escultor, por ejemplo, ¿viajaría a Italia y pasaría semanas extrayendo los mejores mármoles de las colinas de cerca de Florencia para luego quedarse despierto noche y día en su estudio, sin comer ni bañarse, con el pelo enmarañado y los ojos vidriosos, y cincelar esas pequeñas arrugas en la gran mole de piedra?

O si fuera conservador de un gran museo de París, ¿colocaría esos pliegues sobre un pedestal de plata en el centro de la sala?

O si fuera mecenas, presenciaría la inauguración de esta gran exposición y se detendría ante esas cavidades blancas con el cuello de pajarita de color púrpura, sorbiendo champán y mordisqueando el canapé con la gamba en el centro, a la vez que se volvería hacia la que tenía al lado, la de los impecables pantalones negros, y le diría: «Mira, cariño. ¿Has visto esta maravillosa obra? ¿Has visto cómo ha captado el artista la verdadera esencia de la forma femenina?».

Ésas son algunas de las cosas que podría haberle preguntado si no hubiera perdido la cabeza; pero evidentemente ese día me había abandonado el juicio. Todo lo que dije, y no era eso lo que quería decir —salió solo—, fue:

—No son bonitos y a mí no me gustan.

Elevé el rostro, lancé la cabeza para atrás y dejé el viento que me diera en el cuello y los pechos. Volvía a soplar con mayor fuerza. Sentí cómo pequeños granos de arena rascaban mi piel.

Jesús, amante de mi alma, déjame volar a tu pecho. Mientras las aguas cercanas ruedan, mientras la tempestad aún está próxima…

Cuando volví a mirarlo, sus ojos se habían oscurecido todavía más y su cuerpo se había encogido de manera considerable. Casi se

parecía a Jimmy aquella vez en Prince Albert. Jimmy es un antiguo vecino de Regina. El día que cumplía los veintisiete años se unió a una banda de motoristas, los «Grim Reapers», para ser exacta, y se metió en un montón de líos. Acabó en una prisión de máxima seguridad de Prince Albert. Un verano que hicimos un viaje de acampada al norte paramos a verlo…, Fred, los niños y yo. No fue una buena visita, dicho sea de paso. Si vas a visitar a un preso debes hacerlo de manera regular. Ahora me doy cuenta de ello. Bueno, eso fue cuando sus ojos parecían negros del todo; pero quizás había estado fumando. Es probable que no sea lo mismo. Jimmy Lebrun. No le hizo ninguna gracia cuando lo llamé «Midnight Raider» en vez de «Grim Reaper». La gente se pone susceptible con sus nombres.

Entonces Jesús respondió al fin. Todo parecía llevarle mucho tiempo, incluso contestar preguntas sencillas.

De todas formas no estoy segura de lo que dijo porque ocurrió algo tan extraño que barrió cualquier cosa que pudiera decir. Justo entonces el viento me dio de lleno en la cara, retirándome el cabello hacia atrás. El kimono se arremolinó en todas direcciones y yo balanceé los brazos en el aire como si estuviera nadando. Y allí, justo debajo de mis ojos, estaba el tejado de nuestra casa. Miraba abajo desde la parte superior del tejado. Vi la hilera de tablillas que la tormenta de granizo de agosto había ahuecado. Y me recuerdo pensando «Fred no ha sujetado todavía esas tablillas. Tengo que recordárselo cuando llegue a casa del trabajo. Si vuelve a llover se va a empapar el dormitorio del fondo».

Antes de haberme podido enterar estaba haciendo círculos sobre la terraza, mirando por encima de la parte superior de la cabeza de Jesús. Sólo que no era yo. Yo estaba sentada en la silla de lona mirando cómo me cernía sobre sus hombros. Sólo que no era yo la que revoloteaba. Era la vieja de Tokio. Vi su pelo gris volando al viento y su culito brillante elevado en el aire, como el de un bebé. Goteaba agua de la barbilla y de los dedos de los pies. Y de sus codos colgaban burbujas de jabón como adornos de oropel. Bajaba flotando hacia el pecho de Jesús. Sólo que no era ella. Era yo. Pude probar pizquitas de espuma pegadas a las comisuras de la boca y sentir el viento en mi espalda mojada y en las cavidades huecas de mis pechos. Sonreía y me arqueaba y el viento soplaba en finas espirales contra mis encías sin dientes. Después, rápidamente, muy deprisa, como una bandada de gorriones de invierno descendiendo en picado a través de la nieve hacia las ramas del álamo, me repartí en millones y millones de pedazos y me zambullí en los pequeñísimos, minúsculos, agujeros de su pecho. Fue como con la

urraca y la roca, como si me hubiera separado en átomos o moléculas, o lo que fuera.

Después estuve mareada. Empecé a sentir náuseas, allí en mi silla de lona. Jesús también parecía mareado. Triste, mareado y solo. «Ay Dios —pensé—, ¿por qué estamos sentados aquí en un día tan bonito echándonos el uno al otro nuestras penas?»

Tuve que levantarme y dar una vuelta. Iría a la cocina y haría un poco de té.

Puse la tetera con agua a hervir. ¿Qué diablos me había sucedido? ¿Por qué me había pasado esa mañana tan buena hablando de pechos? La única oportunidad que había tenido en mi vida y la había dejado marchar. ¿Por qué no tenía un mejor control sobre mí misma? ¿Por qué se me escapaban siempre las cosas de las manos? Pechos. ¿Y por qué me llamaba Gloria? Un nombre tan pío para alguien que no puede pensar en otra cosa para hablar más que de pechos. ¿Por qué no era Lucille? ¿O Millie? Se puede hablar todo el día de pechos si una se llama Millie. Pero Gloria… Gloria. Glo-o-o-o-o-o-o-o-oria. Entonces entendí por qué tantas Glorias andan por ahí en bares, hablando tan alto, riendo con tono agudo y haciendo chistes idiotas, asegurándose de que todo el mundo las oye reírse de los chistes verdes. No hacen otra cosa que tratar de conseguir que se olvide su nombre, eso es todo. Saqué las tazas y serví el té.

Todo había vuelto a la normalidad cuando regresé, excepto que Jesús todavía parecía desolado, sentado allí en la silla de tijera. Le tendí el té y me senté junto a Él.

Ay, papi. Y Phillip Nicolai. Oh, Bernardo de Claraval. Oh, Cabeza Sagrada Ahora Herida. Idos un ratito y dejadnos sentarnos tranquilos, aquí en este pequeño espacio bajo el sol.

Di unos sorbos al té y le miré la cara. Parecía tan afligido que alargué la mano y la puse en su muñeca. Permanecí allí sentada largo rato, rozándole con los dedos los pelillos de su muñeca. No lo podía evitar. Después de eso puso el brazo sobre mi hombro y su mano en la parte posterior de mi cuello, tocando los músculos de esa zona. Daba gusto. Siempre que me pasa algo emocionante o excepcional, mi cuello es el primero en sentirlo. Se pone rígido y lleno de nudos. Después, normalmente me da dolor de cabeza y con frecuencia siento náuseas. Así que me sentó muy bien que me diera un masaje en el cuello.

Nunca he sido capaz de manejar muy bien las sensaciones. Me acuerdo de cuando estaba en tercero y mis padres nos llevaron a ver la exposición de Saskatoon. Fuimos a ver el espectáculo de la tribuna; la batalla de Wolfe y Montcalm en las llanuras de

Abraham. El escenario estaba lleno de indios, colonizadores y damas con trajes rojos, blancos y azules, que cantaban «In Days of Yore From Britain's Shore». Era muy espectacular, pero demasiado para mí. Me dolían el estómago y el cuello. Tuve que meter todo el tiempo la cabeza en el regazo de mi madre, abriendo los ojos sólo de vez en cuando, para no perdérmelo todo.

Por eso me daba mucho gusto que Jesús me tocara el cuello así. Casi podía sentir cómo se deshacían los nudos y el cuerpo tomaba mayor temperatura y descanso. Él también parecía sentirse mejor. Su cuerpo había vuelto a la normalidad. Los ojos volvían a ser los suyos.

Entonces, de golpe, se echó a reír. Con la mano aún en mi cuello, comenzó a reír con fuerza. Hasta el día de hoy no me he enterado de qué se reía. No había absolutamente nada de divertido. Pero oírlo me hizo reír a mí también. Yo no podía parar. Se reía tan fuerte que derramó el té sobre su estola púrpura. Cuando vi eso, me reí incluso más fuerte. No había pensado nunca que Jesús pudiera derramar el té. Y cuando me vio reír tan fuerte y cuando vio que se me sacudían los pechos, aún se rió más, hasta que salieron lágrimas de sus ojos.

Después de eso nos quedamos sentados allí. No sé cuánto tiempo. Sé que miramos cómo la urraca esculpía olas negras en el aire por encima de las rocas. Y las rocas, tiesas y hermosas entre las hierbas oscilantes. Miramos cómo se retorcían y doblaban y volvían a levantarse los álamos más allá de la cantera. Y después tuvo que marcharse.

—Adiós, Gloria Johnson —dijo levantándose de la silla—. Gracias por tu hospitalidad.

Se inclinó y me besó en la boca. Luego me chasqueó el pezón con un dedo. Y se marchó. Cuesta abajo. A través de la cantera y la pradera. Me quedé en la terraza mirando. Miré hasta que ya no lo vi más. Hasta que sólo fue una lejana y vieja estrella en el horizonte.

Entré en casa. Vaya, pues, ¿no había sido una bonita visita? No era cualquier cosa. Examiné la ropa del cuarto de estar, ahora seca y acre. Tendría que volverla a meter en la lavadora; eso era todo. No podía soportar el olor. Me volví a meter los pechos en el kimono y llevé el cesto al piso de abajo.

Eso es lo que me pasó en Moose Jaw en 1972. Fue lo más importante que me pasó ese año.

Cuatro piernas desnudas en una cama

HELENE SIMPSON

Traducción de Antonio Desmonts

Eros o Amor, Hypnos o Sueño y Tánatos o Muerte son hermanos; en la iconografía griega, la tumba se denomina a veces tálamo o cámara nupcial, como la cama en la que dormimos y hacemos el amor. Pero Eros también tiene existencia propia en nuestros sueños: desde los húmedos sueños adolescentes hasta las fantasías sexuales de nuestra vida adulta, Eros invade nuestro sueño tanto como nuestra vida cuando estamos en vigilia.

La literatura ha inventado una serie de mitos extraordinarios relacionados con el sueño erótico: la leyenda del íncubo y del súcubo, los demonios masculino y femenino que copulan con nosotros mientras dormimos; la historia de Maya, madre de Buda, que, mientras duerme, es asaltada por un elefante blanco con seis colmillos y una cabeza color rubí; el episodio del espejo en la vasta novela china del siglo xviii El sueño del aposento rojo, en la que Chia Jui recibe un espejo mágico con el que puede hacer el amor en sueños a la seductora Lady Fénix, y a la mañana siguiente es hallado muerto en medio de sábanas maculadas. Helen Simpson le da a este relato un giro nuevo y gracioso; en «Cuatro piernas desnudas en una cama», Simpson ha imaginado un método diferente de soñar un sueño erótico.

Cuando descorres las cortinas por la mañana te quedas de pie delante de la ventana como un perro negro. Yo me caigo al suelo y me doy un batacazo. No es justo.

—¿Dónde estuviste tú anoche?

Lo preguntas aunque sabes que estuvimos sentados el uno junto al otro, con un pastel de pastor en el plato y enfrente el televisor. Me tomo el té y hago un guiño al chinito azul celeste que pesca desde su pagoda.

—¿Entonces? —insistes.

Me encauzo verticalmente bajo la sábana para ocultar el sonrojo del cuello, murmurando emolientes nadas. El pelo y la chacota.

¿Qué puedo decir, a fin de cuentas? Me cuesta admitir que pasé una noche de lo más colorista y estimulante, gracias doy, yaciendo con la piel apretujada contra tu piel de pareja de espachurramiento, disolviéndome en el intercambio de besos lentos y húmedos.

Que no se entere mi Señor, pero creo que puedo asegurar que he dormido con todos los hombres y chicos que conozco, incluidos los de barba gris y los estrictamente homosexuales, y aquellos por los que no se me había ocurrido que sintiese un ápice de esto.

Hace tan sólo dos noches, estaba tendida en la orilla del río con otras chicas y se arrodilló a mi lado un muchacho de unos catorce o quince años, un nene. Pasó de largo una barcada de condiscípulos suyos de uniforme. Llevaban sombreros de paja pero el sol rebotaba en el río y les pintaba en las caras medialunas de parpadeos de luz que eran como pececillos. Mientras revoloteaban por allí, su cobista profesor descargó sobre nosotras una sonrisa sumamente obsequiosa. Tenía los dientes salidos y manchados. ¡Aaah!, sonreímos en falso todas, revueltas, y mi muchachito hizo gestos de conmiseración. Yo le di un beso y un achuchón; hubo una oleada de envidia entre los escolares. Le di más achuchones y besos, y un generoso calor, provocativo y delicioso, se extendió por mi cuerpo.

—Sólo tienes catorce años, ¿verdad, mi vida? —lo provoqué, apretando su cabeza contra mi pecho, haciéndome la maternal.

Desperté trazando círculos y me reía.

Cuando estábamos recién casados, hace nada menos que seis meses, él traía a casa hombres grandes y bien trajeados que reían a carcajadas, bebían cerveza de lata y decían cosas estrambóticas con voz que de repente se tornaba solemne; por ejemplo: «Es hora de poner la polla en el tajo» o «Hablamos de millones de dólares en serio». Al cabo de un par de meses dejó de invitarlos. Yo eché de menos el parpadeo de sus ojos, pero para entonces, por supuesto, hablábamos de la monogamia en serio.

Un par de noches antes de la boda nos encontramos para tomar una copa en el Pie Island. Estuvimos de pie entre la hierba alta, viendo cómo corría el Támesis por ambos lados, dividiéndose en el momento inmediatamente previo a alcanzarnos y volviéndose a aunar detrás de nosotros. Volví la vista atrás media docena de años y vi a mi yo secreto de los trece o catorce años. Nunca me había sentido incompleta por estar sola ni había temblado por falta de seguridad. Entonces tuve la premonición de que mi intimidad y mi aplomo, que no hacían daño a nadie y eran mis únicos tesoros importantes, serían cosas del pasado a partir de pasado mañana. El haber dicho que sí a casarnos se me apareció, en aquel luminoso

instante, como una traición a mí misma. Me recorrió la piel una oleada de vergüenza y de terror que avanzaba tan deprisa como el vino cuando se derrama. Balbucí una pequeña muestra de estas ideas a mi futuro marido, pensando (con un temprano encogimiento de hombros marital ante lo previsible que era): dirá que ningún hombre es una isla.

—Ningún hombre es una isla —dijo él.

Dicho sea de paso, el matrimonio desmintió sus palabras, puesto que ha convertido en islas a todos los hombres excepto a él. La vida conyugal, si se conjuga correctamente, reza: libido libidas libidat libidamus libidatis libida —No. Adiós a la alegría pura y sin complicaciones que puede nacer entre desconocidos, llevándolos a desprenderse de sus ropas y a dirigirse el uno hacia el otro en un estado de ánimo, entre otras cosas, de risueña amistad.

Las chicas del colegio tenían la casi religiosa convicción de que una vez se ha sentido como se debe con un hombre, de eso se trata. Él era la otra mitad que la completaría a una, era el único padre posible de tus hijos. Me veo con Rhoda en ocasiones sueltas, para tomar una ración de pastel de coliflor, y ella sigue suscribiendo todo esto.

—O bien se trata de lascivia animal, la cual no dura —dice Rhoda—, o bien es lo Auténtico, lo que significa matrimonio.

A Rhoda le gusta que las cosas sean como se esperan. Hace poco se ha comprometido con el único padre posible de sus hijos. Se lo llevó a comprar un anillo, lo paseó por delante de los escaparates de Hutton Garden y él no manifestó otra cosa que irrisión ante los precios. La siguiente vez que fue a tomar el té con los padres de Rhoda, estaba sentado en el borde del sofá, balanceándosele sobre las rodillas una fuente de hojaldres, cuando su futura suegra sacó una bandeja de anillos sin el precio puesto y le pidió que escogiera uno. Dijo que su hija Rhoda no iba a pasar la vergüenza de no llevar nada en el dedo. Él eligió y, claro, resultó ser el segundo más caro, de más de mil. Esto tiene su moraleja en alguna parte.

A veces me quito el anillo antes de ir a una fiesta, pero él hace que vuelva a ponérmelo. Ese dedo con anillo de la mano izquierda es el más débil de los diez, siempre el primero en abandonarlo a una durante los scherzos vigorosos; hay series de arpegios exclusivamente pensados para fortalecer esa debilidad. También es el más sensible, el que utilizan las mujeres cuando siguen instrucciones como: «Extienda muy suavemente esta crema por el delicado tejido epidérmico que rodea el ojo».

Cobarde, envuelta en blanco de la cabeza a los pies, dije: «Sí,

quiero». Querer y despertar tal vez signifiquen lo mismo, pero dormir es otra cosa. Ahora sólo estoy verdaderamente sola mientras duermo, tal es el abuso. Bueno, se duerme una tercera parte de la vida, conque no debería rezongar.

Una ni siquiera tiene derecho a su propia cama cuando está casada. No hay forma de escapar al aliento algo mentolado que impregna de dentífrico toda la almohada. Estoy yo acostada en mi cama, tranquila y formal, cuando él se mete con aire de propietario y me pillo a mí misma pensando: «Cómo te atreves». Ahora nunca logro lo que fue absoluta intimidad, nunca escapo de verdad de él, no por lo menos hasta haber perdido del todo la conciencia. E incluso entonces… La otra noche, mientras estaba acostada, aguardando dormirme —casi a punto—, sentí sus dedos en mis párpados y comprendí que comprobaba si los ojos se movían para cerciorarse de si estaba o no estaba dormida.

Mi marido es mayor que yo; no tan mayor como para dar gracias a Dios por mí, pero lo bastante mayor para que exista entre nosotros la distancia de media generación. Es asesor de empresas y cree que me tiene calada. Probablemente es así, salvo en mi vida nocturna. Tiene la cabeza cuadrada y leonina, los ojos azul verdosos y gélidos. Yo no sé lo que piensa: «Ojalá pudiera hablar», como dicen los ancianos de su mascota.

Se diría que nos lanzamos a toda prisa, pero, luego, por qué no arrepentirse en el ocio. Cuan desoladoras son esas relaciones a largo plazo en que, cumplidos los siete años y un día, no quedan ánimos para aventurarse a nada. En nuestra luna de miel, cerca de St. Ives, hubo una tardía excursión sin palabras a la playa en la que me quedé mirando su perfil nítidamente acuñado contra el cielo nocturno y rendí culto al silencio. La semana pasada, en un nuevo restaurante bullicioso, estuvimos sin embargo mudos frente a los platos de japuta aliñada con chile hasta que al final, para parar el goteo de emociones con cuentagotas, bajé la vista, me quedé mirando fijamente su camiseta, en la que estaba estampado un minucioso mapa de las Hébridas exteriores, y deseé ferozmente hallarme allí.

Su peor defecto hasta el momento son los celos. La última vez que lo llamé a la oficina, su secretaria me dijo con gravedad: «No he visto ni rastro de él». Pero si él me llama y yo no contesto, es probable que siga un interrogatorio. La semana pasada fue algo más que un chiste. Había descolgado el teléfono, porque había venido el señor Pembleton a darme la lección de clarinete y, a nueve libras la hora, procuro que no nos interrumpan. En todo caso, hacia el final

de la lección estábamos enfrascados en un pasaje de Albinoni, casi transportados por sus numerosos arroyuelos, y las cejas del señor Pembleton saltaban al compás de la música, como siempre, cuando irrumpió mi vociferante marido con traje de rayas. Fue muy embarazoso. Me puse furiosa. El señor Pembleton casi lloraba mientras se escabullía, sin habérsele concedido tiempo ni para guardar bien el clarinete.

Habré de ir con más cuidado en el futuro.

A veces tengo un sueño en que las lágrimas me atraviesan como un huracán y me deja estremeciéndome, esos sueños que antes se justificaban atribuyéndolos a los demonios. Había soñolientos demonios hembra que irradiaban tanto calor que, incluso en pleno invierno, las soporíferas semillas de lechuga germinaban a su paso, bastando el frufrú de sus faldas para que florecieran bien abiertos los capullos de rosa congelados. Este súcubo descendería en forma de sueño caliente sobre el hombre dormido, con un apetito tan violento que, cuando acababa con él, incluso el mejor barbado se encontraría más que exhausto y con la sensación de habérsele dislocado los huesos. Mis propios huracanes se habrían calificado sin duda de obra de ese petulante demonio macho, el íncubo, a cuyas interferencias nocturnas se achacaba que nacieran mutantes y monstruos.

Alguna vez, al final de alguna pelea insensata y chispeante, me hundía él con esta última amenaza malévola:

—Lo que necesitas tú es un hijo. Eso te arreglaría.

Ay, sí, eso sería el final de este camino y no un error. Todos están de su parte, claro: en primer lugar, eso tenía por fin la procreación de hijos, etcétera.

¿Parece posible que la confluencia onírica —seamos más contundentes, que la fusión con una quimera— pueda desembocar en un embarazo fantasma? ¿O el yo despierto renunciaría al fantasma?

Mis sueños me han acompañado desde el filo de la infancia, en su mayor parte sueños de esos en los que se mantienen todos lo modales y se conceden todas las licencias; pero hasta casarme nunca supe que eso iba a ser una bronca. Nuestras peleas son como el tiempo, no tenemos control y muy poca previsión, ninguna a veces. Podíamos estar disfrutando al sol cuando surgía una racha de viento de la nada y en segundos se transformaba en un tornado tremendo. Al mismo tiempo y con igual velocidad retrocedíamos décadas, transformados en niños gigantescos que daban patadas, fruncían el entrecejo y borbotaban lágrimas de rabia.

«¡Entonces no me hables! ¡Mira si me importa!» suena a ingenuidad de patio de recreo.

Le doy un manotazo en el brazo y rompo en lágrimas de rabia y de desengaño.

—¿Qué me dices de la vez que me dejaste tirada junto al Albert Memorial? —chillo.

—Suenas exactamente igual que un disco viejo y rayado —me contesta con voz desagradable.

Los insultos me entorpecen la garganta. Doy con lo mejor y apunto cuidadosamente, como un dardo. Veo cómo las pupilas desaparecen en forma de puntas de aguja en los iris color aguamarina de sus ojos, muy excitados.

—¡Lárgate! ¡Lárgate! —grito, volviéndome hacia la pared cuando se acerca y golpeándola con la frente.

Siempre que ocurre esto me asombra la jauría de demonios que hay suelta.

Caemos en la cama como dos niños groseros. Dice él cosas tan fuertes que siento pequeños espasmos punzantes en las zonas más eróticas, de modo que creo que deben de ser de verdad. Estoy callada. Pienso en los espasmos. Luego le doy un guantazo y él me aporrea, así que lo araño y lo muerdo. Dice mi nombre después de haber apagado yo la luz, pero no le respondo. Yacemos despiertos, en esa especie de largo silencio mortal, cuando toda la vida futura son los Arabia Deserta.

Todavía nos comportamos con bastante normalidad en público, evitando la menuda amargura en que automáticamente se debaten, sin cohibirse, las parejas que llevan más tiempo casadas. Hace poco tuvimos que ir al banquete que ofrecía uno de los clientes agradecidos de mi marido. Hacia el final de la comida, la esposa del cliente volvió a toda prisa, procedente de la cocina, llevando en las manos un Alaska al Horno con llamitas azules de ron. Por si acaso no se sabe qué es un Alaska al Horno, se trata de un postre de pesadilla que sólo a un loco se le ocurriría hacer, un gran trozo de helado cubierto con claras crudas de huevo muy batidas y endurecidas con azúcar, todo encima de un lecho de bizcocho. Esta estructura se cauteriza en un horno abrasador durante tres minutos, tiempo en el que se cuenta con que el helado aguante como tal mientras se asa el merengue y se crean puntas tostadas. Es lo que se podría llamar una receta babilónica con fracaso garantizado.

El cliente y su esposa eran una pareja bastante tensa, en cualquier caso, pero el subrepticio fuego cruzado con que habían sazonado la primera parte de la comida iba a tener ahora su plena

realización culinaria.

—El cuchillo, querida. —La voz de él se alzó hasta ser estridente —. Un cuchillo afilado.

—Ya lo sé, querido, pero córtalo más deprisa que la última vez —lo urgió ella—. ¿Te acuerdas de lo que pasó entonces?

—Se está deshaciendo, querida —le regañó él.

—No lo cortas lo bastante deprisa —dijo ella.

Una tajada atravesó disparada el platito de té y el helado se derramó en el mantel.

—¡Venga, venga!

Ella tenía las cejas ferozmente fruncidas y bailaba una especie de zapateado junto al marido.

—Ha estado demasiado tiempo —dijo él al desmoronarse la segunda tajada.

—Tres minutos, ni un segundo más, por la memoria de mi madre —dijo ella con aborrecimiento—. Eres tú, que eres demasiado lento.

La mesa había quedado en silencio, al no caber ni una palabrita en medio de la escena. Yo me limité a mirar, con lo que supuse una especie de compasión olímpica al principio, hasta que, como un diapasón, me encogí de hombros, al captar ciertos inconfundibles ecos matrimoniales.

Esta mañana, cuando he silbado con admiración al verlo salir de la ducha, desgreñado y reluciente, él ha dado unas palmadas y ha dicho:

—Eso no es precisamente muy femenino, ¿no?

Tiene las manos hermosas, finas como la tierra, ásperas y cálidas como la arenisca. A veces me deja frotarle la espalda y los hombros, y es cuando siento con más fuerza la maravillosa sensación. De esto nunca le he hablado.

Al principio sentía una inevitable admiración cuando lo veía salir de la pista después de un partido de tenis, quitándose la camisa con tanta torpeza como lo haría un niño, cayéndole gotas de sudor blancas y nacaradas a la luz del sol. Tenía el rostro más brillante que la plata, bronceado hasta haber manchas cobrizas en los pómulos, los encarnados hombros curtidos hasta casi ser del color del vino tinto. «Deja que te ame —le decía yo en silencio cuando íbamos hacia la cama aquella noche de la primera vez—, deja que te acaricie las ojeras con mis dedos y que aspire el olor a miel y aire de tu piel; deja que te ame antes de despachar a mi corazoncito.»

Por la noche, en pijama (prenda que no apareció hasta después de la boda), se enrolló contra mí cual molusco desollado, con la

larga espalda curvada de un camarón. «Mi cocodrilito», dije maliciosamente al arroparse contra mí, dentro de la cama, cuan largo era. Cuando me susurraba entonces al oído (lo que aún sigue haciendo) me provocaba temblores, a la vez que los dedos de las manos y de los pies me chisporroteaban como bengalas. Eso lo hacía gemir como una paloma torcaz antes de dormirse, aunque por regla general yo seguía riendo entre dientes un rato después.

Entonces mi alma se sentía tan pletórica como una pradera soleada; mi cuerpo estaba presto, era divino, ensartado en una ristra de luceros. Había la esperanza en-que-apenas-me-atrevía-a-creer que el matrimonio llegase a significar años así por venir, la salvaguarda de una vida con semejante fiesta subterránea a perpetuidad. Sí, sí, el matrimonio es más que eso, ahora lo sé; pero seguro que no tiene nada mejor.

Hace unos seis meses, una semana o dos después de celebrarse la boda, andábamos por el lindero de unos rastrojos de cereal cuando llegamos a una casa solitaria en un campo independiente. Miramos por las ventanas —de las que algunas estaban rotas— y no había muebles en el interior, de modo que no nos sentimos invasores cuando levantamos el pestillo de la puerta del jardín. Cubierta por el seto de las miradas de los paseantes ociosos, había una casa de fieras hecha a base de jardinería, pavos con aspecto salvaje, osos de los que brotaban cerdas verdes que eran hojas largas, un par de desdibujados canes heráldicos. Hacía calor, avanzada la tarde, y nos tendimos en un macizo de boj recortado que había en un extremo del jardín. Veía cabecear los castaños de Indias al otro lado del seto. Salía de una cercana maraña de zarzamoras el denso zumbido constante de las abejas. Me desprendí de la ropa, nos tendimos juntos sobre su camisa, nos concentramos de pronto durante un rato en un placer intenso y creciente. Después, yo estaba enferma de placer y compartimos los panecillos y las manzanas reservados para el almuerzo en alguna taberna. Recuerdo haberme fijado en las estrías rojas y verdes de la piel de las manzanas y en la milagrosa estructura de panel de colmena del pan. Luego, nos quedamos dormidos.

Tuve un sueño ardoroso y apremiante de esos que a veces van pegados a los talones de la satisfacción: iba andando por la calle Mayor de Bakewell con un hombre modesto, joven y fuerte. Era bastante alto; al hablarme volvía la cabeza un poco y bajaba los ojos hacia los hombros. Me estaba contando cómo se hacía su propio pan, lo fácil que era, sólo dos o tres hogazas a la semana, cuatro cuando tenía más apetito de lo normal. «Cómo demonios

encuentras tiempo —decía yo— para amasar y para darle tiempo a que esponje.» «Se encuentra en medio de otras cosas, en minutos sueltos sacados de aquí y de allá», me aseguraba.

Me enseñaba la masa que estaba haciendo, pasándosela deprisa de una mano a otra como si fuera un guardameta. Luego se la ponía a modo de enorme guante de boxeo, húmedo y flexible, pegándole con destreza tirones y puñetazos con la otra mano. «Prueba», me decía. Me resultaba muy difícil manejar el falso guante, así que me ponía a amasar con entusiasmo. La masa iba creciendo y creciendo, elástica y con vetas fuliginosas, hasta que yo me cansaba. Decía: «¿He estropeado la hogaza?». «No del todo —decía él—. Hasta será mejor de lo normal.» Seguíamos nuestro paseo, con su brazo alrededor de mis hombros, tan amigables como es posible.

Cuando desperté era casi de noche, hacía calor y había quietud. Observé la cara arrugada de él a un palmo de distancia, despertándose, parpadeando para aclararse los ojos, y después una guirnalda de sonrisas.

Por entonces éramos amigos.

Me pone derecha, no se fija en nada por encima de la cintura. Cómo le gustaría a él, eso era lo que me gustaría saber a mí. Y después de un rato de juegos de corral, mientras yo sigo dentro del camisón, muy a menudo, me enjaula entre sus grandes brazos y piernas y se desvanece con un ronquido.

—¿Cómo has dormido? —mi marido se ha puesto a hacer preguntas casuales—. ¿Has tenido algún sueño interesante?

Encontré en su cartera de mano la otra noche, cuando buscaba *The Times*, un libro de bolsillo mugriento que se autodenomina *Diccionario de Onirología*. Es fascinante leer que en el islam los sueños con mujeres bravías siempre se relacionan con esposas infieles; me pregunto si también cabe la inversa. Y soñar con estar infestada de gusanos equivale a menudo a embarazos, dice aquí. Yo no tengo moscas encima. Pronto él me estará interrogando sobre la posible aparición, en mis imágenes nocturnas, de dagas, serpientes, limas de uñas y paraguas.

Lo que me preocupa es que se me está haciendo cada vez más difícil distinguir entre el sueño y la vigilia. A menudo me siento asombrada cuando paso de un sueño a la mañana. Grito o río en sueños y despierto a mi marido. Sueño con que estoy soñando o bien sueño con que me he despertado. Trato de comprobar si el sueño es sueño preparando un plato de bocadillos de sardina; me burlo de todo y no me entero mejor. Hace poco intenté morderme la mano en un sueño para ver si estaba despierta. A la mañana

siguiente tenía la señal de los dientes, conque ¿adonde me lleva eso?

Una noche de la semana pasada volví muy tarde y subí sigilosamente las escaleras con la esperanza de que él se hubiera dormido. No hubo esa suerte. Estaba apuntalado contra las almohadas y cerró Ana Karenina de golpe al entrar yo en el cuarto.

—He tardado siglos en encontrar taxi —dije—. Parece que no existan a partir de las once.

—¿Por qué no has tomado el tren? El último no sale hasta las once y media.

—Ya lo sé, pero Rhoda y yo teníamos una interesante conversación en el bar. La película daba mucho que pensar.

—¿Cuál era esta vez?

—*El acorazado Potemkin*.

Era seguro que él no la habría visto. Yo, desde luego que no.

—Ah. ¿Y de qué trata?

—Ya sabes, de cómo son las guerras, sobre todo en el mar.

—Y tú y Rhoda estuvisteis sentadas hasta después de medianoche hablando de táctica naval y bebiendo Liebfraumilch.

—Además de otras cuestiones afines. Conque para ya de sospechar. Me pone mala que me acoses. Voy a cambiarme.

Fui como un huracán al cuarto de baño, llevándome el camisón.

—Quédate aquí —me llamó él.

«Nada que temer», me dije al echar el pestillo del baño. De otro modo vería que, por especial petición del señor Pembleton, me había quitado el sostén, lo que no es habitual en mí. Me di una ducha rápida con jabón Brea de Carbón y volví al dormitorio con una sonrisa inocente.

—¿Dónde encontraste el taxi? —dijo él.

—No vuelvas a empezar.

—Quiero saberlo.

—En el puente de Waterloo.

—Pero si has dicho que habías estado con Rhoda en Barbican.

—Lo he dicho, pero el bar estaba un poco retirado, y entonces no hay taxis en la City, entrada la noche. Así que fuimos andando porque sabíamos que siempre hay taxis en el puente de Waterloo.

—Hay millas desde Barbican hasta Warterloo.

—Lo sé, por eso precisamente estoy tan cansada y tan enfadada y con tantas ganas de cama. Y, si ésa es toda la simpatía que tú eres capaz de demostrarme, preferiría no haberme casado contigo.

Me eché a llorar al cabo y, por fin, lo convencí de estar libre de culpa, hasta el punto de que se excusó y me dio un beso de buenas

noches.

Entonces me desperté y las lágrimas de cocodrilo aún me corrían por las mejillas. Miré el reloj —las cinco de la madrugada— y el bulto que dormía a mi lado, acordándome de cómo habíamos pasado la noche anterior jugando al ajedrez delante de la chimenea. Ya se ve lo desconcertante que esto puede ser.

Me ganó al ajedrez como de costumbre (aunque no sin excepciones). Cuando recogía las piezas, reflexionando sobre ellas una por una, dije:

—Las que más me gustan son los caballos. Me gustan los brincos que dan en forma de L.

—Es lo tuyo —dijo mi marido con amargura.

Lo divertido fue que entendí exactamente cómo se sentía.

Cuando le sorprendo en algún detalle corporal, removiendo el dedo meñique alrededor del pabellón de la oreja o reventándose un barrillo en la aleta de la nariz, cruzamos la mirada con frialdad y él mira hacia otro lado. Estos fugaces vislumbres de odio entre nosotros son terriblemente sinceros.

Ayer, al ir de compras, estaba esperando ante el semáforo en la esquina de Marchmont Drive cuando una camioneta azul de fontanero pasó disparada. Llevaba abierta la ventanilla del conductor y, aunque debía de estar en la cincuentena, capté por un largo instante su hombro bronceado y su brazo desnudo, con una mata en el sobaco como la barba de un mejillón. Hubo un estallido de música —«Sal de mi sueño y métete en mi coche»— tan fuerte como una pícara vaharada de jazmín, que duró un momento. Casi grité; y todavía tenía un nudo en la garganta cuando llegué a la tintorería. Que no me digan que eso no significa nada.

Hace poco me he percatado de un cambio incordiante. Como no consiente que tenga secretos para él, mi marido ha empezado a presentarse precisamente en los momentos que no debe en los lugares donde no le corresponde estar. Anoche estaba tumbada en un sillón con respaldo abatible mientras el dentista echaba a mi alrededor bocanadas de algo que mareaba, hasta dejarme sólo semiconsciente. Se acercó y me acarició, se quitó la chaqueta blanca, me abrazó y me apretó contra sí; y entonces apareció mi marido en la puerta y dijo:

—Perdóneme, ya me encargo yo.

Me desperté furiosa con su peso inconsciente a mi lado. Me dieron ganas de golpearlo, pero me calmé, rezongando. Cuando regresé al sueño estaba junto al mar y hacía una noche cálida y clara. La luz era tan rara, el cielo y el mar de un verde azulado

gélido tan extraño, que comprendí que me hallaba más al norte de lo habitual. Di unos cuantos pasos por los guijarros sibilantes y las algas explosivas, dándome cuenta de que había en el cielo tanto un sol rojo como una luna amarilla, aunque el sol estaba muy bajo. Entonces, mientras corría alegremente entre los altos hierbajos de las dunas, apareció un pescador o un gitano del mar; sólo pude captar los ojos negros de destellos oblicuos.

Estaba a mi lado y nuestras caras se rozaban; la suya tenía el tacto de la piel de una estrella de mar y la mía era como lo que forra las conchas. Yo me daba cuenta de existir en mi cuerpo —el apacible tamborileo de mi pulso, el apagado fragor del mar en los oídos— al mismo tiempo que me veía junto a la otra figura en la orilla.

Él sacó del bolsillo del pantalón una pequeña caja de madreperla y me la dio, observándome atentamente cuando le di las gracias cabeceando. Luego levantó el brazo doblado por el codo y deslizó uno de los dedos debajo del mechón que se me había pegado a la frente. Veía mi cara y mi cuello colorearse al mismo tiempo que el sol poniente encendía una franja de mar. De pronto me deslizó la mano por la honda sisa del vestido y sus dedos se curvaron alrededor de las formas de mi pecho. Me quedé sin fuerzas y me varé en su hombro.

El tiempo da un saltito. Estamos en una casa construida con madera traída por el mar y ramas de pino. En la ventana se ven rectángulos de color aguamarina blanqueado por el salitre; hay burbujas y aguas en el cristal. Él atiza el fuego de carbón mineral. Yo estoy esperando y me resbalan lágrimas calientes y saladas. Él me atrae despacio hacia sí. Siento el fuerte calor de su cuerpo; irradia a través de la ropa como el sol. El centro de mi cuerpo corcovea con ternura, de agradecimiento. Nos quedamos mirándonos con medias sonrisas reticentes y, por la respiración contenida, se podría pensar que estamos a punto de pelearnos.

Nos tumbamos en la cama que hay junto a la pared. Yo cierro los ojos, curiosamente descansada ahora, flotante. Su violenta mano me arranca de estar suspendida en medio del aire y yo lo abrazo con la misma violencia. Nos mecemos juntos aunque da la impresión de que deberían resquebrajársenos las costillas.

Pero cuando por fin llega eso, pinzada en la armadura cálida de sus brazos, con los muslos estrechados en su maraña, en este momento se me ocurre mirar por encima de su hombro, con lo que lo estropeo todo. Iba yéndonos como la seda pero no habrá conclusión. Me siento, escupo palabras de rechazo, miro al otro

lado del cuarto.

Él ha vuelto a hacerlo. Esta segunda invasión demuestra que ha roto mi tapadera. Ya nunca volveré a tener intimidad, ni siquiera en el tercio de la vida que se pasa durmiendo. Desde allí, desde la ventana, con la cara como un reloj censor, mira mi marido.

Alex Fairburn

DENTON WELCH

Traducción de Nuria Lago

Como nos sentimos atraídos por lo desconocido, lo oculto, lo peligrosamente inexplorado, sentimos una atracción erótica por lo percibido como opuesto a nosotros. La joven, blanca Desdémona es atraída por el viejo, oscuro Moro; la aristocrática Lady Chatterley se enamora de su rústico guardabosques; la Bella se enamora de la Bestia; King Kong de Fay Wray; dicen que el duque de Wellington se enamoró de Lady Georgina Fane, a quien sus contemporáneos llamaban «salvaje, horrenda y medio enclenque». La gente quería saber el porqué del extraño apego que sentía este hermoso caballero por una dama tan poco agraciada. «Siempre tuvo una o dos mujeres con quienes conversaba y mantenía relaciones íntimas, y fueron casi todas bastante rarillas —escribió Lord Greville en su Diario el 25 de julio de 1851—, pero la más extraña de todas sus aficiones fue esta solterona aburrida, empreñadora y loca.»

Denton Welch, un brillante y joven escritor inglés, tullido a raíz de un accidente que sufrió con una bicicleta a los veinte años, describe en un relato semiautobiográfico su búsqueda de esa imagen sombra de sí mismo: el aventurero que no pudo ser, el duro, tosco varón que su elegante educación hubiera desdeñado, el amante dionisíaco que jamás conocería. Cuando la poeta Edith Sitwell elogió la escritura de Welch, mencionó la «paradoja extraordinaria» de descubrir, bajo la superficie de un texto delicado, elegante, las profundas corrientes de deseo sexual, memorablemente perturbadoras.

Alex Fairburn inclinó aún más la cabeza hacia la labor y contó los puntos del *petit-point*. El fuego se desperezaba y bostezaba a sus pies y se oía el tintineante gorgoteo de la lluvia en las bajantes a través de las gruesas cortinas. Serían las siete de una tarde de otoño y estaba sola.

Desde que dejó a Jack, Alex pasaba la mayor parte del tiempo

sola. Su recuerdo hizo que se le encogiera algo por dentro. No sentía odio ni miedo, sólo vergüenza por haber echado a perder su matrimonio desde el principio. Le resultaba insoportable pensar en ello. Eran ambos tan testarudos que sólo un tonto se habría imaginado que iban a poder vivir juntos. Pero a los veinticinco años ella era tonta; ahora, dos años más tarde, se daba cuenta de hasta qué punto.

Pensó en Jack, en sus ojos finos y mordaces y su reluciente pelo de ratón, la fragilidad de sus huesos y la sempiterna cara de egoísta (que es la cara que uno esperaría encontrar en Little Lord Fauntleton, y eso en la época en que se le empezó a agotar la bondad); recordó el olor de los pies de Jack cuando se quitaba los calcetines y sus chispeantes bobadas en las fiestas.

Después pensó en ella misma, en la resistencia que opuso a su voluntad, en su insensatez, en la belleza de su cara y su fortuna, que la hacía independiente de él. «Todo el mundo me aconsejó que no me casara con él... Papá dijo que Jack no tenía bastante dinero y mamá sólo me dijo "no lo hagas". Pero me casé y después no hice más que acabar de estropearlo con mi comportamiento estúpido, cuando me di cuenta del error. Como si beber más de la cuenta sirviera para olvidar que te has casado con un hombre que de tan parecido a ti te resulta insoportable.»

Cuando dejó a su marido, Alex acudió a un psicoanalista. La terapia consistió en incontables viajes a una salita situada en un primer piso de Wimpole Street y el tenso sonido de su propia voz respondiendo preguntas y diciendo todo lo que se le pasaba por la cabeza. Todo había sido informe y enredoso, pero aun así el psicoanalista parecía tener un cajón de sastre para todo. Alex abandonó en pleno tratamiento y después descubrió la religión.

Fue a pasar unos días con una amiga en una ciudad de provincias donde el grupo de Oxford había mandado una misión y, una noche, en casa de la amiga, conoció a algunos de los jóvenes de Oxford y de repente se entusiasmó. Leía la Biblia todos los días, se maquillaba lo mínimo indispensable y terminó por mudarse a una casita de campo, cerca del mar.

El bordado de *petit—point* formaba parte del plan y, por supuesto, en la casa no había alcohol.

Su familia consideró su acción bastante peculiar, pero estaba tan envarada en su riqueza —y el egoísmo alimentado por esa misma riqueza— que en realidad nada del mundo exterior llegaba a afectarla. Fueron una vez o dos a la casita de campo y les pareció muy bonita, pero le preguntaron si no se encontraba demasiado

sola. Alex respondió que no con una vehemencia frágil.

Lo cierto es que algunas veces habría gritado de aburrimiento. Invitó a pasar unos días a todos los amigos que se le ocurrieron, pero los había hartado con sus creencias sobre el significado de la vida, abrumándolos con la seguridad que le daban esas creencias; así que se habían ido todos, uno tras otro, antes de tiempo, dejándola sola. Hasta la criada belga se había despedido ese mismo día.

Ahora, llegado el otoño, todo parecía aún más triste y Alex ya no sabía qué hacer.

La aguja entraba y salía del cañamazo con una fiereza inhabitual en una labor de *petit-point*. Alex pensó en la plantilla que se había comprado en una tienda frente a Harrod's. «Tal vez no sea creativo —se dijo—, pero por lo menos hago algo. ¿Qué sería de mí sin esto?»

El chirrido de la verja del jardín la distrajo de su concentración y Alex levantó la vista, con las manos sobre el regazo y en la labor, esperando que sonara el timbre de la puerta. El timbre no sonó, pero Alex oyó unos pasos por el sendero mojado que conducía a la puerta trasera; después llamaron con los nudillos y fue a abrir. Caía una cortina de lluvia de los aleros bajos, y entre aquellas sartas de abalorios Alex vio una figura que chorreaba, joven y gris a la luz de la tarde.

—Perdone, señorita, ¿podría pasar la noche en el granero? Voy de viaje y está lloviendo tanto…

Alex echó otro breve vistazo a su interlocutor. Tenía el pelo de color paja y los labios gruesos en una boca cuadrada. El abrigo raído y los pantalones de franela gris estaban empapados, y por las grietas de sus zapatos encharcados Alex vio asomar papel de periódico.

—Pase —dijo precipitada, impulsivamente.

Retrocedió un poco hacia el interior de la cocina, sujetando la puerta. El hombre la siguió con mansedumbre, la cabeza gacha, manoseando las correas de la mochila que llevaba a la espalda.

—Claro que puede quedarse a pasar la noche. ¿Por qué no se quita el abrigo y lo pone a secar frente al fuego?

Alex se dirigió a la estufa y la cargó. Por suerte, seguía encendida. Abrió la trampilla y colocó un tendedero de ropa delante.

El joven seguía callado y se estaba descargando la mochila de los hombros, los ojos vidriosos e inexpresivos.

Cuando Alex se volvió, él estaba junto a la mesa de la cocina. Se

había quitado el abrigo, que le colgaba de las manos y goteaba sobre las baldosas.

Le chocó ver que no llevaba camisa; sólo una camiseta como de fogonero; estaba sucia y con manchas de sudor, y por el escote redondo le asomaba vello rubio.

El desconocido mostraba tal actitud de vergüenza y confusión que Alex apenas se atrevía a mirarlo. Le cogió con gentileza el abrigo de las manos y lo colocó sobre el tendedero. Brotó un hilillo de vapor impregnado con los olores del hombre y su tabaco.

—¿Le apetece darse un baño? —le preguntó de pronto; después, pensando que había tenido poco tacto, añadió—: Está empapado, le vendría bien para entrar en calor.

La cara del hombre se iluminó con una vaga sonrisa que revelaba bastante debilidad.

—Pues sí…, si quiere —contestó.

—Venga, lo acompaño.

Alex empezó a bullir de actividad. Condujo al hombre al descansillo del piso de arriba, donde revolvió en un armario oscuro en busca de una toalla limpia; la reconoció por el tacto mullido y rasposo. Sonrió tímidamente al advertir, a la luz del cuarto de baño, de qué color era: lila pálido y con sus iniciales bordadas; un viejo regalo de boda. Abrió los grifos, cogió un frasco verde del estante del espejo y vertió un poco de líquido en la bañera: era esencia de pino ruso.

El pequeño cuarto se llenó con su aroma y un vapor pegajoso empañó los grifos y las baldosas brillantes.

Como no tenía excusa para permanecer allí más tiempo, Alex se dirigió a la puerta.

—No se ponga la ropa mojada después del baño, ya encontraré algo para usted —dijo volviéndose.

Él asintió con gesto obediente y profiriendo una especie de gruñido; Alex cerró la puerta.

Una vez en el descansillo, seco, cálido y oscuro, Alex se puso a pensar a toda prisa. Aquel nuevo sentimiento de samaritana la había embargado totalmente, pero no se detuvo a analizarlo. Se encaminó a tientas a su dormitorio y entró. A la tenue luz de la lámpara con pantalla de color albaricoque de la mesilla de noche, buscó en la parte baja de la cómoda los pantalones de marinero que había comprado en Gravesend; sólo se los había puesto un par de veces, en la playa o el jardín.

Los encontró y los sostuvo en alto. Esperó que le sirvieran. Tuvo que comprárselos grandes para que sus caderas femeninas, aun

delgadas, cupieran en la estrecha parte superior. Rebuscó entre sus jerseys y encontró el más grande. Era grueso y de cuello alto; se lo ponía para montar. Cuando terminó, se acercó deprisa al tocador, se atusó el pelo y se retocó el maquillaje con lápiz de labios y polvos; después regresó a la puerta del cuarto de baño.

—Le he traído algo de ropa. ¿Quiere darme la suya para que se la ponga a secar? —dijo en voz alta para que el hombre la oyera por encima del chapoteo.

Oyó que salía de la bañera y caminaba hasta la puerta, que se abrió ligeramente; por la abertura aparecieron una mano y un antebrazo de vello dorado y reluciente sobre una piel rosada: tendían la ropa y los zapatos empapados. Ella los cogió con un melindre involuntario y descendió a la planta baja. Una vez en la cocina, lo colocó todo junto al abrigo frente a la estufa y se dirigió a la despensa. El olor a grasa fría no era muy agradable, pero encontró unos espaguetis que la criada había dejado hechos por la mañana y también varias latas de sopa y unos tarros de fruta.

Además, el lechero había dejado la cantidad habitual de crema que ella le compraba cada día. Alex pensó que tenía casi todo lo necesario para preparar una comida.

Encendió la cocina eléctrica, metió los espagueti en el horno y vertió la sopa en un cazo para calentarla. Puso la mesa deprisa, en la misma cocina, y extendió las frambuesas del tarro y la crema sobre un bizcocho que había encontrado en una caja de lata.

Contempló la mesa y supuso que ya había hecho todo lo necesario. Al ver los vasos comprendió que, aparte de agua, no había nada de beber en la casa. A esas horas se le habían pasado los escrúpulos y deseó tener algo que ofrecer a su huésped. Después recordó la botella de whisky comprada hacía un mes, cuando el alsaciano blanco se le estaba muriendo y el veterinario le aconsejó que le diera clara de huevo con whisky. En aquel momento ella estaba tan aturdida que se había dirigido a toda prisa al pub más cercano y había comprado una botella entera. El perro sólo vivió dos días más, así que la botella todavía estaba casi llena. La guardaba en el garaje para no tenerla en casa y salió a buscarla en seguida. Estaba allí, en un rincón, cubierta de telarañas.

La llevó dentro, le limpió el gollete y la colocó en la mesa. Como no tenía soda, puso una jarra de agua.

Después, lo oyó andar a tientas por el piso superior.

—No hay luz arriba, ¿sabrá encontrar la escalera y bajar? —gritó.

Casi no oyó su respuesta, pero a los pocos minutos el hombre ya

estaba en el umbral, todavía rojo por el baño, con los pantalones de marinero y el jersey. Se había pasado los dedos por el pelo, que se le estaba ensortijando en desorden. Seguía sin afeitarse, con una barba dorada de dos días, pero la mugre había desaparecido. Cuando entró en la cocina, Alex advirtió el reflejo de la luz en sus pestañas.

El vapor de la ropa mojada estaba invadiendo la habitación y, cuando se sentaron a la mesa, flotó entre los dos una cálida corriente humana. Él empezó a comer muy circunspecto, pero luego cobró confianza y se entregó a ello con concentración, mientras Alex también comía metódicamente para acompañarle. Advirtió que movía las manos con firmeza, las uñas ribeteadas de negro.

—¿Quiere un poco de whisky? —le ofreció cuando terminaron la sopa.

—Sí, gracias —contestó él mirando el plato, con aquella sonrisa pudorosa que se le insinuaba en las comisuras de los labios y en los párpados.

No esperó a averiguar con qué cubierto comía Alex los espaguetis.

—No sé qué herramienta hay que usar —dijo simplemente.

—Use el que más le guste —se apresuró a responder Alex. Luego, pensando que, si bien cortés, aquello no era una gran ayuda, añadió—: Yo voy a usar cuchillo y tenedor.

En principio no pensaba usar el cuchillo, pero lo empuñó y empezó a comer.

El joven daba sorbitos del vaso de whisky de vez en cuando, y cada vez que lo tenía vacío, ella se lo volvía a llenar sin preguntarle.

Alex se dio cuenta de que la comida y la bebida lo estaban haciendo entrar en calor. El ambiente de la cocina era caldeado y húmedo, como el de una lavandería, y al hombre le brillaba una fina capa de sudor en la cara.

—Vaya al cuarto de estar y atice el fuego del hogar —dijo ella cuando terminaron las frambuesas—, yo, mientras tanto, calentaré el café.

Alex le indicó la puerta del otro lado del vestíbulo y regresó a los fogones. Oyó que echaba leña al fuego y después el silencio. El café con leche del cazo empezó a subir, espumeando por los bordes; lo retiró antes de que hirviera y rebosara.

Tal como estaba lo colocó en una bandeja con las tazas y el azucarero y cruzó el vestíbulo. Al abrir la puerta de la sala vio al hombre de pie delante de la chimenea, contemplando el cuadro que

colgaba encima. Era una pieza floral holandesa muy poco estimulante; todo el cuerpo del hombre parecía tan desesperanzado que Alex pensó que no estaba mirando el cuadro, sino a través de él.

Se volvió al oírla y se limitó a inclinar la cabeza, sin ofrecerle ayuda.

Alex llevó una mesita baja ante el sofá, el único mueble cómodo de toda la estancia, y después fue a coger cigarrillos y chocolate del escritorio.

—Debe de estar cansadísimo… ¿Por qué no se sienta? —dijo ella, señalándole el sofá.

Se sentó en un extremo, muy envarado, mientras Alex servía el café. Se lo pasó con el azucarero. La taza resbaló por el plato y Alex vio que daba un respingo.

Cuando cada uno hubo cogido un cigarrillo, él —sorprendentemente— se inclinó hacia ella para darle lumbre. La llama de la cerilla iluminó su cara inexpresiva con un destello de animación falsa, como las luces rosadas de las carnicerías que realzan el color de la carne.

El hombre resoplaba debido a la comida y Alex se percató de que con aquel jersey tan grueso estaba pasando mucho calor. Pensando que sería imposible la conversación, se levantó y puso la radio, a bajo volumen.

Al volver a sentarse se dio cuenta de que su invitado tenía la mirada más desenfocada, menos atenta. También los músculos de la cara estaban menos tensos y sus largas piernas, enfundadas en los pantalones de marinero, parecían más relajadas.

La música era anodina e inexpresiva, y resultaba difícil saber quién podía apreciarla, pero al volver a mirar al hombre, Alex advirtió alarmada que tenía los labios y la nariz crispados y la barbilla tercamente echada para adelante.

«¡Ay Dios mío, no permitas que se me derrumbe ahora! —rogó Alex para sí—. ¿Qué hago?»

Se levantó bruscamente y fue a buscar el whisky a la cocina. Regresó con una bandeja con la botella, dos vasos y la jarra de agua. Notó su calor y su tiritona por debajo de la ropa.

—Anímese, vamos a tomarnos una copa —dijo ella, repentinamente jovial.

El joven se sobresaltó y se contrajo, como recobrándose. Le respondió con un murmullo de reconocimiento y asintió en silencio.

Alex se inclinó y se le acercó para servirle la bebida desde la mesita. Le llenó el vaso, pero en el suyo vertió sólo un poco. No le

gustaba el sabor. Esperaba que aquello lo animara. Cuando él se llevó el vaso a los labios, Alex oyó cómo le castañeteaba contra los dientes: su invitado estaba temblando. Bebió a tragos largos para no tener que seguir sosteniendo el vaso. Después se atragantó. Aquello era demasiado para él. Se ahogó, jadeó y se le saltaron las lágrimas a la vez. Alex, prosaicamente, se arrodilló sobre el sofá y le dio unas palmaditas en la espalda. El desconocido respiraba hondo, como suspirando, con el cuerpo abandonado, los brazos abiertos y las piernas separadas, agotado por el paroxismo.

Alex se sobrecogió al verlo estirado en el extremo del sofá. Se inclinó sobre él, arqueó su largo cuello y lo besó en la mejilla. Él apartó la cara.

Alex se echó sobre el muchacho y oyó los latidos de su corazón; después, lentamente, alargó el brazo por encima de la cabeza para apagar la lámpara de leer. La luz de la lumbre jugueteaba en el techo y las paredes, sacando reflejos de todos los objetos barnizados. No había más ruido que el de la lluvia, los silbidos de la leña húmeda y los jadeos del hombre.

Ella le rodeó el cuello con cuidado y se tumbó sobre su pecho. El peso de los dos cuerpos juntos vencía el sofá. Se deslizaron hasta el suelo, casi rozando la mesita con la bandeja del whisky, y se quedaron acostados sobre la alfombra de piel de oso, frente a la chimenea. Él la abrazó, amodorrado, y Alex sintió el calor del cuerpo del hombre contra el suyo. La cara del joven relucía de sudor. Alex se arrodilló a su lado y empezó a quitarle el grueso suéter. Por fin se lo sacó por la cabeza, dejándole sólo los brazos aprisionados, en alto. Lo miró a la cara y él le sonrió con los ojos entornados, sacó las manos de las mangas y le hizo bajar la cara hasta su pecho. Para ella fue como la sensación de una hierba muy fina desparramada sobre raso. Cerró los ojos; cada vez que los abría veía el fulgor de las llamas que le doraban la parte superior del cuerpo.

Esa noche no se fueron a la cama, permanecieron ante la chimenea sobre la piel de oso, dormitando y despertándose. Alex llevó almohadones y alimentó el fuego.

Cuando casi amanecía, ella se quedó profundamente dormida. Al despertarse dos horas más tarde lo vio de pie a su lado, mirándola. Se había vuelto a poner su ropa y ya llevaba la mochila a la espalda.

—Me tengo que ir… —dijo arrastrando los pies, nervioso.

Alex se levantó de un brinco, recobrando toda la memoria de la noche.

—No te vayas. No te vayas todavía… Tienes que desayunar algo.

Se dirigió a toda prisa a la cocina, encontró dos arenques ahumados y se puso a hacer tostadas y café.

Él se quedó en la puerta, observándola sin decir palabra. A veces miraba el reloj de la cocina.

Comieron en silencio y al terminar, el hombre se levantó y se acercó a la puerta.

—Adiós.

Alex no pudo detenerlo ni decir nada, sólo lo miró. Observó cómo salía y lo oyó bajar por el sendero y abrir la verja que daba a la carretera; después volvió a la vida y echó a correr tras él. Cuando llegó a la verja, vio cómo caminaba carretera abajo, se volvía y se despedía con la mano, desmañado, distante. Eso la retuvo. Regresó despacio a la casa y volvió a sentarse a la mesa del desayuno, donde ocultó la cabeza entre los brazos. Cerró los ojos y el olor de los arenques, la mantequilla y el café se coló en sus pensamientos. Permaneció así un rato y después, resuelta, se incorporó y se echó el pelo para atrás. Contempló la grasa endurecida de los platos sucios, la piel de caoba de los arenques, los posos de las tazas de café y los restos de mantequilla y mermelada de los platos.

Lo fregó todo. Cuando terminó, cargó la estufa y se dirigió a la otra habitación. Las alfombras y los almohadones yacían en el suelo ante la chimenea apagada, junto al jersey y los pantalones de marinero que él se había puesto. Los miró y no se movió; luego, rápidamente, se agachó, los recogió y se los llevó a la cara para olerlos. Todavía guardaban algo del hombre. Los dobló y los dejó en el sofá; después, recogió las alfombras, retiró el whisky y las tazas del café. Cuando tuvo el cuarto ordenado, encendió la estufa eléctrica, ya que no había preparado la chimenea, y se sentó a leer la Biblia. Cuando terminó el capítulo suspiró, cogió la labor de *petit-point* y empezó a bordar sobre el cañamazo. La aguja iba cada vez más deprisa, mientras ella intentaba no pensar en nada, pero sin dejar de repetir con cada puntada: «No le he dado ni un penique…». «No le he dado ni un penique…»

Notas biográficas

JAMES BALDWIN

Nacido en Harlem, Nueva York (1924-1989). Es autor de novelas: *Ve y dilo en la montaña* (1953), *La habitación de Giovanni* (1956), *Otro país* (1962); relatos: *Al encuentro del hombre negro* (1965); obras de teatro: *Blues para Mr. Charlie* (1964), *The Amen Corner* (1964); y ensayos: *Notes of a Native Son* (1955), *Nadie sabe mi nombre* (1961), *La próxima vez el fuego* (1963) y *El diablo encuentra trabajo* (1976).

HONORÉ DE BALZAC

Novelista francés (1799-1850). En su *Comedia humana*, colección de novelas y relatos publicados entre 1842 y 1848, intenta reflejar el amplio espectro de la sociedad francesa. También ha publicado varias obras de teatro, una colección de cuentos, *Cuentos libertinos* (1832-1837) y la obra póstuma *Cartas al extranjero* (1899-1906) que incluye la correspondencia con su amante, Mme. Hanska.

HAROLD BRODKEY

Nacido en Staunton, Illinois (1930). Es autor de dos colecciones de relatos, *Primer amor y otros pesares* (1958) y *Relatos a la manera casi clásica* (1988). Harold Brodkey ha ganado dos veces el premio de relatos O. Henry.

ANGELA CARTER

Novelista británica y autora de relatos. Entre sus libros se incluyen *Shadow Dance* (1966), *La juguetería mágica* (1967), *Varias percepciones* (1969), *La pasión de la nueva Eva* (1977), *La cámara sangrienta* (1979), *La mujer sadiana* (1979) y *Niños sabios* (1991).

ROBERT COOVER

Novelista americano y autor de relatos (1932). Obtuvo el premio William Faulkner por su novela *The Origin of the Brunists* (1965). De

sus obras cabe destacar: *The Universal Baseball Association Inc., J. Henry Waugh, Prop.* (1968), *The Public Burning* (1977) y *Azotando a la doncella* (1981). Sus relatos están recogidos en *Pricksongs and Descants* (1969) y *Sesión de cine* (1987).

DORIS DORRIE

Escritora alemana de relatos (1955). *Love, Pain and the Whole Damn Thing* (1987), *What do you Want From me?* (1989), *El hombre de mis sueños* (1991) y *For Ever and Ever* (1991), son algunas de sus obras más conocidas.

HELEN GARNER

Nacida en Geelong, Victoria (1942). Su primera novela, *Monkey Grip* (1977) obtuvo el premio Nacional del Libro australiano y fue adaptada para una película. Posteriormente publicó dos novelas: *Honour and Other People's Children* (1982) y *The Children's Bach* (1984) y una colección de relatos, *Postcards from Surfers* (1985).

ALLAN GURGANUS

Nacido en Rocky Mount, Carolina del Norte (1947). Entre sus obras se incluyen *Breathing Lessons* (1981), *Good Help* (1988), *La última viuda de la confederación lo cuenta todo* (1989), *Blessed Assurance: A Moral Tale* (1990) y *Blancos* que obtuvo en 1991 el premio Los Angeles Times al mejor libro americano de ficción.

LILIANA HEKER

Nacida en Argentina (1943). Entre sus colecciones de relatos destacan *Aquellos que presenciaron la zarza ardiente* (1966), *Acuario* (1972), y *Las peras del mal* (1982). Sus novelas más importantes son *En el mundo ha muerto un rayo de luz* (1977) y *Zona de rotura* (1988). Ninguno de sus libros ha sido traducido al inglés.

GARY INDIANA

Escritor americano. De sus novelas cabe señalar: *Roberto Juárez* (1986); *Scar Tissue and other Stories* (1987), *White Trash Boulevard* (1988) y *Horse Crazy* (1989).

YASUNARI KAWABATA

Novelista japonés (1899-1972). Algunas de sus obras más conocidas son: *La danzarina de Izu* (1927), *País de nieve* (1948), *El lago* (1954), *The Master of Go* (1954) y *La casa de las bellas durmientes* (1960). Premio Nobel de Literatura en 1968, se suicidó en el año 1972.

WENDY LAW-YONE

Nació en Mandalay, Birmania. Desde 1973 reside en Estados Unidos. Ha publicado una novela, *The Coffin Tree* (1988) y sus relatos aparecen recopilados en dos volúmenes, *The Atlantic* y *Grand Street*.

DORIS LESSING

Novelista británica y autora de relatos (1919). Nacida en Persia se trasladó a Rhodesia a la edad de cinco años, y a Inglaterra en 1949. Entre sus novelas destacan: *Canta la hierba* (1950), la quinta novela del ciclo *Children of Violence* (1952-1969), *El cuaderno dorado* (1962), *Instrucciones para un descenso al infierno* (1971), y las series de ciencia-ficción *Canopus in Argus Archives* (1979-1983) y *El quinto hijo* (1988).

ANDRÉ PIEYRE DE MANDIARGÜES

Poeta francés, novelista y autor de relatos (1909). Ha publicado *El museo negro* (1946), *El sol de los lobos* (1951), *El margen* (premio Goncourt, 1967), y muchas otras novelas. Ha traducido al francés las obras de Yukio Mishima y W. B. Yeats.

ERIC MCCORMACK

Nacido en Escocia en 1938, emigró a Canadá en 1966. Ha publicado una colección de relatos, *Inspecting the Vaults* (1987) y una novela, *The Paradise Motel* (1989).

IAN MCEWAN

Escritor inglés (1948). Es autor de dos colecciones de relatos: *Primer amor, últimos ritos* (1976), *In Between the Sheets* (1976) y de varias novelas: *Jardín de cemento* (1978), *Niños en el tiempo* (1987) *El placer del viajero* (1981), *El inocente* (1990) y *Black Dog* (1992).

ADOLF MUSCHG

Novelista suizo, autor de relatos y poeta (1934). *Baiyun o la sociedad de la amistad* (1980), *The Blue Man* (1983), *The Light and the Key* (1984), *La veleta y otras historias de amor* (1987) y *An Unfaithful Bookeeper and other Stories* (1991), son algunas de sus obras más conocidas.

ANAIS NIN

Escritora francesa (1903-1977). Creció y se educó en Nueva

York, para trasladarse posteriormente a Francia donde pasó la mayor parte de su vida. Su obra más conocida son sus diarios y los relatos de ficción: *Un espía en la casa del amor* (1954), *The four-chambered heart* (1959), *La seducción del Minotauro* (1961), *Collages* (1964) y la publicada póstumamente *Delta de Venus* (1977).

STAN PERSKY

Nacido en Chicago en 1941, se estableció en Canadá en 1965. Entre sus obras destacan: *Wrestling the Ángel* (1977), *Son of Socred* (1979), *The House that Jack Built* (1980), *At the Lenin Shipyard* (1981), *America, the Last Domino* (1984), *Buddy's* (1989) y *Mixed Media* (1992).

GLORIA SAWAI

Escritora canadiense nacida en Minneapolis (1932). Sus relatos han aparecido en numerosas antologías. En 1991 publicó *Neighbour: A Play for Children*.

HELEN SIMPSON

Escritora inglesa. Autora de una colección de relatos, *Cuatro piernas desnudas en una cama* (1990), una novela, *Flesh and Grass* (1990) y dos libros de cocina.

DENTON WELCH

Novelista y cuentista inglés (1915-1948). Autor de novelas, *Maiden Voyage* y *Youth Is Pleasure*; de colecciones de prosa y poesía, *Brave and Cruel* y *A Last Sheaf*, y sus *Journals*. Welch murió a la edad de treinta y tres años y sólo dos de sus libros fueron publicados en vida.

FIN